

UN COMPROMISO FORZADO

LA ELECCIÓN DEL DON

THAMY BASTIDA

UN COMPROMISO FORZADO

LA ELECCIÓN DEL DON

THAMY BASTIDA

Copyright©2025 Thamy Bastida

Portada: Patrícia Suellen

Revisión: Camila Brick

Revisión final: Lidiane Mastello

Lectura crítica: Juliana Almeida

Maquetación: Bee RB Designer

Traducción: Bee RB Designer

Esta es una obra de ficción.

Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Autora: Thamy Bastida

E-mail: autorathamybastida15@gmail.com

Instagram: autorathamybastida

Thamy Bastida es una autora independiente, nacida en el estado de Río de Janeiro, que vive más lejos de la ciudad, estudiante universitaria, Capricornio. Escribe desde joven, pero sólo en 2020 decidió mostrar sus libros al público.

Índice

Índice
Sinopsis
PLAYLIST
Glosario
Prólogo 01
Prólogo 02
Capítulo 01
Capítulo 02
Capítulo 03
Capítulo 04
Capítulo 05
Capítulo 06
Capítulo 07
Capítulo 08
Capítulo 09
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo
Agradecimientos

Sinopsis

Aurora Fontana es la hija del capitán de la Falce Nera, una dulce niña que soñaba con ser una novicia, hasta que fue designada a ser la novia del capo, el hombre que debería haberse casado con su hermana.

Raffaello Colatto no quería casarse de nuevo, pero necesitaba herederos. Sabía lo que había que hacer y, al ver a la más joven de la familia Fontana, la eligió, a pesar de que no era una opción.

Ella no quería ese matrimonio.

Él no la amaba, pero aun así la obligó a ser suya.





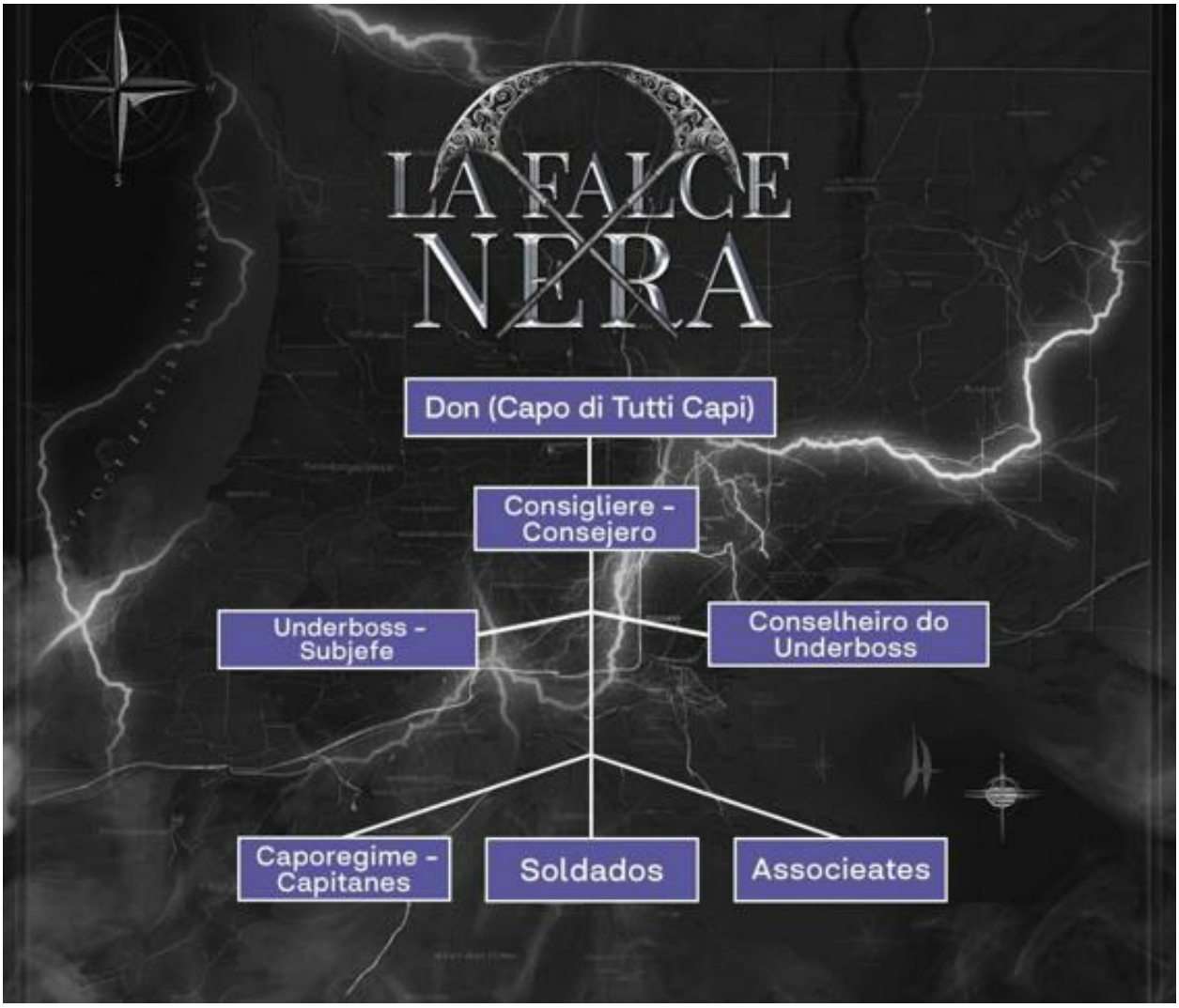
PLAYLIST

OUÇA AQUI

LINK: OUÇA AQUI


Berry

Glosario



La Falce Nera es la organización criminal más poderosa del noreste de Estados Unidos, que ejerce un control absoluto sobre una amplia gama de operaciones ilícitas, desde el tráfico de armas y drogas hasta los casinos clandestinos y la extorsión.

Don (Capo di Tutti Capi) - El Jefe de Jefes: Es el líder supremo de la

organización criminal, responsable de tomar las decisiones finales y supervisar todas las operaciones. El Don tiene la última palabra en los asuntos importantes y mantiene el control sobre las actividades de la familia.

Consigliere - Consejero: Es un asesor de confianza del Don, a menudo con funciones diplomáticas. El consigliere ofrece asesoramiento estratégico, actúa como mediador en disputas internacionales y suele ser uno de los miembros más sabios y conocedores de la organización.

Underboss - subjefe: El segundo al mando de la familia, que asiste al Don en la gestión de las operaciones cotidianas. El *subjefe* puede supervisar a los caporegimes y tiene la función de cumplir las órdenes del Don y tomar el control cuando sea necesario.

Asesor del Subjefe: Este asesor apoya al Subjefe con consejos y estrategias, ayudando a gestionar las operaciones bajo su supervisión. Aunque no tienen un papel formal en la posición de asesor de la organización, este consejero es un recurso importante para el Subjefe, especialmente en los momentos de toma de decisiones.

Caporegime - Capitanes: Responsables de supervisar a un grupo de soldados en tareas específicas. Cada caporegime gestiona una parte de las operaciones de la mafia y depende directamente del subjefe o del Don. Son fundamentales para la ejecución de las órdenes.

Soldados: Miembros de la familia que llevan a cabo las operaciones diarias y personales de la organización, ejecutando las órdenes dadas por los caporegimes. Los soldados suelen participar en actividades delictivas directas y pueden ascender a caporegimes con el tiempo.

Associados - Associates: Se trata de individuos asociados a la mafia, pero que no son miembros oficiales. Pueden ser hombres de negocios, políticos o informadores que colaboran con la mafia a cambio de protección o beneficios, y que pueden realizar trabajos en nombre de la organización sin formar parte de ella oficialmente.

Estados dominados por

La Falce NERA

1. Maine
2. New Hampshire
3. Vermont
4. Massachusetts
5. Rhode Island
6. Connecticut
7. Nueva York
8. Nueva Jersey
9. Pensilvania
10. Delaware
11. Maryland

Prólogo 01



Me levanté de la cama cuando escuché el ruido de un coche y fui hasta la ventana para ver quién estaba llegando a esa hora. Cuando la puerta del conductor se abrió, un hombre guapo, que parecía un príncipe, salió y ajustó el cuello de su abrigo; estaba nevando afuera. Me pregunté si él era el novio de mi hermana mayor, Arianna. Porque ella me había dicho que se casaría con el futuro Don, sin embargo, se negó a decirme su nombre. En casa, nadie lo decía, ni siquiera cuando preguntaba; papà incluso gritó conmigo, ordenándome que me callara. Intenté mirar mejor al hombre, era alto, más alto que papà o Alex, mi hermano. Nunca lo había visto antes, porque lo recordaría.

— Aurora, ¿qué estás haciendo despierta? — preguntó Margo, la gobernanta de la casa, asustándome.

— ¡Ay, qué susto! ¡Estaba viendo quién llegó! — Volví la cabeza hacia atrás y miré a Margo.

— Sal de esa ventana, niña. Si tu padre se entera de que estás despierta a esta

hora, te va a dar una golpiza — susurró, sacándome de la ventana y guiándome hasta mi cama. — Duerme, *bambina*.

— ¿Quién es el hombre que llegó? — pregunté, curiosa.

— Aurora...

— Dime quien es y me voy a dormir. — Junté mis manos en señal de promesa.

Margo suspiró y sonrió para mí de una manera amable, algo que mamma nunca hacía.

— *Él es Raffaello Colatto, el futuro capo de La Falce Nera.*

Mis ojos se abrieron de par en par, entonces, él sería el futuro rey de Nueva York, y yo, como su futura cuñada, sería parte de la realeza. Sonreí feliz al saber que pronto mi hermana se casaría con él.



RAFFAELLO COLATTO

Prólogo 02

Ella me miró con miedo, los ojos marrones llenos de lágrimas, arrodillada frente a mí. El cuchillo rozaba cerca de su pulso derecho — más una de sus amenazas desesperadas, más un intento patético de captar mi atención. Inês presionó la hoja contra su propia piel, lo suficiente para que una gota de sangre resbalara por su brazo. Se detuvo, preguntándome de nuevo, suplicando en silencio.

— Por favor, Rafa... — susurró, usando ese maldito apodo que siempre odié. — Te juro que voy a cambiar... — prometió, como tantas otras veces. — Podemos intentar la inseminación in vitro y tener nuestro niñito...

Miré el reloj en mi muñeca, indiferente a la escena ante mí.

— Mi tiempo se acabó, Inês — declaré, en un tono firme, pero arrastrado, como si explicara algo obvio a un niño. — ¿Quieres algo más?

Ella parpadeó, incrédula, como si no pudiera creer en la frialdad de mis palabras. En un arranque de ira, agarró el cuchillo y lo lanzó en mi dirección. Lo atrapé en el aire con facilidad, sin mostrar sorpresa.

— ¡Eres insensible! ¡Soy tu esposa! — gritó, levantándose de repente. Se metió las manos temblorosas en el pelo corto y oscuro, su piel parecía aún más pálida bajo la luz fría del cuarto. — ¿Cómo puedes odiarme tanto?

Suspiré, odiaba desperdiciar mi tiempo.

— Ve a descansar, Inês — ordené, dándole la espalda, sin paciencia para prolongar el drama.

— ¡Eres mi enfermedad! ¡Me estás matando poco a poco! — sollozó, entre gemidos de dolor. — Me tratas como a una prostituta, vives como si fueras soltero... Me menosprecias.

Me detuve en la puerta, girando solo el rostro para mirarla por encima del hombro, los ojos clavados en ella.

— Tendría que follarte para tratarte como a una prostituta — declaré, con la voz baja y sin humor. — Para de hacer drama.

Ella se desmoronó en gemidos, los labios temblorosos formando palabras que apenas se oyeron.

— *Te amo...*

Sin responder, salí del cuarto. La enfermera en el pasillo me miró con un semblante marcado por la compasión, pero los soldados en la puerta asintieron manteniendo los ojos bajos, sin atreverse a mirarme. Bajé las escaleras con pasos pesados, ignorando el grito desesperado que resonó detrás de mí, seguido por el sonido de algo rompiéndose. No importaba. Tenía negocios que atender. Los irlandeses estaban causando demasiados problemas para que perdiera más tiempo con los lamentos de Inês.



Horas más tarde, al volver a casa, la encontré en el baño, muerta.

Su cuerpo estaba extendido en el suelo frío, los brazos abiertos en un gesto casi teatral, mientras la sangre que escurría de sus muñecas formaba un charco carmesí a su alrededor. La luz del brillo encima parecía jugar con la superficie brillante del líquido, haciendo que la escena fuera aún más grotesca e irreal.

Al lado del cuerpo, una carta arrugada y manchada de sangre, las palabras garabateadas en tinta negra ahora borrosas por el rojo que las absorbía.

Inês me culpaba por la vida miserable que había llevado.

Una vida jodidamente triste.

Capítulo 01



Solté el aire lentamente, tratando de controlar el torbellino de emociones que me dominaban. Inspiré y expiré varias veces, pero la opresión en el pecho no disminuía. Cada vez que era llamada a la oficina de papà, sentía un nudo de ansiedad en la garganta. Cuando Margo, la gobernanta y mi antigua niñera, vino corriendo hacia mí, diciendo que papà quería verme, un escalofrío recorrió mi espalda. Estaba preparándome para ir a la universidad, tratando de mantener la fachada de normalidad. Estudiar literatura inglesa en una universidad católica, a casi una hora de aquí, era mi única válvula de escape — la única cosa que me quedaba de la libertad que nunca tuve de verdad. Convencer a papà para que me dejara ir fue una batalla que aún resonaba en mi mente.

Crecer encerrada entre esos altos muros, aislada del mundo, hizo que los libros se convirtieran en el único camino de fuga. Desde niña, fui moldeada para algo que nunca quise. Estudié en casa, luego fui enviada a un internado, mientras que las otras niñas soñaban con matrimonios glamorosos, mi destino ya estaba trazado. No me casaría. No

con un hombre. Fui prometida a Dios antes de entender lo que eso significaba.

Cuando mi madre hizo el juramento de que, si mi hermana Arianna conseguía un buen matrimonio, yo me convertiría en monja, cumplió su palabra. En el mismo año, Arianna se comprometió con el futuro capo. Recuerdo como si fuera ayer. El hombre más codiciado de Nueva York, un nombre temido y admirado. El orgullo que sentía por ella casi me hacía olvidar el peso de mi propio destino.

Ahora, 16 años después, la imagen de aquella época me hace encoger. La alegría de Arianna se evaporó, papà se convirtió en una broma cruel en nuestra familia casi se desmoronó. Mamma rezaba compulsivamente, me llevaba a la iglesia para ser purificada, como si algo en mí fuera la fuente de nuestros problemas. Solo era una niña, pero incluso recibí golpes, un reflejo de la amargura y la desesperación que acechaban nuestro hogar. Fueron tiempos difíciles, pero sobrevivimos. O al menos fingimos sobrevivir. Alex, mi hermano mayor, asumió la carga de restaurar nuestro nombre, sacrificando su propia felicidad al casarse para fortalecer alianzas.

Mis pensamientos vagaron mientras esperaba frente a la pesada puerta de madera de la oficina de papà. Las manos temblaban cuando golpeé dos veces. La voz grave de él, llena de autoridad, me golpeó como un puñetazo.

— Entra.

El fuerte olor a tabaco me envolvió en el momento en que giré el pomo. Papà estaba sentado detrás de su imponente escritorio, los ojos azul oscuro analizándome. Nunca necesitó decir mucho para controlarme. A los 61 años, su presencia seguía siendo abrumadora, incluso con el cabello ralo y las señales de la edad marcando su rostro. El cenicero desbordaba cigarro, como si cada cigarro fuera un intento fallido de ahogar sus

pensamientos.

— ¿Me llamaste? — Mi voz era suave, casi un susurro, mientras cerraba la puerta detrás de mí. Intenté mantener la calma, pero el corazón latía con fuerza.

Él hizo un gesto para que me sentara. La incomodidad aumentaba mientras mantenía la columna recta, mis dedos entrelazados en el regazo, temblorosos. Rara vez teníamos largas conversaciones. Papà vivía absorto en sus propios mundos.

— Colatto vino a buscarme — comenzó él, con la voz cargada de desdén, lo que me hizo enderezarme en la silla. El nombre hizo que mi corazón fallara un latido. — Quiere casarse.

Mis manos apretaron los brazos de la silla. Mi primer pensamiento fue Arianna, pero entonces las palabras que pronunció a continuación me golpearon como una cuchilla fría.

— Quiere casarse contigo.

El silencio que siguió fue asfixiante. No sabía cómo reaccionar. Mi mente se negaba a procesar.

— Él... ¿quiere... a Arianna de nuevo? — Mi voz apenas salió, confusa.

Papà bufó, impaciente, dando una calada al cigarro.

— No — dijo, cada sílaba salía como veneno. — Él quiere a ti, Aurora. La hija virgen. Lo esperado para un capo.

Me sentí mareada. Cada palabra pesaba como plomo.

— Pero... voy a ser monja...

— Te vas a casar con el Don — disparó papà, la ira hirviendo en su voz. Mi cuerpo se estremeció.

No debería estar sorprendida, pero lo estaba. Las lágrimas brotaron antes de que pudiera impedirlo. Intenté ahogar un sollozo, apretando mis muñecas con fuerza hasta sentir el dolor que me recuperaba para el presente. Mi corazón parecía a punto de explotar, y las palabras no tenían sentido en mi mente. No podía hacer esto. No podía casarme con el hombre que Arianna aún amaba.

— Pero él fue el prometido de Arianna... — Mi voz se desmoronó. No tenía valor para enfrentarlo. Papà se levantó de un golpe, los papeles volaron de su escritorio, y me encogí en la silla, esperando lo peor.

— ¡Cállate! — gritó él, la furia en su voz me destrozó. — Honrarás a nuestra familia. Serás la esposa de Colatto, darás un heredero y seguirás tu vida como debe hacer una buena esposa. Tu destino nunca fue tuyo, Aurora. Siempre fue mío.

El terror me consumió, pero, aun así, me forcé a alzar el mentón. Intenté contener las lágrimas y respondí con una voz débil, pero firme:

— Sí, papà. Haré lo que quieras.

Papà me observó con ojos fríos, sentí que cada parte de mí estaba siendo pesada y juzgada. Se reclinó en la silla, satisfecho con mi sumisión.

— El compromiso será en una semana — me informó, seco, la mirada aún fija en mí, como si esperara que protestara. — Consigue un vestido decente y haz una dieta. Necesitas estar presentable para la boda.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo con desdén. El comentario me golpeó como una

puñalada, pero ya estaba acostumbrada a eso. Solo asentí, tratando de ignorar el dolor creciente.

— ¿Puedo continuar con mis estudios? — pregunté, la voz titubeante, un intento patético de salvar algo de mí misma.

— Tu prometido decidirá. — La respuesta fue cortante; sabía que a él no le importaba.

Me levanté de la silla con dificultad, empujándola hacia atrás. El sonido de la madera chirriando en el suelo pareció ecoar en la oficina, pero ya no prestaba atención. Mis piernas estaban débiles, pero forcé a mi cuerpo a moverse.

— Con permiso, papà — dije, tratando de mantener mi voz firme.

Él hizo un gesto vago, despachándome. Apenas logré salir por la puerta antes de perder el control. El aire frío de enero me golpeó en la cara cuando pasé por la puerta principal de la casa; solo entonces permití que el llanto silencioso fluyera libremente. Sentí el pecho apretado, como si alguien me estuviera ahogando. Mis pies me llevaron al jardín, donde el viento cortante me hizo sentir aún más viva, aunque solo el frío me traía un poco de consuelo.

Oh, Dios... con tantos hombres en el mundo, ¿por qué justo él?

Arianna me odiaría aún más. Pasé años tratando de acercarme a ella y siempre fracasaba. Ahora, cualquier oportunidad de que tuviéramos algo como hermanas estaba destruida. Ella nunca me perdonaría. Después de la muerte de Diago, su difunto marido, Arianna se volvió más distante. Pero percibía, en pequeños momentos, que ella alimentaba sentimientos por Colatto. Escuchando sus conversaciones con Kristen,

esposa de Alex, supe que Arianna aún lo deseaba, e incluso contemplaba ser su amante, si fuera necesario. Ahora, yo estaba ocupando el lugar que siempre quiso.

Mi estómago se revolvió. Mi destino estaba sellado y no había escapatoria. Siempre soñé con salir de esta casa. Pero no así. No de esta manera. ¿Casarme con el hombre que mi hermana amaba? El peso de la decisión de papà se desplomó sobre mis hombros, y por un momento, sentí que me desmoronaría.

A pasos rápidos, volví a entrar a la casa, sin saber qué hacer o a dónde ir. En la cocina, vi a Margo organizando la frutera, pasé de largo junto a ella, sin decir una palabra. Necesitaba algo, cualquier cosa para calmar mi mente. Abrí la nevera apresuradamente, mis ojos cayeron sobre la tarta de chocolate, mi favorita. Sin dudarlo, tomé un trozo generoso y me senté a la mesa.

Cada bocado era un acto de rebeldía. Sabía que papà quería que perdiera peso, pero en ese momento, poco me importaba lo que él deseaba. Devoré el primer trozo, luego el segundo, y finalmente sentí un ligero alivio en mi humor. El azúcar calmó un poco la tormenta dentro de mí.

Sin embargo, eso no duraría.

Me levanté y corrí al sótano, donde guardaba mi violín. Solo la música podía silenciar los gritos en mi cabeza. En el sótano frío y húmedo, lejos de los ojos de mamma, podía tocar libremente. Era el único lugar donde encontraba algo de paz. Con las cuerdas bajo mis dedos, comencé a interpretar una melodía melancólica, las notas llenaron el espacio vacío a mi alrededor.

Cerré los ojos y dejé que la música me envolviera, tratando de escapar, aunque

solo por unos minutos, del destino que me esperaba.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 02

Me recosté en la silla de cuero, inhalando lentamente el puro que descansaba entre mis dedos, el sabor amargo mezclándose con el silencio de la oficina. Ante mí, los informes más recientes sobre la carga que llegaba a Nueva York desde Chicago. Las informaciones estaban en orden, como había planeado. Ya me había asegurado de que ningún imprevisto surgiera: el sheriff y el gobernador estaban debidamente recompensados, sus bolsillos llenos y bocas calladas. No toleraba contratiempos.

Desde que asumí el puesto de Don, a los veinticinco años, tomé para mí la tarea de reconstruir y consolidar el imperio que mi padre había descuidado. Confió demasiado, aflojó las riendas, y eso casi nos costó todo. Traiciones brotaban como malas hierbas. Mi primer acto fue cortar las cabezas de las serpientes. Someter a los Underboss que se atrevían a desafiar mi autoridad. Maté a más de los míos en los primeros tres años que mi padre en toda su vida. Fue necesario. Hoy, la región noreste era mía. Cada calle, cada esquina, cada negocio funcionaba bajo mi supervisión.

Pero no todo era estabilidad. Los irlandeses seguían siendo una espina en mi camino. Ambiciosos y sin sentido del territorio, intentaban expandirse hacia Nueva York como perros hambrientos.

La ciudad de Las Vegas siempre fue un dolor de cabeza, pero cuando Aoife Maeve asumió el mando hace quince años, se convirtió en un problema específico. Su reinado estuvo marcado por decisiones imprudentes, guerras sin sentido y un desprecio por las

alianzas que mantenían el equilibrio. Robó cargas, secuestró nuestras mujeres. Yo reaccioné. Destruí la mitad de su imperio y reduje a sus hombres a polvo. Durante tres años, se mantuvo callado, lamiéndose las heridas, hasta que recientemente ocurrieron pequeños ataques en Nueva York.

Di otra calada a mi puro, dejando salir el humo mientras mis pensamientos se alineaban. En mi mundo no había lugar para las distracciones.

Sin embargo, hace algunos años, una *bambina* rubia cruzó mi camino, oliendo una flor en el jardín y luego tocando el violín. Aurora.

Mi novia más joven... Esperé pacientemente por ella. Cada día que pasaba era una espera eterna hasta que Aurora cumpliera veintiún años. La deseaba, no porque quisiera ser un buen hombre, ni porque sintiera algún tipo de compasión. No. Solo porque una esposa más joven significaría menos problemas a largo plazo. Y no tenía paciencia para complicaciones innecesarias. En el fondo, mi razón para esperar era simple: todo tenía que ser controlado, todo tenía que estar bajo mi dominio.

Un golpe en la puerta me hizo levantar la vista, interrumpiendo mis pensamientos.

— Entra — ordené, con voz grave y autoritaria.

Nicolo, mi consejero de confianza, y Giordano, el CEO de mi empresa, entraron juntos. Se sentaron frente a mí, cada uno extendiendo un sobre. Los observé por un momento, la tensión en el aire como siempre, esperando que hablaran.

Miré a Nicolo y asentí, dándole permiso para comenzar. Él, siempre tranquilo, comenzó sin dudar.

— Juan no ha hecho movimientos sospechosos hasta ahora, pero Arianna fue vista

con el alcalde. — Se recostó en la silla, sus ojos observándome atentamente. — Como ya sospechábamos, también hizo una llamada a Maeve. Logramos rastrearla, incluso con el teléfono codificado. No es tan inteligente como pensaba. Habla demasiado cuando está borracha.

Con cada palabra de Nicolo, sentía que la ira comenzaba a hervir en mi pecho. Manteniéndome impasible, el único signo de inquietud era el suave movimiento de mi mano apretando el puro entre mis dedos. Quería explotar, mandar a matar a Arianna en ese instante, pero no era el momento. No aún. Necesitaba que ella comprendiera los próximos movimientos del alcalde Soal.

— ¿Qué dijo? — inquirí, mi voz calma, pero mi mente calculaba las posibles consecuencias de sus palabras.

— Dijo que el *Don* se casará con su hermana, también dijo todo lo que la señorita Fontana debe hacer — dijo Nicolo, con la voz tranquila como siempre, pero no sin una punzada de preocupación.

Mordí el puro, sintiendo el sabor amargo en la boca. Mi ira crecía, pero no podía dejar que se notara. No aún. Arianna se había convertido en un obstáculo, una pieza del rompecabezas que no podía simplemente ignorar. Sabía que ella hablaba demasiado. Sabía que, en su necedad, revelaba más de lo que debería. Ella aún creía que el juego estaba bajo su control, pero el error de subestimar con quién estaba tratando sería su final. No importaba lo que supiera o dejara escapar. Yo aún tendría la última palabra.

Pasé una mano por mi cabello, tratando de disipar la ira. Necesitaba más información para controlar la situación, pero, más que nada, necesitaba a Arianna viva. Sabía que ella era la clave para descubrir lo que el alcalde Soal realmente quería y

cuáles eran sus planes para mi relación con Amélia. Su intento de hacerme casar con su hija era irritante. Aunque no follara a Amélia tan a menudo como ella quisiera, la mantenía cerca, como una herramienta, una pieza estratégica. Ella hablaba demasiado, especialmente en las reuniones secretas entre su padre y el gobernador, revelando más de lo que era seguro. Era solo cuestión de tiempo hasta que la usara en su contra.

Miré a Giordano, que permanecía en silencio. Sabía cuándo no debía hablar, y lo respetaba por eso. Sin embargo, la tensión en el aire era palpable. Cada uno de nosotros sabía que la situación estaba a punto de explotar. Necesitábamos actuar rápido.

— Sigue vigilando todo de cerca —dije, con voz firme, mientras mi mirada se fijaba en Nicolo. — Quiero saber todo, cada movimiento de ella, incluso el más insignificante. No podemos permitirnos errores.

Asentí a Giordano.

— Don, las acciones de la constructora van bien. Han subido después de la última negociación —informó Giordano, con la calma habitual. — También hay un gran empresario del sector petrolero interesado en trabajar con nosotros.

Saqué el puro de la boca, soltando una nube de humo, mientras mis ojos caían en el cenicero.

— ¿De Los Ángeles? —pregunté.

— Sí, Don. Sin embargo, si me permite opinar, creo que no es una buena idea — respondió con cuidado.

— ¿Por qué? —incentivé, ya teniendo una idea clara. Esa familia era un pozo de inestabilidad, y las alianzas políticas con empresarios mimados siempre resultaron en

problemas.

— Viven peleando entre ellos, además, descubrieron un desfalco reciente en su tesorería —explicó, directo.

La mente trabajó incansablemente, ponderando sobre las implicaciones de una posible alianza política con esos empresarios. Lo último que necesitaba era involucrarme en una guerra interna familiar —o peor, en un escándalo que pudiera perjudicar mis propios intereses.

— Rechaza. No voy a perder tiempo con aficionados —decreté sin dudar. — Puedes ir. Lee el informe y mantenme actualizado sobre cualquier novedad relevante.

— Su licencia, Don —respondió Giordano, inclinándose mientras se alejaba de la silla y salía de la sala con discreción. Nicolo asintió con la cabeza. Giordano, siempre leal, hizo lo mismo, antes de que ambos se levantaran. Cuando se fueron, cerré los ojos por un momento, permitiéndome un breve instante de reflexión. Todo lo que hice, todo lo que planeé hasta ahora, estaba comenzando a entrelazarse de una manera más peligrosa de lo que imaginaba. Pero estaba listo.

Dejé el puro descansar en el cenicero y me recosté en la silla. Mis ojos cayeron sobre el mapa de la sala, donde estaban marcados todos los territorios bajo mi influencia. Los Ángeles podría esperar. Ellos que manejaran sus propias disputas internas. Tenía problemas mayores que resolver aquí.

Mi celular vibró sobre la mesa, interrumpiendo mis pensamientos. Tomé el dispositivo y desbloqueé la pantalla, solo para encontrar un mensaje de los guardias designados para vigilar a Aurora. Mi mandíbula se contrajo al abrir una foto adjunta.

Ella estaba sonriendo, a gusto, jugando con uno de sus compañeros universitarios, mientras uno de mis soldados —el que instruí para mantenerse siempre cerca— observaba la escena.

La única razón para que el soldado aún estuviera respirando era que era gay, lo que no representaba una amenaza directa a lo que era mío. Aun así, ver a mi mujer tan cómoda al lado de otro hombre despertó algo primitivo dentro de mí. Mi mirada resistió al analizar cada detalle de la imagen: la risa despreocupada de Aurora, el gesto casual del compañero universitario.

Ella parecía feliz, pero era felicidad pública, fuera de mi alcance y no para mí.

Dejé el celular a un lado, inhalando el puro mientras consideraba mis opciones. La confianza que depositaba en los hombres que vigilaban a Aurora era alta, pero eso no significaba que debía dejar de monitorear cada segundo de lo que ella hacía. No era solo posesión; era una cuestión de control.

Tomé el celular nuevamente y escribí un mensaje rápido a mi soldado:

— "*Quiero informes más detallados. Cada interacción, cada palabra. Y mantén la distancia suficiente para no parecer obvio, pero lo suficientemente cerca para actuar si es necesario.*"

Envié el mensaje y miré la pantalla durante algunos segundos. *Mio Diamante* podría brillar donde quisiera, pero nunca fuera de mi campo de visión.

Capítulo 03



Miré el plato vacío, los restos de la tarta de manzana aún atrapados en el tenedor, mientras mantenía la cabeza baja, como si así pudiera esconderme de ellos. Desde el inicio de la cena, no me atreví a levantar la mirada. El ambiente a mi alrededor era sofocante, tan cargado de silencio como de juicios no expresados. Toda mi familia estaba reunida:

Mamma se sentó en la cabecera, su lugar de poder, pero siempre asegurándose de que su dominio sobre nosotros no pasara desapercibido. Su mirada estaba sobre todos, analizando, juzgando. Pero fue en mí donde sus ojos de hielo se detuvieron más tiempo. El disgusto era palpable.

Alex ocupó el lado izquierdo de la mesa, murmurando con Kristen, como si tramaran algo que no me incluía. Su presencia siempre traía un aire de arrogancia; nunca olvidaba que era el favorito. Arianna, mi hermana, estaba impecable como siempre, con su cabello oscuro y liso, un vestido ajustado, caro y meticulosamente elegido, para exhibir su posición en el mundo que amaban. Kristen y Arianna parecían

salidas de una revista de moda, siempre preparadas, siempre armadas con sonrisas falsas y veneno disfrazado de halagos.

Yo, en cambio, era la mancha en esa pintura familiar, con mis simples jeans y un viejo abrigo de lana azul. Mi cabello rubio estaba recogido en una coleta deshecha. Ni maquillaje usé. ¿Para qué? Estábamos en casa, en el infierno familiar, donde cada gesto era disecado. No era un evento especial, excepto por la presencia de Alex, pero eso no era motivo de celebración. Él, el heredero del trono familiar, el favorito, como si cargara algún fardo especial, como si fuera el único digno.

Las conversaciones en la mesa eran superficiales, sin vida. Al igual que las miradas que intercambiaban. Era como si todos allí supieran que había un vacío en medio de nosotros, algo de lo que no se podía hablar, pero que siempre estaba presente. Era asfixiante, pero contaba los segundos hasta que pudiera refugiarme en mi cuarto. Allí, en el único espacio donde aún me sentía viva.

“Orgullo y Prejuicio” me esperaba. El libro desgastado de tanto que lo había leído, pero siempre me atraía. Jane Austen me enseñó sobre ironía y fortaleza. Fue ella quien me salvó en la adolescencia, cuando el silencio de nuestra casa se volvió ensordecedor y las miradas de reproche eran todo lo que tenía. Entrar en las páginas de sus libros era como atravesar un portal a un mundo donde podía ser quien quisiera. Allí, soy poderosa. Pero aquí, a la mesa, era pequeña, disminuida por miradas que decían todo sin una sola palabra.

Papà ya había expresado numerosas veces su desdén por mi amor a la lectura. Quería que fuera como Arianna, una réplica perfecta de mamma, preocupada por trivialidades, por la moda y el brillo superficial. ¿Yo? Prefería los libros. Prefería el

silencio. Prefería el aislamiento que me protegía de esta farsa que ellos llamaban familia.

Levanté la mirada y percibí la mirada afilada de mamma sobre mí. Era la única mujer en la mesa que comió todo. Kristen y Arianna revolvían distraídamente sus platos, como si la comida fuera un accesorio, algo que solo existía para ser observado, nunca saboreado. Su mirada se estrechó, un desprecio que ardía más que cualquier insulto.

La tensión en la mesa era casi física. El silencio, opresivo. No era como ellos, nunca lo fui y nunca lo seré.

— Tengo algo importante que decir —anunció papà, limpiándose los labios con la servilleta de tela. Su voz era una hoja que cortaba el aire pesado en la mesa. — El Don vino a buscarme.

La atmósfera cambió en un segundo. Kristen y Arianna casi saltaron de las sillas, soltando gritos agudos, como si una bendición divina hubiera descendido sobre nosotros. La sonrisa de Arianna creció y sus ojos brillaron de emoción, como si vislumbrara algo grandioso. Ajustó los hombros, en un gesto automático de quien siempre estaba lista para ser admirada. Mamma puso la mano sobre la de ella, ambas intercambiaron miradas cargadas de expectativa, como si ya supieran lo que estaba por venir. Mi corazón se apretó en el pecho, una sensación de asfixia que solo aumentaba.

— ¡No lo puedo creer, papà! —exclamó Arianna, casi sin aliento. — ¿Qué quiere? ¿Cuándo será?

La respuesta llegó con el peso de un martillo.

— El Don necesita una novia... y ha elegido a nuestra familia. — Las palabras salieron lentamente, cada sílaba cargada de una responsabilidad que parecía aplastar el aire a mi alrededor. La mirada de papà se volvió hacia mí; por un momento, el silencio era ensordecedor. — Aurora, te casarás con él el 12 de febrero. La celebración será este sábado. Quiero la casa lista, será una ceremonia privada. No me avergüences.

El impacto de esas palabras fue como un golpe en el estómago. El silencio cayó sobre la mesa como una sentencia de muerte. La sonrisa de Arianna desapareció, reemplazada por una ira que ardía en sus ojos. Me miró con una furia desenfrenada, mientras sus manos temblaban de odio. Apreté las mías debajo de la mesa, tratando de contener la ola de desesperación que amenazaba con consumir me. Sentí el impulso desesperado de huir, de correr a mi cuarto y esconderme de esta nueva realidad.

— ¡Esto es un absurdo! — Mamma golpeó la mesa, su voz cargada de incredulidad y rabia contenida. — Aurora va a ser monja, ¡Arianna debería ser la Colatto!

— ¡Basta! —gritó papà, su voz resonando en el silencio de la sala, haciendo que el aire se volviera aún más denso, casi imposible de respirar. — Aurora se casará, y no quiero escuchar más nada al respecto. Arianna ya estuvo casada y no tuvo hijos. Raffaello Colatto necesita una novia pura, fértil. Y quiero nietos. Prepárense. Si me dan vergüenza, acabaré con todos ustedes. ¿Quedó claro?

Sus palabras cayeron como una sentencia final. El rostro de Arianna estaba rojo de odio, sus ojos brillando con lágrimas de rabia contenida. Cuando habló, fue casi un gruñido entre dientes:

— Sí, papà... Ayudaré a mi hermana a prepararse.

— No hace falta. Margo ya la llevó a elegir el vestido hace unos días —informó él, seco y sin emoción, como si eso fuera solo otro detalle insignificante. Odiaba la tarde que perdí buscando una ropa adecuada. — Solo necesitan cuidarse a sí mismas.

— ¿Vas a dejar que la sirvienta se encargue de la boda de tu hija? —Mamma lo atacó, la voz envenenada de desprecio.

— Si salieras de la capilla y de la habitación, tal vez pudieras ayudar, Rosana —él la interrumpió fríamente, sin siquiera elevar la voz. — Ahora basta.

Cuando papà y Alex salieron, me levanté de la mesa, mi cuerpo temblando. No podía soportar otro segundo en ese ambiente sofocante. Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso más, la explosión de Arianna me golpeó.

— ¡Eres una ladrona de hombres! ¡Lo sedujiste! —su voz era afilada como una hoja, atravesando el aire entre nosotros. Sus palabras me golpearon como cuchilladas.

— No hice nada — murmuré, mi voz débil, consumida por el dolor que crecía en mi pecho. — Ni siquiera lo he visto en años.

— ¡Mentirosa! — gritó, su ira hirviendo. — ¡Robaste al hombre que amo!

La injusticia me golpeó, mi voz, finalmente, adquirió fuerza. Estaba cansada de ser el blanco de las frustraciones de todos.

— No elegí esto, Arianna. Si quieres culpar a alguien, culpa a nuestro padre. No hice nada para merecer esto.

El grito agudo de Arianna reverberó por la sala, su dolor desbordando como lava. Su furia era casi tangible.

— ¡Te odio, Aurora!

Sus palabras me golpearon con fuerza bruta, como un puñetazo en el estómago. Sentí que mi mundo se desmoronaba. Luché por contener las lágrimas. No podía flaquear, no ahora.

— No me odias... —susurré, intentando mantener una calma amarga. — Odias esta situación. Pero no fui yo quien la eligió.

Arianna se levantó de repente, el desprecio claro en cada gesto. Sus ojos ardían de furia; lanzó la última puñalada con crueldad.

— Él se avergonzará de ti. —Las palabras eran veneno puro. — Todos saben que Raffaello prefiere modelos delgadas y morenas. Eres una cerda gorda.

Tragué en seco, luchando contra el nudo que se formó en mi garganta. Mis ojos se entrecerraron, respondí con una frialdad calculada:

— Si él me eligió, es porque sabe quién soy. —Mi voz era baja, pero afilada. — Ahora, si me das licencia, les deseo buenas noches a todos.

Salí de la sala casi corriendo, cada paso más pesado que el anterior, como si el peso de mi nueva realidad me estuviera hundiendo, arrastrándome hacia un lugar sombrío del que no podía escapar.

Cuando entré en mi habitación, cerré la puerta con fuerza, pero no tanto como para atraer la atención. No quería más peleas, no ahora. Me dejé caer en la cama, acurrucada como una niña perdida, intentando esconderme del mundo, de las palabras crueles que resonaban en mi mente, de las voces de mi propia familia.

De repente, escuché la puerta abrirse detrás de mí. Me giré de lado; por un momento pensé que era Arianna, lista para continuar el ataque, pero no era ella.

— Aurora.

La voz fría y dura de mamma me hizo congelarme. Estaba allí, de pie en el umbral de la puerta, los ojos afilados como cuchillas, el rostro pálido y rígido, los labios comprimidos en una línea fina de desaprobación.

— Mamma... —susurré, mi voz falló mientras intentaba levantarme de la cama, pero ella avanzó por la habitación.

Ella se sentó al borde de la cama, la mirada fija en el suelo por un momento, antes de levantar los ojos hacia mí. La expresión en su rostro saltó entre el desdén y la ira, como si se estuviera preparando para vomitar verdades amargas que había guardado durante años. Su voz era baja, pero cada palabra que salía de sus labios era una cuchilla afilada.

— Nunca quise tener más hijos, Aurora — comenzó, arrastrando las palabras como si pesaran una tonelada. — Fuiste un error. Un error que me costó la juventud, la belleza, y ahora, la paz.

Sus palabras me golpearon como cuchilladas en el pecho, una tras otra, asestadas sin piedad. Sentí las lágrimas ardiendo detrás de mis ojos, pero no permitiría que cayeran. No aquí. No ante ella. Intenté mantener el control, pero mamma no se detuvo. Continuó, implacable:

— Todo mi embarazo fue una pesadilla. —Su tono llevaba una crueldad fría, casi ensayada. — Engordé demasiado, no podía respirar, mis pies parecían elefantes. ¿Y el

parto? — Movió la cabeza con desdén. — Fue horrible. Horas de dolor. Cuando naciste y vi ese cabello rubio... supe que serías diferente. Y desde entonces, solo me has traído desilusión.

Sentí un nudo crecer en mi garganta. Intenté hablar, cualquier cosa, pero ella no me daba espacio. Mamma estaba en su juicio final, y yo era la acusada condenada.

— Mamma, yo... — intenté interrumpir, pero levantó la mano, cortando mi habla.

— ¿Y ahora esto? — Sus ojos ardían de acusación. — Robaste el futuro de tu hermana. Ella amaba a Raffaello, él debía ser de ella. Y tú, siempre tú, destruyes lo que pertenece a los demás. ¿Dónde fue que me equivoqué contigo?

Mi cabeza giró; el peso de sus palabras era casi insoportable. Intenté protestar, pero mi garganta estaba tan apretada que apenas podía susurrar.

— No hice nada, mamma... — mi voz falló, apenas reconocible incluso para mí.

Sus ojos se entrecerraron, fríos como el invierno. Ella se inclinó un poco más cerca, y las próximas palabras cortaron más profundo.

— ¿No hiciste nada? — susurró, con un veneno que heló mi sangre. — Exististe, Aurora. Naciste. Y eso ya fue suficiente para arruinarlo todo.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse, pero me negaba a llorar. No le daría esa satisfacción. Mamma se volvió, lágrimas amargas corrían por su rostro, pero su mirada era implacable.

— Prometí que serías monja — continuó, la voz quebrándose. — Rompí esa promesa. Ahora, te casarás con el hombre que debería ser de Arianna, y eso arruinará su

vida... y la mía también.

Sus palabras hacían que mi cabeza girara. La náusea subió por mi estómago, mezclada con el dolor y el peso de la culpa que ella descargaba sobre mí. Intenté una vez más encontrar mi voz.

— Mamma, no tuve opción... — intenté argumentar, pero la voz salió temblorosa, casi inaudible.

— ¡No me importa! — gritó de repente, golpeándose la cabeza con fuerza. — ¡La culpa es tuya! ¡Todo esto es tu culpa!

Sus gritos resonaron en la habitación, y me encogí. Se levantó abruptamente de la cama, caminando de un lado a otro, perdida en su furia, golpeándose la cabeza. Ya la había visto así antes. Siempre me asustaba. Una vez, se hizo tanto daño que papà tuvo que internarla.

— Mamma, por favor... — intenté acercarme, mis manos extendidas hacia ella, tratando de impedir que se lastimara.

Ella se deshizo de mí con un empujón brusco, y luego caí. El dolor en mi hombro era agudo, pero insignificante comparado con el dolor que ardía dentro de mí. Intenté levantarme, pero mis piernas temblaron, débiles.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe. Papà y Alex entraron en la habitación, atraídos por los gritos. Papà corrió hacia mamma, sujetándola con fuerza de los brazos.

— Rosana, ¡basta! — rugió papà, su voz firme, mientras Alex intentaba contenerla. — La llevaré a su cuarto. Aurora se casará, y eso ya está decidido.

— ¡No! — gritó, la voz llena de desesperación, mientras se debatía en sus brazos. — ¡Tú has arruinado todo!

Alex la levantó en brazos, llevándola hacia afuera, mientras ella continuaba debatiéndose, llorando y gritando. El sonido de sus gritos desapareció en el pasillo, dejando un silencio opresivo en la habitación.

Papà se volvió hacia mí, el rostro duro como piedra, los ojos sin compasión.

— No provoques a tu madre. — Su voz fue fría, cortante. — Tenemos suficientes problemas sin que tú empeores las cosas. Cierra la puerta y prepárate para el compromiso. No me des vergüenza.

Salió sin esperar una respuesta, y el silencio que quedó era ensordecedor. Me quedé allí, caída en el suelo, el hombro palpitando, pero el dolor físico era pequeño comparado con lo que sentía en el pecho. Contuve las lágrimas con todas las fuerzas que me quedaban. No iba a llorar. No más.

Me levanté lentamente, tambaleándome hacia la puerta. La cerré con llave, como él había ordenado, y me volví para enfrentar la habitación que parecía cerrarse a mi alrededor, como si las paredes se estuvieran apretando lentamente. El mundo afuera estaba sumido en la completa oscuridad, pero dentro de mí, la oscuridad ya había tomado el control desde hacía mucho tiempo.

Me senté en el borde de la cama, temblando. Mi respiración era pesada, como si el aire no entrara correctamente en mis pulmones. Intenté alejar las palabras de mamma, pero seguían resonando en mi mente. "Exististe. Arruinaste todo."

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no iba a llorar. Repetí eso, casi como un

mantra. No lloraría.

De repente, escuché un leve toque en la puerta. Mi cuerpo se tensó. ¿Quién sería? ¿Alex? ¿Papà? ¿O tal vez Arianna, lista para atacarme de nuevo?

Caminé hacia la puerta y la abrí lentamente. Allí estaba Margo, con una expresión preocupada, sosteniendo una taza de té.

— Mi niña... — comenzó ella, su voz suave, casi una caricia para mis nervios a flor de piel. — Traje té. Pensé que podrías necesitarlo.

La gentileza inesperada de Margo era como una oleada de calor en un mar helado. Casi me hace desmoronarme. Pero no me desmoroné. Solo asentí y acepté el té con manos temblorosas.

— Gracias, Margo — murmuré, tomando un sorbo del té. El calor del líquido era reconfortante, aunque solo superficialmente.

Ella me miró con empatía, como si comprendiera todo lo que estaba pasando, aunque no dijera nada. Era la única persona en esta casa que me veía más allá de las expectativas de papà, más allá del error que tanto despreciaba mamma.

— Siempre estaré aquí para ti, señorita Aurora — dijo, su voz llena de ternura. — Vas a lograr superar esto.

Sus palabras eran una promesa en la que desearía poder creer. Pero, por dentro, algo estaba roto, algo que no sabía si podría ser reparado.

— Lo intentaré, Margo... — dije, tratando de sonreír, pero fracasé miserablemente.

Ella me ofreció una sonrisa triste antes de salir. Cuando cerré la puerta, el peso del

mundo volvió a caer sobre mí. El té calentó mi cuerpo, pero no mi alma. Dejé la taza de lado y me dejé caer en la cama, perdida en pensamientos oscuros sobre lo que estaba por venir.

La boda. Raffaello Colatto. Un hombre temido por todos.

Ya había escuchado las historias. Sabía lo que decían. Él no amaba. Él tomaba. Y lo peor de todo ¿Yo no tenía elección?

Cerré los ojos, tratando de controlar la respiración, tratando de mantener la fortaleza que Margo veía en mí. Pero, por dentro, todo estaba en ruinas.

Tumbada en la oscuridad, con el corazón pesado y pensamientos turbulentos, dejé que las sombras de la noche me envolvieran. Esta boda sería mi final.

Capítulo 04



Estaba en la sala de música, sola, dedicándome al violín. Los acordes reverberaban en las paredes mientras ensayaba para una presentación en un evento benéfico que la universidad organizó para los indigentes. Madre Teresa, nuestra líder implacable, exigía nada menos que perfección. En casa, tocar siempre era un desafío; mamma se incomodaba con el sonido, y papà murmuraba que debía dedicarme al piano, siempre impaciente con el violín, diciendo que perturbaba su concentración.

Deslicé el arco suavemente sobre las cuerdas, con los ojos fijos en la partitura frente a mí. Conocía cada nota de memoria, pero aun así me negaba a tocar de memoria, temiendo cometer un error, incluso el más insignificante. Estuve allí más de dos horas, inmersa en las notas que parecían calmar la inquietud dentro de mí. La música me llevaba lejos, a mundos donde las preocupaciones y los destinos trazados por otros no existían.

Cerré los ojos por un breve momento, dejando que la melodía me envolviera. Mi corazón comenzó a latir más rápido, como si estuviera en perfecta sincronía con la

música. Por un instante, el resto del mundo desapareció; solo estábamos yo, el violín y la sensación de libertad que él me proporcionaba. Al tocar la última nota, escuché aplausos, y al abrir los ojos, allí estaban Juliano y Katty, entusiastas.

— ¡Bravo! — gritó Juliano, exageradamente. Katty hizo una reverencia; los dos parecían dos tontos, pero sonreí. Guardando el violín y las partituras, tomé mi celular y vi un mensaje de mi hermano. Advertía que evitara caminar por la ciudad sin escolta. No sabía si el *capo* lo aprobaría. Revolví los ojos ante la insistencia de siempre.

— ¿Es cierto que te vas a casar? — preguntó Juliano, con curiosidad en la mirada.

— ¿Con Raffaello? — completó Katty, el ceño fruncido en confusión.

Juliano suspiró. A diferencia de Katty, él, al igual que yo, había nacido en el seno de la mafia. Sabíamos cómo funcionaban las cosas; siempre había logrado ocultar su verdadera identidad. Para nuestro círculo, no había elección. El padre de Juliano solo le había permitido asistir a la universidad porque papà pidió que cuidara de mí y asegurara mi protección.

— Nuestro Don, y ahora prometido de Aurora — confirmó Juliano, tirando de una silla y sentándose. A pesar de la calefacción encendida, un frío cortante invadía la sala, resonando con el invierno brutal que nevaba afuera.

— Entonces, ¿vas a ser obligada, amiga? — preguntó Katty, el pesar evidente en su tono.

Dejé de arreglar mis cosas y la miré. Sus ojos reflejaban una genuina preocupación, algo que, en otras circunstancias, habría apreciado más. Sin embargo, esa era mi realidad.

— Es un acuerdo entre nuestras familias — comencé, intentando mantener la voz firme. — Él me eligió como novia y no puedo rechazar. Papà no quería, pero casarme con un hombre como Raffaello es un gran honor. —Solté una risa nerviosa, tratando de romper la tensión del ambiente.

— Si es un honor, ¿por qué no pareces feliz? — Katty se inclinó, los ojos entrecerrados, como si intentara ver más allá de lo que estaba diciendo.

Suspiré. ¿Cómo podría explicarle? Casarme con el ex-prometido de mi hermana era, como mínimo, desconcertante. La diferencia de edad — veintiún años — no era lo que más me incomodaba, sino el peso de esta situación, la presión de estar ligada a él de una manera que nunca había imaginado. Además, Katty ni siquiera sabía de la existencia de los guardias que me seguían a todas partes, mientras Juliano escondía su orientación sexual con una destreza que yo jamás tendría.

— Solo estoy nerviosa — mentí, forzando una sonrisa. — Es más viejo y viudo. No sé qué esperar.

Katty rió, con los ojos brillando de malicia.

— Amiga, los hombres mayores son increíbles. Saben cómo hacer a una mujer se corra.

Me sonrojé, pero no pude evitar una sonrisa tímida. Katty tenía una manera directa de ver las cosas.

— Estoy enamorada del mejor amigo de mi padre — continuó ella, divirtiéndose. — Pero solo tiene ojos para las rubias.

— ¡Eres una pecadora! — exclamó Juliano, riendo. — ¿Entonces ya han tenido

relaciones sexuales? —preguntó, levantando una ceja.

— ¡No! — Katty sacudió la cabeza, con los ojos abiertos de par en par. — Pero siempre he tenido una debilidad por él, aunque nunca tuve valor para avanzar.

— ¿Cuántos años tiene? — preguntó Juliano.

Ella suspiró soñando despierta.

— Treinta y ocho.

Era irónico que el hombre por el que Katty suspiraba fuera más joven que mi prometido. Revelar la edad de Raffaello parecía una locura. Al escuchar a Katty hablar así, parecía natural enamorarse de un hombre mayor. Sin embargo, mi situación no tenía nada de natural.

— Voy a hablar con madre y cancelar mi inscripción en el curso de monja — dije de repente, interrumpiendo el flujo de la conversación, sin poder ocultar la tristeza en mi voz. Durante años, pensé que mi destino sería el convento. La música y la paz silenciosa me bastaban, hasta que el tapete fue arrancado de debajo de mis pies.

— Me alegra que no vas a morir virgen — bromeó Katty, riendo de su propia broma. — Piensa en el lado positivo, Aurora. Puedes construir una familia.

— ¡Voy a ser una madre gorda! — me burlé de mí misma, haciéndolos reír. — Haré justicia a las películas.

— ¿Gorda? — Katty puso los ojos en blanco. — ¡Eres hermosa! Haría cualquier cosa por tener tu figura. — Golpeó su cintura delgada, haciendo una mueca de desdén.

Sonreí para ella, lanzando un beso al aire, mientras salía de la sala de música.

Caminé por los pasillos de la universidad, apretando mi abrigo contra el cuerpo. El frío era implacable, pero no era solo eso lo que me hacía encoger. Sentía las miradas de las chicas de La Falce Nera. Desde pequeña, me acosaban, tiraban de mi cabello, se burlaban de mi cuerpo. Nunca logré defenderme de ellas. Nunca.

Respiré hondo al entrar en el pasillo oeste, deteniéndome frente a la oficina de Madre Teresa. Toqué varias veces, hasta que escuché el permiso para entrar.

Al abrir la puerta, la encontré sentada detrás del escritorio, con unas grandes gafas que apenas cabían en su rostro arrugado. Me miró por encima de las lentes, con los guantes negros contrastando con su piel pálida.

— Aurora, ¿en qué puedo ayudarte? — preguntó, interrumpiendo la lectura de algunos papeles y fijando su mirada firme en mí.

— Quiero cancelar mi inscripción para ser monja — murmuré de una vez, las palabras saliendo como un susurro.

— ¿Por qué? — Ella me miró con sorpresa.

— Me voy a casar pronto — revelé, apretando la correa del estuche del violín, que, de repente, parecía pesar toneladas sobre mis espaldas.

Suspiró, comprendiendo más de lo que imaginaba.

— Entiendo... Bueno, en ese caso, solo podré contar contigo para el musical, ¿cierto?

— Sí — confirmé, agradecida de que no hiciera más preguntas.

— Harás un solo, Aurora. No admito errores — declaró, con voz dura pero justa.

— Las chicas del coro necesitarán ensayar contigo.

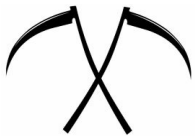
— Está bien.

Me miró por encima de las lentes.

— Pregunta a tu prometido si le permite que hagas la presentación. No quiero escándalos en el evento.

Tragué en seco, sintiendo un frío diferente en el estómago. Aún no había intercambiado una sola palabra con Raffaello y no tenía idea de cómo abordar ese tipo de asunto. Si hablaba con papà, probablemente me sacaría de la presentación de inmediato. Él detestaba los eventos benéficos.

— Sí, señora. Preguntaré — prometí, saliendo de la sala con un peso en el pecho.



Al entrar a casa, me detuve al escuchar las risas de mi mamma, que conversaba con Arianna y Kristen. Me quedé allí, admirando el sonido alegre que llenaba el aire. Era agradable verla así, aunque no fuera por mi causa. Mamma nunca sonreía hacia mí; a lo largo de los años aprendí a aceptar mi lugar. La vida no siempre se desarrollaba como deseábamos o imaginábamos.

Respiré hondo, decidiendo regresar, pero al girar, me encontré de frente con papà, que me observaba con una mirada severa. Suspira.

— ¿Qué haces ahí, Aurora? — indagó, con un cigarro en la boca, el humo

subiendo como sus ánimos.

— Iba a volver, papà. Quiero cuidar un poco de las flores — omití, ocultando la verdad.

Negó con la cabeza, sacando el puro de la boca.

— Te vas a enfermar. ¡Mira cuánto está nevando! No quiero que Colatto piense que estamos dañando la mercancía — rugió, irritado. Sus palabras me cortaron como una hoja, pero logré sonreír. — Entra. Sube, toma un baño caliente y descansa — ordenó.

Eso era lo que yo era — una mercancía — que no podía ser dañada. No era su hija, solo era una pieza en sus negocios. Odiaba a papà por eso. Quería gritar, negar sus palabras, recordarle que era sangre de su sangre, pero sabía que eso no serviría de nada. Las reglas de nuestro mundo eran rígidas y yo estaba atrapada en ellas.

— Sí, papà — respondí, tragando el nudo en mi garganta.

Me giré y entré. Al pisar en la sala de estar, todos me miraron. Mamma desvió la mirada, Arianna continuó bebiendo su café, mientras Kristen me lanzó una sonrisa que parecía más una máscara que un gesto sincero.

— ¡Aurora! —Su voz exudaba una falsa animación. — Decidimos que te llevaremos a una despedida de soltera.

Parpadeé, incrédula.

— Gracias, pero tendré que rechazar —dije. — No me gustan esas cosas.

— Todas hemos tenido y tú también debes tener, es una tradición —insistió mi

cuñada, como si eso hiciera todo aceptable.

— No, gracias. —Asentí con la cabeza, dirigiéndome hacia las escaleras.

— ¡Deja de ser ingrata, vaca! —gritó Arianna, su frustración desbordando. — Estamos intentando apoyarte, ya que no tienes amigos.

Me detuve en seco, la sangre ardía en mis venas. Papà ya se había retirado a su oficina, pero la ira hervía dentro de mí. Siempre traté de ignorar sus palabras afiladas, pero estaba al borde del colapso.

— No quiero nada que venga de ti —hablé entre dientes, con la voz entrecortada. — No me gustan las despedidas de soltera y prefiero tener una noche tranquila antes de mi boda con el Don. Con permiso.

Corrí escaleras arriba, entré en mi habitación y cerré la puerta con llave. Mis manos temblaban; cerré los ojos, tratando de rezar para calmarme, pero la oración no venía.

Saqué la mochila de la espalda y la dejé sobre el sillón de la esquina. Guardé mi violín en el armario del closet y cerré la llave, recordando que mamma ya había roto uno antes; no iba a arriesgarme a perder otro.

Fui a bañarme y, al mirarme en el espejo, vestida solo con ropa interior, una dolorosa sensación me invadió. Las estrías en los lados de mis caderas, en las piernas, senos y trasero parecían marcas irreparables. Algunas eran blancas, otras moradas, todas visibles. Quizás Arianna tenía razón; Raffaello solo querría verme en la oscuridad.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 05

El hombre postrado frente a mí parecía más pequeño de lo que imaginaba. Un policía corrupto que se atrevió a meter la mano donde no debía —desviar parte de mi carga y embolsarse las ganancias en sus propios bolsillos mugrientos. Pero no estaba solo en esta traición. Su superior, una rata oportunista, huyó cobardemente a Chicago, buscando refugio con un aliado que creía estar fuera de mi alcance. El delegado, al igual que el alcalde, cometió un error fatal. Creyeron que podían robarme en mi propio territorio, que tenían el derecho de desafiarme. Para mí, esto era imperdonable. Y el hecho de que me acostara con Amélia no le daba a Soal, el alcalde, la ilusión de que éramos amigos. Peor aún, que podría subestimarme. Amélia... no era más que un pasatiempo. Nada más.

Giraba el cuchillo entre mis dedos, el brillo de la hoja reflejaba la tenue y sucia luz del almacén. El hombre en el suelo se contorsionaba, su respiración irregular, cortada por sollozos patéticos que llenaban el aire de una desesperación casi palpable. Me agaché a su lado, sintiendo el pavor emanar de su piel, un miedo tan intenso que casi tenía olor. El pavor, para mí, era tan real como la sangre que pronto mancharía el suelo frío bajo nosotros.

— No implores. —Mi voz salió baja, un susurro afilado que cortó el silencio como la hoja que sostenía.

— Yo... solo hice lo que me mandaron, Don Colatto... —el desgraciado sollozaba,

cada palabra ahogada por la desesperación que lo consumía. — Tengo dos hijas... y un niño en camino. Soy un padre...

Su lamento me irritaba. Esa debilidad asquerosa, el intento patético de apelar a algún vestigio de compasión. No había compasión en mí para él. Agarré su lengua sin dudar, apreté con fuerza y, en un rápido movimiento, la corté con el cuchillo. El grito que siguió fue algo primal, un sonido gutural, crudo, que resonaba por el espacio y penetraba el silencio como un grito proveniente de las profundidades del alma. Se debatía desesperadamente, la sangre brotó caliente y espesa, sus manos intentando en vano detener el torrente rojo que fluía de su boca mutilada.

Sin siquiera mirar el trozo de carne que acababa de arrancar, lo arrojé a los perros. Bordi fue el primero en saltar, atrapando la carne en el aire, devorándola con avidez, mientras los otros dos perros, Loc y Blooy, gruñían ansiosos, esperando el siguiente trozo. Él gemía de dolor.

Me levanté con calma, limpiando la hoja en la chaqueta empapada de sangre del policía. Mis ojos observaban cada espasmo que recorría su cuerpo, cada contracción involuntaria de dolor. Sin embargo, mi mente ya estaba lejos, calculando fríamente el siguiente paso.

— Setecientos mil... directamente a tu cuenta. —Solté una risa baja, fría, mientras él se retorcía una vez más, la sangre y las lágrimas mezclándose en una grotesca fusión de desesperación y muerte inminente. — Te dejaré que tu esposa viva —continué, mi voz ahora casi casual. — Soy un hombre de compasión... cuando se trata de viudas.

Di algunos pasos atrás, observándolo hundirse en su propia miseria, con la mirada fija de puro terror e impotencia. Caminé tranquilamente hacia la silla colocada a unos

metros de distancia y me senté, aún con la mirada en la escena delante de mí. Hice un leve gesto con la mano, sin desviar los ojos de él, y Raul, siempre atento, soltó a los perros. Bordi, Loc y Blooy, mis tres monstruos entrenados, avanzaron sobre él.

Tomé mi celular, casi indiferente al caos que se desarrollaba a mi alrededor. El grito ensordecedor del policía apenas penetró la burbuja de concentración en la que estaba, mientras revisaba los mensajes. Un correo de Juan Fontana, mi futuro suegro, llamó mi atención. Él mencionaba que Aurora, mi prometida, quería continuar sus estudios. Fontana, por supuesto, sugería que, por él, ella podría dejarlo de lado, pero la decisión, como siempre, recaía en mis manos. Sonreí de lado al leer eso. Ignorar el mensaje parecía la elección obvia; resolvería esto con *mia bella ragazza*[1] más tarde.

Un rugido de agonía resonó por el almacén, sacándome de mis pensamientos mientras Loc hundía los dientes en la pierna del policía. El sonido de la mordida resonaba —un chasquido grotesco y húmedo, como carne siendo rasgada en una carnicería. Avanzó con ferocidad, desgarrando capa tras capa de piel y tejido, cada fragmento exponiendo la fragilidad humana en detalles brutales.

Primero, la epidermis, la capa externa de la piel, fue destrozada. Pequeños pedazos revoloteaban en el aire, mientras la sangre comenzaba a brotar de los capilares rotos. El rubor de un rojo vivo manchaba el suelo frío.

Luego, los dientes de Loc atravesaron la dermis, donde pequeños vasos sanguíneos, como el plexo venoso subdérmico, fueron desgarrados, aumentando el flujo de sangre. Las fibras de colágeno se rompieron, exponiendo el tejido más denso y elástico de la piel. Mientras Loc mordía más profundo, alcanzó el tejido subcutáneo, una capa más blanda y grasa, donde se ubicaban las venas más grandes, como la vena

safena magna. La grasa fue aplastada bajo la presión de las mordidas, esparciendo un líquido oleoso junto con la sangre.

La poderosa mandíbula del animal no se detuvo hasta alcanzar los músculos. El gastrocnemio, parte de la pantorrilla, fue desgarrado con fuerza, exponiendo fibras musculares rotas que se contorsionaban como si aún intentaran escapar de su destrucción. La sangre brotaba frenéticamente de los cortes, como las arterias tibiales posteriores, tiñendo el suelo con un tono más oscuro y viscoso.

Finalmente, el hueso fue revelado —la tibia, blanca y vítrea bajo la dura luz del almacén, brilló en contraste con la carne ensangrentada a su alrededor. Loc, aun sosteniendo el pedazo arrancado entre sus dientes, gruñía con intensidad, mientras el policía soltaba gritos incoherentes, mezclados con el sonido del dolor insoportable que resonaba en el espacio vacío.

El espectáculo frente a mí era algo que apreciaba. Ver el caos desenrollarse, el dolor desgarrar a un hombre, alimentaba algo profundo dentro de mí. El poder de decidir quién vive o muere, eso era insustituible.

Deslicé la mano en el bolsillo interno de mi saco, sacando el puro que había reservado para momentos como este. Con calma, saqué del otro bolsillo el cortador, una pieza plateada y afilada que brillaba bajo la luz. Sujeté el puro con precisión y corté la punta. Saqué el encendedor dorado que siempre me acompañaba. Giré lentamente el puro sobre la llama, calentando la punta para garantizar una quema uniforme. Inhalé por primera vez, llenando mis pulmones con el aroma robusto e intenso. Exhalé el humo lentamente.

— Buenos chicos —elogie a los perros que estaban sentados a mi lado, sus

mandíbulas manchadas de sangre mientras me observaban con lealtad.

Volví a inhalar, dejando escapar una nueva espiral de humo mientras mis ojos regresaban al hombre caído. Intentó murmurar algo, su voz quebrada por el dolor y el miedo. La fría luz del almacén reflejaba en los fragmentos expuestos de hueso en su pierna, un espectáculo grotesco pero aplastante.

— ¡Basta! —Mi orden fue clara, pero calma.

Loc y Blooy se detuvieron instantáneamente, aun gruñendo bajo, con sangre goteando de sus fauces. Me miraron, esperando un próximo comando, el cuerpo tenso como de soldados en posición de descanso.

— Buenos chicos —repetí, chasqueando los dedos para que se alejaran. Obedecieron de inmediato, lamiéndose las mandíbulas mientras se sentaban a mi lado, como si esperaran un premio.

Alimentar a mis perros con carne humana los hacía aún más feroces. Era un ciclo de poder, dolor y terror que yo comandaba con maestría.

El policía exhaló su último suspiro, su cuerpo hundiéndose en una agonía final antes de que el silencio dominara la sala. Me levanté lentamente, aun saboreando lo que acababa de presenciar. Con un gesto, llamé a Raul, quien se acercó, como siempre.

— Don Colatto —saludó, inclinando la cabeza en señal de respeto.

— Envía su distintivo a la delegación —ordené, con la voz fría. — Y deja una bolsa con veinte mil en la puerta de su casa. Dile a la viuda que abandone mi ciudad, o ella y sus hijos tendrán el mismo destino.

— Sí, señor. ¿Algo más? —Raul estaba, como siempre, listo para obedecer.

— No —respondí, mientras salía del almacén con pasos tranquilos.

Fuera, mi chofer ya me esperaba al lado del coche, mientras Nicolo, mi consigliere, estaba inmerso en su iPad, los dedos corriendo por la pantalla. Siempre era eficiente, calculador, por lo que confiaba en él. Sin embargo, eso no lo hacía intocable.

— El gobernador pidió una reunión —informó Nicolo, sin desviar la mirada del aparato. — Quiere confirmarla para hoy o posponerla.

Entré en el coche con un gesto firme y, sin vacilar, respondí:

— Ahora. Tengo media hora. Ni un segundo más.

— Sí, Don —murmuró, deslizándose al asiento trasero conmigo. — Por la agenda, parece que el tema es sobre alianzas y matrimonio.

Ajusté mi saco, desviando la mirada hacia el paisaje por la ventana. La política, para mí, siempre ha sido un juego sucio, pero jugaba bien. Hombres como el gobernador Joffre Smiths eran como cerdos hambrientos, siempre buscando un nuevo fango en el que hundirse. Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por dinero y poder. Patrociné la última campaña de Joffre, también la de su hijo, que ahora era senador. Fingían no ver lo que hacía y, a cambio, llenaban los bolsillos con billetes frescos. Era un trato beneficioso, pero las alianzas con los políticos eran frágiles. No comprendían lo que era la lealtad. Nunca lo entenderían.

Escucharía lo que Joffre tenía que decir. Después de todo, me debía muchos favores. Necesitaba asegurarme de que el próximo en ocupar su lugar fuera alguien que pudiera controlar. No tenía tiempo ni paciencia para lidiar con nuevos jugadores en este

tablero.

— Juan me llamó. — La voz de Nicolo interrumpió mis pensamientos. — Dijo que le gustaría retrasar la boda. Cree que la hija estará más bonita en primavera... y más delgada. También insinuó que Arianna sería una mejor esposa para ti.

Suspiré, irritado con las preocupaciones fútiles de Juan. Para mí, las estaciones o la apariencia de Aurora no importaban. El matrimonio era un acuerdo, y ya había decidido.

— Voy a adelantar la boda, dentro de menos de un mes. Quiero a Aurora siendo mía lo más rápido posible.

— Raffaello... —comenzó a hablar Nicolo, un intento velado de argumentar.

Lo corté de inmediato, mi voz firme:

— No empieces. Nos casaremos aún este invierno. Con ella delgada o gorda, da igual. —El tono finalizaba la conversación de forma definitiva. — Mantén los ojos firmes en Arianna.

— ¿Tienes miedo de que tu cuñada intente matar a Aurora? —provocó Nicolo, con una media sonrisa irónica que rara vez se atrevía a esbozar cerca de mí.

Mi mirada atravesó la suya, mi voz cargada de hielo y veneno:

— No, pero sé que intentará hacerle daño a Aurora.

Conocía a Arianna demasiado bien. Desde el final de nuestro compromiso, había guardado un rencor que se manifestaba en pequeños actos de crueldad contra su propia hermana. Siempre hablaba mal de Aurora a sus espaldas, siempre sembraba la duda.

Llevaba el peso de la amargura y de la culpa por la muerte de su prometido, años atrás. Y esa rabia, lo sabía, estaba dirigida hacia Aurora.

— Quiero más seguridad alrededor de Aurora — concluí, mi tono tan frío como calculado.

Nicolo respiró profundo, ponderando.

— Poner más seguridad alrededor de ella llamará la atención. Si quieres que Aurora siga pasando desapercibida, necesitas controlar tu posesividad, Raffaello.

Mi mirada se oscureció. Sabía hasta dónde podía llegar, pero le gustaba probar los límites. Un error.

— Sabes que puedo cortarte la lengua, ¿no? — amenacé, con la voz baja, un hilo de veneno que escurría entre cada palabra.

Nicolo, sin embargo, no era del tipo que se inmutaba fácilmente.

— Estoy aquí para mostrarte los mejores caminos, Raffaello. Nada más.

Sabía que estaba parcialmente en lo cierto. Pero mi posesividad por Aurora no era algo que pudiera controlar. Era instintiva. Ella sería mía. Y nadie se atrevería a interferir en ese destino.

El teléfono vibró en mi bolsillo. Un mensaje de Amélia. Abrí y me encontré con una foto explícita — ella con el dedo dentro de su propia vagina. Suspiré, sacudiendo la cabeza. Para ser una mujer tan experimentada, Amelia era imprudente la mayor parte del tiempo. La tentación de reaccionar era fugaz, casi inexistente. La ignoré. Poco después, apareció otro mensaje: una foto de sus senos, seguida de una amenaza patética.

Insinuaba que dejaría que otro hombre la probara si no la quería. Como si eso me importara.

Amélia había sido mi amante durante dos años, una relación física y conveniente, pero en las últimas semanas se había vuelto molesta. Tres meses atrás, cuando surgieron rumores de que estaba buscando una esposa, comenzó a exigirme más de lo que estaba dispuesto a ofrecer. Las demandas veladas, los intentos de provocar celos, hasta las sugerencias de arrodillarse... como si pudiera atraparme o alterar el curso de mi vida con gestos vulgares.

Jamás me casaría con una mujer como Amélia. No tenía lugar en mi futuro. Mis hijos nacerían de una unión respetable, una esposa digna, elegida cuidadosamente. Nunca permitiría que se involucraran en tratos o uniones indignas. Amélia... no era más que un entretenimiento, una distracción pasajera. Y pronto, ni eso sería.



Joffre sonreía para mí, el vaso de whisky en sus manos hinchadas, como si el líquido dorado fuera su escudo. A su lado, el hijo del medio, Joey, el senador, observaba la escena con ese brillo en los ojos que me irritaba — una confianza artificial, típica de hombres que nunca se ensuciaron las manos. Más alejado, el médico Ryan, a quien su padre había presentado a los medios como el primogénito, observaba en silencio. Cirujano general en mi hospital, no era exactamente el más brillante de la familia, pero era útil. Era raro ver al verdadero hijo mayor, un esclavo de los vicios, perdido entre la

cocaína y los cuerpos de prostitutas baratas. Este, ni siquiera Joffre podía mantenerlo bajo control.

— Colatto, sabemos que mi tiempo como gobernador se está acabando — comenzó Joffre, levantando sus pequeños ojos calculadores en mi dirección. — Joey seguirá mi legado, asumirá el cargo. ¿Podemos contar con tu amistad?

La palabra amistad era una máscara frágil, algo que hombres como él usaban para disfrazar lo que realmente querían: poder e influencia.

— Claro —respondí despacio, la voz baja, pero afilada. — Siempre que siga las reglas.

Joey se inclinó hacia adelante, con esa sonrisa irritantemente amplia en los labios.

— Seguiré, Don Colatto. Tengo grandes planes para Nueva York y, por supuesto, para todos nosotros. — Su voz rebosaba entusiasmo, un optimismo que despreciaba.

Solo asentí con la cabeza, sin devolver la sonrisa. La falsa confianza en los ojos de Joey era algo que me incomodaba profundamente. Los hombres como él — entusiasmados, demasiado animados— eran los que caían más rápido. Y más duro. Lo sabía. Ya había derribado a muchos antes que él.

Joffre, pareciendo satisfecho con el rumbo de la conversación, se levantó, acomodando el saco sobre su barriga voluminoso.

— Bueno, negocios concluidos —dijo con una risa que apenas ocultaba su ansiedad. — Hablemos de familia. Sabes, Colatto, tengo una hija... Stella. Creció en un convento, es una niña obediente. Ya tiene 19 años, sería una esposa maravillosa.

La palabra esposa flotó en el aire como un anzuelo. Estaba intentando negociar, desesperado por colocar a su hija en una posición ventajosa.

— Apuesto que sí —respondí, sin emoción. — Uno de mis *Underboss* está buscando esposa. Tiene un hijo pequeño para criar.

Joffre se detuvo por un momento, la tensión evidente en su rostro. La sonrisa nerviosa que soltó no me engañó.

— Don, ¿un viudo... para mi niñita? —Rió, negando con la cabeza, una risa forzada que casi lo hizo atragantarse con su propio whisky.

Lo miré directamente, mi voz firme, inquebrantable.

— Yo soy un viudo.

Su sonrisa vaciló por un instante. El gobernador secó su frente sudorosa, como si intentara procesar mis palabras, antes de soltar una risa ruidosa que resonó en el salón.

— Entonces, está acordado —dijo, intentando mantener el tono ligero. — Stella se casará con uno de tus hombres.

— Si él lo acepta —corregí, la voz baja, pero cargada de una certeza que lo hizo detenerse.

Joffre me miró, el malestar creciendo en sus ojos. Sabía que no tenía mucho poder allí. Yo, por otro lado, no me preocupaba por lo que él pensara. Volví mi atención a mi celular, ignorando la tensión que se instalaba en el ambiente.

Había llegado un nuevo mensaje. Uno de los guardias de Aurora me había enviado una foto de ella caminando por las calles, acompañada por la gobernanta de los Fontana.

Aurora parecía triste, su delicado rostro cubierto por una sombra de melancolía. Algo dentro de mí se agitó, como sucedía todas las veces que la veía.

Aurora siempre tenía ese efecto sobre mí. Su vulnerabilidad mezclada con la fuerza silenciosa que llevaba despertaba algo profundo, un sentimiento que prefería no nombrar. No era debilidad, sino un dominio feroz que crecía dentro de mí. Ella sería mía.

Joffre, al notar mi distracción, intentó retomar el control de la conversación con más risas y brindis vacíos. Pero, para mí, la reunión había terminado.

Capítulo 06



Corrí hacia la ventana, el corazón latiendo desbocado, mientras el vestido largo se arrastraba por el suelo. Me incliné sobre el alféizar, jadeante, y vi un Bugatti negro aparcando entre los copos de nieve que caían, cubriendo todo como un manto de hielo. Un hombre alto, envuelto en un abrigo gris, salió del coche, sus hombros anchos sacudiendo la nieve que insistía en caer sobre él. Cada paso que daba hacia la puerta principal era firme, autoritario; se detuvo, su mirada se volvió hacia la ventana donde estaba, como si pudiera leer mi alma, incluso a la distancia. La luz de mi habitación estaba apagada, solo la lámpara iluminaba débilmente el ambiente. Era imposible que me viera.

— ¡Niña, ven a terminar de arreglarte! ¡Tu padre te llamará pronto y si no estás lista, que Dios te proteja! — La voz alarmada de Margo me sacó de ese trance, arrastrándome de vuelta a la realidad. Ella entró apresurada en la habitación, su presencia sólida me envolvió.

Reacia, me alejé, todavía con la imagen de esa mirada penetrante grabada en mi

mente. Me acerqué a Margo y, de manera instintiva, la abracé. Sus brazos eran mi refugio, la presencia tranquilizadora que conocía desde siempre. Margo no era solo una gobernanta, era la mujer que me crió, mi verdadera madre. Siempre que sentía miedo, corría a sus brazos; cuando estaba triste, era en su regazo donde descansaba mi cabeza. Ella era la única que conocía mis secretos más profundos, mis angustias más oscuras.

— Ha llegado la hora — murmuré, más para mí que para ella. — ¿Crees que, al verme, él se echará atrás?

— ¿Por qué se echaría atrás, mi niña? — Margo me apartó un poco para mirarme, sus ojos marrones suaves como siempre, pero con un atisbo de preocupación.

Me senté en la cama para ponerme los tacones altos, los dedos de mis manos temblorosos. No quería usarlos, pero necesitaba parecer sofisticada. Papà se aseguró de contratar maquilladores y peinadores. Mi cabello rubio estaba recogido en un peinado intrincado, elegante, con unos mechones sueltos que caían al frente, suavizando mi rostro. El maquillaje era ligero, natural, con un labial rosa oscuro que contrastaba con lo que esperaban de mí. Miré mi reflejo en el espejo. Estaba bonita, pero no me reconocía.

— Porque, al verme, se dará cuenta de que no soy lo que imagina —confesé, con los hombros caídos. — Raffaello está acostumbrado a mujeres de pasarela... son delgadas, perfectas. ¿Yo? No soy como ellas.

Margo suspiró, colocando las manos sobre mis hombros.

— Fue él quien te eligió, querida. No al revés.

Su consuelo sonaba vacío. Sabía que me estaban empujando hacia un destino del cual no podía escapar, y aunque lo había aceptado, no lograba encontrar felicidad en

eso. Terminé de ajustar los zapatos y me levanté. Margo me entregó mi chal azul, que combinaba con el vestido largo de tono real. La falda era suelta, con una discreta abertura en el lateral, y el escote en la espalda era moderado y elegante. Miré nuevamente al espejo y forcé una sonrisa.

— Creo que estoy lista — dije, con la voz casi sin aliento.

— Tu padre te está llamando — me advirtió suavemente, su mirada cargada de algo que se asemejaba a tristeza. — Baja, mi niña.

Me di un último abrazo con Margo, absorbiendo su fuerza antes de salir de la habitación.

Me detuve en la cima de la escalera, mi corazón latiendo tan fuerte que sentí como si fuera a explotar. Cada latido resonaba en mi cabeza, mis manos sudorosas. El ruido de mi corazón casi ahogaba todo a mi alrededor, pero entonces mis ojos encontraron a Raffaello. Estaba de pie en la planta baja, su mirada gris, fría e impenetrable, clavada en mí. El aire a mi alrededor pareció congelarse. Respiré hondo, intentando mantener la compostura, y bajé despacio. Mis dedos se aferraron al pasamanos; los tacones altos no me daban la confianza necesaria para enfrentar a ese hombre. Al llegar al último escalón, me detuve, levantando el mentón.

Raffaello Colatto era imponente. Su 1,93 m de altura parecía aún mayor bajo la suave luz del vestíbulo. Su cuerpo esbelto, pero definido, estaba envuelto en un abrigo negro que destacaba sus anchos hombros y fuertes brazos. La camisa azul claro y la corbata negra eran una combinación impecable con los pantalones de sastre y los zapatos italianos. Por un momento, parecíamos combinar, pero sabía que era pura coincidencia.

Su barba estaba perfectamente arreglada y su cabello castaño oscuro peinado hacia atrás, impecables como todo en él. Intentaba forzar una sonrisa, pero cada fibra de mi ser quería correr de allí.

— Buenas noches, señor Colatto — murmuré, sorprendida al darme cuenta de que mi voz no vaciló.

Él me observaba con ojos afilados, demorándose en cada detalle.

— Raffaello, *piccola* — ronco, su voz grave teñida con un acento italiano que hizo que mi estómago se retorciera. — Pronto serás mi esposa, olvida las formalidades.

La sorpresa me impactó como una descarga eléctrica. Era brusco, directo, pero la forma en que me llamó "*piccola*" resonó en mí de una forma que no podía ignorar.

— Claro... Raffaello — dije, con voz incierta. — ¿Dónde está mi papà?

— Está en el comedor — respondió, sin rodeos. — Vamos a la oficina, quiero hablar contigo a solas.

Asentí, nerviosa, y me volví para conducirlo a la oficina de papà. A cada paso que daba, sentía su mirada pesada sobre mí, quemando mi piel. El perfume amaderado e intenso de él envolvió el aire a mi alrededor, y el sonido firme de sus zapatos contra el suelo me hizo sentir vulnerable. Abrí la puerta de la oficina, intentando controlar el temblor en mis manos, entré mientras escuchaba el sonido de la puerta cerrándose detrás de nosotros. Estamos solos. Por primera vez, sola con un hombre.

— Mírame. —La orden vino baja, pero lo suficiente para hacerme estremecer. Me volví lentamente, y allí estaba él, parado a centímetros de mí, una presencia abrumadora. Sostenía una pequeña caja de terciopelo azul.

Mi corazón se disparó.

— Señor... — comencé, mi voz fallando, pero intenté continuar. — Señor, por favor... ¡cásate con mi hermana!

Raffaello soltó una risa corta y burlona, arqueando la ceja oscura.

— ¿Casarme con tu hermana? — preguntó, el desprecio claro en su voz. — No quiero restos. Ya te elegí.

La firmeza en sus palabras me hizo querer desaparecer.

Algo dentro de mí se movió, el deseo de retroceder, de obedecer sus órdenes era inmenso, su mirada dura me aplastaba, pero tenía en mí un loco deseo de pelear con mi Don, una locura, no pude contener mi voz.

— ¡Ella no es un resto! — grité, tratando de sonar valiente. — ¡Ella es digna!

— ¡Basta! — rugió él, colocando la mano sobre mi boca. — Tu hermana ya estuvo casada y manchó el honor de tu familia. No es más digna de mí.

Sentí que mi cuerpo se paralizaba. No era la presión de su mano que me impedía respirar, sino su presencia. La intensidad de él me envolvía, casi asfixiante. El perfume, la proximidad, el poder que emanaba. Estaba sumergida en él, incapaz de escapar.

— Aurora — murmuró, más como una amenaza que como una promesa —, serás mi esposa, aunque tenga que arrastrarte hasta el altar.

Retiró la mano de mi boca, tomó mi mano izquierda y, sin ninguna delicadeza, metió un anillo de diamantes en mi dedo. Sentí el peso inmediato de la situación, como si ese simple gesto hubiera sellado mi destino. Estaba marcada.

Era suya.

— Entiende, Raffaello — murmuré, intentando recomponerme. — ¡Arianna te ama! ¿Cómo puedo acostarme a tu lado, sabiendo que estoy destruyendo a mi hermana?

Me miró, sin compasión en los ojos.

— ¡Basta! — susurró con frialdad. — Aprenderás a ser mía.

Lágrimas gruesas rodaron por mi rostro, nublando mi visión, pero, aun así, sentía la mirada de Raffaello quemar mi piel. Todo mi cuerpo se calentó bajo esa mirada helada e implacable. Intenté controlar mi respiración, pero el aire parecía no entrar. Cuando su mano fuerte envolvió mi cuello, el agarre no llegó a asfixiarme, pero el control era absoluto. La sorpresa hizo que mi vientre se retorciera de una manera que nunca había sentido antes, una mezcla aterradora de miedo y.... algo que me perturbaba profundamente.

Intenté alejarme, pero mi cuerpo tembló, embriagado por su presencia abrumadora. Raffaello me agarró por la cintura con la otra mano, pegando su cuerpo al mío. Estaba atrapada. El pánico subía por mi garganta, estaba paralizada por el miedo, por el calor que emanaba de él, por algo que no podía nombrar.

— Este matrimonio va a suceder, y te acostarás a mi lado. Probarás mi placer y aún suplicarás por más, como una esposa hambrienta por su marido. —Su voz baja y grave rozó mi piel, cada palabra goteando una amenaza susurrada. Su aliento caliente provocaba escalofríos en mi piel. — ¿*Hai capito*? [2]

Mi pecho subía y bajaba con dificultad, mi corazón latía tan fuerte que sentía cada pulso reverberar en mis costillas. Sujeté su muñeca con ambas manos, en un reflejo de

defensa, sabiendo que no tenía fuerzas para apartarlo. Y, en un impulso de pura valentía — o quizás desesperación —, reí, un sonido seco y desafiante que me sorprendió.

— Puedes tener mi cuerpo, Raffaello, pero nunca será por elección mía — dije entre dientes, manteniendo mi orgullo firme, aunque estaba al borde del colapso.

Él sonrió. No era una sonrisa común. No había amabilidad, ni calidez. Era una sonrisa que helaba el alma, una sonrisa sin dientes, fría y calculadora. Se inclinó, soltando mi cuello, y acercó los labios a mi oído, donde su risa ronca me dejó toda erizada.

— Ya eres mía, Aurora. Niegue lo que quieras — susurró él, la proximidad de su voz hizo temblar mi cuerpo. Luego, con un movimiento lento y controlado, se apartó, liberándome de su agarre.

Jadeante, apenas podía procesar lo que acababa de suceder. Mis dedos temblaron al limpiarme el rostro, pero él no me dio tiempo a recuperar el aliento.

— Ahora, limpia esas lágrimas. Hay una cena esperándonos, y no quiero que uses algo tan escotado así nuevamente. No me gusta que miren lo que me pertenece.

Parpadeé, aturdida, tratando de asimilar sus palabras.

— No voy a dejar de vestir mi ropa — rebatí, levantando la nariz en un intento de mostrar firmeza, a pesar de la voz temblorosa. — Este vestido es decente.

Mi valentía me sorprendía, pero, al mismo tiempo, me asustaba. Había algo en Raffaello que hacía que mi lengua se soltará, incluso sabiendo que era peligroso. El temor que sentía no podía sofocar la ira. Él destruyó mis planes de escapar de esta vida sofocante, la vida que nunca elegí. Nacer en el seno de la mafia nunca fue un privilegio

para mí.

Raffaello extendió la mano, la mirada firme.

— Vamos a cenar — dijo, con una calma controlada que solo amplificaba mi ansiedad.

Reacia, tomé su mano. Me limpié el rostro una vez más mientras caminábamos juntos hacia fuera de la oficina. El anillo de diamantes brillaba en mi dedo, una cadena invisible que ahora me ataba a él. Nunca pensé que llevaría un anillo de promesa, y ahora, al mirar el diamante, me di cuenta de que mis sueños, mis deseos y mi futuro habían desaparecido, diluidos en un mar de órdenes y control.

Cuando entramos en el comedor, papà y los demás se levantaron. Para mi sorpresa, el consigliere de Raffaello, Nicolo Rossi, estaba presente. Sus ojos azules, fríos y calculadores, se posaron sobre mi mano izquierda, y sonrió de manera condescendiente. Su esposa, Beatrice, me observaba con desdén. Sonrió, pero había veneno en esa sonrisa. Arianna me miró con puro odio, lágrimas silenciosas en los extremos de los ojos. Alex me miró con algo que parecía orgullo, mientras su esposa lanzaba miradas de desprecio.

Mamma no bajó, estaba en crisis. Mejor así.

— Estoy tan feliz de que pronto seremos una sola familia — declaró papà, acercándose con una sonrisa que casi nunca veía.

Esas palabras. Las mismas palabras que escuché hace dieciséis años. Un nudo se formó en mi garganta al recordar lo que ocurrió después. El fracaso, la tristeza.

— Gracias, Juan — dijo Raffaello, sin ninguna emoción. Apretó la mano de papà

con firmeza. — Quiero adelantar la boda para el próximo domingo.

Mi cuerpo se congeló. Giré la cabeza para encararlo, aterrorizada. Él me estaba castigando, lo sabía. Adelantar la boda era su forma de hacerme pagar.

— ¿Tan pronto? — preguntó papà, sorprendido. — Mi hija se está comprometiendo hoy. Apenas tendrá tiempo para disfrutar, Don.

— No hay nada que disfrutar — cortó Raffaello. — Aurora se convertirá en la señora Colatto lo antes posible. Mañana, mi personal vendrá a ayudar con la organización. Tendrá dos guardias acompañándola donde quiera que vaya. — Se volvió hacia mí, sus ojos fríos. — Continuarás yendo a la universidad, pero nunca estarás sola. No pisarás la calle sin que mis hombres te escolten.

Papà asintió, sumiso.

— Así será, Don — acordó, sin titubear.

Mi mano apretó la de él con fuerza, clavando mis uñas en su piel. Sentí la mirada de todos sobre nosotros, pero me mantuve firme para no desmoronarme. Raffaello me estaba castigando; todos lo sabían. Esta era la primera lección por haberlo desafiado.

Sentí el peso del mundo sobre mis hombros. Ya no había escapatoria.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 07

Entré en mi oficina en la Constructora Colatto y me dejé caer en la silla de cuero, soltando un pesado suspiro. Aunque ya no era el director ejecutivo, nunca permití que Giordano Tore tomara posesión de este espacio. Esta sala era un trono, y no renunciaría a lo que simbolizaba poder.

Renunciar al mando directo de la empresa que fundé a los dieciocho años fue un golpe para mi ego, pero necesario. La Falce Nera exigía toda mi atención. ¿Jugar a ser CEO fue placentero, pero conquistar toda la región noreste? Fue pura éxtasis.

Desde la cuna, mi destino estaba sellado. Ser heredero de la mayor organización criminal del país no era un título heredado, sino un trono conquistado, y las conquistas exigían sacrificios. Crecer en Roma, lejos del confort de mis padres y bajo los métodos implacables de mi abuelo, moldeó lo que soy actualmente.

A los seis años, aprendí a diferenciar sangre de tinta. A los siete, quité mi primera vida. Después de eso, maté tantas veces que perdí la cuenta. Cuando cumplí doce, la tatuaje de La Falce Nera fue grabada en mi espalda. Era oficial. Pertenecía a algo más grande que yo mismo. Pero Nueva York todavía estaba más allá de mi alcance. Mi abuelo se ocupó de eso. Me enseñó a sobrevivir, a no depender de nadie y, sobre todo, a pensar como un rey.

Cuando maté a papà a los dieciocho, no hubo arrepentimiento. Esa muerte fue el punto final de la vieja era y el inicio de mi imperio.

Ver a mi padre languidecer años después no trajo la misma liberación. Él era una sombra, un eco apagado. En cambio, mi abuelo era el horno que forjó cada fibra de mi alma.

Mi hermana, Carla, tuvo suerte. Creció sin cargar el peso que me aplastó. Aunque criada por los mismos padres ausentes, encontró su fuerza. Hoy, casada con Cassio Viela —uno de mis mejores *Underboss* —, vivía en paz. Di mi bendición al matrimonio, pero no sin antes dejar claro que, si él fallaba con ella, sería un hombre muerto antes del amanecer.

Cassio entendió el mensaje. Una conversación rápida en la fiesta de compromiso fue suficiente. Ahora, Carla me dio dos sobrinos gemelos, pero no tuve tanto contacto. No por falta de tiempo, sino por elección. Estaban protegidos, al igual que ella.

Nicolo entró sin tocar, un hábito que a menudo me irritaba, pero que toleraba por respeto a nuestra larga amistad. Aun así, a veces era necesario recordarle quién mandaba aquí.

— Juan Fontana está aquí —anunció, hundiéndose en la silla frente a mí, como si estuviera en su propia sala. — Hace dos horas que salimos de la cena de compromiso.

Inhalé mi cigarro lentamente, dejando que el humo se extendiera por el aire antes de responder:

— Mis hombres ya están en su casa. Tener mis hombres en su propiedad debe haberle alterado los nervios. Hazlo entrar.

Nicolo tecleó en su celular; minutos después, Juan apareció en la puerta, seguido de Juárez, siempre vigilante. Juan parecía una sombra de lo que debería ser, con la

cabeza baja y los hombros caídos, más pequeño de lo que era.

— Don, me gustaría discutir algo con usted —murmuró, titubeante, apenas logrando mirarme a los ojos.

Me acomodé mejor en la silla, estudiándolo durante algunos segundos antes de gesticular para que continuara.

— Habla.

Dio un paso adelante, pero sus ojos continuaron fijos en el suelo.

— Don, puedo proteger a mi familia. Agradezco su preocupación por mi hija, pero mis hombres son suficientes para cuidar de ella —dijo, intentando parecer firme, pero la vacilación en su tono era evidente.

Mi risa resonó por la oficina.

— No son tus hombres, Juan. Son los míos — corregí, cada palabra cargada de dureza. Mi voz era una hoja cortando cualquier pretensión de autoridad que él intentaba mantener. — Y si decido que deben seguirla hasta el baño, lo harán. Porque Aurora ha dejado de ser tuya; es mía.

Él tragó en seco, y sus hombros se tensaron, pero no se atrevió a levantar la mirada.

— Entiende algo — continué. — En este territorio, yo decido lo que sucede.

— Sí, Don — acordó. — Pido perdón si le ofendí.

— Aurora debe ser tratada como una reina. Un rasguño que ustedes le hagan — saqué el cuchillo de mi funda y tomé una de sus manos, pasé la hoja por debajo de su

uña, sacando sangre. Él tembló, tragó en seco, nervioso—, ustedes pagarán el doble.

Me incliné hacia adelante, la voz ahora baja y cortante, cargada de una amenaza que hacía que el aire pesara.

— Y si tienes alguna objeción, Juan... piensa muy bien antes de verbalizarla.

El silencio cayó pesado en la oficina. Juan, derrotado, murmuró algo en señal de acuerdo antes de hacer un breve gesto tembloroso y retroceder.

Lo observé dar la vuelta, cada paso resonando con una hesitación que no podía ocultar. Cerró la puerta con una delicadeza casi servil, como si temiera que cualquier ruido adicional pudiera reavivar mi ira. Mário lo siguió en silencio, pero no antes de lanzarme una breve mirada de confirmación, asegurando que seguiría mi orden al pie de la letra.

Caminé hacia las ventanas que iban del suelo al techo; el brillo de las luces de Nueva York pintaba reflejos dorados en el cristal.

La ciudad pulsaba como una criatura viva, inmensa e indomable, pero también controlable para quienes supieran cómo tirar de sus cuerdas.

La visión de la ciudad abajo era un recordatorio y una promesa. Todo esto era mío. Cada calle, cada edificio, cada persona que respiraba dentro de esos límites estaba, directa o indirectamente, bajo mi dominio.

— Simone Salvatori fue visto con tres soldados irlandeses —informó Nicolo.

Él estaba con el celular en la mano, mostrando en la pantalla una imagen de Simone Salvatori, uno de mis *Underboss*, conversando amigablemente con los

irlandeses. Cada detalle de la escena era una prueba de la cobardía de Simone, pero elocuente.

La furia subió caliente por mis venas, quemando como un veneno letal. Sin embargo, mantuve mi rostro impasible. Reacciones impulsivas eran para hombres débiles.

— ¿Cuándo fue esto? — quise saber, mi voz baja, pero afilada como una hoja a punto de cortar.

— Anoche, en un bar en la 52ª, Don. Simone debería haber estado encargado del transporte a Chicago — respondió Nicolo, directo, sin desviar la mirada.

Fijé mi mirada en la pantalla durante más tiempo del necesario, absorbiendo cada detalle de esa traición velada. Simone Salvatori no era solo un *Underboss*. Era el padre de Inês, alguien que había jurado lealtad no solo a la organización, sino a mí. Y ahora, su lealtad estaba en cuestión.

El silencio que siguió fue denso, cargado de intenciones que no necesitaban ser verbalizadas. El simple hecho de que Simone estuviera allí, con los irlandeses, era una afrenta que exigía una respuesta a la altura.

— Continúa vigilándolo — ordené finalmente.

Nicolo asintió, ya marcando el número del teléfono para activar a Juárez. Su eficiencia era una de las razones por las que permanecía a mi lado.

Cuando terminó, lo llamé antes de que cruzara la puerta.

— Y, Nicolo... — dije, mi voz calma, casi casual. Se detuvo, girando lo suficiente

para mirarme, atento.

— También trae a los soldados irlandeses. Quiero tener una conversación educada con todos ellos. — Mi calma era calculada, un velo que ocultaba la tormenta inminente. — Lo que es de Simone está guardado.

Una sonrisa fría apareció en los labios de Nicolo. Sabía lo que eso significaba. No necesitábamos palabras adicionales. En mi mundo, la lealtad se cobraba con sangre y la traición...

Bueno, la traición se recompensaba con dolor, y el dolor tenía muchas formas.

Tan pronto como salió, me levanté de la silla y caminé hacia la barra en la esquina de la oficina. Tomé una botella de whisky, sirviéndome sin prisa. El líquido dorado llenó el vaso mientras mis pensamientos tomaban forma.

La traición no era solo una afrenta personal; era un riesgo para todo lo que había construido. Cada acto de deslealtad era una grieta en la fundación de mi imperio, y las fundaciones agrietadas se desmoronaban con el tiempo. Eso no podía permitir.

Tragué un sorbo de whisky, saboreando el calor que descendía por mi garganta. La ira aún estaba allí, latente, pero controlada. Era una herramienta que usaría en el momento adecuado, de la manera correcta.

Simone aprendería esta lección de la peor manera posible. Y los irlandeses... Bueno, también entenderían que entrar en mi territorio sin mi autorización tenía un precio.

Dejé el vaso en la barra y volví a mi escritorio, ajustando los puños de mi traje.

Capítulo 08



Respiré hondo al salir de la habitación aquella mañana. Me habían prohibido ir a misa; mi prometido había exigido que toda la prueba del vestido, las elecciones para la boda, se hicieran ese día, en su lujoso cubierta en el centro de Nueva York. Papà me despertó a las 06:00 para pasarme una lista interminable de exigencias de Raffaello. Como siempre, terminó con su orden habitual: no causes problemas — como si tuviera elección. Mi estómago estaba vacío, retorciéndose de náuseas, pero eso no importaba. Nada más parecía importar.

Bajando las escaleras, vi a Margo esperándome en la sala, con su dulce sonrisa, siempre intentando consolarme. Mis ojos aún estaban hinchados de tanto llorar la noche anterior. Pensé que podría resistir a Raffaello, pero el desgraciado logró derribar todas mis defensas.

— Niña, tu conductor y seguridad ya están en la puerta — informó Margo, abrazándome rápidamente. La miré, confundida. — Los hombres del Don.

Solté el aire, sintiendo la presión aumentar en mis pulmones. Abracé mi grueso abrigo de lana contra mi cuerpo y forzé una sonrisa.

— Entonces vamos... el día será largo — murmuré, con una sonrisa temblorosa en los labios.

Al salir, vi el Mercedes plateado estacionado frente a la puerta. Dos hombres nos esperaban. Ambos con cabello corto, bien vestidos, y con una seriedad que solo hacía que la atmósfera fuera más sofocante.

— Señorita Fontana, soy Mário, su seguridad personal —dijo el primero, rígido como una estatua.

— Soy Paolo, su conductor — anunció el segundo, en un tono igualmente formal.

— Buenos días, soy Aurora. Podemos ir — respondí sin rodeos, con un dolor de cabeza formándose y el deseo desesperado de que este día se acabara lo más pronto posible.

Mário abrió la puerta trasera y me senté en el asiento de cuero blanco, tratando de ignorar la sensación de estar encerrada en una celda. Margo entró poco después. En menos de un minuto, el coche estaba en movimiento. Tomé mi celular y, sin pensar, abrí mis redes sociales. Me quedé atónita al ver varios mensajes de felicitaciones por mi compromiso. No había publicado nada sobre la noche anterior.

Una foto llamó mi atención. Era una imagen mía y de Raffaello, de la mano, sonriendo, o al menos así parecía. Pero sabía que era una sonrisa forzada, distorsionada por las lágrimas. Miré más de cerca, reconociendo el ángulo de la foto. Alguien la había publicado en mi nombre. Un comentario de Raffaello estaba allí: "En pocos días será

mía".

El choque me impactó como un puñetazo.

— Margo, ¿has tocado mi celular? — pregunté, mostrándole la pantalla.

— No, niña. — Suspiró.

— Entonces, ¿quién publicó esta foto?

Ella dudó, por un momento, antes de responder:

— Tu prometido exigió acceso a todas tus redes sociales y cuentas bancarias.

Sentí que mi estómago se hundía. ¿Ni siquiera me permitía tener privacidad?

— Quiere controlar hasta el aire que respiro — murmuré, riendo nerviosamente, sin creer lo que estaba escuchando.

— Quizás sea por tu seguridad — sugirió Margo, tratando de calmarme.

— ¿Mi seguridad? — Reí, pero esta vez con amargura. — ¿Quién podría amenazarme por Instagram? ¡Mi cuenta es privada! Esto no se trata de seguridad, se trata de control.

Con los ojos nublados de ira, marqué el número de Raffaello; en la noche de nuestro compromiso, intercambiamos números. Contestó al segundo tono.

— Estoy ocupado, Aurora. — Su voz era calma, pero firme.

— ¿Por qué tienes acceso a mis redes sociales? — pregunté, intentando controlar la furia.

— Soy tu prometido, me preocupo por tu bien —respondió él, sin emoción.

— Voy a cambiar la contraseña. ¡No invadas mi privacidad! —grité, incapaz de contener mi frustración.

— Haz eso y nunca más tendrás celular. La esposa de un Don no necesita estar exhibiéndose en fotos para el mundo.

— ¡Entonces cambia de novia, Don Colatto! — rugí, sintiendo las lágrimas de ira amenazando caer.

Él simplemente se rió, un sonido frío que heló mi sangre.

— Escoge un hermoso vestido, *piccola*. — Dicho esto, colgó en mi cara.

Sostuve el celular con fuerza, el pecho ardiendo de vergüenza, ira y una tristeza tan profunda que parecía ahogarme. Nunca quise esas redes sociales, pero mis amigos Katty y Juliano me convencieron de tener una. Ahora, ni eso me pertenecía.

Afuera, la nieve caía con más fuerza, anunciando una tormenta inminente. Aun así, Raffaello insistió en que saliera de casa para organizar la boda. El coche se movía lentamente por las calles cubiertas de nieve; otro vehículo nos seguía de cerca. Sabía lo que era, la escolta.

Papà siempre decía que Don Colatto era severo en cuestiones de seguridad. Además de su posición en el mundo de la mafia, era un magnate de los negocios. La prensa lo reverenciaba como uno de los mayores empresarios de Italia y Estados Unidos. Cada vez que aparecía en eventos públicos, los blogs de chismes explotaban con especulaciones y fotos. Su difunta esposa, Inês, lo acompañaba a esos eventos, siempre impecable, alta, delgada y morena, con ese tipo de belleza que parecía hecha a medida para las cámaras.

No sabía cómo era su matrimonio, pero parecían felices. Inês sonreía con facilidad, desbordando alegría al lado de Raffaello, aunque él nunca fue un hombre de muchas sonrisas. Todos se preguntaban por qué no habían tenido hijos. Los chismes decían que Inês había perdido un bebé poco después del matrimonio y se había vuelto estéril. Ariana decía que Inés consiguió casarse tramando un embarazo. Papà la silenció con una bofetada en ese entonces. Yo era solo una niña y no entendía el peso de esas palabras, pero sabía que nuestra familia había caído de su gloria a la vergüenza.

Ahora, el peso de restaurar ese honor recaía sobre mí, y daría cualquier cosa para devolverlo.

Suspiré aliviada cuando el coche se detuvo frente a uno de los mayores rascacielos de la ciudad. Mário saltó rápidamente para abrir la puerta, atento a cada movimiento. Otros dos guardias salieron de los coches que nos seguían, formándome un cerco.

Fuimos escoltadas hacia adentro, Margo y yo, y apenas pudimos interactuar con nadie en la planta baja. Tan pronto como entramos al ascensor, Paolo y Mário entraron con nosotras, digitando un código en el panel.

— ¿Para qué todo esto? — pregunté, intentando esconder la irritación.

— Su seguridad, señorita — respondió Mário, con su voz imperturbable.

— Solo soy la hija de un capitán. — Suspiré, ajustando el abrigo con nerviosismo.

— Ahora, eres la prometida del Don Colatto — dijo él, sin dudar. — Pronto serás su esposa. No podemos arriesgar tu seguridad.

La mirada de Margo me imploraba que me calmara. Sabía que estaba a punto de hablar más de lo debido. En los últimos días, mi temperamento había estado en

constante erupción. Me sentía ahogada, a punto de explotar en cualquier momento, incluso contra esos soldados que solo estaban cumpliendo órdenes.

Crecí con pocos guardias a mi alrededor. Papà era respetado, pero nunca llamaba la atención. No era bonita ni popular como Arianna y Alex. Nadie se preocupaba por la hija menor y torpe, siempre con el cabello desarreglado y los ojos escondidos detrás de libros. No iba a las fiestas, de hecho, ni siquiera era invitada. No me importaba eso. Mi vida siempre había sido solitaria, pero estaba bien con eso. Soñaba con ser monja, viviendo en paz con mis libros y mi música.

Sin embargo, todo eso cambió cuando Raffaello Colatto me eligió.

Al salir del ascensor, me sorprendió el lujo excesivo del cubierta. Todo en tonos pastel, neutros, sin vida. Impecablemente bello, pero frío. La lámpara del salón era deslumbrante; el sofá parecía hecho para reyes, pero el espacio no tenía alma. No había fotos, ni rastros de quién vivía allí. Solo ostentación vacía.

— Señorita Fontana, estas son Mariele, Juana y Ronda — presentó Mário. — Ellas son organizadoras de bodas y están aquí para ayudar con lo que necesite.

Tres mujeres me saludaron con sonrisas formales, sus ojos me evaluaban como si fuera un proyecto.

— Hola, soy Aurora. Creo que podemos comenzar con el buffet — dije, sin emoción. — Luego, la decoración. El vestido, por último.

— Como desee, señorita — respondió la mayor, con una sonrisa ensayada.

Miré a la puerta de salida y suspiré. Solo unas horas más.



El vestido no subía la cremallera. Ya estaba casi morada de tanto contener la respiración. Era el segundo vestido que intentaba, y el día ya había avanzado. Pasé horas probando dulces, rellenos de pastel y opciones para la cena. La decoración fue una batalla; el simple hecho de que quisiera orquídeas amarillas en mi ramo y tonos de amarillo y azul en la ceremonia dejaba a las damas nerviosas. La boda sería en Hamptons, en la casa frente al mar de Raffaello. Sería durante el día, en el frío, con carpas montadas para proteger a los invitados del viento helado.

Pensé en todo, incluso en el viento y el frío. Mi vestido necesitaría mangas largas, pero al final optaron por algo de encaje. Congelaría, estaba segura. Aseguraron que sería por poco tiempo, que después usaría un abrigo hecho a medida para el vestido. Segundo, esos colores habían sido elegidos por mi prometido.

— Este vestido tampoco sirve — se quejó una de las damas, frustrada. — El jefe no nos dio las medidas exactas de la señorita. Ninguno de los modelos va a servir.

No soportaba más esa humillación. La rabia y la frustración estaban a flor de piel.

— Quiero ese. — Señalé un modelo que aún no había probado. El vestido era de hombros descubiertos, con un escote bonito que realzaría mis pechos, nunca antes exhibidos.

La visión reflejada en el espejo me sorprendió, como si estuviera ante una versión de mí misma que nunca había encontrado antes. El color blanco irradiaba una pureza etérea, y el tejido de satén parecía deslizarse como seda sobre mi piel, dándome una

sensación de ligereza.

El escote caía sobre los hombros, revelando la línea del cuello con una elegancia sutil, sin exagerar, pero cargada de un encanto clásico. Las mangas largas y ceñidas abrazaban mis brazos con delicadeza, sus encajes intrincados parecían susurrar historias de amor y tradición, cada detalle bordado como si tuviera una razón de existir.

El cinturón de satén marcaba mi cintura suavemente, esculpiendo mi silueta antes de dar paso a la voluminosa falda que se extendía hasta el suelo. Elegante e imponente, completaba el conjunto como una extensión natural, añadiendo un toque de grandeza a la visual.

Los puños de las mangas, terminados con pequeños botones de perla, eran la definición de sofisticación discreta, un detalle simple, pero que contenía una belleza incomparable.

Me miré en el espejo, esta vez con más atención. Me gustó lo que vi. No solo el vestido, sino la mujer que reflejaba. Fuerte, segura y, al mismo tiempo, envuelta en un aura de gracia que parecía pertenecía a ese momento. Era como si, por un instante, me hubiera convertido en quien debía ser.

— ¿Está segura, señorita? — dudó la diseñadora. — Quizás algo más llamativo...

— No, quiero este — dije, firme. — Solo pido que pongan algo azul en algunos puntos. Discreto.

La diseñadora suspiró, a regañadientes, pero asintió. Finalmente, después de horas, estaba decidida.

— Creo que por hoy terminamos.

Fui al baño a cambiarme. La habitación utilizada para la prueba era una suite, pero no la que Raffaello compartía con su esposa fallecida. Cuando volví, ya con mi ropa cómoda, Margo discutía con la diseñadora sobre el vestido. No quise involucrarme. Necesitaba aire.

Sin pensarlo, bajé las escaleras rápidamente, pero me detuve de repente al ver a una mujer sentada cómodamente en el sofá de la sala, tomándose una copa de vino. Su cabello rojizo caía en ondas perfectas, y sus pies descalzos estaban apoyados en la mesa de centro, como si estuviera en su propia casa.

Me acerqué lentamente, aun procesando su presencia. Ni siquiera se molestó en mirarme.

— Tráeme más vino — ordenó, con rudeza, como si fuera una sirvienta.

Mi sangre se heló por un segundo ante de recomponerme.

— ¿Quién eres tú? — pregunté, cruzando los brazos.

La mujer finalmente se giró para mirarme, sus ojos oscuros me analizaban con desdén. Sonrió de manera venenosa.

— Yo debería preguntarte — respondió despectivamente. — ¿Quién eres tú?

— Aurora Fontana, la prometida de Raffaello Colatto — declaré, las palabras salieron amargas de mi boca.

La mujer se echó a reír, una risa alta, llena de desdén. Se levantó con un movimiento fluido, exhibiendo su cuerpo delgado en un vestido negro ajustado. Su piel bronceada parecía intacta por el frío, y tenía al menos quince centímetros más que yo.

Tuve que levantar la barbilla para mirarla, lo que me irritaba profundamente.

— Imposible que Raffaello se casara con una niña gorda como tú —se burló, tomando otro sorbo de vino. — Soy la mujer de él.

Tragué en seco. Una de sus amantes, claro. El mundo de la mafia estaba lleno de estas historias, pero que me las restregaran en la cara así... Quería huir, encontrar un lugar para llorar en paz, pero no podía darle ese gusto. Si alguien tenía que salir, sería ella.

— Sal de mi casa — ordené, intentando sonar valiente.

Ella se rió más fuerte, burlándose de mí.

— ¿Tu casa? Querida, estuve acostándome con Raffaello aquí antes de que tú existieras.

Levanté la barbilla, luchando con el nudo que se formaba en mi garganta. Nunca imaginé que sería humillada de esta manera. Ni papà trataba a mamma así.

— Sí —ronqué. — O sales ahora, o llamo a los guardias para que te saquen.

Ella se rió de nuevo.

— Mejor llama a Raffaello, querida. Veamos a quién prefiere.

Tomé mi celular, temblando de furia y humillación. Marqué su número.

— Aurora, ¿en qué puedo ayudar? —respondió en el primer tono.

— Tu amante está aquí —dije, intentando mantener la calma. — ¿Debo salir para que ella se quede?

La línea quedó en silencio. Luego, sin más, él colgó en mi cara. Otra vez.

Estaba herida, avergonzada. La mujer me miraba con desprecio, una sonrisa triunfante en el rostro.

— ¿Qué pasa, gordita? No te quiere, ¿verdad? Tu ballena infantil. — Se rió, pero su risa murió en el aire cuando Raffaello entró en la sala como un huracán.

Su presencia era como una tormenta inminente. Vestía un abrigo negro y guantes, sus ojos estaban afilados como cuchillas. En la mano derecha, sostenía una pistola, y mi corazón se disparó al verlo. Parecía peligroso. Letal.

— ¿Qué dijiste? — Su voz era como un trueno cortando el aire. Caminó en mi dirección, ignorando a la amante. Sus manos sujetaron mi mentón con firmeza, pero con delicadeza. El pulgar enguantado acarició mi mejilla mientras él me analizaba. Sus ojos eran fríos, sin emoción, pero su toque me dejó tensa. Estaba avergonzada, incapaz de moverme.

— ¡Raffaello, estoy hablando contigo! — gritó la mujer, furiosa. — ¡Deja de prestarle atención a esta cerda gorda!

En un movimiento rápido, Raffaello me soltó y avanzó hacia ella. La copa de vino cayó al suelo, rompiéndose, y un grito agudo resonó en la sala. No sabía si provenía de mí o de ella. Sentí un apretón en el hombro y miré de lado. Nicolo Rossi, el consigliere, me hizo señal para salir, pero me negué. Necesitaba ver lo que sucedería.

Raffaello colocó la pistola de vuelta en la funda y, con un movimiento fluido, sacó un cuchillo y lo presionó contra la mejilla de la mujer. Ella temblaba, desesperada.

— ¿Qué te dije que haría si te referías a mi mujer? — Su voz era baja, mortal.

— Yo...yo… no creo que estés defendiendo a esta niñita — gagueó, pálida de miedo.

Raffaello retiró el cuchillo de su rostro, pero sujetó su lengua con la mano, amenazando con cortarla. Mi cuerpo se retorció de miedo y asco.

— ¡Detente! — grité, incapaz de soportar más. — ¡Déjala ir, Don!

Él me miró con una mirada cortante, sorprendido por mi intervención.

— ¿Intervienes por la vida de esta mujer?

— Solo quiero que se vaya y que nunca más cruce nuestro camino —susurré, con la voz temblorosa.

Raffaello me observó por un largo momento; sus ojos evaluaban cada centímetro de mi expresión, buscando alguna debilidad. Entonces, me soltó a Amélia con un empujón que la hizo caer al suelo. Ella jadeó, impactada, antes de arrastrarse para alejarse, tomando sus zapatos y su bolso con prisa. Las lágrimas corrían por su rostro mientras corría hacia afuera.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, el silencio en la sala se volvió pesado. Raffaello se volvió hacia mí, sus ojos brillantes. Había algo aterrador en la mirada que me lanzó. Mi cuerpo se contrajo, y me aparté, pero Nicolo también se alejó al notar mi intento de acercarme a él, dejándome expuesta.

Raffaello dio un paso hacia adelante, luego otro, hasta que estaba frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo incluso a través de las pesadas prendas que llevaba. Me envolvió en sus brazos, con firmeza, pero sin brutalidad, y me atrajo hacia él, pegando mi rostro contra su pecho duro y caliente. El perfume amaderado de él me

rodeó, asfixiándome y, al mismo tiempo, brindándome una sensación peligrosa de seguridad.

— No te atrevas a pedir protección a otro hombre mientras yo esté cerca —roncó, su voz grave vibrando contra mi piel.

Temblé en sus brazos, con el corazón disparado. Mi mente era un caos de emociones. Debía sentir miedo, y lo sentía, pero también había algo más... algo que me confundía. Un sentimiento de seguridad, una sensación de pertenencia que me aterraba tanto como el hombre que tenía delante.

— Me asustaste... — mi voz salió casi como un susurro. Él apartó mi rostro de su pecho y levantó mi mentón con dos dedos, obligándome a mirar en sus ojos. Sus ojos estaban oscuros, intensos y dominantes.

— Cualquiera que te ofenda, me ofenderá, Aurora. — Su voz era baja, amenazante. — Cualquiera que te hiera, me hiere. Puedo destruir el mundo, pero nunca dañaría lo que es mío. — Sus dedos se deslizaron por mi mentón hasta mi mejilla, suaves, contradiciendo las severas palabras que acababa de pronunciar. — Tú me perteneces, con todo tu ser.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sus palabras penetraron hondo; por más que mi mente quisiera resistir, mi cuerpo reaccionaba de otra forma. El conflicto dentro de mí era abrumador. Debía rechazar todo lo que Raffaello representaba, pero, en el fondo, una parte de mí ansiaba atención, ansiaba esa protección oscura y peligrosa que él ofrecía.

Era un sentimiento peligroso. Uno que podría destruirme.

— Raffaello... — intenté protestar, pero mi voz falló.

— Basta, *bambina* — murmuró, sus labios rozando mi frente.

Intenté mantenerme firme, pero mis rodillas estaban débiles, mi corazón latía descontrolado. Se apartó, pero el impacto de sus palabras y acciones quedó impregnado en mí, como un peso insoportable que tendría que cargar.

Estaba atrapada. No solo por el matrimonio que él me imponía, sino por algo mucho más profundo y emocional.

Raffaello Colatto me reclamó. Y, por más que quisiera, no estaba segura de poder escapar de él, o de mí misma.

Capítulo 09



El calor que emanaba del cuerpo de Raffaello me alcanzaba incluso con algunos centímetros de distancia entre nosotros. Mis ojos estaban fijos en el paisaje, negándose a encontrar los suyos, mientras el coche deslizaba lentamente por las calles cubiertas de nieve. No sabía a dónde íbamos, pero el camino no era el de casa. Margo se quedó atrás, solo me saludó mientras partíamos; ahora estaba sola con él y el consigliere, Nicolo, que estaba concentrado en su iPad en el asiento delantero, al lado del conductor, al igual que Raffaello, que también parecía absorto en su propio mundo.

La frustración dentro de mí crecía, y, buscando distracción, tomé mi celular. Abrí la aplicación de mensajes y, al ver la conversación de Katty y Juliano, el celular fue arrancado de mis manos. Raffaello sostenía el dispositivo, leyendo los mensajes con esa mirada impenetrable. Mi cuerpo reaccionó.

— ¿Qué estás haciendo? — indagué, nerviosa, tratando de recuperar el teléfono.

Él me ignoró. Mi paciencia se agotó. Solté el cinturón de seguridad y me giré

hacia él, lista para arrebatarle el celular. En ese instante, el coche frenó, haciéndome perder el equilibrio. Antes de que golpeara mi cabeza o cayera, Raffaello me envolvió con sus brazos, arrastrándome más cerca de él, sujetándome con firmeza. Su mandíbula estaba apretada, los ojos fijos al frente, duros como piedras. Soltó un suspiro frustrado mientras yo luchaba, intentando zafarme de sus brazos que parecían de acero.

— Retrocede — ordenó, con voz baja, pero afilada. — ¡Ahora, carajo!

— Sí, Don — respondió el conductor, retrocediendo a una velocidad aterradora. Escuché el sonido de disparos y me encogí de miedo.

— Hay dos coches siguiéndonos, Don —informó el conductor, la tensión evidente en su voz.

Raffaello mantuvo la calma, su voz era cortante como una hoja:

— Sigue hasta que lleguen los refuerzos.

El coche aceleraba a una velocidad que me aterrorizaba. Las carreteras estaban cubiertas de nieve, todo a mi alrededor parecía girar. Clavé mis uñas en los muslos de Raffaello, sin ni siquiera darme cuenta, mientras las lágrimas corrían por mis ojos, fuera de control. Cerré los ojos, tratando de rezar, pero el miedo me consumía. Nicolo decía algo en el asiento delantero, Raffaello respondía, pero apenas podía escuchar con el corazón martillando en mis oídos.

Las ruedas patinaron y, de repente, giramos en el hielo. Un grito escapó de mi garganta y todo se detuvo. El mundo parecía haberse congelado en el tiempo. Mi cabeza zumbaba, y el toque firme de los brazos de Raffaello alrededor de mí era lo único que me mantenía anclada a la realidad. Abrí los ojos lentamente y encontré su mirada

salvaje sobre mí. Sus ojos eran severos, depredadores, como si estuvieran listos para atacar.

— Estamos bien, *piccola* — dijo él, el tono de su voz era un gruñido bajo, apretándome contra su pecho, cargado de su fuerte acento italiano. Sus palabras hicieron que mi cuerpo temblara. — Limpien toda esta porquería y llévennos al almacén —ordenó, sin quitar los ojos de mí.

— Sí, Don — respondió el soldado.

Levanté la cabeza, alejándome de su pecho y lo miré, temblando.

— ¿Qué está sucediendo? — pregunté, mi voz salió temblorosa.

— Los irlandeses, *bambina* — respondió él, soltándome lentamente, como si cada movimiento estuviera calculado. Me devolvió mi celular. — Aurora, no quiero que hables con otros hombres, ¿entendido?

Mi frustración explotó. No podía estar hablando en serio. ¡Acabábamos de ser atacados y él estaba preocupado por con quién hablaba!

— ¡No, Don! — exclamé con firmeza, sosteniendo el celular con fuerza. — ¡No dejaré de hablar con mis amigos por tu culpa!

Los ojos de Raffaello brillaron desafiantes, como si mi osadía lo estuviera provocando. Nicolo observaba en silencio, atento a lo que pudiera suceder. Raffaello no estaba acostumbrado a ser desafiado, pero, en ese momento, algo en mí se negaba a ser sometido a sus reglas.

Se rió, pero el sonido estaba lejos de ser agradable.

— Veremos, *piccola*. — La amenaza implícita en sus palabras flotó en el aire.

Sabía que había cruzado una línea peligrosa. Raffaello no era un hombre que tolerara la insubordinación, especialmente de alguien que había decidido que sería su esposa. Pero, por primera vez, la ira y la frustración dentro de mí fueron más fuertes que el miedo.

— ¿Vas a obligarme a dejar de estudiar también? — pregunté, la adrenalina corriendo por mis venas, ignorando todo a nuestro alrededor: los soldados, el coche que volvía a moverse por las calles cubiertas de nieve, incluso el miedo que aún flotaba en el aire. — ¿Por qué yo?

Él apenas retiró la mirada de su celular, los dedos deslizándose por la pantalla, impasibles.

— ¿Por qué no serías tú, Aurora? — replicó, con un tono frío, sin mirarme directamente. — Nicolo, programa una reunión con los capitanes.

— Sí, capo — respondió Nicolo, con la eficiencia de siempre.

Mi paciencia se agotaba. Abrí la boca para replicar, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, Raffaello gruñó, sin siquiera levantar la mirada:

— Aurora, cállate.

Me tomó por sorpresa, pero la ira crecía dentro de mí, caliente y descontrolada. Él volvió a mirar su celular, como si nuestra conversación fuera una mera distracción.

— Envía un aviso a nuestro contacto en la policía para que se encargue de este desorden y evita que cualquier nota sobre este incidente salga en los medios.

— Ya lo hice, capo — informó Nicolo, rápido, como si previera cada movimiento del jefe.

Mis ojos se volvieron hacia la ventana; el camino aún era extraño, como si estuviéramos yendo a algún lugar desconocido. No pude contener la pregunta:

— ¿A dónde me llevas? — La voz salió entrecortada, casi un susurro, pero cargada de incertidumbre.

Escuché su pesado suspiro, como si mi pregunta lo hubiera irritado. Se giró, mirándome por un breve segundo, los ojos estrechos e impacientes.

— Necesito lidiar con esos hijos de puta, Aurora.

La sangre se heló en mis venas al escuchar su respuesta. Sabía lo que eso significaba. No era solo una amenaza. Era una promesa.

— Vas a matarlos — murmuré, pero no era una pregunta. Era una afirmación.

Él sonrió, una sonrisa que me hizo estremecer hasta los huesos. No era la sonrisa cálida que veía en las películas o libros. Era una sonrisa cruel, sádica, el tipo de sonrisa que pertenecía a hombres que eran más monstruos que humanos.

— Solo después de remover todas tus tripas, una por una.

Cada palabra se decía con una perturbadora calma, como si estuviera discutiendo un plan de negocios y no la inminente tortura. Se giró hacia su celular, ajeno al terror que crecía a su alrededor.

Papà nunca hablaba de negocios cerca de mí. Lo máximo que se permitía discutir conmigo era el tema de mi boda, como si esa fuera la única responsabilidad que me

correspondiera. Lo que hacía fuera de casa —o incluso dentro, en su oficina, cuando discutía con mi hermano— era un mundo prohibido, un mundo de secretos y brutalidad que deseaba nunca conocer.

Odiaba la sangre. Siempre que la veía, mi cuerpo colapsaba. Los ataques de pánico se apoderaban de mí, la respiración se acortaba y el miedo me asfixiaba. Siempre fui así. Desde niña, no recordaba un momento específico que hubiera causado esto, pero el pavor siempre había estado presente. Y, aun así, nací en la cuna de la violencia, a la sombra de La Falce Nera, el imperio de la muerte y la fuerza bruta.

Odiaba este mundo. Odiaba lo que había hecho conmigo. Odiaba el hecho de que cada vez que veía la crueldad que lo rodeaba, sentía como si una parte de mí se estuviera rompiendo. Quería huir, desaparecer a un lugar donde la sangre y la violencia no fueran los cimientos de mi vida. Sin embargo, la realidad era que estaba atrapada.

Y ahora, Raffaello Colatto me arrastraba aún más hacia este mundo. Un mundo de muerte, poder y destrucción, donde hombres como él decidían quién vivía y quién moría con un simple gesto de cabeza. Estaba siendo arrastrada hacia el abismo, y la parte más aterradora era que ya no sabía si tenía fuerzas para luchar.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 10

Arremangué lentamente las mangas hasta los codos, sintiendo el peso de la tensión acumularse en el aire mientras caminaba hacia los irlandeses que estaban atados a las sillas. Sus brazos estaban sujetos detrás del cuerpo, el miedo oculto tras una máscara de bravata. Eran los tres sobrevivientes del ataque, los desgraciados que se atrevieron a atacarme en mi propio territorio y, lo peor, pusieron en riesgo a Aurora. Eso no quedaría impune.

Me detuve ante ellos. Uno de los hombres, con la cabeza rapada y un corte lateral en el cuero cabelludo, me miró y sonrió con desdén.

— ¿Debo besar tus pies, Don? — provocó él, su tono ácido arrancando risas de los otros dos. — El poderoso Colatto, el segador, el demonio de ojos azules. ¡Qué miedo! — se burló.

Ellos rieron y luego, yo me reí también, riendo en voz alta, dejando que el cuchillo deslizarse lentamente de la funda en mi cadera, girándolo en la mano sin prisa. La calma de un depredador. La tatuaje de la mafia irlandesa bien destacada en la palma de su mano.

Con un movimiento rápido, corté el lateral de la cabeza del desgraciado. No fue un corte profundo, pero lo suficiente para que la sangre comenzara a fluir. Él gritó, el rostro contorsionado por el dolor, maldiciendo entre gemidos.

Tomé un soplete, lo encendí y llevé la llama a la hoja del cuchillo, calentándola.

Sus ojos ahora me observaban con más atención, sin más risas. Cuando la hoja estuvo lo suficientemente caliente, llevé la punta hasta la herida y la empujé, arrastrando el metal caliente por el cuero cabelludo. El olor de carne quemada llenó el aire, junto con el grito agudo del hombre, que se debatía en la silla. El dolor lo consumía, y yo reía.

— Si no sientes miedo, ¿por qué gritas? — pregunté, con una calma casi indiferente. Volví a calentar la hoja, observando al hombre sudar, su rostro pálido y sus ojos temblando de pavor.

— Intentar hacerme daño en mi territorio exige valentía, pero no la tienes — continué, viendo la desesperación brotar en su mirada. — Estás casi suplicando.

— ¡No suplico, cerdo de mierda! — Escupió al suelo, el dolor ya transformando su bravata en furia impotente.

— Todos suplican. — Antes de que pudiera reaccionar, hundí el cuchillo en su pene con fuerza, arrancando un grito que resonó alto por el almacén. La sangre corría al suelo. Fui hasta la mesa llena de instrumentos, tomando una pequeña guadaña y el soplete que encendí con calma.

Los otros dos ahora me miraban con una determinación vacilante. Sabía que los rompería. Siempre los rompía.

— ¿Quién va a hablar primero? — pregunté, la voz cargada de diversión sádica.

— ¡Nunca! — respondió el hombre a la derecha, los ojos firmes a pesar del terror evidente.

Caminé hacia él. Con la punta de la guadaña, rasgué su camisa, dejando que sus ojos siguieran cada movimiento. La llama del soplete brilló sobre su pecho expuesto,

quemando el vello. Mordió los labios con fuerza, intentando no gritar, pero su rostro se puso rojo, sudando por el esfuerzo. Llevé la llama al pezón, quemándolo.

Cuando estuvo quemado, tomé la guadaña.

Esta vez no pudo contener su grito, pero seguí adelante, raspando la piel quemada con la guadaña, cortando trozos de carne mientras la sangre manaba. El olor a carne quemada mezclado con sudor y sangre flotaba en el aire, proporcionándome un placer macabro.

— ¡Eres un hijo de puta, Colatto! — gritó uno de los tres. — Maldito italiano.

— Si hablas, la muerte será más rápida — murmuré, raspando más piel quemada hasta que el hueso comenzó a verse. Calenté la hoja una vez más con el soplete. Estaba a punto de desmayarse, lágrimas silenciosas brotaban de sus ojos. — Si duermes, te despertaré para que podamos hacerlo todo de nuevo.

Parpadeó, tratando de mantenerse consciente. De repente, el que estaba en medio, el único que aún no había resultado herido, gritó:

— ¡No digas nada, joder! — La desesperación va en aumento. — ¡Nos va a matar de todos modos!

El hombre quemado parpadeó, casi aniquilado por el dolor, pero luego murmuró con la voz entrecortada:

— Quieren matar a tu prometida. El objetivo es ella… — dijo, entre sollozos de dolor — mátame pronto, por favor.

Mi novia.

Sus palabras agitaron algo muy dentro de mí, algo peligroso. Mis ojos se entrecerraron mientras arrastraba la hoja sobre la carne carbonizada, aplicando más fuego.

— ¿Quién la quiere muerta? — Forcé el cuchillo más profundamente, provocando un grito ensordecedor.

— ¡No lo sé, no lo sé! —suplicó, su cuerpo temblando. — Mi jefe recibió una llamada de alguien de adentro, Don ¡Por favor mátame, ah!

Sin dudarlo, cogí la pistola de la mesa y le disparé en la frente. El sonido resonó por todo el almacén y el cuerpo cayó inerte sobre la silla, mientras la sangre goteaba al suelo. Lo miré sin emoción, luego volví mis ojos hacia los otros dos. Los perros hambrientos me esperaban afuera, todavía quería vengarme de estos bastardos...

Fui hacia el del medio, el único que aún no había sido herido. Clavé la punta de la guadaña en su vientre y la arrastré hacia arriba, escuchando sus gemidos de dolor mientras el corte profundo se abría paso hasta su pecho. Me agaché y le corté los talones, haciéndole imposible intentar escapar. Una herida que le haría sangrar lentamente.

— ¡Ay, detente! ¡Carajo! Gritó, su voz quebrada por la agonía.

— Preferirías suplicar que morir, ¿no? — Me reí al ver que la desesperación se apoderaba de mí. El miedo siempre gana.

Tiré la guadaña y el soplete al suelo y el sonido metálico resonó en las paredes del almacén.

Me agaché, oliendo la sangre mezclada con el sudor del malestar. Con ambas

manos agarré los bordes del corte que iba desde el vientre hasta el pecho, luego los saqué hacia los lados, como si abriera un libro. La piel y la carne se separaron con un sonido húmedo y grotesco, exponiendo sus entrañas a la fría luz de la lámpara de arriba.

— ¡Te vas a morir, hijo de puta! — gritó entre gemidos. — El diablo te espera, maldito.

— ¡El diablo y yo tenemos un pacto, yo mando aquí arriba y él te espera abajo, cabrón! — siseé.

Intentó patearme, en un último acto de desesperación, pero sus músculos ya no respondían. Una sonrisa torció mis labios mientras agarraba la hoja de precisión a mi costado y cortaba las conexiones de los tendones de sus piernas, dejándolo completamente inútil. Sus gritos resonaron con fuerza, una banda sonora perfecta para la ruina que estaba a punto de completar.

Cuando el corte fue lo suficientemente ancho, metí mi mano izquierda dentro de su vientre, sintiendo el calor viscoso de sus órganos. Envolví mis dedos alrededor de mi estómago y tiré con fuerza, arrancándolo de mi cuerpo y tirándolo al suelo a mi lado. La bilis y la sangre se derramaron formando un charco repugnante.

Sin detenerme, continué. Mis manos agarraron las tripas, que fueron arrancadas en una maraña grotesca. Una por una, arranqué las partes internas, mis movimientos precisos y despiadados, mientras él se desmoronaba en agonía.

Cada pedazo que arranqué fue una protección para que él se atreviera a tocar lo que era mío.

— Deberías haberlo pensado dos veces — murmuré, mi voz profunda se mezcló

con el sonido ahogado de gemidos que ahora se convertían en débiles soluciones.

Me alejé del cuerpo sin vida y me volví hacia el tercero. Todavía me miraba aterrorizado, con el cuchillo todavía incrustado en su pene. Podría seguir, pero no era necesario. Ya lo había roto.

Le di la espalda y caminé hacia mis soldados, que estaban esperando.

— Liberar a los perros y al superviviente. A los niños les gusta cazar, ordené con voz fría y sin emociones.

— Sí, Don — respondieron obedientemente.

Caminé hasta el fregadero, abrí el grifo y me lavé las manos, tomándome mi tiempo. El olor a sangre y carne quemada todavía flotaba en el aire. Necesitaba deshacerme de esto antes de ir a ver a Aurora. Nicolo estaba haciendo guardia afuera de la habitación, asegurándose de que ella no tuviera idea de lo que estaba pasando dentro del almacén.

Me sequé las manos con calma, ignorando los gritos que aún resonaban a lo lejos, junto con los ladridos de los perros. Afuera estaba oscuro, caminé rápido.

Ahora necesitaba ver a mi prometida.

Pasé junto a Nicolo y abrí la puerta del dormitorio. Mis ojos buscaron a Aurora, encontrándola acurrucada en un sillón, cerca de las ventanas que daban a la parte trasera del almacén. Al escuchar el sonido de la puerta, giró la cabeza hacia mí y abrió mucho los ojos, el terror se apoderó de su expresión. Se presionó más contra el respaldo de la silla, como si quisiera desaparecer. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y todo su cuerpo tembló.

Caminé hacia ella, tratando de entender su reacción. Su miedo era casi palpable, irradiando por la forma en que cerró los ojos con fuerza y las lágrimas corrían por su pálido rostro. Aurora tembló, murmurando palabras inconexas.

— Aurora, estás a salvo — dije con voz tranquila, acercándome lentamente, tratando de no empeorar la situación. Pero su reacción no tuvo sentido. — ¡Aurora!

Ella sacudió la cabeza y se abrazó, como si intentara protegerse de algo invisible.

— Sangre... sangre... sangre... — repitió en voz baja, casi en un mantra de desesperación.

Fue entonces cuando Nicolo habló, y su voz trajo la respuesta:

— Está teniendo un ataque de pánico. La chica le tiene miedo a la sangre, Don. Lo miré confundida antes de que terminara. — Hay sangre en tu camisa.

¡Mierda!

Me di cuenta, demasiado tarde, de que mi camisa estaba manchada con rastros de lo que acababa de suceder en el almacén. Aurora lo había notado antes que yo, ahora estaba atrapada en su propio terror. Sin perder más tiempo, me arranqué la camiseta ensangrentada y se la lancé a Nicolo, escaneando mi cuerpo en busca de más manchas.

— *Piccola*… — murmuré, tratando de calmarla, tocando sus hombros con cuidado. — Mírame — ordené, manteniendo mi voz más controlada.

Abrió los ojos por un breve momento, el terror en ellos era evidente, como si estuviera siendo torturada por una pesadilla de la que no podía despertar. Sus ojos se posaron en mi pecho expuesto y volvió a cerrar los ojos, esta vez sonrojada.

— La niña iba a ser monja, *Don*. Creo que es la primera vez que ve a un hombre así... — comentó Nicolo, sin ocultar el tono burlón en su voz.

Respiré profundamente, tratando de ser paciente. Aurora no era como las otras mujeres con las que había tratado. Ella era pura, tal como yo quería, sin embargo, no esperaba tanto… Su miedo, combinado con la vergüenza, creó una barrera entre nosotros, que me moría por romper.

Sostuve su rostro entre mis manos, sintiendo el calor de su piel fría bajo mis dedos. Tenía que ser paciente.

— *Piccola*, abre los ojos. —Mi voz, esta vez, fue más firme, la misma que usaba con mis soldados.

Ella estremeció, pero obedeció, abriendo los ojos lentamente. Se centró en mi rostro, y vi que el miedo seguía allí, mezclado con un atisbo de vergüenza. Estaba aterrorizada, tanto por la sangre como por mi presencia. Sabía que tenía miedo de mí, tal vez siempre lo había tenido, pero ahora, más que nunca.

— Yo... quiero irme — balbuceó, las palabras salían como un susurro lleno de pánico.

— Nos iremos —afirmé, soltando su rostro y alejándome. Tomé mi abrigo que estaba colgado en el perchero y me lo puse. — Vamos.

Ella solo asintió con la cabeza y, sin decir nada más, se levantó del sillón y caminó hacia la puerta, como si quisiera salir de allí lo más rápido posible. Temblaba, y cuando me acerqué para guiarla hacia el coche, poniendo la mano en su espalda, el temblor se hizo aún más evidente. Ignoré.

La conduje hasta el Mercedes. Entré justo después que ella y me senté a su lado, con el pesado silencio entre nosotros. Aurora miraba por la ventana, evitando cualquier contacto visual conmigo. Había mucho que procesar. Investigaré de dónde venía ese miedo irracional a la sangre, pero antes debía lidiar con otras cuestiones.

Amélia.

No había sido olvidada. Lo que sucedió más temprano exigía consecuencias, y no dejaría que eso quedara impune. La traición que flotaba en el aire también necesitaba ser enfrentada. Los desgraciados que se atrevieron a querer tocar a Aurora tendrían el destino que merecían. Pero primero tenía que llevarla de vuelta

Capítulo 11



Cerré los ojos, dejando que la melodía me envolviera mientras mis dedos apretaban las cuerdas y el arco deslizaba con precisión sobre el violín. Necesitaba escapar, por eso me escondí en el sótano, tocando y tocando, intentando borrar lo que había sucedido. En los últimos dos días, apenas dormí —quizá por el estrés del matrimonio, la universidad y el recital benéfico que se acercaba. Pero, en el fondo, sabía que era por otra razón. Cada vez que cerraba los ojos, esa imagen regresaba: él con sangre en la ropa. Luego, su torso desnudo, esculpido, marcado por músculos y vello en el pecho, exudando poder bruto e irresistible. Su belleza me desconcertaba y atormentaba. El tatuaje de La Falce Nera en su espalda se destacaba.

Cada intento de dormir era asediado por su recuerdo, como un fantasma. Su mano fuerte rozando mi nuca, el perfume embriagador de su ropa mezclado con el aroma que aún flotaba en el aire... eso me volvía loca.

La última nota salió rasgada y mis ojos se abrieron de golpe. Un ruido rompió el silencio. Me volví y vi a mamma parada en la escalera, sosteniendo un bate de béisbol,

con una expresión de pura furia.

Tragué en seco, mi cuerpo se tensó de inmediato. Sabía lo que vendría. Odiaba cuando tocaba, y el sonido no solía llegar hasta ella, que siempre se quedaba en la habitación, en el segundo piso.

— Mamma... ¿qué puedo hacer por ti? —intenté sonar tranquila, pero los nervios traicionaban mi voz mientras colocaba el violín sobre el viejo sofá gris.

Ella bajó los últimos escalones, su mirada fija en mí, cargada de un silencio perturbador.

— Odié este sonido. Te odio. Odio... —su voz salió baja, pero repleta de rencor. — Las voces me dijeron... eres la culpable de todo lo que tu hermana está viviendo. Naciste maldita... deberías morir, *bambina maledetta.* — Sacudió la cabeza, llevando las manos a los oídos, golpeándolos con fuerza con el bate en la mano. — Si mueres, nuestra familia será feliz de nuevo...

— Mamma...

— ¡Eres una ladrona... una ladrona de maridos! —gritó, agarrando el propio cuello. — ¡Tienes que morir!

Di un paso atrás, intentando mantener la calma.

— Mamma, necesitas calmarte, por favor...

No logré terminar. Corrió en mi dirección, tropecé, intentando escapar. El bate golpeó mi espalda con fuerza, y un grito de dolor escapó antes de que pudiera controlarme. Todo mi cuerpo pulsaba.

— ¡Eres una cerda inmunda! ¡Fea! —vociferaba, asestando otro golpe.

— ¡Mamma, para! ¡Por favor, para! —supliqué, las lágrimas ya rodando, el cuerpo en agonía.

— ¡No, no... todavía respiras! —dijo, los ojos vidriosos de odio.

La adrenalina se apoderó de mí. En un impulso desesperado, esquivé el próximo golpe y me levanté. Di la vuelta al sofá y corrí hacia las escaleras, subiendo lo más rápido que pude. Abrí la puerta del sótano y disparé por los pasillos de la casa hasta llegar a la puerta trasera. Abrí y corrí por el césped hasta los portones. Intenté girar el picaporte con manos temblorosas, pero la puerta estaba oxidada. Con un esfuerzo desesperado, logré abrirla. El fuerte sonido del metal resonó en la noche, pero no me importó. El aire helado de la nieve me golpeó de lleno.

Sin mirar atrás, seguí corriendo, descalza, sintiendo la media empapada por el hielo. Mi espalda ardía, las lágrimas caían sin cesar. Con cada paso, el frío cortante invadía mis pulmones. Miré alrededor, pero ningún guardia me siguió, ya que no solían patrullar los portones traseros. Papà vendría tras de mí en cuanto notara mi ausencia. Siendo la prometida de Raffaello y con la boda tan cerca, nunca arriesgaría que algo me sucediera.

Estaba lejos de casa. Abracé mi cuerpo, temblando de frío, mientras caminaba sin rumbo por las calles desiertas. Mis pies se congelaban, y los dolores en la espalda pulsaban con cada movimiento. Aspiré, tratando de controlar el llanto, sintiéndome estúpida por haber huido de esa manera.

Una tienda de conveniencia 24 horas apareció en el horizonte, como un refugio.

Me abrigué bajo el pequeño techo, temblando y tratando de recuperar el aliento. El tiempo corría en mi contra, y pronto papà estaría tras de mí. Pero, por ahora, el silencio de la noche era todo lo que tenía.

— ¿Necesitas ayuda? —La voz masculina me tomó por sorpresa.

Me volví asustada y vi a un chico de unos dieciséis años, con la cara cubierta de espinillas y gafas de marco grueso, mirándome con curiosidad.

— Estás temblando —explicó.

Tenía razón. Todo mi cuerpo temblaba, y mis dientes castañeteaban de frío.

— Estoy bien —mentí. — Pero gracias.

— Mira, trabajo aquí en la tienda, y tenemos algunos abrigos que quedaron en la sección de objetos perdidos. Tal vez haya algo que te sirva, creo que también hay medias... —Ajustó las gafas, visiblemente nervioso.

— No es necesario. — Forcé una sonrisa.

Antes de que pudiera decir más, el chico comenzó a quitarse su chaqueta azul marino. Abrí los ojos con sorpresa.

— Entonces, quédate con la mía —dijo, tímido. — Soy Seth.

— No hace falta —interrumpí, extendiendo la mano. — Estoy bien, de verdad.

— Tienes frío, y mi abuela me mataría si supiera que dejé a una chica en esta situación —insistió Seth, pero se detuvo de repente, sus ojos se agrandaron.

— ¡Te encontré, *piccola*! —La voz de Raffaello sonó como un trueno detrás de mí.

Me di la vuelta, con el corazón latiéndome deprisa. Estaba a pocos centímetros de distancia, vistiendo una chaqueta de piel y pantalones de lana. El aspecto era casual, pero el poder que emanaba de él era palpable. Su cabello caía sobre su frente, como si no hubiera tenido tiempo de peinarse. Tragando en seco, encontré su mirada dura.

— Raffaello —logré decir.

Raffaello no respondió. Simplemente lo miraba, como si estuviera a punto de aplastarlo. El silencio era sofocante. Respiré hondo, sabiendo que su temperamento podría ser impredecible. *Papà* siempre decía que Raffaello lideraba *La Falce Nera* con puños de hierro y el látigo del diablo, que los negocios prosperaban bajo su mando.

— Vamos a casa —declaró.

Me observó por un momento y luego dio un paso atrás. Saludé a Seth en despedida y comencé a caminar, sintiendo a Raffaello justo detrás de mí. Un Mercedes-Maybach Exelero negro nos esperaba. Me detuve al lado de la puerta del pasajero.

— Aléjate —ordenó Raffaello. Di un paso atrás; él abrió la puerta que se levantó suavemente. Suspiré. — Entra.

Obedecí sin pensar mucho, acomodándome en el suave asiento. La puerta se cerró, y Raffaello pronto asumió el volante. Aceleró por las calles sin dirigirme una sola palabra.

Los guardias estaban justo detrás de nosotros, casi imperceptibles.

Él subió la temperatura sin una palabra, y el silencio dominó el coche. Miré por la ventana y observé dos Mercedes siguiéndonos —guardias, claro. Pero pronto me di cuenta de que no íbamos hacia mi casa.

— Este no es el camino a casa — comenté, la tensión aumentando.

— Vamos a mi cubierta — informó, girando en una esquina.

Mi corazón se disparó. No quería ir allí. El lugar donde llevaba a sus amantes y donde Inês, su primera esposa, había vivido y muerto.

— ¡No iré a tu matadero, donde vivían tus amantes! —las palabras salieron como un grito, mi voz cargada de ira y nerviosismo. Sentía mi rostro en llamas.

Miré a Raffaello. Sus manos firmes sostenían el volante con calma, y su expresión era neutra, impenetrable.

— ¿Por qué escapaste de casa? —preguntó, con la voz baja y controlada.

— No escapé. Solo quería caminar —respondí, sabiendo que la respuesta no lo convencería.

— No me obligues a detener el coche y forzarte a decir la verdad, Aurora —dijo, brusco.

Tragué en seco; mi mirada cayó sobre sus piernas, firmes y poderosas. Sus manos eran grandes, con venas pulsantes. Una bofetada de él sería devastadora. Parpadeé, apartando los ojos de su figura, sintiéndome vulnerable.

— Mi mamma tuvo una crisis —confesé, la voz débil. — Intentó golpearme y... ¡mi violín! —exclamé, recordándolo de repente.

— ¿Qué tiene el violín? —preguntó, sin desviar la mirada de la carretera.

— *Mamma* y *papà* odian cuando toco. Entonces, suelo tocar en el sótano o en la universidad. *Mamma* siempre se pone agresiva cuando escucha, como hoy. Intenté

evitarlo, pero... —mi voz falló.

— ¿Te agredió? —preguntó, deteniendo el coche en el semáforo.

Vacilé. No quería traicionar a mi madre, pero el miedo hacia Raffaello también me dominaba.

— Sí...

— ¿Cómo es eso?

Cerré los ojos por un instante, sintiéndome pésima.

— Con un bate de béisbol, pero solo me golpeó la espalda —murmuré.

El silencio del coche era aplastante, denso como plomo. Con cada segundo, podía sentir la ira creciente de Raffaello, incluso manteniendo una postura impasible, como si estuviera controlando cada fibra de su cuerpo para no explotar.

— ¿Te agredió con un bate de béisbol? —Su voz era tan baja, pero cargada de algo peligroso, como un trueno que se prepara para romper el cielo.

— Fue un momento de locura. —Mi intento de suavizar la situación salió débil, y mi voz vaciló. — *Mamma* no está bien... no quiso... no sé qué le pasó, pero no siempre es así.

Otra mentira. No soportaba la idea de verlo sentir ira por ella, aunque en el fondo sabía que la verdad era bien diferente.

Raffaello giró la cabeza, los ojos fijos en mí, afilados, analizándome como si pudiera ver cada centímetro de mi alma. La incomodidad ardía dentro de mí; odiaba cómo podía desnudarme solo con esa mirada.

— Siempre la proteges, ¿no? Incluso cuando ella intenta matarte.

Las palabras que quería decir no salían. Estaba tan atrapada en esta red de relaciones enfermizas que ya ni siquiera sabía cómo escapar. Mamma, papà, Arianna y Raffaello... Todos ejercían algún control sobre mí, de maneras distintas, pero ahogantes.

— Solo... —comencé, pero fui interrumpida.

— Aurora, te diré esto una sola vez. —Su voz era gélida, tan fría como el invierno afuera. — Nadie, absolutamente nadie, tiene el derecho de herirte. Y si crees que dejaré pasar esto, estás redondamente equivocada.

Mi corazón martillaba en el pecho, como si quisiera salir por la boca. La fuerza de sus palabras me golpeaba como un golpe certero. Lo que ofrecía no era protección... era dominio. Una posesión indiscutible.

— No estoy pidiendo que resuelvas nada —respondí, tratando de reunir el mínimo de valor que aún me quedaba. — Esto es entre mí y mi familia.

— No más —replicó él, acelerando el coche tan pronto como el semáforo se puso en verde. — En el momento en que te convertiste en mi prometida, tus problemas también se convirtieron en mí. Y yo los manejo a mi manera.

Sabía que, con todas sus fallas y locuras, mi madre no sobreviviría al tipo de justicia que Raffaello aplicaba.

— No vas a... —intenté argumentar, pero él me cortó sin dudar.

— Te quedarás callada ahora, Aurora. —Su voz era afilada, una hoja cortante. — O puedo hacer que te calles de otra forma.

Todo mi cuerpo se rigidizó, el aire en el coche se volvió más pesado. Insistir sería no solo inútil, sino peligroso. Giré el rostro hacia la ventana, observando cómo pasaba la ciudad, cada luz reflejada en el cristal parecía más distante, mientras el caos dentro de mí crecía.



Raffaello estacionó en la cochera de su casa en Hamptons; cambió de rumbo y siguió hacia aquí, tras dos horas y media de viaje. Era la casa frente al mar donde tendría lugar nuestra boda el domingo. Respiré hondo, aun intentando entender por qué estaba allí.

— ¿Por qué estoy aquí? —pregunté, sintiéndome idiota por siquiera formular esa duda, pero la incertidumbre me dominaba.

— No vas a regresar a la casa de tus padres —dijo él, saliendo del coche sin mirar atrás.

Abrí la puerta y salí, siendo inmediatamente golpeada por el frío cortante. Temblé.

— ¡Esto no está bien! —exclamé, exasperada, sabiendo que mi hermana se enojaría aún más conmigo. — ¡Aún no estamos casados!

Se detuvo en los escalones que llevaban a la entrada de la casa, girando sobre los talones para mirarme con el rostro rígido.

— ¡No cuestiones mis decisiones! —rugió, su voz resonando en el aire frío. — No

vas a salir de mi vista por nada en este maldito mundo, fui claro.

Me abracé a mí misma, buscando algún tipo de protección contra su dominio invasor. La voz de Raffaello era capaz de asustar hasta a un águila.

— Tan claro como agua cristalina —respondí, tratando de mantener la compostura.

— ¡Entra ya, antes de que te congeles en este frío del infierno!

— ¿Por qué te importa tanto si tengo frío, si me golpean o no? —grité, la ira consumiéndome.

En un abrir y cerrar de ojos, bajó los escalones con la furia de una tormenta. Su mano grande envolvió mi cuello, apretando suavemente, mientras la otra subía por mi espalda, hasta agarrar la base de mi cabello, tirando de él con firmeza. Su rostro se acercó peligrosamente al mío, el aroma de su colonia de aftershave me dominó, dejándome aturdida.

— Porque eres mía, Aurora —murmuró, el aliento caliente golpeando mi piel. — Solo yo puedo romperte, destruirte y reconstruirte tantas veces como sea posible.

Tragué en seco, sintiendo que mi corazón se aceleraba. La sangre corría por mis venas, mi respiración fallaba. Por un segundo, esperé que sus labios tomaran los míos, pero él se apartó, dejándome a la deriva. En un movimiento brusco, sujetó mi muñeca y me llevó hacia adentro de la casa.

Aún escuchaba mi corazón martillar en mi pecho cuando me lanzaron sobre la cama en el cuarto de huéspedes. La imagen de sus labios sobre los míos inundaba mis pensamientos, y cuando desperté, el cuerpo estaba empapado, el deseo ardía entre mis piernas. Me sentía la peor de las personas, pero amaba la sensación de hormigueo que

no podía controlar.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 12

Inhalé lentamente el Cohiba Behike, dejando que el humo llenara mi boca antes de exhalarlo. El sabor era robusto, casi tan amargo como la ira que aún ardía en mí. No había cerrado los ojos en toda la noche, resolviendo problemas y revisando informes de la empresa. La noche había sido más agitada de lo que esperaba.

Cuando vi que Aurora se movía a esa hora de la madrugada, el rastreador parpadeaba; mi paciencia ya estaba al límite. Y, lo que era peor, ninguno de los soldados asignados para su seguridad me avisó. Pagaron caro por eso. Salí tras ella, con rabia.

Si alguien la tocaba, los mataría, y mis soldados pagarían por su incompetencia, al igual que Juan. ¡Maldita sea, le ordené a ese hijo de puta que nadie debía tocar a mi *piccola*!

Infierno.

Mi control estaba al borde de romperse, un hilo delgado a punto de estallar. Quería empujarla contra la pared, mirándola a los ojos y hacerle entender que no había escapatoria. Que cada desobediencia no solo ponía a prueba mi paciencia, sino que me hacía considerar medidas que no estaba lista para afrontar.

Tenerla bajo mi techo, tan cerca pero inalcanzable, era una maldita tortura. Un castigo que soportaba por elección propia. Cada uno de sus movimientos era un desafío a mi autoridad, cada sonrisa un recordatorio del poder que ejercía sobre mí.

Pero no. No la tocaría. Aún no.

El deseo ardía en cada célula de mi cuerpo, una necesidad cruda y pulsante, pero mi palabra era ley. Y, ante todo, ella sería mía de forma absoluta, completa. En el momento que yo decidiera. Porque nada en mi mundo sucedía sin que diera la orden.

Inhalé nuevamente el puro antes de volver al trabajo. El teléfono sonó, y al ver la pantalla, vi el nombre de Juan. Respondí con impaciencia.

— Colatto.

— Don, yo... no sé cómo decir esto, pero... ¡mi hija, Aurora, ¡ha desaparecida! — Su voz estaba cargada de desesperación. — Ya he puesto a todos mis hombres a buscarla.

Miré el reloj. Habíamos llegado a mi casa en Hamptons hacía más de cinco horas, después de que su madre la agrediera. Le dejé claro a Fontana que no quería un rasguño en ella, él recibiría mi castigo.

Ahora descubrí que estaba aislada en un sótano mugriento para no incomodar a sus padres. Eso no iba a quedar así.

— Está conmigo —dije sin rodeos.

— ¿Con usted? —La incredulidad en su voz era evidente. — ¿Desde cuándo?

— Empaca las cosas de Aurora. Mis hombres irán a buscarla —ordené. — Ven con ellos y espérame en la casa de mi familia.

— ¿Qué? ¿No va a devolver a mi hija? —La indignación era casi palpable. — ¡No puede manchar su honor, Don!

Me recosté en la silla, soltando un pesado suspiro.

— Aurora es mía —declaré con firmeza. — A partir de ahora, está bajo mi protección. Haz lo que ordené, Fontana. Y escucha bien: si sé que tu esposa, tus hijos, o incluso tú mismo osas intimidar de nuevo a Aurora, les arrancaré la cabeza a todos y se la daré a mis perros.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

— Entendido, Don Colatto —respondió en un susurro — Allí estaré.

Le colgué, incapaz de seguir escuchando su miserable voz.

Fontana era el tipo de hombre al que había que vigilar constantemente. Siempre intentando aprovecharse, siempre queriendo eludir cualquier control. Sabía que mantenía a Aurora alejada de nuestros círculos porque se avergonzaba de su aspecto. Durante años, esto no me importó... hasta que la vi hace dos años en Central Park. Caminaba ajena a mi presencia, su sonrisa me golpeó como una bala en el pecho. Unos días después, volví a verla, esta vez jugando en la universidad. Ella no reparó en mí, pero yo estaba allí, en las sombras, observando, como un maldito acosador.

En eso me convertí: en su acosador. Conocía cada paso que daba. Esperé a que cumpliera 21 años antes de decidirme a tomarla para mí. Ansiaba poseerla, tenerla por completo, saborearla en cada poro de su piel. ¡Joder! Aurora se había convertido en mi perdición. La deseaba como un adicto a su droga.

Mi *ragazza* era el único placer que quería saborear.

Salí del despacho y me detuve al verla de pie en medio de mi salón. Descalza, sólo llevaba una bata que apenas le cubría el cuerpo. Como si percibiera mi presencia, se

giró rápidamente y sus ojos se abrieron de par en par al encontrarse con los míos. Tenía la cara hinchada, el pelo revuelto y algunos mechones aún húmedos. El suave aroma del jabón de flores —el mismo que había comprado especialmente para ella— invadió mis fosas nasales.

Di otra calada al cigarro, dejando que el humo me envolviera, provocándome una ligera pero constante excitación. El deseo de avanzar hacia ella y tomarla allí mismo era abrumador. Maldito adicto a su inocencia. Mi polla se ponía dura cada vez que ella estaba cerca. Quería castigarla por volverme loco de aquella manera.

— Buenos días — murmuró en voz baja, casi como un cachorro asustado.

— Aurora, hay ropa para ti en el armario. ¿Por qué no te la has puesto? — pregunté acercándome lentamente.

— ¡Porque no quería! — respondió ella, con suficiencia.

Aquel descaro me irritaba tanto como me excitaba.

— Tu padre me dijo que eras dulce y tranquila. Creo que mintió. — Solté el humo, observándola.

Ella arrugó la nariz, el disgusto claro en sus ojos.

— Entonces búscate otra esposa, preferiblemente muda, ¡que acepte que te folles a ella en silencio! — replicó, con la cara roja de ira.

Avancé hacia ella, la agarré del cuello con fuerza y tiré de ella. Mi cara estaba a centímetros de la suya, provocándome aún más.

— Aún no o te he follado, ragazza, pero cuando lo haga, voy a oír todos tus

gemidos — susurré contra sus labios.

— Búscate una novia que te desee, Don Colatto. Mi hermana... te desea —dije, con la ira palpitando en cada palabra. Tenía la cara encendida, la boca entreabierta, las pupilas dilatadas. La sangre se aceleró bajo su pálida piel.

Estaba cachondo.

— No quiero a tu hermana, mierda — apretándole el cuello con más fuerza. Me llevé el cigarrillo a la boca, lo sostuve entre los labios y, con la mano libre, me deslicé por sus piernas, bajo la bata. Me sorprendió descubrir que estaba desnuda.

Mi mano siguió moviéndose hacia arriba y ella se estremeció, dejando escapar jadeantes respiraciones. Acaricié su suave coño, sintiendo el calor que emanaba de él.

— Mira... tu coño me desea, Aurora —murmuré con el cigarrillo entre los labios, el sonido salía más apagado.

— No —, susurró, intentando resistirse, mientras hundía mis dedos más profundamente en su calor. — Para... para…

— No me mientas, *bambina* — gruñí. — Quieres que te castigue, ¿verdad?

Sus ojos se abrieron de par en par, asombrados y llenos de deseo. Maldita sea, esta chica estaba jugando conmigo. Le di una bofetada en el coño, arrancándole un aullido de sorpresa. Sus dedos se aferraron a mi tríceps mientras respiraba agitadamente, desconcertada.

— No puedes hacerme esto, utilizarme como si fuera una de tus amantes —, murmuró vacilante.

Volví a abofetearla y retiré la mano. Le di una calada al puro, lo sostuve entre los dedos y le soplé el humo en la cara. Me incliné hacia delante, lamiendo sus dulces labios. Se puso roja. Vi el pequeño impulso que la acercó a mí, antes de que se detuviera y diera un paso atrás. Solté su cuello, mi mano marcada sobre su piel pálida y cremosa me hizo sonreír, satisfecho. Me gustaba verla con mi marca.

— Serás mi esposa, mi amante, mi puta y lo que yo quiera que seas — dije. — Ahora sube y vístete antes de que sienta la tentación de tumbarte en el sofá y destrozarte el coño con mi polla.

Se estremeció, su mirada pasó del sofá a mí, antes de correr escaleras arriba.



— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? — dijo Nicolo, irrumpiendo en mi despacho.

Él había llegado una hora después del desayuno; yo lo había recibido en la oficina, dejando a Aurora sola con sus propios pensamientos. Necesitaba tiempo para absorber todo.

— Juan me dijo que sacaste a Aurora de casa sin su permiso —continuó Nicolo—. No tienes derecho a hacer eso, Raffaello. Tenemos tradiciones, y si querías cenar con ella, deberías haberlo pedido a Juan. Caramba, la boda ya es el domingo.

Nicolo caminaba de un lado a otro. Tras un largo sorbo de whisky, se sentó en el

sillón frente a mí, con el cansancio plasmado en su expresión.

— ¿Problemas en el paraíso? —provocó, sabiendo bien que él y su esposa no se soportaban.

Beatrice era fútil, y apenas tenía paciencia para sus trivialidades. Prefería el trabajo y a su hijo —Domenico—, que pasar más de unas pocas horas con esa esposa consentida.

— Beatrice quiere tener más hijos —murmuró con un suspiro. — Piensa que eso nos unirá.

Levanté una ceja.

— ¿Desde cuándo el sexo es un problema para ti?

— No es eso. Ella apenas puede cuidar de Domenico. Si Sara no fuera su niñera, el niño estaría solo —respondió, con los ojos pesados de frustración—. Tener otro hijo no resolverá nada. Más un niño solo traería más dolores de cabeza, y por más que le explique, no me escucha.

— Entonces quita lo que le gusta —sugerí, seco—. Aleja a Sara. Haz que Beatrice cuide de Domenico a tiempo completo.

Él bufó, disgustado.

— Mi hijo no merece sufrir así... —Nicolo sacudió la cabeza, dudoso—. ¿Y qué pasa con Aurora? Mándala de vuelta.

— No. Se queda conmigo —respondí, recostándome con calma en el sillón—. Ordené que un estilista viniera aquí para hacer los ajustes del vestido, y todo se

resolverá directamente conmigo.

— Raffaello, ¿y las tradiciones?

— Que se jodan las tradiciones. Aurora es mía —afirmé, irritado—. A partir de ahora, vivirá bajo el mismo techo que yo hasta el final de mis días.

Nicolo me miró. Un destello de preocupación apareció en su mirada.

— Eso... entre tú y ella... puede arruinarte, Raffaello —dijo en tono de advertencia —. No estás actuando como un Don, sino como un hombre obsesionado.

Me quedé en silencio, porque sabía que tenía razón. Me sentía obsesionado por Aurora, ardiendo por dentro como nunca antes en mi vida.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 13

Juan me miraba fijamente con sus grandes ojos azules, su miedo era evidente, aunque intentaba disimularlo. No había escapatoria ni para él ni para los dos soldados alineados a su lado, con las cabezas gachas y los cuerpos tensos.

Estábamos en el sótano de la casa de mi familia en los Hamptons, el mismo lugar que mi padre utilizaba como sala de torturas. El espacio desprendía el olor metálico de la sangre seca y las historias de dolor, impregnadas en las frías paredes de piedra.

Crucé las manos a la espalda, con la postura rígida, mientras analizaba a cada uno de ellos. No necesité decir nada para que el peso del silencio los aplastara. Finalmente, Juan tuvo la osadía de romperlo.

— Don Colatto, ¡lo de Aurora fue un malentendido! — balbuceó, con la voz temblorosa por la desesperación mientras tragaba saliva.

Apreté la mandíbula, pero no respondí. Mis ojos se dirigieron lentamente hacia el banco de mi derecha, donde había varios instrumentos de tortura. Reliquias de un pasado que yo había traído al presente. Alicates, cuchillos de hoja corta y larga, un soplete. Cada uno de ellos ya había probado la sangre de hombres más fuertes que estos bastardos inútiles.

Cogí una pesada cadena y me la enrollé en las manos, el sonido metálico resonó en el espacio. La mera visión del objeto hizo estremecerse a los soldados, pero Juan intentó de nuevo justificarse.

— Mi mujer está enferma, don, y yo estaba distraído... — tartamudeó, la voz le fallaba.

Avancé como un depredador y le rodeé la garganta con la mano antes de que pudiera terminar. El impacto de mi puño contra su cara fue inmediato, un crujido seco que lo tiró al suelo.

Me arrodillé sobre él, apretándole el cuello hasta que su cara empezó a cambiar de color.

— ¿Te he pedido explicaciones, joder? — siseé, con el odio brotando de cada palabra.

No esperé respuesta. Volví a golpearle la cara con el puño, manchándome la chaqueta con más sangre. El sonido de los huesos al romperse llenó el aire, un sonido casi satisfactorio.

Me levanté y lo dejé caer al suelo como la basura que era. Escupía sangre, intentando respirar, pero yo ya le ignoraba. Caminé hacia los soldados, cada uno de mis pasos resonaba con fuerza.

— La maldita orden era simple: proteger a mi esposa. Habéis fracasado. — Mi voz salió firme, con la autoridad de un hombre que no podía tolerar la incompetencia. — Uno por uno. Vas a sentir el peso de tu fracaso — declaré, agarrándole la barbilla y obligándole a mirarme.

El terror en sus ojos era casi patético, pero no vacilé. En mi mundo, el fracaso se pagaba con sangre. Y ellos aprenderían esa lección con el dolor que sólo yo podía infligir.

Me acerqué a la pared que había detrás de mí, donde estaban dispuestos los artefactos de tortura, cada uno con un cruel propósito. Cuchillos afilados de distintos tamaños, pistolas paralizantes, martillos, alicates e incluso un delgado cordel de cobre, lo bastante letal como para cortar gargantas con la precisión de una navaja.

Pasé los dedos por las hojas colgantes, evaluando sus formas, antes de coger un cuchillo largo y afilado. La hoja brillaba, reflejando la luz amarillenta del sótano.

— Sabéis lo que significa, ¿verdad? — pregunté, volviéndome hacia el grupo.

Los soldados permanecían inmóviles, con el miedo reflejado en sus rostros. Todos sabían que no saldrían ilesos de aquella habitación.

Me acerqué primero a Luca, con el cuchillo girando en la mano. Acerqué una silla de hierro al centro de la sala y le señalé.

— Sentaos. Ahora mismo.

Dudó un segundo, pero Mario le empujó hacia delante, obligándole a sentarse. El cuchillo se deslizó lentamente por su brazo, sin presionar lo suficiente como para cortar, pero sí para hacerle sentir el frío de la hoja contra la piel.

— Tú, Luca, deberías ser mis ojos. Así que dime... ¿por qué demonios tuve que descubrir por mi cuenta que Aurora estaba fuera?

— Don, yo... pensé... — Su voz vaciló cuando presioné ligeramente el cuchillo contra su antebrazo, un hilillo de sangre brotó de la piel.

— ¿Pensabas? — pregunté con voz más áspera. — No te pago para pensar. Te pago para que cumplas mis órdenes sin falta.

Giré el cuchillo y, con un movimiento rápido, le clavé la punta en el muslo, provocando un grito agudo.

— Eso es porque creo que tus disculpas valen algo para mí.

Me detuve frente a la mesa y cogí unos alicates. Mis pasos resonaron en el sótano mientras me acercaba a Riccardo, que temblaba.

— Riccardo. Tú y tu barniz de seguridad. ¿Crees que el mundo exterior te dará señales antes de que actúes? — Me incliné, con la cara a centímetros de la suya. — Soy la única señal de la que tienes que preocuparte.

Apreté las tenazas contra su meñique, sintiendo la resistencia de los huesos antes de aplastarlo. Su grito llenó la habitación, pero no me eché atrás.

— Si no puedes proteger lo que es mío, entonces no puedes sujetar bien nada más.

Juan, sin embargo, era mi objetivo principal. Me miraba atónito, tratando desesperadamente de mantener una fachada de valentía que se hizo añicos cuando caminé lentamente hacia él, con el cuchillo en una mano y la línea de cobre en la otra.

— Juan... — empecé, con la voz calmada pero cargada de un veneno que hizo que todos los demás contuvieran la respiración. — Tenías la tarea más sencilla, la más clara. Y sin embargo... fracasaste estrepitosamente.

Le rodeé el cuello con la cuerda de cobre, tirando ligeramente de ella para que notara la presión. Tenía los ojos muy abiertos y la cara enrojecida mientras intentaba respirar.

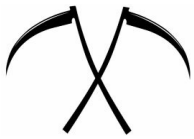
— Esto es lo que pasa cuando alguien me falta al respeto. Cuando alguien pone en

peligro a Aurora.

Solté la cuerda antes de que perdiera el conocimiento, tirándolo al suelo como si nada.

— Tienes suerte de estar vivo. — Miré a cada uno de ellos, con los ojos llenos de desdén. — Limpiad este desastre.

Sin mirar atrás, subí las escaleras, dejando atrás el olor a sangre, sudor y miedo. No había placer en castigarlos, sólo la necesidad de asegurar que el error nunca se repitiera. Porque cuando se trataba de Aurora, el precio de la traición siempre se cobraba con dolor.



Estaba leyendo un informe, concentrado en los números y las estrategias, cuando el molesto sonido de un teléfono móvil interrumpió mi atención. Cogí el aparato y vi el nombre de Iara Salvatori en la pantalla. Suspiré, sintiendo ya el dolor de cabeza que se avecinaba, pero contesté impaciente.

— Colatto. — La voz me salió seca.

Al otro lado, un grito histérico me golpeó.

— ¿Cómo te atreves a arruinar la memoria de mi hija casándote con un Fontana? ¡Y encima con esa chica! — vociferó Iara, desbordando la rabia y el dolor en sus palabras. — ¡No basta con que hayas matado a Inés, mi pequeña! La destruiste,

Raffaello, ¡y ahora nos humillas con esta boda!

Apreté los dientes, dejando que mi silencio hablara por mí. Pero no se detuvo.

— Te pasaste trece años haciendo sufrir a mi hija, matándola poco a poco, cada día. Y ahora, en una semana, te casas con esta chica e incluso la llevas a la casa que Inés suplicó ver, ¡pero tú nunca lo hiciste!

Golpeé el bolígrafo con más fuerza de la que pretendía. La rabia crecía en mi interior como un fuego incontrolado, quemando hasta el último resto de paciencia.

— Cuidado. — Hablé en voz baja.

— No, ¡me vas a oír! ¡Has matado a mi hija! Ella te amaba, Raffaello, y tú la despreciaste, la destruiste, ¡y ahora te atreves a avergonzarla así!

Su histeria era como un martillo golpeando mi cabeza.

— Debería haberte matado a ti también, Iara — gruñí, con la voz áspera como una cuchilla. — Junto con tu querida hija. Si te atreves a ofenderme o a hablar de mi mujer, te arrancaré la lengua, no tendré en cuenta tu edad y acabaré con esta maldita tolerancia.

Hubo una pausa al otro lado de la línea, pero no por la razón correcta. No estaba intimidada.

— ¡Nunca has respetado a mi niña! — gimoteó, con la voz llena de dolor y acusación. — Ella te quería, y tú la mataste...

Le colgué sin pensármelo dos veces. Este tema me irritaba. Inés tomó su propio veneno. Tomó sus decisiones y recorrió el camino que quiso. Yo sólo le di el empujón

final.

Me pasé la mano por la cara, intentando disipar los restos de ira. No había tiempo para lidiar con una mujer amargada que intentaba hacerme la vida imposible por algo que ya había quedado enterrado — hacía mucho tiempo.

Advertí a Inés, le puse límites claros. Si alguien traicionaba mi confianza, no habría perdón. Mintió, me engañó y pagó con mi desprecio hasta su muerte.

Ahora tenía cosas más importantes que hacer. Aurora era mi presente y mi futuro. Inés era sólo un fantasma insignificante de un pasado que yo no pensaba volver a visitar.

Capítulo 14



Estaba encantada — fascinada — por la casa en Hamptons de Raffaello. La residencia de dos pisos era moderna, con enormes paredes de cristal que iban del suelo al techo, paneles de concreto y una maravillosa vista a un denso bosque. Aún no había explorado toda la casa, pero la habitación donde estaba — la suite de mi prometido — era impresionante. Más grande que cualquiera de los aposentos de *papà*. Todas las casas de Raffaello eran suntuosas, y sabía, por lo que mi hermana y mi cuñada comentaban, que su *hobby* era construir. Fundó la Constructora Colatto, su propia empresa, pero ni siquiera había pasado cerca del edificio de varios pisos. Solo lo había visto en fotos. No obstante, su nombre siempre estuvo en los medios — al igual que las mujeres que lo acompañaban constantemente desde la muerte de Inês, su esposa.

La noche anterior había sido agitada, pero lo poco que interactué con él esa mañana me desarmó por completo. Sus dedos tocando mis partes íntimas, su mano firme en mi garganta, y la forma en que sopló el humo en mi cara... eso me dejaba inquieta. Siempre odié el olor de los puros y cigarrillos, pero en él... La forma en que sostenía el

puro entre sus dientes, la manera en que el humo dulzón escapaba de sus labios, me excitaba. No podía negar cuánto eso me afectaba, de una manera inesperada y perturbadora.

Sacudí la cabeza, nerviosa. Necesitaba dejar de pensar en él, pero mi mente me traicionaba a cada segundo, trayendo recuerdos a la superficie sin piedad. Mi corazón latía más fuerte cada vez que esas imágenes volvían, como si estuviera en una montaña rusa, con el estómago revuelto y ansioso. Pasé la mañana encerrada en la habitación, hasta que Celeste — la gobernanta de la casa, una señora de sesenta años — vino a llamarme para el almuerzo. Educada, me sirvió, pero vi en sus ojos que desaprobaba mi elección de comer en la mesa de la cocina.

La tarde voló mientras exploraba algunas habitaciones de la casa, sin señal de Raffaello. No es que lo estuviera buscando, pero cada rincón parecía impregnado con su presencia. Vi llegar a Nicolo Rossi en algún momento; parecía nervioso, pero dudé en acercarme. Aún no sabía si podía confiar en él o no.

— ¿Vas a salir, niña? —preguntó Celeste.

Me puse la capucha y le sonreí. Celeste me recordaba a Margot, mi niñera, casi una madre para mí.

— Voy a dar una vuelta por la propiedad —respondí, intentando parecer animada. — No tengo mucho que hacer.

Ella entrecerró los ojos, dudando de mi última afirmación. Era cierto; estaba aburrida y sin apetito. Me sentía sofocada entre esas paredes, necesitando aire fresco, un momento en que la fragancia de Raffaello no me perseguiría, inhibiendo mis

pensamientos.

— Está frío afuera, niña. La nieve no da tregua —alertó Celeste con una expresión preocupada.

— Estaré bien. Solo necesito aire fresco —insistí. Vi en su mirada que no estaba convencida, así que suspiré, cediendo a la honestidad. — Necesito respirar algo que no sea el Don Colatto.

Ella suavizó la expresión y, con un resoplido divertido, se rió.

— Eres muy joven —murmuró, más para sí misma. — Solo ten cuidado y no te demores demasiado afuera.

Con un impulso, la abracé, sorprendiendo a Margo. Sus brazos delgados me envolvieron por un breve instante antes de que me soltara, empujándome suavemente.

— No estés mucho tiempo afuera; no quiero verte enfermar —dijo, en un tono dulce pero autoritario.

— Está bien, gracias —respondí, sonriendo mientras me dirigía hacia la puerta.

Abrí la puerta y salí. El viento frío, el aire húmedo y helado me envolvieron, y respiré aliviada. Caminé por la vasta propiedad, sintiendo mis pies, protegidos por las botas, hundirse en la nieve suave. El frío no era tan severo como en Nueva York, pero lo suficiente para dejarme la punta de la nariz adolorida. Observé los abetos, pinos y arces cubiertos de nieve, caminando entre los árboles, con una felicidad tranquila que hacía tiempo no experimentaba. Siempre disfruté del contacto con la naturaleza; en casa, adoraba estar en nuestro pequeño jardín.

Esperaba que Raffaello no se importara. En primavera, quería plantar varias flores, ensuciarme las manos en la tierra, tocar el violín mientras veía mis flores favoritas, las orquídeas, cobrar vida. Planeaba poner a Adele a sonar a todo volumen — amaba sus canciones tanto como las de Avril Lavigne. Soñaba con tocar sus melodías en el violín, pero *mamma* detestaba verme tocar cualquier cosa, y *papà* desaprobaba casi todo lo que hacía.

A medida que avanzaba más en el bosque, la luz parecía disminuir, pero no me importaba. Por primera vez, mi mente estaba en paz, presentando una nueva vida, cosas que me gustaría hacer cuando estuviera casada — pensando en mí misma. Vi una raíz sobre la nieve y fui hacia ella para sentarme. Me acomodé, recostando la cabeza en el tronco del árbol, y comencé a tararear *Love in the Dark* de Adele. Cerré los ojos y dejé que la letra fluyera por mi voz, sin prisa, sintiendo cada palabra. Cuando terminé, noté que estaba llorando. Maldita canción. Pero me sentí más ligera, como si el peso en el pecho hubiera disminuido, y mi mente se clareará.

Desearía que mi teléfono estuviera conmigo, solo para intercambiar mensajes con Katty y Juliano, riendo de las tonterías que decían. Amaba su presencia; siempre me hacía sonreír. Deseaba que pudieran venir a mi boda. Sería un día difícil, pero, con ellos cerca, sería más soportable.

Aún no podía creer que, el domingo, me casaría con el hombre que Arianna amaba. Mi hermana jamás me perdonaría, incluso aunque no tuviera culpa de nada. No fui yo quien pidió o deseó esto... Solo quería ser amada por ella, por ellos.

Permanezcamos allí por un tiempo, cantando y, en otros momentos, silenciando mis pensamientos. Hasta que, en un impulso, decidí realizar un sueño de infancia. Me

levanté y corrí por la nieve, pateándola al aire, girando entre risas. Y cuando llegué a un campo libre de raíces, me dejé caer de espaldas en la nieve. Me hundí, riendo a carcajadas, y, con los brazos abiertos, hice mi tan soñada figura de ángel en la nieve, abriendo y cerrando los brazos repetidamente. Sentía mi ropa húmeda, pero no me importaba; cada instante valía la pena. Finalmente, entendí por qué los niños en las películas parecían tan felices al hacer esto.

— ¿Qué diablos estás haciendo? —la voz de Raffaello cortó el silencio como un estruendo.

Levanté la cabeza y lo vi a pocos pasos de mí, abrigado y con los ojos entrecerrados, parecía irritado.

— ¿Qué?

Él marchó hacia mí, se agachó y, en un movimiento rápido y preciso, me levantó del suelo. Con manos firmes, sacudió la nieve pegada a mi ropa y suspiró, casi con frustración.

— ¿Estás intentando enfermarte, maldita sea? — indagó con una mirada enfurecida.

Balanceé la cabeza, tratando de entender qué estaba haciendo al intentar quitar la nieve de mi cabello ya húmedo.

— Solo quería hacer un ángel de nieve — confesé, aún confundida con su toque. — Era un sueño de infancia.

Sus ojos volvieron a los míos; por un segundo, algo diferente brilló en su mirada. Sus manos me sujetaban con firmeza, una en mi cintura y otra en mi hombro.

— ¿Nunca hiciste esto cuando eras niña? —quiso saber, el tono suavizándose un poco.

— No. ¿Tú lo has hecho? —inquirí, aunque era casi imposible imaginarlo jugando en la nieve.

— Nunca me gustaron estas tonterías —respondió con simplicidad. — Ahora, vamos. Necesitas quitarte esa ropa mojada y comer algo. Sé que no has comido nada desde el almuerzo.

— ¿Cómo sabes que no comí? —pregunté, aun asimilando ese gesto de cuidado.

— Cuido de lo que es mío —fue todo lo que dijo.

Parpadeé, tratando de absorber sus palabras, con un torbellino de sentimientos inesperados creciendo dentro de mí. Ser cuidada. Eso despertaba algo cálido, subiendo hasta mi pecho y iluminando partes de mí que ni siquiera sabía que existían. Pero no podía dejar que eso se notara, así que me defendí.

— No soy tuya — repliqué en voz alta, tratando de romper el hechizo.

Raffaello soltó una risa ronca y profunda, el sonido reverberando en el aire frío. Fue agradable de escuchar, y una parte de mí quiso grabar ese sonido, temiendo que mi memoria no capturara lo suficiente.

— No veo nada gracioso, ¡Don! — rebatí, desafiante, incomodada.

— Ah, pero yo sí lo veo. Tú mintiendo... pensé que eso iba en contra de las reglas de una monja — dijo, arrastrándome con él.

— No soy ni novicia — repuse, con tono refinado. — Estoy siendo obligada a ser

tu prometida, ¿recuerda?

Él se rió de nuevo, con ese tono burlón que hacía que mi piel se erizara.

— Sí, veo cuánto te están forzando — ironizó, mirándome de reojo.

— ¡No puse tu anillo por voluntad propia! — gruñí.

— Yo lo puse, y seguiré poniéndolo, no porque te esté forzando... sino porque un día me rogarás, Aurora. En voz alta, en tus mejores sueños... o en tus peores pesadillas.

Frustrada, solté un bajo gruñido.

Él estaba equivocado. Nunca le rogaría.

Nunca...



Miré el nuevo celular que Celeste me entregó poco después del baño. Pasé algunas horas en la bañera caliente, simplemente relajándome, hasta que me encontré con Celeste esperándome cerca de la cama.

— Mi niño pidió que te lo entregara. Todos los contactos de tu lista antigua ya están en él — explicó, su voz tranquila. — Traje té y analgésicos, para prevenir un resfriado. Cámbiate, ponte algo cálido y sécate el cabello. ¿Quieres que lo haga por ti?

Parpadeé, sorprendida por su amabilidad. Sonreí agradecida, conmovida por la oferta.

— No es necesario, gracias, me lo seco yo misma — respondí y me giré hacia el armario, un espacio inmenso. A la derecha, la ropa de Raffaello. A la izquierda, las que suponía eran mías, ya que todas eran de mi talla. — Celeste, ¿Inês y Raffaello compartieron esta habitación? — pregunté, curiosa.

— Eres la primera mujer que mi niño trae aquí — respondió ella, con un tono serio.

— Pero... ¡estuvieron casados más de diez años! — exclamé, incrédula.

— Él construyó esta casa hace más de quince años, pero Raffaello nunca trajo a Inês, ni a ninguna otra mujer. — Su mirada sincera no dejaba dudas. — Te dejaré que te vistas. Antes, toma el té y los analgésicos.

Rodé los ojos con una media sonrisa, rindiéndome al cuidado de Celeste. Tomé el té amargo y tragué las pastillas, luego fui en busca de algo cómodo. En cuanto cerré la puerta, suspiré, aun intentando digerir la idea de ser la única mujer en pisar allí.

Opté por un pantalón de chándal gris oscuro y una blusa de manga larga negra. Me puse calcetines de felpa que parecían botas, sintiendo la comodidad del calefactor que llenaba el ambiente. Al fondo del armario, un tocador bien organizado exhibía algunos productos esenciales. Me sentí, peiné mis cabellos rubios y encendí el secador, pasándolo con prisa.

Minutos después, mi pelo parecía más una paja desordenada que algo ordenado. Cogí el aceite reparador de Dior, me lo froté en el pelo y terminé con el perfume Byredo que había encontrado allí, una fragancia nueva para mí, pero irresistible.

Cuando salí del camerino, me sobresalté al ver a Raffaello. Estaba de pie, con el

torso desnudo, con restos de gotas de agua que aún resbalaban por los contornos bien definidos de sus músculos. Unos mechones de pelo en el pecho, un conjunto de protuberancias marcadas en el vientre que conducían a la V, desapareciendo bajo una toalla blanca que le envolvía la cintura. Tragué saliva, forzando la mirada hacia la suya, sólo para encontrar ese brillo divertido en sus ojos grises.

Olía bien, a jabón fresco y picante.

— ¿Estoy de acuerdo, *piccola*? — bromeó, con un toque de humor en la voz.

Levanté la barbilla, pero no podía ignorar que estaba más atractivo que nunca: barba bien recortada, pelo aún húmedo, peinado hacia atrás, brazos musculosos, bien definidos, fuertes, como sus muslos, que noté de un vistazo. Todo en él era rígido, sólido.

Suspiré, casi sin darme cuenta.

Raffaello desprendía sensualidad.

— No, sólo me doy cuenta de que, para ser un *hombre* de mediana edad, estás muy bien conservado —le respondí, descaradamente.

Despertaba eso en mí, una necesidad de enfrentarme a él.

Raffaello sonrió de lado, pero el brillo divertido no desapareció de sus ojos.

— Ah, aquí el viejo te va a hacer pagar por cada una de estas provocaciones, *piccola* — murmuró con voz ronca, relamiéndose los labios, reduciendo la distancia que nos separaba.

Qué espectáculo...

— No creo que pudiera soportarlo — repliqué impertinente.

Su mano firme me rodeó la cintura, acercándome aún más. Mi boca casi rozó su pecho desnudo y varonil. Me mordí los labios para contener el deseo de lamer aquella gota de agua que corría por su piel... ¿Qué me estaba pasando? Yo no era así, no tenía ganas de lamer a alguien.

Se me cortó la respiración cuando sentí que algo me pinchaba. Miré hacia abajo y, sin poder evitarlo, tragué saliva. Era... grande —volví a suspirar, sin aliento.

Puse las manos en su pecho, intentando apartarlo, pero el contacto de su piel desnuda fue como una corriente eléctrica que me golpeó con fuerza.

— Si no fuera por mi puto honor, te cogería ahora mismo, — gruñó, agarrándome la cintura con más fuerza y, con un movimiento brusco, manoseándome las nalgas antes de darme dos bofetadas que me hicieron gritar. El calor se extendió por mi piel, ardiente y doloroso, mientras mis bragas ya estaban empapadas. — Ahora pórtate bien y vamos a cenar, te enseñaré a respetarme, Aurora.

Cuando me soltó tan rápido como me había sujetado, estaba mareada, la cabeza me daba vueltas, el cuerpo me palpitaba y.… mi deseo, fuera de control. Algo en mí quería más, quería más bofetadas, más de él.

Salí corriendo de la habitación antes de perder la cabeza para siempre.

Casi suplicaba que me tocara más.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 15

Tomé otro sorbo de whisky, sintiendo el calor familiar extenderse por mi pecho mientras observaba a Nicolo en su estado de inquietud. Daba caladas a su cigarrillo, como si la nicotina pudiera borrar los pensamientos que le atormentaban, pero el filtro casi se había acabado.

— ¿Me lo vas a decir pronto o voy a tener que adivinarlo? — pregunté, mi tono tranquilo contrastaba con su visible agitación.

Soltó el humo, como ganando tiempo.

— Graziella me ha pedido que nos mudemos juntos.

Arqueé una ceja. Nicolo no era el tipo de hombre al que le gustaran los cambios, sobre todo en su vida privada.

— ¿Por qué te molesta? — pregunté, intentando no parecer tan aburrida.

— Apenas tengo tiempo para Domenico. — Dejó escapar un pesado suspiro. — Y traer a un adolescente a casa... es un caos inminente.

Graziella. La hermana menor de Nicolo. Una chica de sólo catorce años, fruto de la aventura de su padre con una amante. Un recordatorio viviente de que los secretos y las traiciones nunca desaparecieron del todo en nuestra *familia*.

— La solución es obvia dije — reclinándome en la silla. — Tráela a vivir contigo. Le hará compañía a Domenico y, además, te librarás de Sara.

La mirada que me dirigió Nicolo fue casi asesina. Mencionar a la niñera de Domenico, Sara, siempre tocaba un nervio expuesto. La tensión entre ambos era evidente, pero él aún no había cedido... al menos que yo supiera.

— Tiene a su madre replicó él, con tono defensivo. — No es cosa mía.

Suelto una carcajada seca y golpeo el vaso contra la mesa con fuerza suficiente para que resuene en la habitación.

— La mujer está viva, pero ¿dónde? — pregunté, inclinándome hacia delante. — Viajando por el mundo con su dinero, sin preocuparse por su hija. Su padre está muerto, Nicolo. La chica está abandonada, ya lo sabes.

No respondió, pero la forma en que se frotó la cara con la mano libre me indicó que mis palabras estaban dando en el clavo.

— Al menos, bajo tu techo, tendrás el control. Sabrás que ningún cabrón se atreverá a tocarla. — Mi voz se endureció, cargada de desprecio. — Prohíbo la violación, Nicolo, pero ¿crees que puedo estar en todas partes, todo el tiempo? Siempre hay un hijo de puta que se cree que puede tener toda la diversión.

Nicolo permaneció en silencio, con los ojos fijos en el suelo, mientras el cigarrillo colgaba inerte entre sus dedos. Sabíamos lo que la vida dentro de la mafia hacía a los que eran jóvenes, vulnerables y quedaban a merced de su entorno.

— Será mejor que te asegures de que está protegida. ¿O quieres cargar con otro peso a la espalda? — finalicé.

No respondió de inmediato, pero no era necesario. Sabía que tenía razón. Sabía que, en el fondo, la única opción era acoger a Graziella y protegerla. Era lo que

cualquier hombre haría por su familia, aunque el concepto de familia, para nosotros, estuviera distorsionado y lleno de grietas.

— ¿Intentando manipularme, Don? — se rió Nicolo, pero su tono llevaba una leve provocación.

Cruce los brazos, una sonrisa fría se formó en mis labios.

— No, bastardos como tú no necesitan manipulación — repliqué, soltando una risa seca. — Ahora, vayamos al grano. No viniste aquí para admirar mi belleza, ¿o sí?

Él se rió de nuevo, pero pronto cambió la expresión a algo más serio.

— No. — Inhaló el cigarro, apagándolo en el cenicero con fuerza. — Los ingleses tuvieron problemas con los rusos, que ahora decidieron aliarse con los irlandeses. Pero el verdadero problema... es la carga de Ravenshade. Está justo bajo la nariz de Salvatori.

Mi expresión se endureció al instante.

— ¿Y Salvatori dijo que lo resolvería? —pregunté, mi voz cargada de sarcasmo.

— Eso fue lo que dijo — confirmó Nicolo, seco, observando mi reacción.

Mi sangre hirvió, y la maldición salió antes de que pudiera controlarme.

— ¡Ese viejo hijo de puta! — gruñí, golpeando la mesa frente a mí, haciendo que los papeles saltaran.

La audacia de Salvatori en siquiera intentar cubrir un fallo de ese tipo era suficiente para sacarme de quicio. Tenía una reputación que cuidar, pero también estaba jugando con fuego al hacerme creer que resolvería algo tan crítico sin supervisión.

— ¿Se cree que está en control? — continué, levantándome, y me dirigí a la barra para servirme otro vaso de whisky. — ¿O que es intocable porque tiene un apellido que ya no vale una mierda?

Nicolo permaneció en silencio, pero era evidente que coincidía conmigo. Salvatori estaba jugando con algo mucho más grande de lo que podía manejar.

— Quiero información detallada sobre esa carga — exigí, volviéndome de nuevo hacia él. — Quién está involucrado, dónde está y por qué carajos nadie me notificó eso antes.

— Ya estoy manejando eso —dijo, encendiendo otro cigarro; la tensión en sus movimientos delataba que el asunto no era sencillo.

Tomé un largo sorbo del whisky, sintiendo el calor descender por mi garganta. Salvatori no sabía con quién estaba tratando. Si quería jugar con fuego, estaba más que preparado para incendiarlos junto con cualquiera que se atreviera a cruzarse en mi camino.

— También quiero que sigan a Alex Fontana —ordené, mi voz firme, mientras lanzaba el vaso vacío sobre la mesa con un golpe sordo.

Nicolo asintió, sus ojos entrecerrándose en alerta.

— ¡Sí, Don! — respondió, rápido, como si ya anticipara que cualquier vacilación no sería tolerada.

— Quiero informes diarios — continué, acercándome a él con pasos calculados. — A dónde va, con quién habla, qué come, hasta las malditas sombras que lo rodean. No me dejen en la oscuridad, Nicolo.

— Así será —garantizó, levantándose.

El silencio que siguió era casi ensordecedor. El peso de mi orden flotaba en el aire, y sabía que Nicolo comprendía la gravedad de lo que se estaba pidiendo. Alex Fontana era una amenaza, las amenazas eran como malas hierbas: debían ser arrancadas de raíz antes de que se propagaran.

La familia Fontana estaba tomando caminos que jamás perdonaría.

— Y, Nicolo... — lo llamé antes de que saliera, mi voz baja pero cargada de intención.

Se detuvo, girando para mirarme.

— Si surge algo fuera de lo común sobre él, avísame. No tomen ninguna decisión sin pasar por mí.

Caminé hasta la ventana; pronto me casaría. Nunca había estado ansioso por nada, sin embargo, apenas podía esperar para convertir a Aurora en una Colatto.

Capítulo 16



— ¿No va a haber una despedida de soltera? — Beatrice habló casi incrédula.

La esposa de Nicolo, el consigliere de Raffaello, llegó justo después del desayuno. Era viernes, y sentía una extraña mezcla de ansiedad y nerviosismo. El jueves, la estilista trajo mi vestido, y lo probé bajo la atenta mirada de Celeste, quien aprobó mi elección. Hasta la lencería para la noche de bodas ya estaba decidida: lilas, con encajes delicados.

No quería una despedida de soltera, ni siquiera una noche entre amigas con vino, bocadillos y consejos inoportunos sobre cómo *agradar* a mi futuro marido. No quería nada de eso.

— No quiero —respondí sin rodeos. — Solo quiero una buena noche de sueño.

Beatrice se acomodó el cabello rojizo, que caía en capas desiguales hasta los hombros. Sus ojos marrones y labios carnosos, que no eran naturales en ella, sin embargo, le quedaban bien, tenía que confesar.

Llevaba un vestido negro con un escote audaz, botas de caña alta sobre medias negras y un abrigo de piel marrón, exudando un aire provocador que parecía ser su marca registrada.

— ¡Qué tontería! Al menos deberías salir a cenar, tomar un buen vino y escuchar los consejos de las mayores — insistió, llevando la copa de vino a los labios. — Cuando me casé con Nicolo tenía apenas dieciocho años, no sabía nada; en mi despedida de soltera, incluso descubrí cómo chupar una polla. Me llevaron un pene de goma y me mostraron diversas técnicas sobre cómo agradar a un hombre. — Se rió de una manera que me dejó incómoda. — Eres tan joven, y Raffaello ya ha estado casado antes. Inês y tú son diferentes, querida.

Inhalé hondo, tragando el deseo de mandarla a la mierda. Beatrice era conocida por su comportamiento inconveniente y su gusto por el lujo; adoraba frecuentar salones de belleza y tenía la costumbre de humillar a las hijas de soldados menos favorecidos. Además, su amistad con Arianna y Kristen se había vuelto aún más intrusiva.

— Ya te dije que no quiero, y no tendré despedida ninguna — finalicé, mientras tomaba mi taza y daba un sorbo de chocolate caliente.

Ella frunció el ceño con desdén.

— *Querida*, tengo una entrenadora personal maravillosa — dijo, dejando que su mirada crítica se paseara sobre mí. — Todas las mías son mujeres, claro. Nicolo no acepta hombres; es celoso, le gusta sentirse seguro... como si fuera a traicionarlo. — Soltó una risa afectada, tomando otro sorbo de vino. — Pero mi nutricionista es increíble, puede ayudarte. Y conozco a varias personas de estética de confianza. Sé que estás a última hora, pero nada impide que, después, puedas mejorar un poco, ¿no es

cierto, querida?

— ¿Ayudarme con qué? — inquirí, limpiándome la boca con una servilleta, conteniendo el malestar.

Ella se inclinó, como si fuera a contarme un secreto.

— Ah, Aurora, sabes que estás... un poco pasada de peso, ¿verdad? — dijo Beatrice, como quien comentaba sobre el clima. — Raffaello tiene un estándar, todos lo saben. No entendemos muy bien por qué te eligió, pero seamos realistas, no está de más cuidarse, verse más presentable. Después de todo, ¿cómo va a querer acostarse contigo con las luces encendidas?

Beatrice se encogió de hombros, como si me hiciera un favor.

— No me mires así — continuó, los ojos llenos de falsa compasión. — Querida, no quiero ofenderte. Solo estoy diciendo que necesitas valorar a un hombre como él, debes estar a su altura.

Mis manos temblaban; cada palabra de Beatrice me atravesaba afilada y dolorosa. El dolor era profundo, palpitante; mi cabeza pulsaba, y el estómago se retorcía, amenazando con hacer que perdiera el control. Puse la servilleta sobre la mesa y me levanté, empujando la silla hacia atrás, respirando hondo, luchando para reunir fuerzas antes de responder.

— Raffaello fóllame en la luz y en la oscuridad — murmuré, con la voz baja y firme. — Sabe exactamente con quién se está casando, *querida*. — Mi mirada firme encontró la suya, y mantuve la posición. — Ahora, si me permites, tengo un compromiso con él más tarde y necesito prepararme.

Ella me miró con una expresión de sorpresa, como si mis palabras la hubieran tomado desprevenida.

Ah, querida, ¡te entendiste mal! No quise ofenderte, solo quiero ayudar — dijo con ese tono de quien se hace la inocente. — Si necesitas algún consejo de moda, estoy aquí para sugerirte algo más... moderno y, quién sabe, sexy.

Antes de que pudiera responder, pasos se acercaron, y pronto Raffaello y Nicolo aparecieron en la sala del este de la casa. El espacio era acogedor, con paredes de vidrio que daban vista al lago congelado y una mesa redonda de madera robusta, rodeada por sillas bajas de cuero. Era un lugar aislado, claramente reservado para recibir visitas sin permitir que tuvieran acceso directo a la casa principal.

— Beatrice, vamos —dijo Nicolo, acercándose para sujetar la silla de su esposa.

— ¿No nos quedaremos para la boda el domingo? —preguntó ella, con el rostro bastante confundido.

— Nos quedaremos en la propiedad de la familia Colatto, junto con los demás. Esta casa pertenece a Raffaello —explicó Nicolo, ayudándola a levantarse. Me lanzó una mirada rápida, casi respetuosa, y con un leve asentimiento de cabeza, añadió: — Capo, Aurora, hasta el domingo, el gran día.

Raffaello apareció detrás de mí, su mano firme reposando en mi cintura. El toque era un recordatorio posesivo; el aroma fresco de su colonia invadió mis sentidos, distrayéndome por un instante. Repose mi mano sobre la suya, consciente de la mirada atenta de Nicolo, que, aunque sostenía a su esposa por los hombros, mantenía los ojos fijos en nosotros dos.

— ¡Hasta luego! — murmuré con una sonrisa contenida, sin mostrar los dientes.

Nicolo asintió en respuesta, llevando a su esposa hacia afuera. Solo observé mientras se alejaban y, tan pronto como la puerta se cerró, solté la mano de Raffaello, intentando escapar de su agarre. En vano. Sus dedos apretaron aún más mi cintura, y solté un suspiro frustrado.

— ¿Puedes soltarme? — pregunté, tratando de ocultar el desagrado.

— ¿Qué conversaban? — su voz sonó baja, pero cada palabra cargaba una tensión sutil mientras sus dedos presionaban aún más mi cintura.

Sobre cómo me vas a follar, pensé, pero guardé la respuesta. No valía la pena tocar ese tema, mucho menos cómo Beatrice intentó, sutilmente, hacer un comentario sobre mi peso. No sería un asunto que él querría escuchar.

— Despedida de soltera — respondí de forma evasiva.

Raffaello me giró con firmeza para mirarlo, su mirada fría y evaluadora.

— Mi hermana mencionó que tu hermana estaba organizando algo y la llamó. Dije que irías — informó. — ¿Algún problema?

— ¡No quiero una despedida de soltera! — respondí.

Él examinó mi rostro con una expresión indescifrable, que a veces me aterrorizaba. Era como si quisiera leer mis pensamientos, y en ciertos momentos, casi creía que podía. La madrugada pasada, desperté y lo encontré al borde de la cama, observándome en el silencio de la penumbra. Cuando le pregunté qué hacía allí, solo me ordenó que volviera a dormir.

— Mi hermana querría pasar tiempo contigo — murmuró. — Y pasarás la noche de mañana con ella.

Respiré hondo, tratando de convencerme de creer en sus palabras. Carla no era un misterio completo para mí, pero lo poco que sabía no me dejaba cómoda. Arianna la odiaba y no disimulaba; decía que Carla mantenía una distancia fría, indiferente incluso con su propia familia. Kristen — mi cuñada — tampoco sentía simpatía por ella, y la frialdad entre ambas parecía ser una regla silenciosa.

Además, estaba el hecho de que Carla vivía en Nueva Jersey, lejos de los círculos más cercanos, al lado de su marido, Cassio Vielo, el *Underboss*. Todo lo que sabía era que Carla tenía gemelos, aunque nunca había escuchado sus nombres. Nunca me importó saber. De hecho, hasta hace poco, creí que mi vida tomaría otro rumbo: sería monja, viviendo alejada de todo.

Incluso mamma, con su enfermedad, nunca fue tratada con el mismo desprecio. Yo era el secreto no deseado, una molestia que, al final, no podían simplemente esconder.

— ¡No quiero! — repliqué, firme. — No soy cercana a ninguna de ellas, ¡y mis amigos no están aquí!

— ¿Te refieres a tu "amiguita" que coquetea con uno de nuestros médicos? ¿Y a Juliano? — preguntó, acariciando mi mejilla con el dorso de los dedos, en un gesto sutil.

Odié la forma en que hablaba de mis amigos.

— No hables de ellos así — gruñí. — Juliano es uno de tus soldados.

— Suerte que sea gay — dijo, y abrí los ojos con sorpresa. — Sé todo lo que pasa,

Aurora. — Sujetó mi mentón con los dedos.

— Lo sospechaba... —susurré. — Entonces, no me separarás de él.

Él arqueó una ceja.

— Mientras prefiera la polla al coño, podrá ser tu amigo, pero si traicionas mi confianza, te encerraré en casa, Aurora, y te sacaré de la universidad, incluso siendo tu último año — declaró con voz grave. — Sé amiga de mi hermana y de las otras de nuestro círculo.

No estaba pidiendo; era una orden. Sonreí amargamente.

— Si eso es lo que deseas, Don Colatto, así será — acordé, con la voz revestida de una amarga sumisión.

Lo haría arrepentirse de eso con todas mis fuerzas.

Capítulo 17



Tomé otra bolsa de Chanel, esta vez conteniendo un conjunto de lencería blanca, elegante, pero demasiado provocativa para mi gusto. Y también vino lo que la esposa de uno de los capitanes de Nueva Jersey llamó un *succionador de clítoris* — según ella, algo para hacerme feliz. Tuve que luchar contra el impulso de poner los ojos en blanco o, peor aún, salir corriendo. Carla — hermana de mi prometido — permanecía a mi lado todo el tiempo, su mirada neutra siguiendo cada intercambio de regalos.

El lugar elegido para mi despedida de soltera era la sala de fiestas de la propiedad de los Colatto, aquí en Hamptons. Estaba bien alejada de la casa principal y de la secundaria, reservada para los invitados más cercanos, como los Underboss y sus Consiglieres, acompañados de sus esposas. Raffaello prohibió a los niños en el evento, y aunque encontraba el clima pesado, no discutí.

Las previsiones para el domingo indicaban una leve tregua en la nieve y una discreta subida en las temperaturas, lo que me animaba — al menos un poco. La boda

sería en la playa, y, aun con las carpas abiertas, el frío del invierno no colaboraba con la idea. Nunca entendí dónde tenía la cabeza Raffaello al querer casarse frente al mar en pleno invierno.

Sonreí a la mujer que me entregó el regalo, pero, honestamente, ni siquiera podía recordar su nombre. Otro paquete, de Dior, fue colocado en mis manos, y me di cuenta de que venía de Beatrice, que parecía ansiosa por que lo abriera.

— Compré esto pensando en la segunda semana de casada. Es una de las mejores —dijo con esa sonrisa insoportable. — Abre, querida.

Oh Dios. Quería golpearla cada vez que decía "querida".

Respiré hondo y abrí el regalo. Lo que encontré fue un conjunto de lencería azul, con dibujitos infantiles de ballenas. Sentí que una risa amarga escapaba de mis labios y, por pura indignación, cerré la caja y la dejé a un lado, levantándome con una mirada de pura determinación. No permitiría que me humillara frente a Carla y las demás.

— Te lo dejo a ti, *querida* —dije con tono firme, elevando la voz para que todos escucharan. — Agradezco a todos por los regalos, pero este lo rechazo. ¡Mi prometido dejó claro que prefiere gatitos! —Sonreí con falsa dulzura y añadí: — Ahora, ¿vamos a beber?

Todos rieron, levantando las copas, y Beatrice, desconcertada, devolvió una sonrisa forzada. Vi a Carla lanzarle una mirada de pura desaprobación, y me alejé, cruzando el gran salón de fiestas —que, en realidad, parecía un gran salón—, sonriendo a quienes se detenían a saludarme y cambiando saludos automáticos.

— Sé más firme con ellas, Aurora —aconsejó Carla mientras me sentaba en el

banco helado de afuera, el frío viento envolviéndome como un abrazo cortante. Estar allí, en medio del silencio nocturno, parecía un alivio en comparación con el ambiente sofocante del salón. — No bajes la cabeza. Esas mujeres te devorarán viva si no te impones como la futura señora Colatto.

Miré a Carla y suspiré. Sabía que su intención era ayudarme, pero todo lo que quería en ese momento era una cama suave y caliente donde pudiera esconderme por unas horas.

— No pedí ser la señora Colatto — solté, notando la sorpresa en sus ojos abiertos de par en par. — Fui la elegida de la vez y tuve que aceptarlo. Este compromiso me fue impuesto. Tu hermano me eligió, ¡y ni siquiera sé por qué! — desahogué, sintiendo una mezcla de alivio y rabia.

— Aurora, sé que Raffaello es duro, pero... intenta hablar con él de manera desarmada, sin toda esa ira. Estoy segura de que serás escuchada — intentó suavizar la situación, sentándose a mi lado y posando su mano sobre la mía.

— Solo me da órdenes — gruñí. — No me deja hablar, no escucha lo que digo. Ya he intentado hacerme escuchar, pero me siento como una niña a su lado.

— ¿Te sientes así o actúas como tal? — replicó, suspirando antes de continuar. — Hay una diferencia. Posiciónate con firmeza, no permitas que te atropelle. Si sigues actuando como una liebrecita herida, te tratará como un cachorrito indefenso. Y esas mujeres... intentaron humillarte, y tú huías.

Sentí el peso de las palabras de Carla como un ancla en mi mente, causándome una profunda incomodidad. Ella tenía razón, y el malestar aumentaba al darme cuenta de

que nunca aprendí a reaccionar de otra forma. Mi vida había sido un largo aprendizaje de retroceso, aceptación silenciosa y resignación. Convertirme en un blanco pasivo parecía haberse vuelto mi naturaleza.

— No sé quién quiero ser — admití, con una sinceridad que dolía. — Pasé gran parte de mi vida imaginando que me convertiría en monja... hasta que me empujaron hacia una nueva realidad, de repente, llamada la prometida del Don Colatto y futura esposa. Ambas sabemos que, en este mundo, nuestra voz es poco escuchada.

Carla soltó una risa amarga y luego otra, más leve.

— Nadie aquí tiene elección —murmuró con amargura, y luego rió. — Voy a entrar. Está bastante frío. No te demores mucho, Aurora.

Me dio un leve beso en la frente antes de entrar.

Otro viento frío sopló, haciéndome temblar; abracé mi cuerpo, el abrigo insuficiente para protegerme de los escalofríos. Quizás era la ausencia de guantes o la tensión en torno a la boda que se acercaba, programada para mañana al atardecer — si el sol aparecía, lo cual era improbable. Estaba aturdida con la realidad de que, sí, me casaría. Lo absurdo de eso me atravesaba. Un día, mi mayor sueño había sido ser dama de honor en la boda de mi hermana con Raffaello, y ahora sería yo la novia.

No parecía que el mundo giró; parecía que se volcó.

La idea de acostarme con él, consumar el matrimonio y tener mi sangre expuesta en las sábanas blancas, como símbolo de la virginidad perdida, hacía que mi rostro se sonrojara de vergüenza y ansiedad. Solo de pensar en Raffaello, en su presencia, entre calor y miedo. La forma en que ya me había tocado —bruto, decidido, sin un atisbo de

duda, — aún me dejaba sin aliento. Quería huir y, al mismo tiempo, quería que él me encontrara y me reclamara.

Este perverso juego de deseo y tensión me carcomía por dentro. La mirada de Raffaello me quemaba la piel como brasas, incluso desde la distancia. Intenté recordarme a mí misma que no debía sentir nada por él, que ese deseo era algo que debía reprimir. Después de todo, Arianna seguía queriéndole. Cada vez que lo veía, le brillaban los ojos.

Y yo, en esa misma paradoja, sentía que el deseo crecía en mi pecho, en conflicto con el miedo a ser devorada.

Me levanté con una sensación de malestar aún latente, decidida a evitar cualquier contacto con la gente del salón. Sólo quería un momento a solas. Me dirigí al aseo exterior, que estaba al fondo.

El viento frío me hizo temblar la piel y algo en mi interior palpitó, como un instinto que me avisaba. Sin embargo, lo ignoré y seguí adelante. En cuanto abrí la puerta del baño, una mano enguantada me tapó la boca. Un grito ahogado escapó de mis labios, pero antes de que pudiera reaccionar, sentí la presión de una gruesa capucha que descendía sobre mi cabeza. Intenté forcejear, pero los brazos que me sujetaban eran demasiado fuertes y me inmovilizaron sin dificultad.

Mis piernas colgaban en el aire mientras me levantaban y oí una palabrota susurrada con irritación. Mi mente intentaba procesar lo que estaba ocurriendo, el pánico aumentaba rápidamente, al igual que la bilis que ardía en mi garganta. Otra mano se unió para ayudar a llevarme, luego vinieron risas femeninas, inconfundibles y crueles — *Kristen y Arianna*. Intenté mover los brazos, pero los tenía demasiado

apretados, con la energía agotada por la inútil lucha. El corazón me latía tan fuerte que podía oír los latidos en los oídos.

Sentí que se movían a mi alrededor, pasos apresurados, el sonido de las ramas que se rompían bajo sus pies mientras me transportaban. Y entonces oí el relincho de los caballos. Mi cuerpo se paralizó de terror. No era una broma de despedida de soltera. No tenía nada de divertido.

Se detuvieron y me arrojaron al suelo como un saco de patatas.

La caída fue brutal. El impacto contra el frío suelo me dejó sin aire en los pulmones y, antes de que pudiera levantarme, me tiraron de los brazos hacia atrás y me los ataron, inmovilizándome. Las risas resonaban, cada una llena de una maldad que me erizaba la piel de miedo e indignación.

Oí los pasos pesados de los hombres que me habían traído hasta aquí. Su sonido disminuyó en la oscuridad, dejándome a solas con Arianna y Kristen.

— ¿Qué estáis haciendo? — Mi voz salió en un hilo, apretada por el nudo que tenía en el estómago. — Suéltame.

— Te daremos tu merecido, ladrona de maridos. — La voz de Arianna salió llena de odio. — Voy a arrojarte donde debes estar, junto a los tuyos.

Intenté contestar, con la verdad atascada en la garganta, pero el pánico no me dejó.

— ¡Cállate, cerdo gordo! — gritó mi hermana, dándome una fuerte patada. Un dolor agudo estalló en mi abdomen, cortándome la respiración, el amargo sabor de la humillación subiéndome a la boca junto con el dolor. Las lágrimas ardían, escapando sin control, mientras sentía cómo me arrancaban la ropa, dejándome vulnerable en el frío

cortante. El tacto áspero de las piedras y el olor nauseabundo que impregnaba la habitación no hicieron sino amplificar el horror.

Alguien tiraba de mí, me empujaba, se burlaba de mí mientras tropezaba. Sentí el suelo irregular y húmedo bajo mis pies y, cuando me empujaron por última vez, me quitaron la capucha y me golpeó el repulsivo olor a colada y suciedad.

— Vete a tu sitio — se mofó Arianna, empujándome a la pocilga. Mi cuerpo se desplomó sobre el barro y los restos de comida, el contacto con la inmundicia me repugnaba. Grité desesperada mientras intentaba moverme.

Los gritos de auxilio se escapaban de mi garganta, ahogados por sus crueles carcajadas.

— Aquí es donde debes estar, en la pocilga con los cerdos — siseó Arianna, arrojándome un cubo de colada por encima, resonando su cruel risa mientras yo gritaba indignada, despojada de mi dignidad.

Intenté levantarme, pero mi cuerpo estaba débil, agotado por la lucha, y mis manos atadas lo hacían aún más difícil. Toda su humillación, odio y desprecio pesaban sobre mí como una armadura corroída, hundiéndome cada vez más.

— Mírate —dijo Arianna con desprecio, su voz cortante como el viento helado que entraba por los huecos de la pocilga. — Siempre te has creído tan especial, ¿verdad? La prometida del gran Raffaello Colatto... Pero no es más que una farsante, una frágil muñequita que no pertenece a este mundo.

Kristen se inclinó hacia mí, sus ojos brillaban con cruel satisfacción.

— Nadie va a ayudarte aquí, cuñada. Vas a quedarte donde perteneces — escupió,

empujándome con el pie, lo suficiente para hacerme resbalar más profundamente en el barro.

Deseé estar muerta...

Capítulo 18



Uno de los cerdos se me acercó, resoplando, y me quedé inmóvil, conteniendo la respiración mientras mi cuerpo se ponía rígido. El animal me olfateó, soltó un gruñido y se alejó rápidamente, como si incluso él percibiera el horror de la situación. Estaban inquietos, y yo, cubierto de mugre y temblando de frío, intenté moverme, pero resbalé en el barro mezclado con la colada, y la nieve derretida empeoró el terreno. Mi muñeca palpitaba bajo las ásperas cuerdas, el dolor se irradiaba hasta mi brazo atascado en una posición imposible. Nunca he sido atlético, y lo más que podía hacer era evitar que mi cara se hundiera en la tierra.

El olor era nauseabundo, el frío me calaba hasta los huesos y apenas sentía las piernas. No debería haber estado allí mucho tiempo, pero el tormento hacía que cada segundo pareciera una eternidad. Moví las muñecas y una oleada de dolor desgarró la piel donde la cuerda ya la había quemado. Sollocé, dejando caer las lágrimas mientras mi frente tocaba el sucio suelo, mi cuerpo casi desnudo en aquella repulsiva pocilga, a merced de cualquiera.

— ¡Aurora! — La voz de Raffaello resonó como un trueno.

El sobresalto me despertó, una mezcla de alivio y pavor me invadió. Una parte de mí lo anhelaba, pero otra temía que me viera en este estado, tan miserable, tan humillada.

— Ven... ¡ven solo! — supliqué con voz ahogada, los sollozos interrumpían mis palabras. — Por favor, por favor — susurré, rogándole que fuera el único testigo de mi lamento.

Sus pasos firmes cortaron el aire frío y húmedo. Deseé poder darme la vuelta, correr hacia él, sentir el consuelo de sus brazos. En cambio, permanecí inmóvil, con el alma desgarrada entre la vergüenza y el deseo.

— ¡Joder! — Oí su gruñido a mi lado. Vi la punta de su caro zapato italiano frente a mí. Se agachó, dejando escapar un pesado suspiro, y desató la cuerda que me ataba. Un suspiro de alivio escapó de mis labios en cuanto tuve las manos libres. Se quitó el abrigo y me cubrió. — ¡Fóllame! — rugió, levantándome de golpe, y las piernas me fallaron. Me agarró, fuerte e inquebrantable, tirando de mí hacia sus brazos.

— Raffaello, ¡estoy sucia y soy pesada! — grité.

— Puedo cargar con mi mujer, *piccola*, no me hagas reír con esa historia de debilidad — dijo entre dientes apretados mientras me levantaba de aquel infierno como si fuera una pluma.

— Yo... peso mucho y... — murmuré.

— Podrías pesar cien kilos y te cargaría, Aurora. ¿Qué clase de hombre sería si no pudiera mantener a mi chica? — replicó, con un fuego inquebrantable en los ojos.

Sin fuerzas para replicar, me acurruqué entre sus brazos, permitiéndome un pequeño consuelo en el calor que desprendía, en la fuerza impenetrable de su abrazo. Todavía moqueaba suavemente y la sensación de fragilidad me envolvía como una sombra amarga. ¿Cómo me había permitido llegar a este punto? Como siempre, me veía vencida, sumisa, incapaz de defenderme.

En los brazos de Raffaello, yo era la pobre heroína, la princesa indefensa a la que había que salvar. E, irónicamente, él desempeñaba el papel de mi salvador — él, el mismo que me había puesto en aquella situación. Sus dedos me sujetaban con firmeza mientras salíamos de aquella pocilga. Cada paso que daba sobre la tierra fría y húmeda parecía alejarnos más de aquel lugar, pero el peso de la humillación seguía aplastándome el pecho.

Ser elegida como novia de Raffaello aumentó el odio que recibía de los demás, pero también me dio algo más: el deseo de redescubrirme, de demostrar mi fuerza. Salí de mi ensueño cuando me di cuenta de que me había metido en el coche, en el asiento trasero. El cuero ligero y refinado acogió mi cuerpo tembloroso y, cuando abrí los ojos, me encontré con mi prometido, cuya expresión sombría reflejaba a la vez sorpresa y enfado.

— Voy a ensuciar tu coche... y va a oler así —murmuré, sintiendo cómo crecía mi vergüenza.

Me miró con severidad, pero no dijo nada. Dio un portazo y rodeó el coche, arrancando el motor con un gesto áspero. Raffaello condujo con la precisión de alguien al borde del colapso, con los dedos apretando con fuerza el volante. Observé cómo su pecho subía y bajaba con la respiración entrecortada, sus ojos, antes tranquilos, estaban

ahora entrecerrados, una tormenta hervía tras aquella mirada. Los músculos de su mandíbula estaban tensos y cada fibra de su cuerpo parecía a punto de estallar. La extrañeza de verle así, fuera de su control habitual, despertó algo en mí — una mezcla de miedo y excitación que me perturbó.

Era una locura, lo sabía. Provocar a Raffaello era buscarse problemas. Era Don Colatto, un hombre al que todo el mundo temía enfadar. Pero algo en mí quería ver hasta dónde llegaría, si pulsaba el botón adecuado, si lo mantenía concentrado en mí, luchando, ardiendo por mí.

— No quiero que los soldados me vean así — murmuré al ver las luces de la finca a lo lejos —.

— Nadie te verá así. Los que lo hayan hecho, no vivirán para contarlo — respondió entre dientes, con los ojos fijos al frente con una intensidad que me encogió el cuerpo —. — Ahora, dime quién te ha hecho esto, Aurora. Y sin mentiras.

Tragué saliva, con una punzada de culpabilidad mezclada con alivio.

— No lo sé. Tenía una capucha en la cabeza... — comencé, tratando de omitir detalles. — Entré en el baño y me agarraron por detrás, me taparon la cara, me ataron las manos... y me metieron dentro, arrancándome la ropa.

Resopló, visiblemente escéptico.

— *Zarina*, se te da fatal mentir — gruñó, maniobrando el coche con destreza. — ¿Y el moratón en tu costilla? ¿La marca del tacón de aguja en el abdomen?

Aparté la mirada y murmuré:

— Tal vez había una o dos mujeres, no estoy segura.

Raffaello agarró el volante con más fuerza, sus nudillos blanqueando.

— Soy tu don y futuro marido, Aurora. Las mentiras tienen consecuencias — me recordó sin rodeos.

Se me apretó el pecho y, sin poder contenerme, dejé correr las lágrimas.

— ¿Dónde estabas cuando necesité protección? ¿Dónde estaban los soldados? ¿Por qué nadie me protegió?

La respuesta llegó con un toque intenso — su mano me agarró la cara, sus dedos firmemente sobre mi mandíbula, obligándome a mirarle. No fue un contacto violento, pero sí lo bastante fuerte como para silenciarme.

— Pagarán con su vida. — Su voz sonó grave, casi un susurro lleno de furia. — Ahora, dime quién te ha hecho esto y no pongas a prueba mi paciencia. Estoy al límite, Aurora.

Se me revolvió el estómago; estaba dividida entre mi lealtad y el terror a lo que pudiera hacerle a mi familia. Pero sentí que no podía soportar más la presión.

— Fue mi hermana... y mi cuñada —confesé con voz débil. — Reconocí sus voces.

Raffaello guardó silencio un momento, su expresión se endureció al asimilar la revelación. Respiró hondo, aparentemente conteniendo una tormenta interna.

— Vamos dentro. Necesitas una ducha y descansar para mañana.

Me quedé mirándolo, confusa, intentando descifrar lo que iba a hacer.

— ¿Qué les va a pasar? Si les castigan, *papá* y mamma me lo harán pagar.

Relajó un poco su agarre sobre mi mandíbula y deslizó sus dedos hasta mi mejilla, acariciándola con suavidad.

— Piccola, nadie va a castigarte... excepto yo, que tendré el placer de darte una lección por tu descaro — murmuró en un tono suave y ronco.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, el miedo y el deseo entrelazándose de una forma que sólo Raffaello podía provocar en mí.

— Lo único que quieres es darme palmadas en el culo como si fuera una niña pequeña — murmuré, moqueando, sin querer admitir el calor que me invadía.

Dio un paso atrás, con los ojos fijos en mí, con una sonrisa que casi se le escapaba por la comisura de los labios.

— Eres mi niña — respondió, con voz grave y arrastrada. — Y hay que disciplinarte.

Las palabras me aceleraron el corazón y me invadió una extraña excitación. Quizá me había golpeado la cabeza más fuerte de lo que pensaba. Salió del coche y yo le seguí, temblando al sentir el frío del garaje invadir mi cuerpo.

Raffaello se limitó a asentir y subimos. Cuando abrimos la puerta, encontramos a Celeste en la cocina, cortando verduras en la encimera. Levantó la vista y, al verme, sus ojos se abrieron de par en par, dejando caer el cuchillo a la tabla con un ruido sordo.

— ¡Santo cielo, señorita! ¿Qué le ha pasado? — preguntó corriendo hacia mí, con ojos preocupados.

Intenté sonreír, pero el dolor físico y emocional lo hacía imposible.

— Un... incidente.

— Llévala al baño, Celeste, y asegúrate de que descanse — ordenó Raffaello, con voz autoritaria. — Mañana, ningún hijo de puta de su familia se acercará a ella. Sólo tendrán el privilegio de verla en la ceremonia, cuando ese desgraciado de su padre la entregue en el altar.

Aquello despertó un impulso en mi interior y, antes de que pudiera alejarse, le agarré del brazo, con la mirada suplicante por una respuesta.

— ¿Qué vas a hacer con ellos?

— Eso no es asunto tuyo — respondió secamente. — Ahora sube y descansa.

El conflicto en mi corazón era insoportable. Una parte de mí anhelaba que los que me habían hecho daño recibieran el castigo que siempre había deseado. Pero también estaba el miedo a lo que significaría para mí. Le solté el brazo, sabiendo que de todos modos haría lo que quisiera. Me miró por última vez antes de seguir adelante.

— Vamos, señorita —me llamó Celeste, tirando de mí hacia la escalera. — Vamos a prepararle un baño muy caliente con sales, le ayudará a relajarse.

Me condujo a la habitación de Raffaello, que pronto sería también la mía. Entré en el cuarto de baño, observando cómo Celeste preparaba cuidadosamente la bañera. Me quité la chaqueta, dejando sólo mi lencería, y las inseguridades empezaron a acumularse en mi mente, explotando en palabras antes de que pudiera controlarlas.

— ¿Crees que le gustará mi cuerpo?

Celeste levantó los ojos del agua, sorprendida.

— ¿Qué quieres decir, Aurora?

suspiré, señalando mi cuerpo, indicando la inseguridad que me invadía.

— ¡Mi cuerpo! Soy lo contrario de Inés, lo contrario de las mujeres de la hermandad, lo contrario de mi hermana. Tengo estrías, celulitis... Soy un desastre. — Se me quebró la voz y no pude contener las lágrimas. — Mírame... No tengo nada para complacer sus ojos.

Un olor intenso y familiar se apoderó del aire. Me di la vuelta y lo vi de pie en la puerta, con los ojos fijos en mí y una expresión imposible de descifrar.

Durante un largo momento, se limitó a mirarme, como si absorbiera cada detalle, cada vulnerabilidad que yo había dejado al descubierto. Bajó los ojos, como si me analizara con intensidad.

Dio un paso más hacia el baño, su presencia dominante como un imán irresistible, y cuando habló, su voz sonó profunda, cargada.

— Ven aquí, Aurora.

Insegura, di los pocos pasos que nos separaban, sintiendo cada músculo tenso, el pulso palpitando en mi cuello. Sus ojos fijos en mí, dominando el espacio con una intensidad que parecía despojarme de cualquier defensa de baño, Celeste se marchó, dejándonos solas. Mi instinto fue huir de aquella mirada depredadora, pero la curiosidad y el deseo me anclaron, aunque sentía el peso del aire denso entre nosotros.

— Si te oigo menospreciarte así una vez más —rugió, su voz como un trueno en

mi pecho—, te doy mi palabra de que te follaré tan fuerte que ni siquiera recordarás tu propio nombre. Lo único que sentirás es mi polla enterrada en tu interior.

Antes de que pudiera procesarlo, golpeó su palma contra mi intimidad, sólo el sucio encaje de mis bragas entre nosotros, y mi cuerpo reaccionó de forma traicionera, el gemido escapó de mis labios. Otra bofetada, más fuerte, me arrancó un grito de sorpresa.

— Te gusta, ¿verdad, *mia piccola*?

— Yo... — Intenté responder, pero sus manos se apoderaron de mí por completo, una apretando mi pecho con firmeza e intensidad, el tacto casi doloroso, encendiendo un fuego que no sabía que tenía.

— No voy a follarte hoy —siseó, aumentando la presión hasta que mi suspiro se convirtió en un jadeo largo y desesperado. — Pero quiero que entiendas algo — su rostro se acercó, sus intensos ojos ardiendo en los míos— te deseo con cada fibra de mi cuerpo, niña tonta.

Su boca se estrelló contra la mía, sin delicadeza, un beso feroz que consumió cada pensamiento, cada defensa. Fue un reclamo, una dominación absoluta. Y entonces, como había empezado, me soltó, su mirada aún depredadora, pero con la fría distancia de alguien que controla cada reacción.

— ¿Adónde vas? — pregunté, con voz débil y temblorosa, intentando mantener un mínimo de control mientras se alejaba.

Se limitó a girar la cara, con los ojos clavados en los míos por última vez.

— He venido a recoger una cosa y ahora me voy. Nos vemos mañana en el altar.

Le vi marcharse, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, su ausencia tan abrumadora como su presencia. Mis dedos tocaron mis labios hinchados, aún marcados por el áspero roce. Era imposible no sentir la excitación y la agitación en mi pecho, como si hubiera dejado un rastro de deseo en mi piel, una llamada insoportable.

Sola, me quité el resto de la ropa, la ropa interior mojada cayó al frío suelo, y entré en el cuarto de duchas para darme una ducha rápida, luego me acerqué a la bañera.

El agua caliente parecía abrazar mi piel, pero nada comparado con el calor que palpitaba en mi interior. Llevé la mano vacilante a mi zona íntima, presioné con los dedos y me invadió una sensación abrumadora. Nunca lo había hecho antes, pero cerré los ojos y sólo vi el rostro de Raffaello, sus ojos intensos consumiéndome, su presencia dominante.

Estaba perdida.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 19

Nicolo me esperaba a unos doscientos metros de donde Aurora había sido abandonada a su suerte, una visión que aún palpitaba en mi mente como un látigo. A su lado, Paolo guardaba silencio, y otros soldados estaban callados, atentos, pero su mirada era de pura expectación, como si trataran de predecir mi próximo movimiento. Ambos habían sido sacados de la reunión con el *Underboss* por la llamada de Carla, que, angustiada, me informó de la desaparición de Aurora. No me lo pensé dos veces a la hora de seguirle la pista, y lo que encontré en la pocilga ardió en mí como un reguero de pólvora: Aurora, atada, magullada y, lo peor de todo, avergonzada. Aquella visión nunca me dejaría en paz.

Salí del coche con tanto odio que el viento cortante ignoró mi camisa blanca. Me detuve frente a mis hombres, mirándolos con severidad, mientras Paolo amenazaba con quitarse la chaqueta y ofrecérmela. Me negué con un gesto de la cabeza, absorbiendo cada detalle a mi alrededor, la atmósfera sombría y el olor a nieve y suciedad.

— Ya están de camino —me informó Nicolo en el tono controlado, casi monótono, que siempre utilizaba cuando sabía que yo estaba al límite. — Y también los guardias que se supone que protegen a Aurora.

Sacudí la cabeza mientras la rabia corría bajo mi piel como un cable desenredado. Cogí con calma el cartucho del cigarro, corté la punta con precisión y lo encendí, dejando que un humo espeso llenara el aire a mi alrededor.

— ¿Viene Fontana? — pregunté, soltando el humo.

— No, pero Alex viene con su mujer —dijo Nicolo y resopló. — ¿Por qué aquí?

Miré a mi alrededor con detenimiento.

— Aquí es donde quiero poner a estos cerdos en su sitio —respondí, con tono áspero.

Sentía la nieve amontonándose en mi pelo, los hombros pesados por el frío y la tensión. Mañana, Aurora sería mi mujer y mi piccola. El pensamiento invadió mi mente, pero no pude deshacerme del recuerdo de la escena en la pocilga.

El sonido de su voz, mientras se calmaba y dudaba de mi deseo por ella. Pensar que no la deseaba casi me hizo tirar mi autocontrol a la mierda y tomarla allí mismo, en aquel banco, sin pensar en las consecuencias, y al diablo con las sábanas de sangre.

Mi piccola.

Estaba enredado en ella de una forma que no había imaginado posible. Cada paso que Aurora daba fuera de mi alcance, yo lo rastreaba. Sabía dónde estaba por la casa, vigilaba las cámaras y, sí, tenía esas orquídeas amarillas y lilas plantadas sólo para ella. Aurora me miraba con ese brillo en los ojos, desafiante y tan cautivadora. Cuando la toqué, se amoldó a mí de una forma que ninguna otra mujer había hecho jamás.

A Inés le gustaba llamar mi atención de todas las formas posibles, siempre con gestos exuberantes que, al final, sólo le granjeaban mi desprecio. Pasaba más tardes cenando solo que a su lado; me daba igual que comiera o que se ahogara en vino. Pero con *Il mio diamante,* todo era diferente. La mera idea de unirme a ella en la mesa, de compartir cada comida, tenía un valor inesperado — algo que ni siquiera sabía que

podía desear.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el resplandor de los faros. Se acercaban tres coches y, sin apresurarme, moví los hombros para aparentar una relajación que no sentía. Cuando Arianna salió del coche y caminó hacia mí, con una amplia y pícara sonrisa en la cara, yo también sonreí. Pero mi sonrisa, a diferencia de la suya, era gélida y afilada.

Su perfume empalagoso me llegó antes que su presencia, y cuando se acercó a unos pasos, con los brazos extendidos para abrazarme, apreté el puño y, sin dudarlo, el movimiento fue automático. Le di un puñetazo directo en la cara, y el crujido de la nariz rota fue inmediato. La sangre estalló en el aire, salpicando la nieve circundante. Antes de que pudiera reaccionar al dolor, le asesté una patada precisa en el abdomen, con la misma fuerza que había empleado para herir a Aurora.

Ella gimió, con el sonido amortiguado por el impacto, y cayó al suelo con un ruido sordo. Sus ojos, desorbitados por el dolor y la sorpresa, temblaban de pánico mientras se retorcía como un animal herido. Su expresión marcada por la desesperación no hizo más que avivar la ira que hervía en mi pecho. Miré hacia los lados en un intento de escapar.

— ¿Estás intentando escapar? — pregunté, con voz áspera y llena de desprecio, mientras daba otro paso hacia ella.

Intentó arrastrarse, con movimientos temblorosos y descoordinados, pero no tuve paciencia. Una fuerte patada en las costillas hizo que su cuerpo rodara por el suelo, provocando un grito ahogado.

— ¿Vas a seguir arrastrándote como la serpiente que eres? — gruñí, avanzando hacia ella. — ¿Crees que puedes hacerle daño a mi mujer, su puta?

La agarré del pelo y tiré con fuerza para levantarle la cara. Gritó de dolor, pero sus gemidos no significaron nada para mí. Ahora no.

— Mírame cuando te hablo. — ordené, bajando la mano con una bofetada que le hizo girar la cabeza.

La solté con desprecio, viéndola desplomarse de nuevo en el suelo. La sangre goteaba de la comisura de sus labios.

Me incliné sobre ella, agarrándola por el cuello de su blusa rota, y la levanté con facilidad.

— ¿Sabes lo que les hago a los que se atreven a faltarme al respeto? — pregunté acercando mi cara a la suya, con la respiración agitada.

Antes de que pudiera balbucear una respuesta, mi puño golpeó su estómago, dejándola sin aire. Intentó gritar, pero el sonido murió en su garganta, sustituido por una tos seca mientras trataba de respirar.

La dejé caer de nuevo, observando cómo se retorcía y su frágil cuerpo temblaba de dolor y miedo.

— Recuérdalo — murmuré, dándole otra patada, esta vez en las piernas. — Tuviste la osadía de desafiar al hombre equivocado, y ahora vas a pagar por cada segundo de esa traición.

Sus débiles gemidos resonaron en el espacio vacío, pero mi ira seguía sin

apagarse.

— ¿Don Colatto? — gritó Alex acercándose, con expresión llena de ira.

— Fíjate en el tono — le gruñí. — Tu hermana y tu mujer serán castigadas por lo que le hicieron a Aurora.

Alex se detuvo y me miró fijamente, con los ojos encendidos de furia, dirigiendo la mirada hacia su mujer, que estaba arrodillada en el suelo, intentando ayudar a Arianna. Sin previo aviso, la tiró del pelo, obligándola a enfrentarse a la verdad.

— ¿Qué mierda has hecho? — preguntó, mientras su mujer lloraba.

— Sólo era una broma. ¡Sólo era una broma! — sollozó Kristen, con lágrimas corriéndole por la cara. — Cariño, ¡nunca me pegaste!

Con un movimiento brusco, Alex tiró aún más fuerte de su pelo, tirándola al suelo. Me miró fijamente, respirando hondo, y pude ver la batalla interna en sus ojos. Quería defenderla, pero me había hecho un juramento de sangre. Si su hermana o su esposa tocaban a Aurora, el castigo sería inevitable.

— La castigue, don Colatto — dijo entre dientes, la ira rebosando en su voz.

Kristen intentó levantarse, pero le di una patada en la cara, haciéndola caer, con un grito de dolor escapando de sus labios.

Ignoré su lamento y di órdenes.

— Arrastradla — ordené a los soldados

— ¿Qué vais a hacer conmigo? — preguntó Kristen, sin dejar de llorar.

— Las lágrimas no me molestan — advertí, deteniéndome para mirar por encima del hombro. — ¿Tengo que arrastrarlas por el pelo?

La levantaron de todos modos, gimotearon, pero no dijeron nada.

Me detuve frente a la pocilga y, al salir por la puerta, me volví hacia ellos.

— Quitaos la ropa — les ordené, con tono firme y sin lugar a objeciones.

Me miraron sorprendidas, pero acabaron obedeciendo. Arianna se había quitado el sostén, sus pechos estaban expuestos y se balanceaban, y lo único que sentí fue asco. Kristen, por su parte, llevaba un top negro de encaje, nada revelador, pero vergonzoso. Ambas se abrazaron el cuerpo, temblando de frío.

Intercambiaron miradas desesperadas, dudando un momento, antes de que Nicolo, colmada su paciencia, las agarrara por los hombros desnudos y las empujara brutalmente hacia la pocilga. Tropezaron y cayeron con fuerza al suelo mugriento, hundiéndose en el barro mezclado con excrementos. Sus cuerpos temblaban de miedo, pero sólo era el principio.

— ¡Esto es el infierno! — gritó Arianna, luchando por levantarse, sólo para resbalar de nuevo y caer de rodillas en el suelo.

Kristen temblaba como una hoja, con los ojos muy abiertos fijos en los cerdos que se acercaban, olfateando con curiosidad. Uno de ellos se abalanzó sobre ella, derribándola de nuevo. Su grito atravesó el espacio amortiguado, pero fue cortado por mi voz.

— Mi prometida me suplicó algo que tú te atreviste a desobedecer — gruñí.

Paolo y Dino aparecieron cargando cubos rebosantes de contenido grotesco. El hedor invadió el aire, haciendo que ambos se ahogaran. Kristen cayó de rodillas, juntando las manos en señal de súplica, con la cara ya mojada de lágrimas y barro.

— Don, ten piedad... por favor... — suplicó, con voz débil y temblorosa.

Cogí el primer cubo sin vacilar y vertí el contenido sobre sus cabezas. El asqueroso agua les corrió por el pelo y les empapó la piel. Sus gritos resonaron en el espacio, salvajes y desesperados.

— No tuviste piedad de mi novia. — Mi voz era un gruñido frío, mis ojos fijos en su humillación. — Te mereces algo mejor.

El segundo cubo, aún más grotesco, fue vertido con calculada violencia, el líquido viscoso golpeó a Kristen, que abrió la boca para gritar, pero se atragantó con la repugnante mezcla. Tosió y se atragantó, el pútrido olor la hizo vomitar allí mismo, mezclándose con el barro en el que estaban sumergidas.

Arianna sollozaba incontrolablemente, temblando de pies a cabeza.

— Esto es sólo el principio. — Me acerqué a la pared donde colgaba un látigo con punta de metal, sintiendo el peso familiar en mis manos.

Ambas estaban paralizadas, congeladas por el terror.

— Levantaos. — Mi orden cortó el aire como una cuchilla. Cuando dudaron, avancé.

El primer latigazo atravesó el espacio con un crujido, golpeó el hombro de Kristen y provocó un grito agudo. Se tambaleó, pero no cayó. El segundo golpeó a Arianna en la

espalda, lo bastante fuerte como para desgarrarle la piel y hacerla sangrar.

— ¡Sigue arrastrándote como la alimaña que eres! — rugí, cada palabra acompañada de un golpe que hizo temblar sus cuerpos.

Kristen suplicó, con la cara empapada en lágrimas.

— Por favor, Don, yo... ¡Nunca volveremos a hacerle daño a Aurora!

— ¿Nunca más? — Lancé otro látigo, esta vez al costado de su cara. Su grito reverberó, pero fue música para mí.

Arianna, encogida, murmuró algo entre sollozos. No tuve paciencia. La tiré del pelo y la obligué a mirarme a los ojos.

— Comer es lo menos que vas a hacer. — Con un movimiento brusco, la arrojé junto al cubo lleno de inmundicias.

Kristen, temblorosa, levantó la mano hacia la repugnante sustancia, pero dudó.

— Cómetela. Ahora. — Mi voz era una sentencia.

Cuando finalmente obedeció, ahogándose con cada intento, Arianna empezó a gritar en protesta. Mi mano golpeó su cara con una violenta bofetada, silenciándola.

— Nicolo, mantenle la boca abierta. — La orden salió baja y fría.

Mientras sujetaba a Arianna, le metí un cucharón del cubo en la boca, obligándola a tragar. Se atragantó y escupió, pero Nicolo la mantuvo firme.

— Traga. — Empujé una vez más, viendo cómo su cuerpo se convulsionaba de asco.

Cuando terminé, ambos estaban tendidos en el suelo, cubiertos de barro, sangre y lágrimas.

— Esto es lo que pasa cuando intentas hacer daño a mi mujer. — Dejé caer el látigo al suelo con desprecio, dándome la vuelta sin mirar atrás. — Agradece que aún respiras.

Me marché, dejando que el sonido de sus gemidos y sollozos resonara en la pocilga, vívidos recordatorios de que nadie desafiaba mi autoridad sin pagar un precio.

Capítulo 20



Estaba a punto de vomitar. El ramo de orquídeas moradas temblaba en mi mano; faltaban apenas veinte minutos para la ceremonia. En el coche, en los asientos delanteros estaban Paolo y Mário, a mi lado, Celeste y Margo sostenían con cuidado partes de mi vestido. Por suerte, el vestido no tenía tantas capas.

Como Raffaello había ordenado, nadie de mi familia me contactó por la mañana y apenas podía ocultar el alivio. Soñar con la familia cerca en esos momentos era natural para cualquier chica, pero solo de pensar en lo que eso significaría para mí, un sabor amargo surgía en mi garganta. Si mi madre estuviera aquí, encontraría alguna forma de humillarme. Arianna me detestaba con una frialdad que jamás comprendí y, quizás, nunca comprendería.

Miré una vez más hacia afuera. Estaba frío, pero el cielo despejado permitía el paso de rayos de sol que hacían que el día fuera casi hermoso.

— ¿Estás bien, mi niña? — preguntó Margo.

Siempre se preocupó por mí con tanto cariño, suplía, de la manera que podía, la falta de mis padres. Asistía a mis presentaciones, me escuchaba tocar, escondía libros para que tuviera algún escape, algún placer. Una punzada de nostalgia ya me golpeaba; la extrañaría mucho.

— ¡Solo nerviosa! — dije, riendo, intentando alejar las lágrimas que amenazaban con caer. — ¿Puedo entrar y acabar con esto ya?

Ella, Celeste y los guardias rieron, un sonido bajo y cómplice.

— Creo que sí — respondió Celeste. — Llamen a su padre, y no se alejen de ella hasta que comience la marcha nupcial.

El frío del viento marino me envolvió tan pronto como Celeste salió del coche, haciéndome estremecer. Entonces vi: la gran alfombra se extendía por la arena, llevándome hacia Raffaello. No había carpas aquí en la playa; solo arcos de flores en tonos lilas, blancos y toques de amarillo. La ornamentación estaba más bella de lo que imaginaba. El pecho se me apretó, y las lágrimas amenazaron una vez más. No era algo que soñara, este matrimonio, pero... estaba perfecto, como lo había planeado en un solo día.

Papà se acercaba, pero una señal de Paolo lo hizo detenerse. Su rostro era neutro, vestido con un esmoquin oscuro y clásico, contrastando con la camisa lila —un color que no pasó desapercibido para mí. Alex, mi hermano, también usaba lila. Entonces recordé: durante la cena con Celeste, mencioné lo agradable que sería si los padrinos usaran lila. Quizás Raffaello lo había oído.

— ¿Le contaste a Raffaello sobre los colores de los padrinos y madrinas? —

pregunté a Celeste, que me ayudaba a bajar.

— No... pero debe haberlo escuchado. — Se encogió de hombros, con una sonrisa que parecía alentadora.

Di los primeros pasos fuera del coche, y con cada movimiento, Margo y Celeste ajustaban algún detalle: el velo que flotaba ligero, la tiara o la falda que se deslizaba detrás de mí.

El vestido que elegí... era como un sueño que jamás pensé que se realizaría para mí. De un hombro a otro, descendía por el escote, dejando la piel expuesta de forma sutil y elegante. El escote era discreto. Las mangas largas abrazaban mis brazos. La cintura estaba marcada por un cinturón de satén; de allí hacia abajo, la falda se abría en un vuelo amplio y noble, con un tren que se extendía en un deslizamiento elegante detrás de mí.

Me estremecí con el frío, pero podía soportarlo. Me detuve frente a mi padre y a Alex.

— Estás magnífica — dijo Alex, y por primera vez, parecía sincero.

Sonreí para él, sintiéndome hermosa, tal vez por el vestido, por el maquillaje o por el cabello recogido en un moño bajo, con algunos mechones sueltos y ondulados enmarcando mi rostro. Pequeñas horquillas de perlas estaban distribuidas por el moño, como si fueran diminutas estrellas.

— ¡Gracias! — respondí, aun sonriendo. — Y tú tampoco te ves nada mal.

Él arqueó una ceja en una sonrisa contenida.

— Estás hermosa, mi hija —dijo papà, serio. — Vamos, el Don te espera en el altar.

Asentí, tragando en seco. La sensación de no estar lista me invadió como una ola.

Alex me extendió el brazo, y papà el otro; sin cuestionar, acepté. La gran alfombra se extendía frente a nosotros; arcos de flores oscilaban al viento cada cinco metros, el velo moviéndose detrás de mí con cada paso. Cuanto más nos acercábamos al mar, más el frío y la desesperación me envolvían. Celeste y Margo intentaban ajustar el vestido, pero el viento hacía imposible mantenerlo perfecto.

Me detuve por un segundo, absorbiendo el escenario ante mí. Sillas blancas se alineaban en la arena a cada lado, y al final de ese largo pasillo estaba Raffaello. De pie bajo el cielo que comenzaba a teñirse de naranja, con el mar enfurecido, todo parecía irreal, hermoso.

Cerré los ojos y respiré hondo, reuniendo valor. Me estaba casando. Dios, qué locura.

Cuando los abrí, los invitados estaban de pie, y el suave sonido de un violín resonaba en el fondo. Pero en ese instante, mis ojos encontraron al hombre que me esperaba en el altar, y el mundo pareció detenerse.

Raffaello parecía una figura esculpida para la eternidad, su traje oscuro ajustado al cuerpo, lo suficientemente pesado como para enfrentar el frío del invierno junto al mar. Sobre el traje, llevaba un abrigo largo que ondeaba al viento, dándole un aura de realeza, como si estuviera allí para reclamar no solo a mí, sino todo a su alrededor.

Su camisa blanca contrastaba con el traje oscuro, y fue la corbata, de un morado

profundo, la que capturó mi atención. El único color que rompía la seriedad de su figura, trayendo una suavidad inesperada, una mínima concesión a la rigurosa formalidad.

Los gemelos de plata brillaban en sus puños, y los zapatos italianos de cuero relucían en la arena.

No sabía cómo, pero caminé en su dirección sin tropezar; tal vez el hecho de que papà y Alex estuvieran sosteniéndome los brazos me ayudaba a mantenerme firme. Cuando me detuve frente a él y encontré sus ojos grises, temblé — había un hambre cruda en ellos, un deseo latente que me hizo sentir que podría devorarme allí mismo.

No escuché las pocas palabras que él y papà intercambiaron, ni el murmullo de Alex; solo me di cuenta cuando Raffaello tomó mi mano, guiándome hacia el altar para enfrentar al juez. Mi mirada se fijaba en su rostro, cada detalle tan fuerte y perfecto: su barba bien arreglada, la colonia hipnotizante que parecía envolver todo a mi alrededor. Cuando llegó el momento de los votos, su intensa presencia frente a mí hizo imposible contener el nerviosismo. La expresión firme, la forma en que me miraba, como si estuviera a punto de devorarme, hacía que las mariposas aletearan en mi estómago; ardía, como un volcán en erupción.

— Sí —declaré en un tono firme, y vi su sonrisa contenida, poderosa.

— Sí —respondió Raffaello.

Él soltó mi mano por un momento, retiró los guantes y tomó las alianzas de oro. La mía, adornada con diamantes blancos, se deslizó en mi dedo con perfección. Cuando llegó mi turno, con las manos aún temblorosas, deslicé el anillo en su dedo, sellando lo

que, desde el principio, era inevitable.

— Los declaro marido y mujer. Pueden besarse, la novia —anunció el juez.

Raffaello no dudó; sujetó mi cintura, atrayéndome hacia él con una firmeza implacable. Se inclinó y me besó sin suavidad ni ceremonia — el beso fue arrollador. Tomó mi boca como si me reclamara allí, en el altar, chupando mi lengua y absorbiendo el aire de mis pulmones. Cerré los ojos, perdida en él, mis manos deslizándose hacia sus fuertes hombros. A mi alrededor, escuché aplausos y gritos apagados, pero parecían distantes; en ese momento, solo existíamos nosotros dos.

Cuando el beso cesó, estaba sin aliento y sentía mis mejillas calientes. Lo miré, intentando recomponerme, pero él solo me atrajo más cerca, gruñendo con una intensidad que me hizo estremecer:

— ¡Folladamente mía, *signora* Colatto!

Por un breve instante, sentí una satisfacción inexplicable al pertenecerle.

Capítulo 21



Cuando reuní valor para enfrentar a las personas a mi alrededor, me sorprendió ver a Arianna, mi hermana. Su rostro era un desastre —la nariz vendada, los ojos hinchados y el maquillaje incapaz de ocultar las marcas. Kristen estaba en un estado similar. Cuanto más las observaba, más una satisfacción silenciosa e intensa crecía dentro de mí. Sin pensar, me volví y, por impulso, rodeé el cuello de Raffaello, dando un pequeño salto y capturando sus labios en un beso. Sentí sus brazos firmes sosteniéndome, evitando que me hundiera en la arena con mis zapatos de tacón bajo. Fue un breve sellado, pero la forma en que me miró decía que quería mucho más.

Aun sintiendo el calor del beso, sonreí para él como una chica enamorada — y en ese instante, así me sentía.

— Gracias — susurré —. Por defenderme.

— No me agradezcas por cuidar de lo que es mío, *mio diamante* —respondió él, serio, con una mirada posesiva que brillaba.

Antes de que pudiera decir algo, Ludovica, la madre de Raffaello y ahora mi suegra, se acercó. Era la primera vez que la veía en persona, y sus ojos claros me analizaban con la misma desaprobación que mi madre solía exhibir.

— Felicitaciones a los novios — dijo, seca. — Pero, hijo, habría estado más satisfecha si me hubieras informado sobre todo con anticipación. La boda fue... bueno, estaba hermosa.

Raffaello sostuvo su mirada con firmeza.

— Te informé de la fecha y la hora, madre, como a todos los que recibieron la invitación. Sabías que me iba a casar.

— Sí, pero adelantaste la boda — replicó Ludovica, frunciendo el ceño. — Y están diciendo que la has embarazado.

Me atraganté. La acusación cortante me tomó por sorpresa, pero me recuperé rápido.

— Aún soy virgen —respondí, intentando mantener la compostura.

Me miró con un escepticismo afilado.

— Entonces, ¿por qué adelantaron la boda en más de un mes?

Raffaello suspiró, apretando su mano alrededor de mi cintura con fuerza.

— ¿Desde cuándo necesito justificar mis decisiones? —inquirió él, su voz baja y cruda, sin dejar espacio para más preguntas.

Abrí los ojos y vi a Ludovica abrir la boca, en estado de shock. No esperaba esa respuesta — y, de alguna manera, no podía ocultar el calor que subía por mi rostro.

Abrí los ojos y Ludovica hizo una expresión de completo asombro.

— ¡Qué vulgar! — dijo ella, en un tono severo, suspirando poco después. — Felicidades a los novios, entonces.

Antes de que pudiera decir algo, Ludovica se dio la vuelta y se alejó con una elegancia fría. Carla y Cassio se acercaron de inmediato. Carla me envolvió en un abrazo apretado, y, a pesar del cariño, sentí que Raffaello mantenía la mano en mi cintura.

— ¡Estás tan hermosa! — elogiaba Carla, abrazándome aún más. — Perdóname por haberte dejado sola ayer.

Devolví el abrazo, sintiendo el calor acogedor de ella.

— Gracias, y no te preocupes. Tu hermano me encontró — susurré de vuelta. — Tú también estás radiante en ese vestido.

Ella rió, manteniendo el tono suave.

— Él exigió que todas las damas de honor llevaran lila. Casi tuve un colapso, porque faltaban solo dos días para la boda — confidenció, en voz baja. — Para los hombres, al menos, fue más fácil; solo tuvieron que ajustar el color de la camisa.

— Corazón, también quiero felicitar a la novia — dijo Cassio, su voz grave pero respetuosa. El *Underboss* de Nueva Jersey tenía una espesa barba, ojos azules profundos y un corte de cabello casi militar, una belleza áspera, casi brutal. Carla me soltó con un leve suspiro, reluctante en dejarme ir. Cassio tomó mi mano y la besó con respeto. — Bienvenida a la familia.

— Gracias —agradecí, sonriendo. Sin embargo, sentí la presión de los dedos de Raffaello en mi cintura, no lo suficiente para doler, pero firmé lo suficiente para que retrocediera mi sonrisa y mi mirada. Cuando levanté la vista hacia él, encontré su mirada impenetrable, cerrada. No pude descifrar su expresión, pero el momento no permitía preguntas, ya que había una fila de invitados esperando por nosotros.

— Vamos, corazón, estamos bloqueando el flujo de la fila — dijo Cassio, tirando de Carla para que siguieran adelante.

Luego llegaron los otros *Underboss* y sus esposas. Todos fueron corteses y formales; solo Cassio había besado mi mano, mientras las esposas me abrazaban con simpatía. Saludaban a Raffaello con gestos de respeto y distancia, los hombres solo inclinaban la cabeza hacia mí. Me pareció extraño; recordaba bien cómo los saludos habían sido más cálidos e informales en la boda de Alex y Kristen, pero dejé esa observación para después, tal vez para una conversación posterior con mi esposo.

Sentí un alivio al avistar a Nicolo y Beatrice, que eran los últimos en la fila de saludos.

— Te ves deslumbrante, señora Colatto — dijo Nicolo, manteniendo una distancia respetuosa. — La novia más hermosa que he visto.

Beatrice le lanzó una mirada de desaprobación, pero sonrió para mí, intentando aliviar la situación. El elogio me dejó incómoda.

— Gracias, Nicolo. Pero estoy segura de que Beatrice estaba aún más deslumbrante en su día — logré responder con una sonrisa contenida.

Nicolo se rió, pero sin mostrar los dientes.

— Debes saber que fui sincero. Por un segundo, pensé que estaba ante un ángel... y no soy religioso — continuó el consigliere de mi marido, con esa mirada insinuante. — Beatrice estaba hermosa, pero tú estás deslumbrante.

Sentí que mis mejillas ardían; Raffaello me atrajo más cerca, los dedos hincándose en mi cintura. Podía jurar que escuché un gruñido bajo de él, como un animal feroz defendiendo su territorio. En lugar de miedo, mi cuerpo reaccionó a su toque, los pelos se erizaron y un calor inmediato recorrió mi piel, traicionando mi razón.

— Nicolo tiene razón — comentó Beatrice con una sonrisa envenenada. — Eres, de hecho, la novia más hermosa que hemos visto.

Su voz, llena de amargura, parecía rasgar la superficie de mi propia alma. Miré en sus ojos, y por un instante, sentí una punzada de pena. También me sentiría destruida al ver a Raffaello elogiando a otra mujer así.

— Gracias —logré murmurar, la voz baja pero firme.

Nicolo solo asintió, tirando de Beatrice para alejarse. A medida que mi familia se acercaba, noté la mirada de temor de papà hacia Raffaello. Alex, a su lado, parecía luchar por mantener la mueca, sosteniendo la mano de Kristen, quien, al igual que Arianna, mantenía los ojos en el suelo, con semblantes marcados por el resentimiento. Había algo reconfortante en verlas así, derrotadas.

— Estoy feliz de tenerlo como mi yerno, Don — dijo papà, dándole una leve palmada en la espalda a Raffaello.

Era extraño referirme a él como mi marido, pero, al mismo tiempo, parecía tan correcto… como si siempre hubiera sido así.

— Espero que podamos tener una buena convivencia — dijo Alex, con la voz seca.

— Mientras mi mujer sea respetada — declaró Raffaello, firme. — Como dije antes, no tolero la falta de respeto hacia mi esposa.

Vi a papà respirar hondo, Alex apretó la mano de Kristen con aún más fuerza. El odio en los ojos de Arianna era evidente; eso me hizo estremecer, pero mantuve la mirada fija, negándome a ceder. Me agarré aún más al cuerpo sólido de Raffaello, buscando su calor. Pareció percibir la tensión, pero permaneció en silencio. Y cuando papà y los demás se despidieron, ignorándome, sentí un alivio casi físico.

— Vamos a subir y abrir la pista con el primer baile, antes de que te congeles — murmuró Raffaello, dirigiéndome hacia afuera de la playa.

— Menos mal que no nevó hoy — comenté mientras caminábamos hacia la propiedad de la familia, a pocos metros de allí. La subida era ligera, y pronto estábamos pisando en el césped húmedo, salpicado de pequeños montones de nieve.

— No es común una gran nevada por aquí — respondió él, sosteniendo mi velo con cuidado. — Quítate eso.

— Necesitaré ayuda — confesé, sintiendo el nerviosismo. — Margo o Celeste pueden ayudarme.

Antes de que pudiera terminar la frase, vi a Margo y Celeste viniendo en nuestra dirección, acompañadas por Paolo y Mário. Mi niñera, al acercarse, me abrazó con fuerza, con los ojos húmedos.

— Fue hermoso, mi niña — murmuró, emocionada. — Estás maravillosa.

— Gracias... muchas gracias — respondí, abrazándola con fuerza.

— Ayúdenla a quitarse el velo —ordenó Raffaello, sin rodeos.

— Claro — dijo Celeste, mientras ambas, con cuidado, retiraban el velo y lo doblaban con delicadeza.

Bajo el cielo frío y austero, marcado por tonos suaves y desvaídos, Raffaello me condujo hasta las carpas montadas en el jardín. En el silencio que siguió, sentí la necesidad de confesar: no sabía bailar vals, excepto por mi habilidad con el violín y el cultivo de flores.

Ajusté el vestido, tratando de prepararme para ese papel que ni siquiera sabía cómo desempeñar. Ser esposa de Don Colatto sería una construcción constante... ¿lograría ser yo misma o me convertiría solo en una sombra moldeada para esta vida?

— ¿Qué tanto te incomoda? — indagó él, cuando nos acercamos a la pista de baile.

Raffaello parecía apurado, como si ignorara formalidades y rituales para acercarnos aún más. Me miraba con una intensidad que me hacía olvidar la duda, la inseguridad.

Yo esperaba que Raffaello se sentara, tomara un trago, tal vez intercambiara algunas palabras con sus hombres. Pero él parecía impaciente, ignorando todas las formalidades, y yo agradecía por eso.

— No sé bailar — confesé, un poco avergonzada.

— Pisa mis pies. Te conduciré — respondió, tirándome hacia la pista de baile sin

dudarlo.

— ¡Pero eso es locura! — protesté, temiendo causarle algún malestar.

Él me giró para mirarlo, suspirando, los ojos fijos en mí con una expresión que me dejó sin aliento.

— Haz lo que dije — susurró, la voz baja e intensa. — Vamos, señora Colatto.

Obediente, puse mi mano derecha en su hombro izquierdo y mi mano izquierda en la suya, mientras él envolvía mi cintura y me tiraba hacia él, más de lo necesario. Cuando la melodía clásica comenzó, subí a sus pies. Él se movió con una destreza propia, conduciéndome con firmeza. Cerré los ojos, apoyando la cabeza en su hombro, inhalando su perfume, que ya me era familiar.

— Necesitamos girar — murmuró él.

Bajé de sus pies, un poco nerviosa, y él me dio una leve sonrisa antes de susurrar:

— Ahora*, mio diamante.*

Él me giró, rodé dos veces antes de ser tirada de vuelta a sus brazos, de manera graciosa y segura.

— No me dejaste caer. — Sonreí, aún un poco aturdida.

— Jamás — murmuró, la voz ronca. — Ahora, lanza el buqué. Te estoy llevando.

— ¿Qué? — pregunté, confundida. — ¿Y el resto de la recepción?

— Estoy en mi límite, Aurora. Hay demasiada gente mirándote, y necesito que seas solo mía… en mi cama, debajo de mí, gimiendo mi nombre — gruñó, los ojos

ardiendo de deseo. — Lanza el maldito buqué.

Aturdida, parpadeé, y fui hasta un lado del salón, donde Margo sostenía mi buqué. Lo tomé, lo levanté en el aire, y, instantáneamente, el grupo de mujeres dejó sus copas y se aglomeró, todas ansiosas. Con un movimiento rápido, lancé el buqué hacia atrás. Cuando me giré, vi que la hija de un soldado lo había agarrado, los ojos brillando de felicidad. Le saludé, pero, en el instante siguiente, Raffaello me agarró y me lanzó sobre sus hombros como si yo fuera un saco de papas.

La audiencia explotó en risas y gritos, mientras yo intentaba soltarme. — ¡Raffaello! — protesté, y, como respuesta, él dio una palmada firme en mi trasero, el sonido estallando y la sensación atravesando las capas de tejido hasta mi piel. — ¡Ay!

— Es hora de que pagues por toda tu audacia… y de que yo te muestre cuánto te deseo — murmuró, la voz grave y ronca de deseo.

Capítulo 22



Raffaello entró en la mansión en Hamptons conmigo en sus brazos, estilo novia. Aún sentía el rubor de la vergüenza por la manera en que me había arrancado de la fiesta, lanzándome al auto sin aviso. Me apreté contra su cuello, sintiendo el calor que emanaba de su piel mientras él me cargaba escaleras arriba. El miedo a que sus brazos cedieran me hizo agarrarme aún más fuerte — sabía que no era ligera.

— Puedo caminar, ¿sabes...? — murmuré, intentando aliviar mi incomodidad.

— Ni termines esa maldita frase — gruñó, la voz llena de autoridad y deseo.

Me callé de inmediato, tragando en seco. Raffaello respiraba con la misma calma implacable de siempre, ni una gota de sudor mientras subía las escaleras. Cuando pasamos por el corredor y nos acercamos a la suite principal — la habitación donde yo dormía, ahora nuestra —, sentí un apretón en el pecho. La puerta estaba entreabierta, y una iluminación suave de las velas esparcidas por el ambiente le daba al cuarto una atmósfera íntima y cálida. Algunos pétalos decoraban la cama, componiendo el

escenario de una forma delicada. Todo parecía perfecto.

Él me puso en la cama con cuidado, pero la intensidad de su mirada me hizo estremecer. Raffaello cerró la puerta, trancándola, y comenzó a quitarse el abrigo, colocándolo en el sillón con movimientos calculados. Se sentó, desató los zapatos, se quitó las medias, el saco y, a continuación, la corbata, desabotonando la camisa lo suficiente para exponer el pecho masculino. Sus ojos eran una invitación al pecado.

— Esta noche es tuya, te tomaré de la manera que desees y me pidas — declaró, quedándose de pie frente a mí. — Y todas las otras noches serán mías, así que puedo follarte como quiera.

Tragué en seco, el calor subía por mi piel. Debería sentir miedo, pero todo en mí clamaba por él. Apreté los muslos, sintiendo cuánto mi braga estaba empapada.

— ¿Y si quiero otra noche para mí? — desafié, la respiración casi entrecortada.

Él se detuvo frente a mí, arrodillándose a los pies de la cama. Con una de sus manos, agarró mi tobillo, levantando mi pierna, y cuidadosamente removió cada una de mis zapatillas. Su respiración era constante y controlada, y sus dedos se movían con una precisión devastadora. Cuando inclinó el rostro para besar el pecho de mi pie y dio pequeñas mordidas en la piel sensible, un escalofrío incontrolable recorrió mi espalda.

— Si eres una buena niña, quizás te ofrezca una noche solo tuya, piccola — susurró más ronco, el acento más marcado. — Ahora, sé una buena esposa y levántate para que rasgue ese vestido y te quite tu braga mojada.

Sentí el rostro calentarse mientras tragaba en seco. No era la primera vez que él me veía así, pero hoy, sin nada que esconder, estaba más vulnerable. Él me vería como

era... imperfecta.

— Siempre soy una buena niña — protesté, casi como una súplica.

Él arqueó una ceja, un brillo predador en los ojos.

— No, *bambina*, no lo eres — dijo, tirándome de la pierna hasta que estuve al borde de la cama. — Por eso, esta noche puede ser tuya, porque todas las demás serán mías, pero aun así voy a castigar ese delicioso trasero.

Arqué la espalda, sintiendo el corazón acelerarse cuando sus manos firmes me levantaron con una facilidad que solo él tenía. El calor de su toque incendiaba mi piel, pero fue el sonido sutil de la tela rasgándose lo que hizo que mi cuerpo entero temblara. Su boca encontró mi cuello, los labios calientes rozando mi piel en un juego torturante entre ternura y posesión. La primera mordida fue una promesa de control, enviando olas de un placer ardiente que danzaba en la delgada línea del dolor. Sus dientes marcaban, reivindicaban, mientras el roce de su respiración contra mi cuello hacía que mi cuerpo se inclinará involuntariamente hacia el suyo.

Cada toque, cada mordida, parecía calculado para encender cada nervio, dejándome sin aliento, consumida por una urgencia que él controlaba como un maestro dirigiendo una sinfonía. Él quitó el vestido, dejándome solo con la braga lilas de encaje, fina, casi invisible, y el sujetador del mismo color, que apenas sostenía mis pesados senos.

Sin dudar, desabrochó el sujetador, dejando mis senos libres antes de lanzarlo a un lado. Raffaello me miró, los ojos ardiendo de deseo, y se lamió los labios. Luego, se arrodilló frente a mí, sosteniendo el costado de mi braga con los dientes, tirándola

lentamente hacia abajo mientras sus ojos no se desviaban de los míos. La intensidad de esa mirada casi me hacía perder el aire.

Cuando finalmente la prenda llegó a mis tobillos, la retiró de una pierna y luego de la otra, siempre mirándome por entre las pestañas.

— Voy a saborearte.

Su aliento caliente rozaba mi intimidad húmeda, y temblé al sentir la excitación escurriéndose por mis piernas.

— Pensándolo bien... — gruñó, mientras abría mis piernas y se metía entre ellas. — Ponte de pie, voy a devorarte.

Solté un grito sorprendido cuando su lengua tocó mis labios grandes, el placer estallando como una corriente eléctrica.

— Tu sabor es divino, *mio diamante* — susurró antes de succionar mi clítoris con fervor.

— Raffaello — gemí alto, agarrando su cabello, dejándome llevar por la voracidad de ese momento.

Raffaello me devoraba, su lengua trazaba círculos lentos y precisos alrededor de mi coño, como si me estuviera besando con un deseo posesivo. Cuando sus dientes rozaron mi clítoris, una ola de placer tan intensa me atravesó que gemí alto, lágrimas surgiendo con el impacto de una sensación que nunca había experimentado antes. Con cada nueva embestida, me sentía aún más sensible, como si todos mis nervios pulsaran bajo su control. Yo agarraba su denso cabello, tirando de él con fuerza, perdida en ese éxtasis.

— Ah... esto es tan bueno, Dios... Raffaello — grité entre gemidos, incapaz de contener mi voz.

Él no me soltaba. Cuando abrí los ojos y miré hacia abajo, allí estaba él, mirándome. La expresión en su rostro era algo que jamás olvidaría — sus ojos brillando con un deseo voraz, y la certeza de que él tenía el control total sobre mí. En ese momento, todo a mi alrededor desapareció. Solo estaba él, arrodillado, devorándome como si yo fuera el único banquete que deseaba. Mi corazón latía desenfrenado, y en ese instante tuve una certeza abrumadora.

Cuando mis paredes se contrajeron, él intensificó sus mordidas, cada una más firme, en un equilibrio doloroso y placentero. El clímax llegó como una explosión, mi excitación derramándose en su boca. Correrme por primera vez en los labios del Don Colatto, mi esposo, y nunca había sentido algo tan intenso y liberador.

Él se levantó, sus manos firmes subieron por los lados de mi cuerpo, sus labios bajaron sobre la piel caliente, besando mi ombligo, mordiendo alrededor de mi cintura, y lamiendo cada curva hasta llegar a mi seno derecho. Cuando atrapó el pezón con fuerza, un grito de dolor y placer escapó de mí, haciendo que mi cuerpo temblara. Poco después, él soltó y pasó su lengua tibia sobre la piel sensible, acariciando la marca que había dejado antes de succionar, esta vez con más dulzura. Mi respiración se aceleró, y agarré sus hombros, buscando un punto de apoyo para no caer mientras él se movía hacia el otro seno, chupándolo con más intensidad, como si tuviera hambre.

Clavé mis uñas en su cuello, arrancando un gemido ronco de sus labios.

— Eres perfecta, *mio diamante* — murmuró, subiendo la boca por mi garganta, cada beso y chupona despertando una nueva ola de deseo en mí. — Mi polla está duro

como hierro, listo para ti.

— Yo... yo te quiero — balbucee, la voz casi irreconocible por el deseo que pulsaba en cada palabra.

Él soltó una risa baja, una mezcla de satisfacción y provocación, antes de atraer mi rostro para un beso profundo y violento, que tomó cada rincón de mi boca, como si quisiera consumir me por completo. Sus labios encontraron los míos con una posesividad salvaje, y cada toque de su lengua dejaba un rastro de fuego. Moví mi cadera contra la suya, desesperada, guiada por un deseo incontrolable, sintiendo la presión creciente entre nosotros.

— Tranquila, *piccola*, te daré lo que deseas — susurró, las palabras ahogadas contra mis labios hinchados y sensibles.

Él me soltó y me empujó sobre la cama, haciendo que cayera acostada en el suave colchón. Con una calma calculada, se apartó, bajando la cremallera y desabotonando la camisa, revelando cada línea bien definida de su torso musculoso. Observé su cuerpo, el abdomen marcado, cada músculo esculpido, el pelo oscuro en su pecho que le daba un toque aún más sensual. Mi cuerpo reaccionó al espectáculo, y apreté los muslos, buscando cualquier forma de aliviar la presión que crecía en mí.

Raffaello caminó hacia el sillón y, sin prisa, dobló la camisa, los ojos en mí todo el tiempo, consciente del efecto que estaba causando. Sentí mi rostro sonrojarse, la respiración volviéndose más pesada cuando bajó el pantalón junto con la cueca azul, liberando su miembro rígido. Intenté desviar la mirada, pero era imposible; era largo, grueso, las venas palpitantes y la punta rosada ya húmeda por el pre-goce. Mi cuerpo reaccionó con una intensidad nueva, y sentí un calor encenderse en cada parte de mí.

Mi boca se secó al verlo acercarse, cada movimiento de él cargado de un deseo incontrolable, y en ese momento, supe que no quería estar en ningún otro lugar.

La mano grande de Raffaello rodeó su miembro rígido, masturbándose, un espectáculo de pura provocación. Me sentía aún más mojada, cada vez más entregada a esa visión. Él estaba esculpido, desde los muslos musculosos hasta las pantorrillas bien definidas. — Dios parece haber creado ese cuerpo solo para hacerme delirar.

— Voy a ser gentil esta noche — murmuró, la voz grave y cargada de deseo. Se sentó a mi lado, la mano acariciando mi pantorrilla antes de dar la orden: — Ven, acuéstate aquí boca abajo.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo, y obedecí, acostándome en su regazo. Pero tan pronto como me acomodé, una bofetada sonó en mi piel, arrancando un gemido sorprendido.

— ¡Ay! — protesté, jadeante.

Él acarició el lugar de la bofetada, su toque era una combinación de ternura y posesividad.

— Te advertí que te golpearía por hablar mal de ti misma — gruñó, la voz grave. — ¿Sientes lo que me haces, Aurora? Cada curva tuya me vuelve loco... ¡Tu cuerpo está hecho a medida para mí! — Y, entonces, otra bofetada, firme y precisa. — Sabrosa... y solo mía.

— Ah... — gemí, la mezcla de dolor y placer encendiendo algo nuevo en mí.

Él continuó, cada golpe más intenso que el anterior. Mi cuerpo reaccionaba con sensibilidad al toque de él, y en medio de esas olas de placer, me sentí al borde de un

nuevo clímax, los gemidos entrecortados por el deseo.

— Aurora, eres tan sensible — dijo, con la voz cargada de excitación. — Necesito estar dentro de ti.

En un movimiento firme, me levantó, acostándome en el centro de la cama y posicionándose sobre mí. Su cuerpo caliente y sólido cubría el mío, y nuestros labios se encontraron en un beso urgente. Se colocó entre mis piernas, los ojos fijos en los míos.

— Va a doler un poco, *mio diamante* — advirtió, la voz tomada por el deseo.

— Entra ya en mí — imploré, sintiendo mi cuerpo temblar de anticipación.

En una sola embestida, entró en mí, y el grito escapó de mis labios — el dolor se mezclaba con el placer, en una sensación arrolladora, intensa, que me llenaba por completo.

— Es maravilloso estar dentro de ti, Aurora. Tu coño fue hecho para mi polla — murmuró entre dientes, como si luchara por controlarse.

Lo tiré un poco más cerca, las uñas clavándose en su espalda, y él se detuvo por un momento, nuestros cuerpos fusionados. Raffaello me besaba, alternando con pequeñas mordidas en mi clavícula, como si estuviera absorbiendo cada segundo. Él me llenaba por completo, una sensación intensa y total. La pulsación de su miembro era una provocación deliciosa.

Impulsada por el deseo, moví la cadera, deseando más. Él soltó una risa baja, un sonido ronco que erizó mi piel. Sin aviso, Raffaello comenzó a moverse — cada embestida más profunda, más intensa. Se apoyaba con un brazo en el colchón, mientras la otra mano sostenía la cabecera. Cada incursión era calculada, con fuerza creciente, un

ritmo que me dejaba cada vez más entregada.

Quedé fascinada con su rostro retorcido de placer, la forma en que me miraba, el deseo puro que brillaba en sus ojos. Saber que yo causaba eso en él, ver cuánto me quería, era casi intoxicante. Apriéten mis paredes a su alrededor, arrancando un gemido bajo y ronco de sus labios.

— Carajo, Aurora, así... — gemía, con la voz entrecortada, aumentando el ritmo y la intensidad.

Lo besé, mientras todo mi cuerpo temblaba con cada embestida. Sentí el calor acumularse dentro de mí, el placer construyéndose hasta el límite, luego mi cuerpo se rindió. Mi vientre explotó en una ola de éxtasis, el orgasmo arrebatándome, una liberación intensa que me dejó aturdida. Mis uñas se clavaron en su espalda, arrancando un rastro de sangre.

— ¡Carajo, Aurora! — aulló, su cuerpo endureciéndose mientras se derramaba dentro de mí. — Toma cada gota, no desperdicies nada — ordenó, la respiración pesada contra mis labios.

Observé cada detalle del rostro de Raffaello, el placer retorciéndose en su expresión, la vulnerabilidad que dejaba escapar solo por un instante. Saber que lo había llevado al límite, que era la causa de su rendición, me llenaba de una satisfacción inexplicable.

Quería más. Y sabía que llevar al Don Colatto a su límite, una y otra vez, sería un placer que jamás me cansaría de buscar.

Capítulo 23



Mi mejilla ardía de vergüenza mientras permanecía parada en la amplia sala de estar de la casa en Hamptons de la familia Colatto. La sábana blanca, expuesta sobre la gran mesa en la sala de estar, mostraba la prueba de que yo era virgen, honrada. Mi padre, de pie junto a otros hombres, sonreía orgulloso — presumiendo por haberme mantenido pura durante veintiún años. A cada saludo, él respondía con una frase entusiasta:

— La creé con riendas cortas, pensando en un futuro mejor. La protegí de todo. — Casi vomité al escuchar sus palabras y me alejé, encogiéndome en una esquina, buscando una forma de escapar de esta humillación.

Raffaello estaba cerca de la mesa conversando con algunos hombres, él presentó las sábanas, estuve algunos minutos a su lado, pero me alejé, no soportando quedarme allí.

Algunas mujeres sonreían hacia mí, otras me miraban con pena, como si la sábana

expuesta significara que había sido maltratada. Dos me abrazaron y susurraron:

— Te acostumbras, solo lleva tu mente lejos. — Solo devolví una sonrisa mínima y escapé de nuevo, alejándome lo más rápido posible.

Mientras subía las escaleras, vi a Carla todavía atrapada en una conversación con su madre. Agradecí silenciosamente por ello; no estaba lista para hablar con nadie, ni con ella, por más encantadora que fuera.

Al cerrar la puerta del cuarto, solté un suspiro de alivio. Me tumbé en la cama grande cubierta de sábanas oscuras, me quité los zapatos y me relajé... Casi no había dormido la noche anterior; primero, porque aún no estaba acostumbrada a compartir la cama con un hombre, y segundo, por sentir el peso constante del pecho de Raffaello en mi espalda, sus brazos atrapándome con firmeza. Me sentía extraña, adolorida — y aún lo estaba. Cálida y pegajosa, a pesar de que él me había limpiado con toallas tibias y húmedas. Pasé buena parte de la noche en vela y, aunque extenuada, necesitaba levantarme temprano para el desayuno y soportar esta exposición degradante.

Me levanté en la cama y me quité el gran abrigo que llevaba puesto. La casa estaba caliente, y no había necesidad de usarlo allí dentro, pero afuera la nieve caía nuevamente.

Dejando el abrigo a un lado, me arrastré hasta los almohadones, abracé uno y cerré los ojos, intentando aplacar el cansancio que me consumía. Cada músculo parecía pesado; aún sentía un dolor absurdo entre las piernas, y la piel de mi trasero latía, marcada por las manos de Raffaello. De hecho, estaba toda marcada: muslos con pequeñas mordidas, pezones sensibles de tanto que él los mordisqueó y succionó, el cuello repleto de pequeñas manchas moradas donde sus dientes se clavaron sin

misericordia. Mi piel clara guardaba esas marcas con facilidad, y, a pesar de la incomodidad, había una parte de mí a la que le gustaba verlos ahí, como un recordatorio.

Solo de pensar en cómo las gané, mi vientre se contraía. En algún momento, acabé durmiéndome, pero desperté con un perfume familiar. Él estaba allí. El colchón se hundió a mi lado y sus dedos apartaron el cabello de mi rostro.

— ¿Te estás escondiendo de mí, bambina? — murmuró, acariciando mi mejilla.

Parpadeé algunas veces, intentando enfocar. La somnolencia aún pesaba sobre mis párpados.

— No... Solo estoy cansada, mareada con mi sangre a la vista. — Fui sincera, girando la cabeza para mirarlo. Perdí el aliento con la intensidad de su mirada. — Subí para descansar, acabé durmiéndome.

Él me estudió, como si buscara señales de que mentía. Después de un segundo, soltó un suspiro leve.

— Elegiste mi habitación — comentó, sorprendiéndome. — Mi hermana te está buscando.

— Hablaré con ella más tarde — murmuré, bostezando. — Estoy exhausta, toda adolorida.

Sus ojos brillaron al escuchar eso, y una leve sonrisa arrogante apareció en la esquina de sus labios.

— Hum. Eso pasará. Cuando lleguemos a casa, tomarás un baño largo en la bañera

y descansarás. Pero, por ahora, necesitas bajar. Habla con los demás para despedirnos. Y ponte un abrigo. — Su mirada bajó por mi cuerpo. — Tienes mucha piel expuesta.

La rabia me incendiaba, movida por la súbita adrenalina. Me levanté de un salto, mirándolo con intensidad. Esa constante implicancia con mi ropa ya estaba pasándose de límites.

— Tus amantes andan casi desnudas, Inês no se cubría. ¿Por qué tengo que usar una burka? — cuestioné, con la voz cargada de provocación. — ¿Qué es? ¿Estás avergonzado de que vean mi grasa?

En un instante, estaba arrodillada en la cama, y al siguiente, tumbada con Raffaello sobre mí, su cuerpo pesado y firme atrapándome, sus dedos envolviendo mi garganta con una fuerza controlada. Su rostro estaba demasiado cerca, su aliento caliente en mi mejilla, sus ojos oscuros, peligrosos. Intenté moverme, pero su mano me mantenía cautiva, la presión constante me advertía que tenía el control total.

— No tengo amantes, solo una esposa, carajo — gruñó contra mi boca, cada palabra cargada de furia posesiva. — Ninguna de ellas significó nada, Aurora. Solo tú me perteneces, *mio diamante.* ¡Solo tú, carajo! — Su voz salió como una promesa y una amenaza, su boca rozando la mía con ferocidad.

Solté un gemido, rendida a su beso arrollador. Era una tormenta de deseo, cada movimiento de su lengua y sus labios imponiendo su autoridad. Me sentía completamente suya, la mente vacía, el cuerpo encendido por su toque. Cuando él me llamaba suya, una parte de mí vibraba, inflamada por un ego que solo él podía despertar. Contra todas las expectativas, eso me hacía sentir adorada, deseada de una manera que ni siquiera comprendía.

Él capturó mis labios con fuerza, abrí los ojos, ni siquiera dándome cuenta de que los había cerrado. Su semblante permanecía sombrío, y, reuniendo el valor que me quedaba, levanté la mano, tocando su rostro. Acaricié, sintiendo la aspereza de la barba bajo mis dedos, explorando el contorno fuerte de su nariz, la línea tensa de su mandíbula. Cuando tracé sus labios con el pulgar, él abrió la boca, succionando mi dedo con una intensidad cruda. Eso me erizó de pies a cabeza.

Suspiré, una oleada de excitación recorriendo mi cuerpo. Cuanto más cerca lo veía, más hermoso parecía, inalcanzable. Deslicé la mano por su cabello, tirando, y él jadeó, mordiendo la punta de mi dedo de una manera casi feral.

— ¿Quién eres, Raffaello Colatto? — pregunté, la voz baja y entrecortada. — ¿Por qué me elegiste si soy lo opuesto a todas las demás? — Sentí la garganta apretarse. — No soy lo que se espera de una esposa para un hombre como tú...

— Eres exactamente lo que elegí para mí, Aurora Colatto — dijo él, su voz como un rugido, firme y sin espacio para contradicciones. — Y aún tengo mucho que enseñarte.

Tragué en seco, el pecho subiendo y bajando con fuerza.

— ¿Y por qué no puedo mostrar las marcas que me dejaste? — pregunté, intentando entender esa posesividad. — Ustedes, hombres, ¿no se enorgullecen de ello?

Él bufó, exhalando el aliento caliente con olor a whisky.

— Ya respondí. No insistas.

— ¡No estoy insistiendo! — protesté, elevando la voz, como si eso fuera suficiente para convencerlo.

Él arqueó una ceja y, de repente, me soltó el cuello y se alejó, rodando lejos de mí. Enderezó el traje, ajustándolo con precisión calculada.

— Ponte el abrigo y vamos a bajar. El camino a casa es largo.

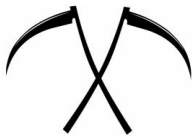
Le lancé una mirada fulminante mientras me levantaba de la cama, vistiendo el abrigo con desagrado, el rostro marcado por la irritación.

— Vamos a tu apartamento, porque no quiero vivir donde llevabas a las otras mujeres. — declaré, con un tono acerbo. Odiaba ese lugar.

Él se detuvo, lanzándome una mirada intensa.

— No vivo allí.

Me quedé confundida. Sabía que tenía otra propiedad, fuera de la ciudad, pero nunca imaginé que iba a ser allí donde estábamos yendo.



— ¡Necesitamos hablar más! — dijo Carla, emocionada, cuando la volví a encontrar en el piso de abajo. — Ya tengo tu número y te envié un mensaje. Podemos intercambiar ideas, hacer videollamadas... y, ¡quién sabe, organizar algo para hacer juntas! — Ella parecía entusiasmada.

Sonreí, devolviéndole el abrazo con delicadeza.

— Claro que sí, me encantaría.

No estaba mintiendo; Carla era una persona encantadora, amable e interesante, siempre me trató bien y parecía curiosa sobre mi vida.

— ¡Y avísame el día de tu recital! — recordó.

— ¿Recital? — preguntó Cassio, curioso.

— Sí, es un recital benéfico en marzo, por la universidad.

Raffaello se mantuvo en silencio a mi lado, con los brazos firmes en mi cintura.

— ¿Y te gusta la universidad? — preguntó Carla.

— Sí, me gusta. Es mi último año, así que ha sido corrí, pero estoy disfrutando. — Fui honesta. — ¿Y tus hijos?

Sabía que Carla tenía gemelos, pero, por más que intentara, no podía recordar sus nombres.

— ¡Daniele y Gabriel están bien! Cada día más traviesos, una rebeldía sin fin. — Rió, los ojos brillando de orgullo. — Si quieres saber cómo son, solo mira a Cassio. ¡Son idénticos! — Bufó, fingiendo frustración. — Los llevé durante nueve largos meses y ni mis ojos heredaron.

Reí con ella, hasta notar a mi prima, Carmine, acercándose con su esposo, Silvio, uno de los soldados de confianza de la familia. Ella sonrió cordialmente. Aunque no éramos cercanas, Carmine nunca me trató mal. Era una de esas personas reservadas, que prefería sumergirse en sus propios pensamientos.

— ¡Felicidades, Aurora! — dijo, tirándome un abrazo rápido. — No pude hablar contigo ayer.

Silvio saludó a Cassio y a Raffaello con un apretón de manos firme, mientras Carmine intercambiaba un cálido abrazo con Carla.

— Es una pena que no pudiste comer el pastel, estaba delicioso — comentó Carmine.

Mi boca se llenó de agua al escuchar la palabra — pastel. Me encantaban los postres de fiesta, especialmente aquellos con capas generosas de relleno y cobertura. Pero disimulé, sonriendo y dejándome envolver por la conversación sobre fiestas, aunque solo como oyente. En algunos momentos, asentí o solté una risa discreta, pero, la mayor parte del tiempo, mi mente vagaba lejos de allí, distante de esas discusiones sobre tés y bodas.

El alivio recorrió mi cuerpo cuando sentí la mano de Raffaello posarse en mi espalda.

— Es hora — informó, su voz baja y firme.

Sonreí a las mujeres, lista para la despedida.

— Vamos a estar en contacto por mensaje — dije, abrazándolas.

— ¡Claro! ¡Me encantó conocerte, Aurora! — respondió Carla, abrazándome con cariño.

— Yo también disfruté mucho, Carla.

Abracé a Carmine y saludé a los demás mientras nos dirigíamos a la salida. A lo lejos, vi a mi padre, que me lanzó un saludo discreto. Antes de cruzar la puerta, me giré hacia él, saludándolo con una sonrisa genuina en los labios. Parte de mí quería

mostrarle el dedo del medio.

Capítulo 24



Puta mierda, pensé al entrar en la propiedad donde viviría con Raffaello, en Old Westbury. Tan pronto como se abrió el portón de hierro, un escalofrío recorrió mi espalda. Los altos muros, coronados por cercas eléctricas, reforzaban la sensación de aislamiento. En segundos, el portón se cerró detrás de nosotros, como si estuviéramos atrapados en un mundo aparte.

La carretera que conducía hasta la mansión era amplia, flanqueada por una impresionante fila de robles rojos y hayas americanas. Las ramas robustas formaban un túnel de sombras sobre el camino de piedra y césped, creando un contraste entre la orden imponente y el encanto salvaje de la naturaleza. Sentí una atracción inexplicable por la vegetación alrededor, casi como un llamado. Imaginé pasar horas entre aquellos árboles.

Raffaello se mantuvo en silencio durante todo el viaje, conduciendo con prudencia mientras los seguridades nos seguían en dos coches. Había tanto en qué pensar desde las palabras de la noche pasada y esta mañana, cuando dijo que yo le pertenecía, diferente a

las demás. Intenté entender lo que realmente quería decir con eso, pero los significados aún se me escapaban.

Cuando la enorme casa apareció frente a mí, se me cayó la mandíbula. Era una construcción de dos pisos, en estilo contemporáneo victoriano, con ventanas que permitían la entrada de luz, pero de una manera casi restrictiva, sombreadas. La fachada oscura exudaba elegancia y una atmósfera misteriosa. La puerta principal, inmensa y de madera oscura, se imponía en la cima de cinco escalones, anunciando que aquel era un lugar donde pocos eran invitados a entrar.

Raffaello estacionó el coche al lado de la escalera y apagó el motor. Antes de que pudiera recuperarme, él ya estaba fuera del coche, y escuché la puerta cerrándose por fuera. Desperté de mi trance y desabroché el cinturón, lista para enfrentar esta nueva etapa — llena de preguntas y, quizás, un poco de miedo.

Solté un suspiro profundo cuando Raffaello abrió la puerta del coche y me extendió la mano. Acepté sin dudar, sintiendo el frío cortante del aire tan pronto como salí. Él me condujo hacia adelante; al llegar a la puerta monumental, digitó una contraseña en el panel y la empujó. Antes de que pudiera entrar, me levantó en brazos, girándome en el aire como si fuera una novia. Solté un gritito de sorpresa.

— ¡Raffaello! — protesté, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello.

— Siguiendo las tradiciones — murmuró al entrar conmigo y cerrar la pesada puerta con un leve empujón de los pies. — Bienvenida a nuestro hogar, señora Colatto.

El aliento caliente en mi oído hizo que escalofríos recorrieran mi cuerpo, pero nada me preparó para la visión que me aguardaba al entrar. La casa era perfecta. Tonos

claros y fríos predominaban, pero las luces en tonos cálidos de las lámparas estratégicamente posicionadas traían una armonía inesperada. La sala de estar era amplia, con cuadros bien distribuidos en las paredes y un sofá gris moderno en el centro, rodeado de sillones dispuestos en ángulos cómodos. En el medio, había una mesa rectangular elegante y un gran espejo adornaba la pared detrás de un mueble blanco con dos jarrones en cada extremo, dando un toque refinado.

Las ventanas permitían la entrada generosa de luz natural, y las cortinas claras que pendían sobre ellas añadían un suave encanto al ambiente. Una escalera helicoidal de peldaños blancos y barandilla igualmente clara completaba la escena, exhibiendo un diseño impecable.

— Tu casa es hermosa — murmuré, aún aturdida con tanta belleza.

— Nuestra casa — corrigió él, con una leve sonrisa. — Me tardé en finalizar la reforma, así que es bueno saber que te gustó.

Sabía que Raffaello tenía formación en ingeniería y contabilidad, había fundado su propia empresa aún en la universidad, a los 18 años. Se dividía entre las dos funciones, pero contaba con la ayuda de Giordano Tore, su amigo de la universidad y soldado de La Falce Nera, como una especie de brazo derecho en la empresa. Papà decía que era un absurdo que Raffaello confiara tanto en Giordano, considerándolo solo un soldado de quinta sin linaje importante.

— Hiciste un gran trabajo — lo elogié, sincera, ofreciéndole una sonrisa.

Raffaello subió las escaleras conmigo en brazos, como si no pesara nada. El piso superior era impresionante, con un hall espacioso que conducía a los corredores norte y

sur. Él siguió por el corredor sur, donde había menos puertas, hasta que giró a la derecha, revelando una imponente puerta doble frente a nosotros.

— Abre para mí — pidió, indicando la manija.

Estiré los brazos, abriendo la puerta con algo de dificultad por la posición en que estaba. La habitación era perfecta. En el centro, una cama con dosel tamaño King dominaba el espacio, adornada con sábanas grises que contrastaban con la madera oscura de la estructura. A los lados colgaban cortinas de encaje blanco que añadían un toque romántico a la habitación. En un rincón, dos sillones claros estaban dispuestos junto a una mesa cuadrada con dos cómodas sillas. Todo parecía organizado, sin una sola pieza fuera de lugar. La pared derecha tenía una única puerta doble, y a la izquierda, otra puerta conducía al balcón.

Con cada detalle que absorbía, sentía el peso de su palabra — *nuestra* — resonando en el pecho. Él había planeado todo, y ahora estábamos aquí, juntos, frente a un futuro aún incierto, pero bello.

Fui depositada sobre la enorme cama con cuidado, sintiendo su firmeza cómoda — perfecta, del tipo que apoya la columna sin ceder demasiado. Raffaello, atento, me quitó los zapatos, arrojándolos al suelo, y comenzó a quitarse su propio abrigo grueso. El ambiente estaba caliente, acogedor, así que empecé a despojarme de las prendas más pesadas, dándome cuenta de que sus ojos seguían fijos en mí. Enrollé mi abrigo de cualquier manera y lo lancé a un lado, mientras él doblaba el suyo con cuidado, dejándolo sobre una silla en la esquina de la habitación.

— No eres nada organizada, *bambina* — comentó con una media sonrisa, quitándose el saco y desabotonando la camisa azul clara, revelando los pelos oscuros y

finos en su pecho. Mi rostro se sonrojó al darme cuenta de que lo estaba mirando sin disimulo, y desvié la mirada, avergonzada. En la espalda tenía el tatuaje de La Falce Nera, una guadaña sangrando y una luna.

— ¿Decepcionado porque soy desordenada? — pregunté, aún sin mirarlo, sintiendo el calor de su atención en mi piel, ardiendo.

— Para nada. — Se encogió de hombros. — Mientras nunca desordenes mi oficina, eso no me incomodará. Tenemos empleadas, y Celeste mantiene todo en orden.

Tampoco sé cocinar — confesé, sintiendo una punzada de inseguridad.

— Tengo una cocinera — afirmó sin dudar, cambiando a un tono más serio. — ¿Cuándo exactamente pensabas contarme sobre el recital?

Parpadeé, sorprendida por el cambio abrupto de tema. El recital era algo delicado para mí; era importante y, al mismo tiempo, traía una carga emocional que evitaba compartir. Mi padre no prestaba atención, y mi madre, bueno... ella apenas soportaba el sonido del violín. Solo de recordar el instrumento destruido, una opresión se formó en mi pecho, y mi garganta se secó. Perdí el aliento al sentir los dedos de Raffaello levantar mi mentón, tan cerca que ni siquiera noté su aproximación. Él estudió mi rostro con una mirada seria y atenta, deslizándose el pulgar sobre mi mejilla, limpiando una lágrima que caía sin que yo lo notara.

— No sé si podré tocar de todos modos — susurré, mi voz débil, embargada por la emoción. — Mi violín fue destruido.

Raffaello mantuvo el silencio, pero su mirada se intensificó, pareciendo absorber todo lo que no estaba logrando expresar.

— ¿Algo más sobre la universidad que deba saber? — preguntó, la voz grave, como si intentara desviar el peso del momento.

Negué con la cabeza, tratando de contener la emoción que aún insistía en hacerse presente.

— No — respondí con sinceridad. No había nada más allá de eso, más allá de esta inexplicable nostalgia por el sonido del violín, de este deseo que tal vez nunca entendería.

Raffaello asintió con la cabeza y dio algunos pasos hacia atrás, como si ya estuviera desconectándose de mi presencia.

— Descansa y luego explora la casa. Si necesitas ayuda, Celeste estará en la planta baja — dijo, la voz práctica y directa. — Iré a la oficina, tengo trabajo que hacer.

— Está bien — murmuré, medio sin pensar.

Tan pronto como la puerta se cerró tras él, hundí la cabeza en la almohada, soltando un suspiro pesado. Un vacío se apoderó de mí, una extraña sensación de incomodidad y tristeza que no tenía sentido. Era mi primer día como esposa, y él prefería el trabajo a estar conmigo, o incluso mostrarme la casa que, supuestamente, sería nuestra. Me sentí un poco tonta por dejar que eso me afectara. Claro, Raffaello Colatto no era un hombre conocido por su amabilidad o atención; él era directo, eficiente y práctico — nada más.

Cerré los ojos por un momento, intentando alejar la decepción. Lo último que quería era dar espacio a expectativas tontas.



La casa era inmensa y estaba llena de detalles que llamaban mi atención a cada paso. Con seis suites, dos salas de estar y dos de comedor, una cocina grande y equipada, parecía una especie de refugio de lujo y confort. También había una piscina interior climatizada, otra exterior, un jacuzzi y una sauna. Pasé un buen rato explorando cada habitación, encantándome con el cuidado en cada elección de decoración. Parecía todo pensado para agradar — o, tal vez, impresionar.

El área de ocio era una aventura aparte. Un gimnasio interior más modesto contrastaba con el más grande, al aire libre, equipado con un ring de entrenamiento y una estructura para crossfit, pero este último no me interesó tanto. Lo que llamó mi atención fue la biblioteca. Enorme y acogedora, tenía estantes abarrotados, con una sección entera dedicada a romances, desde los más dulces hasta los eróticos. Sonreí para mí misma, encontrando curioso e incluso improbable que Raffaello hubiera incluido eso en su propia casa — no era el tipo de lectura que combinaba con él. Pero para mí, era perfecto. Ya me veía sumergiéndome en páginas y más páginas, sin culpa ni prisa. Antes, evitaba ese tipo de lectura, como si fuera un pecado. Ahora... me sentía libre, después de todo, ya no tenía nada que esconder; de todos modos, era imposible fingir inocencia cuando yo misma había llegado a ser una pecadora, tan casada como entregada al marido.

En el exterior, otra sorpresa: un invernadero estaba en construcción, ya casi finalizada según Celeste. Podía imaginar los canteros, las flores llenando el espacio tan

pronto como llegara la primavera. La idea de ensuciarme las manos en la tierra, de perderme en medio del jardín, parecía irresistible. Anhelaba eso, por momentos simples de paz, lejos de cualquier juicio o interferencia — solo esperaba que Raffaello me dejara disfrutar de ese pequeño sueño sin imponer límites.

— Niña — me llamó Celeste, su voz suave rompiendo el silencio de la casa mientras la noche se acercaba.

Estaba camino al armario, el olor fresco del baño aún en mi piel, pero me detuve en medio del paso al ver la mirada seria en sus ojos. Mi sonrisa vaciló.

— ¿Ha pasado algo? — pregunté, un leve malestar insinuándose.

— El niño tuvo que irse de prisa. Una emergencia — dijo ella, con un toque de tristeza que no pudo ocultar. — Cenarás sola esta noche.

— Oh... está bien — murmuré, intentando ignorar el gusto amargo de la decepción que subía por mi garganta. Una parte de mí esperaba que él, Raffaello, viniera a avisarme, pero en lugar de eso, envió a Celeste como mensajera. Algo insignificante, tal vez, pero suficiente para dejar una sombra sobre la noche.

Seguí hasta el armario, manteniendo una expresión indiferente, tratando de no dar importancia. Ese espacio era enorme, más como un ala entera del cuarto que un simple armario, y aunque tenía ropa mía — nuevas, viejas, todas dispuestas —, la grandeza del ambiente solo acentuaba el vacío de la casa. Abrí cajones, cerré otros, fingiendo interés en cada prenda.

Me puse una camisón de seda que deslizaba suavemente sobre la piel, pero al regresar a la habitación, el ambiente parecía más frío y desolado que antes. Me senté al

borde de la cama y tomé el celular entre los dedos, la indecisión palpitando. ¿Enviar un mensaje para él? ¿O no? Tal vez una pregunta casual, para saber si estaba bien, o incluso un "buenas noches". Pero las palabras se me escapaban, y el orgullo me impedía mostrar cualquier rasgo de descontento.

Apagué la pantalla y dejé el celular a un lado, volviendo la atención al almohadón a mi lado, impregnado con su aroma — amaderado, fuerte, tan presente como la ausencia que ahora llenaba la habitación. Suspiré, sintiendo el peso del vacío a mi alrededor. Quería que él estuviera allí, pero me negué a dejar que ese deseo se apoderara de mí. No sería rehén de una ausencia, aunque el deseo de tenerlo cerca ardiera.

Me recosté en el lado izquierdo de la cama, abrazando el almohadón en busca de una cercanía que ahora era solo imaginaria. Cerré los ojos, la esperanza de que esta sensación de añoranza se disipara antes de que se convirtiera en una constante me mecía hacia un sueño inquieto.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 25

La rabia hervía bajo mi piel, un recordatorio constante de que un Don no debería lidiar con esas mierdas, ¿comprobar una maldita carga? Trabajo para soldados, no para mí. Pero esta vez, me aseguré de estar en el puerto de Massachusetts. Fergus Duffe, el tercero al mando de los irlandeses, necesitaba ser atraído fuera de su escondite en Nueva York. Sabía que estaba protegido por políticos corruptos, pero incluso las ratas más escondidas se dejaban llevar por la promesa de algo grande.

La carnada era perfecta. Esparcí el rumor de que una carga importante sería transportada por mí, sabiendo que no podrían resistir la oportunidad de tratar de eliminarme. ¿La mercancía? Falsa. No era idiota para arriesgar millones en algo así. Cuando los rumores llegaron a sus oídos, el plan comenzó a desarrollarse como esperaba.

Vinieron en peso, armados hasta los dientes, seguros de que podrían atraparme desprevenido. Pobres desgraciados. Estaban entrando en el infierno sin saberlo.

El puerto, rodeado por la oscuridad, se transformó en un campo de batalla. El intercambio de disparos era frenético, el sonido de las balas cortaba el aire como un latigazo. Giordano fue el primero en ser herido.

— ¡Hijo de puta! — gruñó, sosteniendo el hombro, la sangre brotando en gruesos hilos.

Nicolo se acercó, presionando la mano sobre la herida con firmeza.

— Te has dejado de entrenar para estar frente a un ordenador, ¿verdad? — se burló, con desdén mientras disparaba una ráfaga certera contra un irlandés que intentó avanzar.

No tenía tiempo para sus tonterías. Disparé a un maldito que apareció por el costado, la bala atravesó su cráneo con un estallido seco.

— Quiero a todos muertos, ¡joder! — ordené. — Quiero este lugar limpio.

Los disparos continuaron. El olor de la pólvora se mezclaba con el de la sangre y el aceite viejo, un perfume nauseabundo para cualquiera que no estuviera acostumbrado a la muerte. Para mí, era solo otra noche de trabajo.

— ¡Deja de quejarte, Giordano! — gruñí, irritado.

Tosió, molesto, pero no respondió. Sabía que cuestionar sería inútil. Tomasso Sander, mi *Underboss,* estaba al frente, disparando ráfagas precisas con un fusil. Su obsesión por las armas grandes, que a menudo me irritaba, resultaba útil. Derribaba enemigos con una precisión casi quirúrgica, avanzando con frialdad en medio del caos.

Los irlandeses se dieron cuenta demasiado tarde de que habían caído en una emboscada. Pensaban que venían a matar, pero ellos eran los condenados a muerte.

Una explosión a la derecha iluminó el escenario de destrucción. Uno de mis hombres, Carlos, armó un dispositivo improvisado para bloquear su ruta de escape. Gritos resonaron, pero aquí no había piedad. Invadieron mi territorio, amenazaron mi autoridad. Ahora pagarían el precio.

Mientras el fuego cruzado disminuía, avancé, la adrenalina aun ardiendo en mis venas. El suelo estaba cubierto de sangre y cuerpos; el sonido de pasos rápidos sobre el

concreto me alertó sobre un último sobreviviente. Intentó correr, pero Nicolo lo atrapó antes.

— ¿Te mandó Fergus? — pregunté, la voz baja.

El hombre se atragantó, el miedo evidente en sus ojos. Balbuceó algo ininteligible, las rodillas temblando.

— Responde. — La palabra salió como un gruñido, seca, brutal.

— ¡Sí! — gritó, desesperado.

La respuesta solo aumentó mi furia. Me agaché ante él, tirando de su cabello, forzándolo a mirarme.

Me levanté, sacando el arma de la funda.

— Di hola al diablo, hijo de puta.

Antes de que pudiera reaccionar, un solo disparo silenció su respiración. No dejaba cabos sueltos. No podía.

— Limpien esto — ordené, guardando el arma y mirando a mis hombres.

Tomasso se acercó, el rostro aún serio.

— Fergus está en una casa al norte.

— Vamos a por él — dije, sonriendo. — Limpien todo este desastre.

Mientras comenzaban el trabajo sucio, caminé por el puerto, observando el escenario. Siempre era así. Sangre, muerte, poder. La cadena alimentaria de la mafia no perdonaba a los débiles. Pero no estaba en la cima por suerte o por coincidencia.

Nicolo se acercó, aún cubierto de sangre, pero con la mirada afilada.

— Vamos, Don. Giordano está siendo atendido por nuestros médicos.

Caminamos en silencio hacia los coches. Uno de los soldados abrió la puerta para mí, y entré en el sedán. Nicolo se acomodó a mi lado, con la mirada alerta, siempre atento a los movimientos a mi alrededor. El motor rugió bajo cuando el conductor arrancó, seguido por los otros vehículos que formaban nuestra caravana. La noche estaba espesa, casi sofocante, como si el propio aire estuviera consciente de lo que estaba a punto de suceder.

El trayecto fue breve, pero cada segundo parecía arrastrarse, cargado por una tensión palpable. Los faros iluminaron la fachada de una casa vieja, sus ventanas rotas y paredes descascaradas exhibiendo décadas de abandono. Un lugar olvidado por el tiempo, perfecto para el tipo de encuentro que había planeado.

Mis hombres salieron de la casa, el rostro de cada uno de ellos reflejando la gravedad de lo que había dentro. Reconocí a Pasquale Milano al frente. El *consigliere* de Tomasso caminaba con pasos firmes, inclinando la cabeza en señal de respeto.

— Don Colatto, Fergus está preso. Fue necesario algún esfuerzo, pero está en condiciones de hablar... o intentarlo. — Su voz era calma, controlada, como la de un hombre que sabía que cada palabra debía ser medida.

— Bien. — Mi respuesta fue corta, desprovista de emoción. No había necesidad de adornos. Caminé hacia la entrada de la casa, mis pasos resonando en el denso silencio.

El interior estaba en ruinas. El olor a moho y madera podrida se mezclaba con algo más punzante — sangre seca. La sala que alguna vez fue un lugar de comidas ahora

servía como teatro para la justicia que yo mismo escribiría. Fergus Duffe estaba atado a una silla en el centro del cuarto. Su tatuaje de los irlandeses se destacaba en su mano.

Su rostro era una máscara de moretones, con la nariz visiblemente rota, una de las cejas hinchada y cortada. Sangre seca marcaba su piel, mezclada con sudor y suciedad. Levantó la cabeza al sonar mis pasos, los ojos llenos de una mezcla de odio y miedo.

Me detuve frente a él, dejando que el silencio se prolongara. Cada segundo era un peso, una cuerda invisible apretándose alrededor de su cuello. Lo observé con atención, estudiando su condición, cada detalle de su debilidad.

— Será hoy tu muerte. — Una sonrisa lenta y cruel se extendió por mi rostro mientras daba otro paso adelante.

Fergus escupió en el suelo cerca de mis pies, el movimiento violento y desafiante, aunque inútil.

— Serás un hombre muerto, Raffaello. — Su voz salió ronca, rasgada por el dolor, pero el veneno persistía. — Vamos a arrancarte el corazón y comer tu trasero. Luego, escupiremos tus huesos a tus malditos soldados.

No reaccioné de inmediato. El silencio se prolongó, mientras me quitaba el abrigo, doblándolo con calma antes de entregárselo a Nicolo. Cada uno de mis movimientos era metódico, estudiado. Él me observaba con una mezcla de desafío e incertidumbre, sus ojos siguiendo cada gesto.

Me acerqué, hasta que el único sonido en el ambiente fuera mi respiración controlada. Cuando hablé, mi voz era baja:

— ¿Crees que esto termina conmigo, Duffe? — Me incliné, acercando mi rostro al

suyo, dejando que viera el fuego en mis ojos.

Sin esperar respuesta, levanté la mano y propiné un golpe rápido y brutal en su mandíbula. Soltó un grito apagado, seguido de un ruido húmedo cuando escupió más sangre.

— Podría matarte ahora, Duffe. Podría acabar con tu existencia miserable y enviar tu cabeza como regalo a tus amigos irlandeses. — Mi tono era casi casual, como si estuviera discutiendo algo trivial. — Pero, ¿dónde estaría la diversión en eso?

Pasé la mano por la silla, golpeando suavemente el respaldo. La madera vieja crujía bajo su peso, pero el sonido se ahogaba por el rechinar de sus dientes.

— Tus hombres murieron como cerdos en el puerto. Ahora, tendrás el privilegio de ver el fin de lo que queda.

Intentó reír, pero el sonido salió distorsionado, una mezcla de tos y gemido.

— No eres intocable, Colatto. Vendrán por ti.

Reí, un sonido seco y desprovisto de humor.

— Que vengan. — Miré a Nicolo y le di un leve asentimiento. Salió de la sala, regresando con una vieja caja de herramientas.

— Vamos a empezar con algo sencillo, Duffe. — Saqué una llave inglesa de la caja, girándola en mi mano. — Quiero que me cuentes todo. ¿Quién estaba contigo, quiénes son tus contactos, qué sabes sobre Soal el alcalde?

— Vete a la mierda.

Escupió una vez más, pero esta vez la saliva teñida de sangre encontró mi rostro.

La sonrisa en mis labios desapareció instantáneamente. Me limpié despacio, los ojos fijos en los suyos, luego levanté la llave inglesa y golpeé su mano con fuerza. El sonido de huesos rompiéndose llenó el ambiente, seguido de un grito desgarrador.

— La primera fue de gratis, Fergus. Las próximas dolerán aún más.

Y así, el juego comenzó.

Tomé los alicates de la caja con calma; Fergus me observaba con ojos desorbitados, sus pupilas dilatadas por el miedo, pero aun intentando mantener la expresión de desdén. No funcionaba. El dolor era evidente, desbordando por cada línea de su rostro.

— Vamos a ver cuánto tiempo puedes mantenerte callado, Fergus. — Mi voz sonó baja, casi un susurro.

Me acerqué a él despacio, con los alicates firmemente en mis manos. Sujeté su mano izquierda, la misma que ostentaba el tatuaje de la mafia irlandesa, y atrapé el dedo medio entre las garras de los alicates. Intentó resistir, tirando la mano con fuerza, pero la silla no le daba espacio.

— Esto es para aprender que no se escupe en la cara de un Colatto.

Con un único movimiento, arranqué su uña. El grito que intentó contener desgarró su garganta, incluso había mordido sus propios labios hasta hacerlos sangrar. El sonido era música para mis oídos. La sangre comenzó a escurrir en gruesos hilos, tiñendo el suelo de un rojo oscuro.

Se retorció violentamente en la silla, los músculos tensos mientras el pavor comenzaba a suplantar su rabia. Sonreí. Eso me alegraba. El dolor en sus ojos era un

premio, un recordatorio de que, en mi mundo, no había espacio para errores o debilidades.

— Estamos apenas comenzando, Fergus. — Tomé otro dedo, ahora el índice. — ¿Quieres intentar convencerme de que pare?

Él no respondió, solo me miró con puro odio. Me encogí de hombros.

— Tu elección.

Otro tirón, otra uña arrancada. Mordió su propio labio con tanta fuerza que lo cortó, más sangre mezclándose con la que ya manchaba su boca. Fergus estaba perdiendo el control, el dolor comenzando a romper lo poco de resistencia que aún le quedaba.

Me alejé algunos pasos, observando la escena como un artista admirando su obra. Fergus respiraba con dificultad, los dedos ahora desprovistos de uñas, la sangre goteando en el suelo en un ritmo constante.

— Está bonito, Fergus. — Sonreí, inclinando ligeramente la cabeza. — Pero siento que podemos mejorar esto.

Abrí la caja y saqué una pequeña guadaña, la hoja curva brillando bajo la tenue luz de la sala. Al verla, cedió al terror. Su postura desafiante se desmoronó, y comenzó a balbucear algo, pero no estaba interesado.

— Deberías haberlo pensado antes de desafiar a un Colatto. — Caminé hacia el lado derecho de él, levantando la hoja. — Ahora, pagarás el precio.

Sin dudarlo, posicioné la guadaña sobre su hombro derecho y, con un movimiento

preciso, corté el ligamento. La hoja atravesó carne y tejido como si fuera papel. Fergus gritó, un sonido gutural que resonó en la sala. Se retorció en la silla, pero las correas que lo mantenían lo mantuvieron preso.

La sangre brotó con fuerza, manchando mi camisa y escurriendo por la silla hasta formar un creciente charco en el suelo. Fergus parecía al borde del desmayo, pero no lo permitiría. Me giré hacia Nicolo, que trajo un balde de agua fría y lo arrojó sobre él. Fergus arqueó el cuerpo, convulsionando con el choque.

— ¿Crees que esto ha terminado? — Mi voz ahora era un gruñido.

Me acerqué con la guadaña aun goteando sangre, y observé a Fergus como si fuera un rompecabezas que necesitaba desmontar pieza por pieza.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 26

Leí el informe de Celeste y Mário en el iPad mientras el jet cruzaba el cielo nocturno. Las fotos adjuntas mostraban a Aurora en su rutina de los últimos dos días. M i *piccola* había pasado buen tiempo al aire libre, explorando los límites de la propiedad.

En la universidad, parecía rodeada de sus amigos, riendo, aparentemente ajena a la presencia constante de Alex, que la vigilaba de cerca. Él mantenía la distancia. Cuanto más pasaba el tiempo, más Alex cavaba su propia tumba con la insubordinación velada. Tanto él como el padre — Juan — me estaban poniendo de los nervios.

En el otro asiento del jet, Nicolo estaba concentrado en un archivo. Giordano, sentado más adelante, revisaba algo en el ordenador portátil. Los soldados ocupaban los asientos cercanos a la cabina del piloto, mientras yo intentaba encontrar algún vestigio de paz después de dos días sangrientos. Había limpiado Massachusetts, resolviendo problemas que habían surgido, y envié el cuerpo desmembrado de Fergus a Las Vegas como un aviso.

Ahora, de regreso a casa, sentía el cansancio pesar en mis hombros. Dos noches sin dormir, con sangre en las manos y el olor a pólvora impregnado en las fosas nasales, me habían llevado al límite.

— Tengo una reunión mañana y obras que inspeccionar — dijo Giordano, rompiendo el silencio en el jet.

Nicolo levantó la vista del archivo y soltó una risa seca.

— ¿La vida de CEO te consume, Tore?

— Vete a la mierda, Nicolo — contestó Giordano, irritado, sin apartar la vista del ordenador portátil.

Hice un gesto de cabeza, exasperado. Los dos siempre se picaban como niños, pero había algo en el tono de Nicolo que capturó mi atención. No era solo provocación. Había algo más, algo que no estaba diciendo.

Volví al iPad, abriendo el correo electrónico que Amélia había enviado. Quería una reunión, alegando tener información importante sobre los movimientos de Soal y del senador. Amélia era útil, pero su lealtad era cuestionable.

El ataque que casi le costó a Aurora antes de casarnos tenía las huellas digitales de su hermana en cada detalle, así como del senador. Aun así, no era el momento adecuado para eliminarla. Todo tenía su tiempo.

— ¿Fergus no fue suficiente para mandar el mensaje que querías? — preguntó Nicolo, el tono cargado de ironía.

Levanté la mirada, clavándola en él.

— Fergus fue solo el comienzo. Hay mucho más por hacer, y lo sabes.

Nicolo no respondió de inmediato. En lugar de eso, volvió a concentrarse en el archivo en sus manos, como si estuviera calculando cada palabra que diría a continuación. Giordano levantó la vista, atento a la conversación, pero permaneció en silencio.

El jet aterrizó, y la actividad comenzó. Giordano salió primero, seguido por los soldados, mientras Nicolo me esperaba en la puerta de la aeronave.

El día estaba amaneciendo cuando entré en el cubierta, tomé una larga ducha antes de bajar y encontrar a mi consigliere esperando.

— ¿Dónde están los informes detallados? — pregunté a Nicolo, que entró justo detrás de mí.

— Están en la oficina. ¿Quieres que los traiga ahora?

— No, vamos.

Caminé hacia la oficina, Nicolo a mis espaldas. Sabía lo suficiente como para no hacer preguntas. El peso de los últimos días aún flotaba sobre mí, pero no había tiempo para descanso. Fergus estaba muerto, pero la guerra estaba lejos de terminar.

Al entrar en la oficina, los informes ya estaban dispuestos sobre la mesa. Me senté, abriendo el primer archivo. Sin embargo, mi mente vagaba, conectando puntos sueltos. Amélia. Soal. El senador. Alex. Cada nombre, cada movimiento, una pieza en el tablero que necesitaba controlar. No había espacio para errores.

Un golpe firme interrumpió mis pensamientos, y la puerta se abrió antes de que diera permiso. Giordano entró con un celular en la mano. No debería estar aquí.

— Recibimos una llamada anónima — anunció, directo. — ¿Quieres que la rastree?

— Sí — respondí sin dudar. — Y quiero un análisis completo en una hora.

Giordano asintió y salió, tan rápido como había entrado. Su eficiencia era una de

las pocas cosas que toleraba.

Volví mi atención a los informes, tratando de identificar algún patrón que pudiera darme ventaja. Fergus estaba fuera del juego, pero su muerte había creado un vacío que los irlandeses intentarían llenar. La represalia era inevitable, y necesitaba estar preparado.

— Recibimos información de que el senador está presionando a Soal para acelerar las negociaciones — Nicolo interrumpió, entregándome otro documento. — La idea es usar a Amélia para desestabilizarte.

— Amélia es una herramienta, nada más — respondí, la voz fría como el hielo. — Ellos piensan que me golpean a través de ella, pero están equivocados.

Nicolo asintió, pero su expresión indicaba que había más que decir.

— Sin embargo — continuó con cautela —, ella mencionó algo sobre Aurora en su última conversación con el gobernador. Parece que están considerando usarla como moneda de cambio.

Mi sangre se heló. La idea de que alguien siquiera pensara en usar a Aurora como una pieza en el tablero oscureció mi visión. Respiré hondo, obligándome a mantener una expresión neutra. No podían saber cuánto me afectaba eso.

— Sigue monitoreando — ordené, con la voz firme. — Quiero cada palabra, cada movimiento documentado. Y Nicolo, si alguien se acerca a Aurora, aunque sea por error, elimínalo.

Nicolo asintió nuevamente, pero el silencio que siguió era pesado. Él sabía lo que Aurora representaba para mí, pero también sabía que cuestionar mi autoridad sería un

grave error.

— Necesitamos acelerar los plazos — hablé, cambiando el enfoque hacia el próximo problema.

— Ya estamos al límite — respondió Nicolo, con los ojos fijos en los documentos ante él.

— Entonces sobrepasa el límite — rebatí, sin paciencia para objeciones. — Quiero todo listo antes de lo previsto. No acepto retrasos.

Suspiró, pero no intentó argumentar. Sabía que discutir conmigo era inútil.

Antes de que pudiera continuar, mi teléfono vibró. Tomé el aparato viendo que era mi informante. Había movimiento en Las Vegas, algo relacionado con un cargamento que debería haber llegado hace dos días, pero fue interceptado. Otro problema que requeriría mi atención.

— Colatto.

— Don — su voz respondió casi de inmediato.

— Quiero detalles sobre el cargamento. Encuentra al responsable y resuelve esto. Si es necesario, elimínalo.

— Entendido.

Colgué, sintiendo el cansancio acumularse. Las amenazas venían de todos lados, y el cerco parecía cerrarse cada vez más. Pero eso no me intimidaba. Por el contrario, alimentaba mi determinación de aplastar a cada enemigo, uno por uno.

Nicolo colocó otro informe sobre la mesa, pero vaciló antes de hablar.

— Hay algo más — dijo. — Uno de los equipos notó un movimiento extraño en la universidad. Paolo informó que un coche estuvo estacionado cerca del campus durante horas, pero se fue antes de que pudiera ser identificado.

Levanté la vista, mi atención ahora totalmente enfocada.

— ¿Y por qué no lo informó de inmediato?

— Creyó que no era relevante — respondió Nicolo, visiblemente incómodo.

Apreté los dientes, controlando la rabia que subía como una marea. Alex se estaba convirtiendo en un problema mayor de lo que valía.

— Asegúrate de que eso no vuelva a suceder — hablé, la voz baja, pero cargada de amenaza. — Y recuérdale que no hay espacio para errores cuando se trata de Aurora.

Nicolo asintió, pero sabía que entendía la gravedad de la situación.

Capítulo 27



Me sentía abandonada. Hacía dos días que Raffaello había salido, dos noches de soledad llenando la cama que antes era nuestra, y algo me decía que esta tercera noche también sería vacía. Durante este tiempo sin noticias, me refugié en los libros, buscando en las páginas un alivio para la ausencia que él dejaba. Estaba sumergida en *El Gran Gatsby*, una historia de amor, obsesión y sueños destrozados, que parecía resonar en una parte de mí. Encantada, pasaba horas absorta en la trama, tratando de no dejarme llevar por la tentación de buscar algún mensaje o señal de mi esposo. Ninguna llamada, ningún mensaje. La ausencia pesaba.

Esa mañana, decidí que no pasaría el día sintiéndome olvidada. Me preparé para ir a la universidad. Necesitaba salir de casa, ver a Katty y Juliano, reencontrar un poco de ligereza y alejar la tristeza que me acechaba. Me vestí con un overol de mezclilla sobre unas medias gruesas y una blusa de cuello alto amarilla. Completé con un gorro verde, botas cortas y un abrigo de lana abierto.

Al entrar en la cocina, fui recibida por el aroma dulce y cítrico de un pastel de

naranja recién horneado. Mi estómago gruñó de hambre.

— ¡Buenos días, Celeste! — dije, sonriendo. — ¡El olor está divino!

Celeste me miró, estudiando mi apariencia con esa mirada atenta que solía tener, pero sonrió en respuesta, sin ocultar la curiosidad.

— ¡Buenos días, niña! ¿Vas a salir? — indagó, mientras me servía una taza de café con leche.

— Sí, voy a la universidad. — Acepté la taza y di un sorbo caliente. — Dame un pedazo de pastel, por favor. No tiene que ser muy grande.

Me cortó una rebanada y la puso en el plato, pero continuó observándome, como si quisiera hacer más preguntas. Ignoré. Terminé de comer y tomé una manzana de la frutera, echando la mochila sobre los hombros.

— Me voy — avisé, comenzando a caminar hacia la puerta.

— ¿Le avisaste al niño que vas a salir? — preguntó Celeste con una expresión de leve censura.

Me encogí de hombros.

— Él no me avisó que pasaría dos noches fuera, así que estamos en paz.

Salí por la puerta de la cocina, dirigiéndome al estacionamiento. Mario, el seguridad, apareció de la cabina y me saludó, acercándose con su típica puntualidad.

— ¿Necesita algo, señora? — indagó, mirándome de arriba abajo con una ceja levantada.

— Voy a la universidad. ¿Me llevarás o llamaré un taxi?

— La llevo — respondió con firmeza, caminando hacia el VUD negro. Abrió la puerta para mí y me deslicé al asiento trasero.

Mientras él conducía, tomé el celular, revisando los mensajes con una punzada de expectativa. Aún nada de Raffaello. Sentí el impulso de enviar un mensaje — algo casual, tal vez —, pero pronto desistí. En cambio, respondí a los mensajes de Katty y Juliano, tratando de ocupar la mente.

Levanté los ojos y me di cuenta de que Mario me observaba a través del retrovisor, como si desaprobara mi salida. Parecía que todos a mi alrededor insistían en tratarme como a una niña, y Celeste, ella me rodeaba, asegurándose de que comiera cada tres horas, y no dejaba de supervisar cada bocado, como si fuera una muñeca frágil a ser monitoreada. Eso me irritaba, y el control constante me hacía recordar a Margot — mi antigua niñera. La extrañaba. La noche anterior, incluso la llamé para charlar. Hablamos durante casi una hora y media, y tuve que contenerme para no preguntar sobre *mamma*. Desde nuestro último encuentro, cuando destruyó mi violín, mi madre aparecía como un fantasma en mis pesadillas. Aun así, la preocupación me devoraba: ¿estaría medicándose correctamente? Era un pensamiento doloroso e inevitable, una herida que no sabía cómo cerrar.

— ¿Cuál es el problema? — pregunté, intentando controlar el tono de mi voz, pero la irritación se escapaba en cada sílaba.

Mario suspiró, un sonido largo que sonaba más como una reprimenda que como un desahogo.

— Señora, el Don no fue informado de que saldría. No debería salir así, sin avisarle — dijo, con una cautela que solo aumentó mi impaciencia. — Tal vez debería llamar y informarle.

Rodé los ojos, sintiendo una punzada de frustración crecer.

— Estoy segura de que Celeste, o incluso tú, ya se han encargado de "hacer esa gentileza" — hablé, mi voz cargada de irritación. — Además, *su jefe* no me ha mandado un solo mensaje, ni siquiera para decirme dónde está.

El tono salió más herido de lo que pretendía, y esa vulnerabilidad me incomodó. Odié demostrar debilidad. Cerré los puños, disimulando la frustración que amenazaba con acumularse.

Mario dudó, pero intentó suavizar la situación:

— Está ocupado, señora. La situación... es tensa.

Esas palabras, ese intento de justificarlo, solo inflamaron mi irritación.

— Si está tan ocupado como para no enviarme un mensaje, entonces también lo estará para leer uno — rebatí, cruzando los brazos y desviando la mirada hacia la ventana.

Él solo me lanzó otra mirada por el retrovisor, firme, como si quisiera recordarme el papel que desempeñaba. Ignoré. Me volví hacia el celular, buscando una distracción. Abrí la carpeta de fotos del matrimonio, aquellas que me habían enviado por correo electrónico, y bajé algunas imágenes mías. Una pequeña llama de orgullo y nostalgia se apoderó de mí al ver esas fotos, y decidí publicar una de ellas en Instagram, con la leyenda — *mi gran día.*

En segundos, la notificación de "me gusta", comentarios y mensajes transformó mi celular en un pequeño festival de vibraciones. Ignoré, sin paciencia para las interacciones. El vacío dejado por Raffaello era algo que esas notificaciones no podían llenar.

Aun así, abrí la cámara y tomé una selfie, capturando mi rostro serio y la mirada decidida. La publiqué en stories, sintiéndome bonita esa mañana, pero sabiendo que, detrás de la pose, había una ola de emociones que nadie entendería a partir de una simple foto.

Apuntó una notificación en la pantalla. Cuando vi el remitente, mi corazón se detuvo por un instante, pero la sensación de shock pronto dio paso a una creciente irritación. El mensaje era de él.

¡Borra la foto del Storie!

¿El bastardo apareció solo para pedirme que borrara una foto? Sentí mi corazón martillar en el pecho, no por nostalgia, sino por rabia. Tenía tiempo para vigilarme, pero no para decirme que estaría fuera. Me reí, una risa amarga y incrédula. Era típico de Raffaello.

No respondí. En lugar de eso, abrí la aplicación de nuevo y, en un acto de pura terquedad, publiqué otras dos fotos. Una sonriendo levemente, otra enviando un beso, como una chica desafiante que sabía lo que estaba haciendo. Era un mensaje claro: él podía vigilarme, pero no controlarme.

Poco después, otra notificación. Más un mensaje de él, que ignoré sin remordimientos. Ni siquiera lo abrí; simplemente lo dejé allí, intacto, y sonreí. Si quería

una reacción, tendría que esperar un poco más.



— ¡Es increíble que tú, nuestra bebé, estés casada! — exclamó Katty al final de la clase, mientras salíamos al patio. — ¿Él fue amable contigo en tu primera vez?

Sentí que mi rostro se calentaba.

— Eso no es de tu incumbencia.

— ¡No quiero oír sobre cómo ustedes tienen sexo! — dijo Juliano, haciendo una mueca.

— ¡Chico! — reprendió una monja que pasaba. — ¡Respeto!

Me detuve por un instante, bajando la cabeza en señal de respeto, mientras ella murmuraba el Padre Nuestro al alejarse. Tan pronto como se fue, todos estallamos en carcajadas. Miré a Magnolia, la profesora de filosofía. Hubo un tiempo en que me imaginaba siguiendo ese camino, viviendo una vida como la suya, llena de devoción y propósito. Pero ahora, esa idea parecía extrañamente lejana, irreal.

— Pensé que iba a rociarnos con agua bendita — bromeó Katty, riendo.

— Si lo hiciera, la culpa sería de ustedes — rebatí, sonriendo.

Juliano fue a buscar el coche al estacionamiento, y Katty también se despidió. Revisé el celular y me di cuenta de que el tráfico en el puente estaba parado debido a un

accidente. Ir a casa de mis padres estaba fuera de cuestión, así que quizás sería mejor ir al cubierta. Mordí el labio, pensativa.

— Amiga, ¿estás bien? — preguntó Katty, con un tono de preocupación. — Si él está siendo cruel contigo, podemos escaparnos lejos y vivir una vida loca.

Me reí de la idea absurda. Escapar de Raffaello era imposible. Él me encontraría donde quiera que fuera; no existía el divorcio en nuestro mundo.

— Es atenta — mentí, esbozando una sonrisa falsa. — Y… sabe dar buenos orgasmos.

— ¡Ah, por favor! — Juliano se quejó, cubriendo los oídos.

Katty se rió y me guiñó un ojo, mientras los dos comenzaban a picarse entre ellos. Cuando miré hacia la entrada, vi a Mario esperándome apoyado en la VUD. Aún molesta porque él había defendido a Raffaello más temprano, decidí que no quería su compañía ni en casa.

— Necesito hablar con la rectora. Los veré más tarde — desvié, entrando en el edificio de la universidad. Salí por las puertas de atrás y señalé un taxi. Di la dirección del cubierta y me acomodé en el asiento trasero, ignorando el celular que vibraba.

Cuando llegué al rascacielos, pagué al taxista y entré, saludando al conserje con una sonrisa. Tomé el ascensor y pasé la tarjeta de acceso. El ascensor comenzó a subir, y cerré los ojos, sintiendo una extraña paz por tener, al menos en ese momento, un poco de tiempo sola para organizar mis pensamientos.

Pero tan pronto como entré en el vestíbulo, algo helado recorrió mi espalda. Di unos pasos hacia adelante y me congelé al ver una figura femenina sentada en el sofá de

la sala. Llevaba lencería negra de encaje, las piernas descuidadas, y a su lado, en un sillón, estaba Raffaello.

Amélia Soal.

El suelo pareció desvanecerse bajo mis pies. Mi corazón martillaba en el pecho mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Entonces era eso. No había estado conmigo las últimas noches… había estado con ella.

Una ola de shock recorrió mi cuerpo, bloqueando mi respiración, mientras los ojos de Raffaello se fijaron en los míos. No había necesidad de palabras; la escena frente a mí era una sentencia. Amélia Soal, con esa mirada provocativa, mostraba una sonrisa desdeñosa, como si ya hubiera ganado antes de que yo me diera cuenta del juego. El peso de la traición parecía un cuchillo clavado en mi pecho, cada latido del corazón acentuaba el dolor que me paralizaba.

Raffaello continuó mirándome, su expresión inalterada, impenetrable, como si me desafiara a reaccionar. Pero allí estaba yo, inmóvil, sintiendo que el suelo se desmoronaba bajo mis pies. Todo el resentimiento, la añoranza que había intentado disfrazar en los últimos días, se transformó en un amargo sentimiento de humillación. El esfuerzo por mantener la cabeza en alto, por mostrar indiferencia, era casi insoportable.

— Entonces... ¿eso es todo? — logré murmurar, mi voz saliendo baja, cargada de un dolor que nunca pensé que él pudiera causarme. No esperé respuesta. El silencio que flotaba era ensordecedor, y la expresión fría de Raffaello me revelaba más que cualquier explicación que pudiera dar.

Amélia se movió en el sofá, cruzando las piernas lentamente, un movimiento calculado para reafirmar su presencia y minar la mía. Sonreía, satisfecha de ver mi sufrimiento, como si estuviera saboreando cada segundo de la escena.

Tragué en seco, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer. No quería darle el placer de verme afectada. Mi mano temblaba al apretar la correa del bolso, y mis ojos traicionaban la ira que comenzaba a burbujear bajo la superficie.

— Siéntete libre, ya que todo esto... parece ser más tuyo que mío — soltó, mi voz cargada de una amarga ironía, antes de volverme abruptamente hacia la puerta, tratando de controlar las emociones que amenazaban con explotar.

Necesitaba salir de allí, huir de esa pesadilla que se desplegaba ante mí.

— ¿A dónde vas, señora Colatto? — gruñó Raffaello en voz alta, haciendo que me detuviera.

Capítulo 28



Mi cuerpo se paralizó. Respiré hondo, como si fuera una orden de él resonando dentro de mí. Cerré los puños a los lados del cuerpo, mis ojos llenándose de lágrimas. Pero no me giré. Seguí mirando la puerta de salida, sintiéndome ridícula por haber creído, ni siquiera por un segundo, que mi matrimonio podría ser diferente. Cuánta ingenuidad... hombres como él nunca serían de una sola mujer.

De repente, fui tirada con fuerza y prensada contra la pared. Raffaello me miraba de cerca, el celular en una de sus manos, los ojos fijos en los míos, intensos y oscuros.

— ¿Por qué no borraste la puta foto? — preguntó, la voz baja, la boca tan cerca que podía sentir su aliento caliente.

Parpadeé, confusa.

— ¿Qué?

Desbloqueó el celular y mostró mi cuenta de Instagram, abierta en la pantalla. El maníaco controlador tenía acceso total a mis redes sociales.

— Te di la opción de borrar las fotos, señora Colatto — dijo lentamente, guardando el aparato en el bolsillo. — Y me ignoraste. Saliste de la universidad sin seguridad, ¡joder! ¡Te pusiste en riesgo, ¿por qué?

Inspiré hondo, sintiendo el aire arder al descender por mis pulmones.

— ¡Porque quería atraparte con tu amante, hijo de puta! — mentí, y, tomada por la ira, comencé a golpearlo en el pecho. — ¡Trajiste a esa mujer a nuestra casa, Raffaello! ¡Mis fotos debían ser la última de tus preocupaciones!

Él apoyó las manos en la pared, una a cada lado, atrapándome, y se acercó aún más. Su respiración estaba tan cerca que rozaba la mía. Tragando saliva, sentí la fuerza de la atracción que siempre me arrastraba hacia él.

— Aurora, ten cuidado con la lengua — advirtió, la voz llena de una sensualidad casi peligrosa. — Esa boca nerviosa puede meterte en serios problemas.

Maldita sea, parecía el propio rey de la tentación.

— ¿Qué vas a hacer? — lo provoqué, desafiándolo. — ¿Golpearme?

Sabía que, si lo hacía, nunca habría respeto entre nosotros de nuevo.

— Voy a calentar tu trasero con mi mano, *bambina*. Voy a dejar tu piel bien marcada, ¡carajo! — gruñó, los ojos llameando. — ¿Sonríes para otros hombres, sales sin seguridad y aún me acusas de traición? Diez palmadas por cada desobediencia.

Mi rostro se calentó, y sentí una reacción involuntaria, intensa, recorrer mi cuerpo. La forma en que me afectaba era un verdadero veneno, y, por más que lo odiara, no podía negar cómo su presencia me desestabilizaba. Su colonia, el olor de su cigarro…

todo en él me hacía suspirar, como una tonta.

— ¡Ella está semi desnuda en el sofá! — Mi voz salió más alta de lo que quería. — ¡No me mientas!

Sus ojos brillaron con una pizca de diversión. Le encantaba sacarme de quicio.

— Estaba preguntando cómo entró cuando tú llegaste — respondió, serio. — Fue el portero quien la dejó entrar.

Fruncí el ceño, escéptica.

— ¿Quieres que crea eso?

Él arqueó una ceja, el rostro duro.

— No tengo motivos para mentir. Mário ya la está sacando de aquí.

Al mirar a un lado, noté que Mário y Paolo estaban allí, observando la escena. Cuando Mário encontró mi mirada, había algo severo en sus ojos. Desvié rápidamente la mirada, sintiendo una punzada de vergüenza.

Ambos soldados estaban bien posicionados, claramente habían llegado después de mí — o yo estaba tan ciega de ira que ni los percibí allí. Aun así, me preguntaba cómo Mário logró aparecer tan rápido.

— Mário te siguió — afirmó Raffaello con un tono bajo y controlado.

— Ni me di cuenta — murmuré, aún estática por la sorpresa. — Es bueno en lo que hace.

Desvié la mirada para enfrentar al hombre frente a mí, pero ya había regresado su

atención a la mujer en el sofá.

— Llévense a la señorita Soal de aquí, como está — ordenó, con una frialdad que me hizo estremecer.

— ¡Raffaello! ¡No puedo salir así! — protestó Amélia, visiblemente incómoda. — ¡Mi padre se enojará contigo!

Claro, su padre era el alcalde. Ella usaría eso a su favor, como siempre. Mujeres como Amélia eran comunes en nuestro medio, sedientas por involucrarse con mafiosos para conquistar estatus en el mundo empresarial y en el inframundo. Locas por el dinero y la adrenalina que nuestra vida ofrecía — hasta que se topaban con la realidad. Entonces, la desesperación aparecía. Era fácil querer la emoción de estar al lado de alguien como Raffaello, pero pocas soportaban el peso real de lo que eso significaba.

— Llévenla — ordené, la voz impregnada de desdén. — Desnuda o no.

Amélia me lanzó una mirada furiosa, los ojos oscurecidos de odio y desprecio.

— ¡Cállate, gorda ninfómana! — escupió, en una provocación que casi me hizo temblar de ira.

Antes de que pudiera reaccionar, Raffaello estaba sobre ella. En un abrir y cerrar de ojos, la agarró del cuello y la arrojó con brutalidad. Su cuerpo voló, colisionando con fuerza contra la mesa de centro, que explotó en pedazos de vidrio al romperse bajo su peso. Su grito de dolor rasgó el silencio de la sala, un sonido que reverberó por mi cuerpo como una dulce venganza.

El shock y la satisfacción se mezclaron dentro de mí. Llevé la mano a la boca, las piernas temblaron, y el cruel placer de verla en ese estado era imposible de ignorar.

Raffaello se acercó a ella como un depredador. Y de hecho lo era.

— Te lo advertí, Amélia. Si te atreves a ofender a mi esposa, pagarás caro — gruñó, cada palabra cargada de odio. Presionó el pie contra su cuello, intensificando la presión, mientras ella se debatía en desesperación, las manos luchando por alejar ese peso implacable.

La brutalidad en sus ojos, la forma en que controlaba la situación con una calma mortal, me erizaba. Aprieté las piernas, sintiendo el calor subir a mi rostro. Era aterrador, pero una oscura excitación me atravesaba, un deseo prohibido, inflamado por la escena frente a mí.

Raffaello se inclinó más, los ojos fijos en los de ella, implacables. La respiración de Amélia se volvía más entrecortada, un sonido patético de alguien derrotado. Soltó un leve gemido, entre miedo y dolor, y yo observaba, fascinada por la intensidad de todo aquello. Mi lado racional estaba en silencio, vencido por la sed de justicia, mientras una sonrisa involuntaria amenazaba con surgir.

Odiaba a esa mujer. Y verla humillada, aplastada en el suelo por el hombre que decía ser mío — por mi causa —, despertaba una satisfacción furiosa que nunca pensé sentir. El ángel en mí estaba rendido, y todo lo que quedaba era la oscura llama de la victoria.

— Por favor, Raffaello, por favor... — imploraba Amélia entre sollozos, la voz un susurro quebrado.

Él presionó la bota con más fuerza contra su garganta antes de alejarla con desprecio, entonces sus ojos se fijaron en mí, ardiendo de ira, pero también de un deseo

tan brutal que casi me hizo ceder allí mismo. Me contuve, reprimiendo el deseo insano de lanzarme a sus brazos y sentir sus labios una vez más, esa barba rozando mi piel, el beso que ansiaba en cada fibra de mi ser.

Sin aviso, sus manos sujetaron mi nuca, y su boca se estrelló contra la mía, feroz y llena de urgencia. Parecía leer mis pensamientos, como si supiera cuánto necesitaba eso. Su lengua invadió mi boca, explorando cada rincón, como si quisiera marcar su territorio. Aprietó mi cintura con fuerza, y sentí el dolor como una promesa silenciosa de que él estaba allí, de que yo le pertenecía. Me puse de puntillas, tirándolo hacia mí, como si pudiera hacer que desapareciera dentro de mí.

— ¡Que te jodan! — gruñó contra mis labios, y, antes de que pudiera reaccionar, me levantó y me presionó contra la pared. Entretejí las piernas alrededor de su cintura, sentí su mano apretando mi trasero mientras me sostenía fuerte. — Me haces perder la puta razón, *mio diamante.*

Mi respiración se descontroló, sintiendo el calor y la presión de su cuerpo contra el mío. Todo en él era una adicción, un fuego que no podía apagar. Sin pensar, susurré, provocándolo:

— Muéstrame cómo te vuelvo loco, Don... Muestra cuánto quito tu control, viejito.

Dejó escapar un gruñido animal y apretó aún más su cuerpo contra el mío. Su beso se volvió más salvaje, más brutal, mientras me mordía y chupaba los labios, el sabor metálico de la sangre mezclado con el deseo. Pero no me importaba, lo quería así, rudo, fuera de control. Me moví contra él, sintiendo el duro bulto presionando contra mi pelvis, aumentando la necesidad que me quemaba por dentro.

— Le voy mostrarte el viejo, señora Colatto — rugió, soltándome para ponerme contra la pared. Apenas pude apoyar las manos antes de que dos fuertes bofetadas me arrancaran un grito. — Aquí el viejo es el que te va a dar orgasmos.

Dejé escapar un suspiro y giré la cabeza, dándome cuenta de que estábamos solos en la habitación. Gracias a Dios.

— No dejaré que nadie te vea desnuda salvo yo, ni que oigas ningún sonido de placer saliendo de tu boca, Aurora —siseó, apartando mis manos de la pared para arrancarme la ropa a toda prisa. En unos segundos, sólo quedaba mi lencería lila, con las braguitas enterradas entre las curvas de mi culo.

Raffaello me masajeó el punto de impacto, apretando con fuerza, antes de morderme el cuello y rodear mi trenza con la mano, tirando de mi cabeza hacia atrás.

— Sólo para mí —gruñó entre dientes, lamiéndome el lóbulo de la oreja—. — Usa esas cositas que se traga tu culo sólo para mí, soy tu marido, joder.

Tiró de la fina tela de mis bragas, rasgándolas y dejándome al descubierto. Luego me arrancó el sujetador, agarró mis pechos y los apretó, mientras sus dedos masajeaban la areola, provocándome gemidos. Con más fuerza, volvió a tirarme del pelo.

— Sé que estás mojada, diamante mío, puedo olerlo como un maldito perfume.

— Raffaello... — Suspiré, sintiendo la humedad filtrándose entre mis piernas.

— ¿Qué quieres, esposa? — bromeó, mordiéndome suavemente la punta de la oreja.

— Que me penetres. — Las palabras escaparon de mi boca, cargadas de deseo.

Se rió, me soltó el pecho y deslizó la mano por mi vientre hasta el centro, cálido y húmedo. Presionó con el dedo mi punto más sensible, arrancándome un gemido fuerte y sin reservas. Antes de que pudiera protestar, se apartó y entonces oí el ruido de su cinturón al desabrocharse, su cremallera al bajarse, sus pantalones al caer. Con un movimiento firme, volvió a doblar mi cuerpo, obligándome a apoyarme contra la pared, abriendo mis piernas con las suyas. Sujetándome aún más la trenza, me invadió de un solo golpe.

— ¡Ah! — grité, sintiendo una mezcla de placer y dolor. — ¡Ay, Dios!

— Fóllame — gruñó, empujando cada vez más hondo hasta llenarme por completo.

Raffaello me invadió salvajemente, cada embestida intensa y brutal marcaba su dominio sobre mí. Mi cuerpo respondió con una mezcla de dolor y placer, y me aferré a la pared, mis dedos deslizándose sobre el frío material mientras él se movía, controlado y posesivo. El tirón de mi trenza me dejó aún más expuesta, y su cuerpo apretado contra el mío trajo un calor que hizo arder cada parte de mí.

— Sólo yo, Aurora — me gruñó al oído, su aliento caliente y áspero me hizo estremecer. — Soy la única que tiene ese derecho.

Sentí cómo aumentaba su ritmo, una cadencia feroz que me dejaba sin aliento, y cada vez que se enterraba más profundamente, un gemido escapaba de mi garganta, casi como un grito ahogado. Sus manos se deslizaban por mi cuerpo, explorando, apretando, posesivo y exigente.

Se detuvo de repente, sólo para atraerme contra él, su boca caliente devorando la

mía, salvaje y ansiosa. Saboreé su brutalidad, su necesidad, y una oleada de intenso placer recorrió mi cuerpo. Fue como si el mundo entero desapareciera, dejándonos solos a los dos, fundidos en esta danza primitiva de posesión y deseo.

— Dime quién es el hombre que te hace gritar así. — Su voz estaba cargada de un orgullo feroz y posesivo, sus ojos grises ardían con una mezcla de lujuria y autoridad.

Apenas podía articular palabra, mi cuerpo estaba tan sobrecogido por el placer que las palabras se me escapaban. Sólo conseguí susurrar su nombre, una completa rendición.

— Tú... ¡sólo tú! — grité, sintiendo que el orgasmo me desbordaba por completo. Mi cuerpo se agitó en espasmos y sus embestidas se intensificaron. — ¡Ah, Raffaello!

— Aurora... — gruñó, corriéndose dentro de mí, los chorros calientes llenándome por completo. — ¡Joder!

Continuó con movimientos más lentos, prolongando el placer, mientras me sujetaba la cara para darme un áspero beso. Cuando por fin nuestros labios se separaron, un hilillo de saliva aún nos unía.

Nuestras miradas se encontraron, y mi corazón martilleó tan fuerte que parecía a punto de explotar, pero de una forma que me dejó completamente rendida. En un impulso, fui yo quien le besó esta vez, dulcemente, lo que me sorprendió.

— Vamos a casa, señora Colatto — dijo, poniendo fin al beso. — Quiero devorar a mi mujer en nuestra cama.

— ¿Todavía tienes energía? — pregunté, incrédula.

Se rió y se apartó de mí, dejándome una inmediata sensación de vacío. El calor de su semen corría por mis piernas, goteando en el suelo.

— Sólo ha sido una follada rápida — respondió, con los ojos brillantes de deseo —. — Quiero disfrutar de tu cuerpo como se merece.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 29

Empujé a Aurora contra la pared, mi boca aplastó la suya con un hambre salvaje que ardía en cada célula de mi cuerpo. La rápida follada en la cubierta no fue suficiente; necesitaba más. Las ganas de poseerla por completo, de sentirme enterrado en su coño durante horas, estaban acabando con mi cordura.

Sus piernas me rodearon la cintura, apretándome como si temiera que pudiera escapar. Sus uñas cortas se clavaron en mi nuca, y el sonido grave que salió de mi garganta resonó por toda la habitación. *Mio Diamante* se arqueó contra mí, el calor de su coño presionando mi polla aún atrapada en los pantalones. Cada movimiento era una deliciosa tortura, una provocación que me llevaba al borde del abismo.

— Joder... — murmuré, sintiendo la tensión estallar en cada músculo.

Bajé los labios hasta su cuello, lamiendo su piel suave y cálida. Su perfume, dulce y embriagador, reavivó algo que no sabía que estaba latente. El anhelo de tenerla así, rendida, me llevó a un estado casi irracional. La necesidad de invadir de nuevo a mi joven esposa era abrumadora. Quería consumirla entera, arrancarle gemidos, hasta que se perdiera en el placer y no quedara parte de ella que no fuera mía.

Con ella aún pegada a mi cuerpo, me acerqué a la cama. Dejé caer su peso sobre el colchón, observando con satisfacción cómo su cabello claro se extendía como un halo caótico contra las sábanas. La visión que tenía ante mí fue un golpe directo a mi autocontrol: sus mejillas teñidas de rojo, su boca hinchada y húmeda por mis besos, su

pecho jadeante en busca de aire.

Le sonreí. Sus ojos azules estaban muy abiertos y brillaban con una mezcla de expectación y curiosidad. Caminé sin prisas hacia el armario, saboreando cada segundo de aquella expectación. Al fondo de la habitación había una caja que nunca había imaginado que utilizaría tan pronto con mi joven esposa. Cuando me casé con Aurora, supuse que era una mojigata; me preparé para guiarla lentamente, despertando en ella el placer y la entrega que tanto valoraba.

¿Pero Aurora? Me sorprendió. Lejos de ser una santa, mi mujer era una auténtica tentadora. En la cama, era una puta receptiva y ansiosa, como si su cuerpo hubiera sido moldeado para satisfacerme.

Cogí la caja y volví al dormitorio. Sus ojos estaban fijos en mí, devorándome con un deseo que hacía palpitar mi polla dentro del pantalón. Respiré hondo, intentando controlar el impulso de lanzarme hacia ella como un animal. Estaba desnuda, tendida como una visión prohibida con las piernas abiertas. Sus dedos se deslizaban sobre su clítoris, provocándose sin pudor.

Me detuve en medio de la habitación, incapaz de apartar la mirada. Joder. Su coño rosado estaba abierto de par en par, hinchado y sensible. Los restos de mi semen de antes seguían marcando su muslo, mientras su lubricación rezumaba, trazando caminos que me hipnotizaban. Era el pecado en forma de mujer.

Joder. Era mi perdición y no podía dejar de desear más.

Sus labios se curvaron en una sonrisa provocativa.

— ¿Puedo recibir tu polla ahora, marido? — preguntó, con la voz interrumpida por

jadeos, mientras de su boca se escapaban gemidos graves.

Puse la caja en el borde de la cama, me quité los zapatos y los calcetines y, con un movimiento impaciente, dejé que mi ropa cayera en un montón en el suelo. Finalmente, mi ropa interior y mi polla se liberaron, dura como el cemento, palpitante de deseo y dolor. Se mordió los labios y sentí cómo aumentaba la presión.

Con una sonrisa sucia, deslizó la mano por mí, untándome de semen antes de mirarme con un brillo abrasador en los ojos.

— Lo conseguirás, *mi diamante* —susurré acercándome a ella. Apoyé una rodilla en el borde de la cama, muy cerca de su cara. Levanté la mano y le rocé los labios antes de introducirle un dedo en la boca. Ella no dudó, se lo tragó con un suspiro, lamiendo lentamente mientras seguía tocándose.

— ¿Dije que podías tocarte? — pregunté con voz grave.

— No —respondió, todavía con el dedo en la boca y los ojos brillantes de deseo —. — Pero duele, todavía duele, y me siento vacía.

¡Infierno!

— Las chicas malas son castigadas, esposa —susurré, con la voz ronca, retirando el dedo de su boca—. — Saca los dedos de tu clítoris. — Mi orden fue clara, firme.

Ella obedeció, pero la ira brillaba en sus ojos como una llama. Abrí la caja y saqué el estimulador de succión, pulsando el botón para encenderlo. Vibró y su intensidad no tardó en aumentar.

— Vas a tragarte mi polla mientras te chupo el clítoris —le expliqué, con la voz

más baja, cargada de deseo—. — Quiero que te corras con mi polla en la boca.

— Quiero —murmuró, tragando en seco.

Me arrodillé en la cama, mi pene cerca de su boca, pasando por la línea de sus labios regordetes, que se abrieron para recibirme. Ella pasó la lengua por la raja, tocándome con una leve inexperiencia que no hacía sino excitarlo todo aún más. Me encantaba ser ella la primera en todo. Joder, esta chica era toda mía.

— Coge el vibrador y presiónalo sobre su hinchado botón —ordené, entregándole el juguete a toda velocidad. — Abre la boca.

Sus manos temblorosas agarraron el vibrador y lo presionaron contra su clítoris. Gimió con fuerza al sentir la presión, dejando escapar un pequeño grito cuando el juguete tocó su intimidad, enviando oleadas de placer por todo su cuerpo. Aproveché la oportunidad e introduje mi miembro en su boca, amortiguando sus sonidos con mis embestidas. Se atragantó con la intensidad y la agarré del pelo, levantando mi cuerpo a un ritmo más profundo.

— Relaja la mandíbula — le ordené.

Respiraba profundamente, su cuerpo temblaba, sus piernas se abrían y cerraban con deseo. Sus pechos estaban duros, los pezones altos y duros. Apreté uno de ellos, retorciéndolo, y ella gimió contra mi polla, haciéndola tragar aún más de mí. Con la mandíbula más relajada, volví a empujar, ahora más profundamente, hasta el fondo de su garganta.

— Qué boca tan perfecta —gruñí entre dientes, con la voz baja y ronca por el deseo—. — Chúpame la polla, *mio diamante.*

Abrió los ojos, con un brillo hambriento en ellos, y sin vacilar empezó a chuparme la polla con fuerza, deslizando los labios por toda su longitud, arrastrando los dientes burlonamente. La piel sensible ardía bajo su contacto, y gemí por lo bajo, con el cuerpo estremeciéndose al sentir la sangre palpitando contra mis venas.

Le tiré del pelo y la obligué a echar la cabeza hacia atrás, haciendo que me mirara con más atención, cada vez más hambrienta.

— Sin dientes — gruñí, con la necesidad de control mezclada con un placer brutal.

Ella respondió con un gemido ahogado, su cuerpo retorciéndose, sus movimientos cada vez más intensos, su respiración ahora un débil hilo de aire, desesperada por más.

— Raffaello — gimió, casi suplicante, con la voz entrecortada por el placer, mientras seguía tragándome, hundiéndome cada vez más.

Sentí que mi paciencia se agotaba rápidamente, mientras el deseo se convertía en una presión insoportable. Con un impulso animal, agarré su cabeza con firmeza, empujando más profundamente, saboreando cómo sucumbía a mi ritmo. La sensación de su garganta abriéndose para recibirme era electrizante; cada movimiento mío la llevaba más adentro, y la vi tragar hasta la base, mientras su mirada se iluminaba de placer y una ligera vergüenza. El calor de la conexión entre nosotros era palpable, y me perdí en la intensidad de aquel momento, mi esencia unida a la suya de una forma indescriptible.

— No te corras —le ordené, con la voz más grave, casi un gruñido—. — Sólo cuando hagas que me corra.

Me tragó con más avidez, la necesidad apoderándose de ella mientras sus manos temblorosas seguían el ritmo frenético. El juguete estaba en su clítoris, presionando su

intimidad de un modo casi cruel. Cada movimiento suyo hacía estallar el placer en mí, como si el control se me escapara de las manos.

Cerré los ojos, sintiendo la presión de su cuerpo apretarse a mi alrededor, mi visión se nublaba a medida que se acercaba la liberación. Estaba al borde, con cada embestida, con cada movimiento, más cerca de perder todo el control. Gemí suavemente, la tensión iba en aumento, hasta que no pude contenerme más. Me perdí en el placer, mi cuerpo temblaba mientras ella me tragaba una vez más, profundamente, con desesperada devoción.

Sentí que la presión se intensificaba en cada centímetro de mi cuerpo, que la necesidad de liberarme se apoderaba de mí de una forma abrumadora. Con cada movimiento de su boca, la tensión aumentaba, y supe que no podría aguantar mucho más. Mi cuerpo ardía, mi piel se calentaba, mis músculos se tensaban. Estaba a punto de entregarme a este placer incontrolable, y sabía que una vez que lo hiciera, no habría vuelta atrás.

— Voy a correrme — susurré, con la voz ronca, casi un gruñido, los labios temblorosos por el esfuerzo de controlar lo que se avecinaba.

Ella no se detuvo, al contrario. Su boca se volvió más ávida, más desesperada, su lengua ágil y su boca apretada a mi alrededor. Cada movimiento que hacía me acercaba más al abismo, y la presión, la necesidad, crecían hasta que ya no había lugar para racionalizar. Ella lo deseaba, yo sabía que lo deseaba. La vibración del juguete en su cuerpo no hacía más que aumentar la excitación, y pude ver cómo cerraba los ojos de placer mientras su cuerpo se retorcía por el placer que me estaba causando.

— Ahora, Raffaello — gimió, sus ojos brillando con una petición tácita pero

obvia. Su cuerpo ya estaba sincronizado con el mío y su urgencia me volvía loco.

La abracé con más fuerza, apretándola contra mí. El placer estaba allí, al alcance de la mano, y supe que ya no tenía ningún control. La sensación de perderme en aquel deseo era abrumadora, y ya no podía contener lo que estaba a punto de suceder.

— No pares — gruñí, con los dientes apretados mientras empujaba aún más fuerte. — Haz que me corra. Quiero sentir toda tu boca, tu necesidad en mí.

Ella obedeció, su boca me penetró más profundo, más fuerte, como si ya no hubiera límites. Sentí cada contorno de su cuerpo, el calor de su lengua, la opresión de su boca, y la explosión estaba cerca. El juguete vibraba intensamente en su cuerpo, y pude ver cómo se contraían sus músculos, cómo su respiración se hacía más rápida, más jadeante.

— Raffaello... —, gimió, con voz frágil pero llena de deseo. El sonido de su gemido hizo que mi cuerpo se estirara aún más, que la presión explotara desde dentro.

Y entonces, sin fuerzas para resistir, mi cuerpo cedió. Me corrí con fuerza, el placer se extendió por cada fibra de mi ser, mi cuerpo se contrajo, mis músculos tensos y doloridos. La sensación fue tan fuerte que casi perdí el conocimiento. Cuando me derramé en su boca, el placer fue tan intenso que todo a mi alrededor desapareció, dejando sólo el sonido de nuestros cuerpos entregándose a ese momento.

Ella no se detuvo, siguió chupándome, llevándome más adentro, haciéndome llegar hasta el último vestigio de control que aún conservaba. Su boca era todo lo que podía sentir, y la presión de su cuerpo me hizo derretirme de placer.

Cuando terminé, mi cuerpo aún temblaba, mi respiración era irregular y jadeante.

Ella me miró, con los ojos brillantes y los labios rojos y húmedos, una pequeña sonrisa llena de complicidad formándose en su rostro. Estaba satisfecha, pero había algo más.

Capítulo 30



El corazón me latía tan fuerte que parecía que se me iba a salir del pecho. Cada latido resonaba en mis oídos siguen zumbando por el reciente placer. Mi cuerpo temblaba, incapaz de recuperarse de los espasmos que me habían consumido hacía unos segundos. Mi coño seguía palpitando, caliente y sensible, como clamando por su tacto, por su invasión. Mis piernas estaban resbaladizas, mi piel ardía, y mi boca... oh, mi boca aún sabía a él. Fuerte. Salgado. Mío.

Me sentía ardiendo. Una ola incesante de calor recorría mi cuerpo, quemándolo todo a su paso. Mi respiración era corta, jadeante, y la cabeza me daba vueltas. Desesperada por saber más de él. Desesperada por volver a tenerlo. De sentirlo de todas las formas posibles, una y otra vez, hasta que no quedara nada más que nuestro placer entrelazado.

El vibrador cayó a mi lado, emitiendo un zumbido constante que parecía hacerse eco de las pulsaciones de mi propio cuerpo. Mi mirada se cruzó con la suya. Raffaello estaba de pie frente a mí, un espectáculo salvaje y feroz. Sus ojos brillaban de lujuria,

depredadores y concentrados, como si yo fuera su próxima presa. Su respiración era agitada pero controlada mientras me estudiaba como si decidiera por dónde empezar.

Y entonces lo vi. Seguía duro. Y no sólo duro. Su polla parecía aún más grande, palpitante, lista para reclamarme. Me asustó y me volvió loca al mismo tiempo. ¿Cómo podía ser tan insaciable? ¿Cómo podía sacarlo de mí? Lo deseaba. Lo deseaba tanto, tanto, que la necesidad era casi un dolor físico.

— ¿Todavía me deseas, esposa? — Su voz era grave, un gruñido que reverberó en el aire y directamente en mí.

— Siempre — susurré, con la voz impregnada de deseo. Tenía los labios entreabiertos, la respiración irregular y los ojos fijos en él.

Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios, pero no era una sonrisa dulce. Era depredadora. Sabía lo que yo quería, lo que necesitaba. Sabía que en ese momento tenía un control total sobre mí. Y yo sabía que estaba a punto de perderme.

— Entonces pregúntame, *mio diamante* — me ordenó, acercándose. Su mirada me quemó la piel antes incluso de que sus manos me tocaran. — Dime lo que quieres.

— Te deseo — respondí, casi sin aliento. Mi cuerpo ya se inclinaba hacia el suyo, pidiendo contacto. — Dentro de mí. Ahora.

Se subió a la cama, su presencia dominando el espacio, y su mano me agarró la nuca, acercándome. Sus labios rozaron los míos, cálidos y firmes, antes de morderme el labio inferior, arrancándome un gemido.

— No te precipites — susurró, con la boca cerca de la mía. — Me gusta verte suplicar.

Sentí un cosquilleo en la piel y mi cuerpo se arqueó hacia el suyo. Estaba a merced de Raffaello, pero en aquel momento nada importaba más que satisfacer la insoportable necesidad que me consumía.

— Por favor, Don —le supliqué, arrastrando lentamente las uñas por sus firmes hombros, sintiendo cómo se tensaban los músculos bajo la cálida piel. — Hazme tuya.

Un gruñido animal salió de su garganta, tan primitivo que reverberó en el aire, erizándome la piel. Su mano derecha salió disparada hacia mi cuello, apretándolo con firmeza, sacándome algo de aire. El apretón no era tan fuerte como para hacerme daño, pero sí lo suficiente como para hacerme sentir bajo su dominio. Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel y depredadora que hizo que algo dentro de mí se agitara, una oleada de calor explotando en el centro de mi cuerpo.

— Ya eres mía, Aurora — murmuró con voz grave y profunda, como un trueno a punto de estallar. La firmeza de la afirmación me hizo sentir aún más sed de él, el deseo apoderándose de mí de una forma abrumadora.

Tragué saliva, mi respiración entrecortada y errática contra los dedos que me rodeaban la garganta. Tenía el poder de destruirme y rehacerme en cuestión de segundos.

— ¿Y tú eres mío? — pregunté con un hilo de voz, desafiándole, aunque mi valor escaseaba.

Los ojos de Raffaello destellaron con algo entre furia y diversión, luego se inclinó sobre mí, tomando mi boca en un beso tan feroz que me dejó completamente sin aire. Sus labios aplastaron los míos con un fervor cruel, su lengua invadió mi boca sin pedir

permiso, saqueándolo todo como si fuera suyo.

Y lo era. Me llevaba al delirio cada vez que me besaba, como si necesitara consumirme para saciarse.

— Joder, *mio diamante* —siseó entre dientes, mordiéndome el labio inferior con la fuerza suficiente para provocarme un cosquilleo en la piel. — Es imposible no verlo o sentirlo. Me tienes, completamente.

Temblé bajo el peso de sus palabras, pero seguí burlándome de él.

— Necesito castigarte — gruñó, con los dedos aun agarrando mi cuello mientras sus ojos evaluaban cada una de mis reacciones.

— Todo es un motivo para castigarme — gruñí, mordiéndome, y una sonrisa desafiante apareció en mis labios.

Se rió, un sonido bajo y ronco que hizo que mi corazón diera un par de saltos antes de acelerarse. Esa risa fue mi perdición y mi adicción.

— Quizá te guste más de lo que crees — se burló, inclinándose hacia mí, con su aliento cálido sobre mi piel.

La tensión entre nosotros era palpable, un tira y afloja entre control y sumisión, deseo y desafío. Sabía que lo que vendría a continuación sería tan intenso como él, tan arrollador como el propio Raffaello.

— Ponte a cuatro patas y agárrate al cabecero — ordenó, con voz grave y profunda, mientras me soltaba del cuello con calculada lentitud, como si quisiera saborear cada segundo.

Sin dudarlo, giré el cuerpo, con las piernas temblorosas y el calor palpitante entre ellas guiándome. Me arrastré hasta el cabecero, la fría madera contra mis dedos contrastaba con el calor que recorría mi cuerpo. Antes de que pudiera estabilizarme, una bofetada golpeó mi nalga derecha y arqueé la espalda, escapándoseme un gemido sin permiso.

— Raffaello... — Mi voz salió en un suspiro entrecortado, mezcla de sorpresa y deseo.

— Has manejado bien el succionador de clítoris — murmuró, su voz grave y peligrosa como una promesa. — Quiero ver cómo manejas algo en el ano.

Mi cuerpo se tensó y mis manos se aferraron con más fuerza al cabecero. Nunca pensé que algo así pudiera ocurrir. La idea me parecía pecaminosa y prohibida al mismo tiempo, y el deseo mezclado con el miedo me recorría como una llama a punto de consumirlo todo.

— Relaja el cuerpo — me ordenó, mientras su mano recorría mi espalda en lentas caricias que contrastaban con la tensión que estaba provocando. — Nunca te haría daño. Será placentero para los dos.

— Sí... — murmuré, el aire abandonando mis pulmones como si fuera la última gota de valor que me quedaba.

— Buena chica — me elogió, con una voz llena de algo que me hizo desear ser aún más obediente.

Oí cómo jugueteaba con la caja que había traído, el crujido casi imperceptible del material entre sus dedos. Cerré los ojos y me negué a mirar atrás. Me concentré en la

oleada de excitación que invadía mi cuerpo, en su olor que impregnaba la habitación y mi piel, en mi boca que aún conservaba los restos de su semen.

Su mano recorrió mis nalgas y cada roce me producía escalofríos. Una parte de mí se avergonzaba de estar en esa posición, expuesta, vulnerable. Pensamientos inseguros cruzaron mi mente: él vería las imperfecciones de mi piel, mi celulitis, la flacidez que intentaba ocultar.

— Qué guapa... — murmuró Raffaello, como si pudiera leer mis pensamientos, con una voz cargada de una adoración que me hizo derretirme.

Antes de que pudiera perderme en mi inseguridad, sentí el tacto firme y seguro de su dedo sobre mi clítoris. Se me escapó un gemido, involuntario y sonoro, mientras él masajeaba lentamente, explorando cada nervio con meticulosa paciencia.

Sus labios encontraron mi espalda, mordisqueando y chupando la piel sensible mientras dejaba un rastro de calor que parecía quemar. No sólo me tocaba el cuerpo, sino que marcaba cada parte de él como su territorio.

Mi coño se contrajo con la intensidad del momento, mi cuerpo reaccionaba a su posesión de una forma que no sabía que fuera posible. Mis pezones estaban duros, mi respiración entrecortada, y cada fibra de mi ser anhelaba lo que él haría a continuación.

Deslizó su dedo más abajo, jugando con mi entrada antes de deslizarse hacia el lugar donde había prometido explorar.

— Confía en mí, *mi diamante* — susurró, casi gruñendo. — Deja que te enseñe lo que es el placer.

Sentí que algo frío rozaba la entrada de mi ano y un pequeño escalofrío me

recorrió la espina dorsal. Un instante después, llegó la primera invasión, lenta y calculada. No me dolió, pero la incomodidad inicial me hizo contener la respiración, y mis manos se aferraron con más fuerza al cabecero.

— Relájate, Aurora — murmuró, su voz grave y seductora cerca de mi oído, como si supiera cómo tranquilizarme.

Sus dedos siguieron trabajando en mi clítoris, alternando movimientos lentos y apremiantes que me hacían gemir por lo bajo, con otros rápidos y hábiles que me sacaban el aire de los pulmones.

Mientras tanto, sus labios encontraron el lóbulo de mi oreja, mordisqueándolo con cuidado antes de deslizarse por mi sensible piel. Sus ligeros dientes contra mi carne enviaban pequeñas descargas de placer directamente al centro de mi cuerpo.

Con cada movimiento de su dedo que rodeaba y presionaba mi trasero, sentía que mi cuerpo se adaptaba. El calor se extendía lentamente, disolviendo cualquier resto de tensión.

— Sí, *picolla*... — murmuró con voz ronca, la satisfacción evidente en su voz mientras yo sentía que mi cuerpo se relajaba bajo sus caricias.

Cuanto más apretaba mi clítoris y exploraba mi cuerpo con paciencia y precisión, más me rendía. Mis gemidos se hicieron más fuertes, mi cabeza cayó hacia delante mientras me temblaban las piernas.

— ¿Sientes eso? — preguntó con los dedos jugueteando conmigo, mientras su voz sonaba más como un gruñido. — ¿El placer que sólo yo puedo darte?

No pude responder, perdida en las sensaciones abrumadoras que estaba

provocando en cada célula de mi cuerpo. Sólo conseguí dejar escapar un gemido largo y ronco, un sonido que parecía surgir de lo más profundo de mi alma, entregándome por completo a él. Mi cuerpo temblaba, las piernas ya me flaqueaban y mis dedos se aferraban con más fuerza al cabecero de la cama, como si eso pudiera mantenerme anclada en la realidad.

— Raffaello... — gemí, la voz me fallaba en medio del creciente placer. — ¡Oh! — grité, un sonido casi estrangulado, cuando sentí que su dedo me invadía por completo.

Lo sacó, y el vacío me hizo jadear, pero luego volvió con dos dedos, más profundos, más intensos. La sensación de ser llenada era diferente, nueva, una deliciosa mezcla de dolor y placer que me producía escalofríos.

— Así es como sabe el verdadero placer, Aurora. Sólo yo puedo dártelo — murmuró contra mi piel, rozando mi cuello con los labios.

Sus palabras eran una promesa, un reclamo. Movía los dedos a un ritmo lento y pausado, cada embestida me ponía aún más caliente, más rendida.

— Raffaello... — Jadeé, la necesidad en mi voz era evidente.

Se rió por lo bajo, un sonido profundo y ronco que vibró contra mi piel.

— Es usted perfecta, señora Colatto — dijo como si estuviera encantado, pero la crueldad posesiva de su voz me hizo estremecer.

Aumentó la intensidad de sus movimientos y mi cuerpo empezó a relajarse aún más bajo sus órdenes.

— Ahora voy a ponerme el plug anal vibrador — siseó, retirando los dedos un momento y extendiendo algo frío sobre mí. — Y luego voy a llenarte con mi polla tu coñito meloso.

Su voz era una mezcla de promesas y amenazas, un tono que hizo que mi cuerpo respondiera sin oponer resistencia. Me mordí el labio, sintiendo el frío roce de la punta del plug contra mí. Mi corazón se aceleraba, mi cuerpo en un febril estado de expectación.

Cuando el plug empezó a entrar lentamente, sentí que mis músculos se abrían para recibirlo. La sensación era tan nueva que apenas podía respirar. Fue paciente, empujando poco a poco, mientras sus dedos seguían acariciando mi clítoris para distraerme e intensificar el placer.

— Relájate, *piccola*. — Su voz sonaba como una orden, pero había algo casi suave tras su aspereza. — Deja que te enseñe lo divino que puede ser el pecado.

— ¡Oh, Dios! — grité, y mi voz resonó en toda la habitación mientras él me invadía de golpe, sin avisar, sin vacilar. Su pene duro y palpitante llenó cada centímetro de mí, y el choque de placer y dolor me hizo perder el aliento.

— Joder, Aurora... mira cómo me aprietas. — Su voz era un gruñido grave y animal que hizo que mi cuerpo se tensara aún más a su alrededor.

Cada embestida suya era un reclamo, áspera e implacable, empujándome hacia delante y luego tirando de mi cuerpo hacia atrás, como si fuera su marioneta, moldeada para él y por él. Mis dedos se apretaron contra el cabecero, intentando inútilmente encontrar algo de estabilidad mientras mi cuerpo se balanceaba bajo su control.

— ¡Raffaello! — gemí, con la voz entrecortada por las oleadas de placer que me inundaban.

— Eres tan mía, Aurora... — me susurró al oído, antes de morderme el hombro con la fuerza suficiente para dejar su marca—. — Tan estrecha, tan perfecta para mí.

Su boca caliente y ávida mordisqueó mi piel, dejando un rastro de dolor y placer, mientras sus manos firmes me agarraban con fuerza por la cintura, guiando mis movimientos al encuentro de sus embestidas.

— ¿Lo sientes? — murmuró contra mi piel, con la respiración entrecortada por el deseo. — ¿Sientes que estamos hechos el uno para el otro?

Me limité a gemir en respuesta, perdida en la sensación de ser tomada por él de todas las formas posibles. El plug vibraba dentro de mí, intensificándolo todo, cada embestida suya se convertía en un golpe directo sobre mi placer, llevándome cada vez más cerca del límite.

— Te vas a correr por mí, Aurora — ordenó, su voz áspera y cargada de poder. — Quiero sentir cómo su cuerpo me abraza mientras me pierdo en su interior.

Con cada palabra, con cada movimiento, me adentraba en un abismo de placer que parecía no tener fin, y yo sabía que no había forma de resistirme. Yo era suya.

Mi cuerpo empezó a temblar, un frenesí de placer se extendía por cada fibra de mí. Sus embestidas se hicieron más lentas, más profundas, como si quisiera prolongar cada segundo de aquel momento.

Sentí que el calor crecía en mi vientre, una llama incontrolable que se expandía con cada movimiento, con cada roce. Mi respiración era caótica, intercalada con

gemidos fuertes y roncos. Cerré los ojos, intentando contener el torbellino que llevaba dentro, pero pronto volví a abrirlos, desesperada por verle, por sentir cada detalle de aquel instante.

Y entonces, como una ola arrolladora, mi orgasmo me desbordó. Mi cuerpo se arqueó, mis manos se aferraron al cabecero de la cama con tanta fuerza que mis nudillos se volvieron blancos, y un grito escapó de mis labios. La sensación era casi insoportable, un calor líquido se apoderó de mí, haciendo que mi corazón se acelerara y mi mundo se disolviera en puro placer.

— Aurora... — rugió mi nombre como una advertencia, su voz ronca y salvaje, antes de perderse por completo.

Sentí el momento exacto en que se rendía. Su cuerpo se tensó, cada músculo se puso rígido mientras se vertía dentro de mí, llenándome con su polla caliente. La sensación era abrumadora, íntima, como si quisiera marcarme de todas las formas posibles.

Me abrazó con fuerza por la cintura, apretando nuestros cuerpos mientras los temblores nos recorrían a los dos. El sonido de su fuerte respiración se mezclaba con el mío, resonando en la habitación, y podía sentir su corazón latiendo contra mi espalda, tan rápido como el mío.

Aún sin moverse, se inclinó hacia delante, mordisqueándome suavemente la nuca, el contraste entre la brutalidad de hacía unos segundos y aquel tacto inesperadamente tierno me hizo suspirar.

— Joder, *mio diamante* — murmuró contra mi piel, con voz áspera y satisfecha. —

Eres perfecta y mía.

Sí, me sentía totalmente suya. Cada caricia, cada embestida, cada palabra susurrada al oído eran un recordatorio constante de que me poseía, de que mi cuerpo y mi alma pertenecían a Raffaello. Pero incluso en este estado de éxtasis, con mi cuerpo aun temblando y los restos del placer palpitando en cada célula, una persistente duda resonaba en mi interior.

¿Era mío?

Giré la cara para mirar por encima del hombro, buscando algo en sus ojos. Seguía jadeando, con los labios entreabiertos, el brillo del triunfo mezclado con el deseo saciado iluminando sus oscuros iris. Era un hombre que parecía llevar el mundo sobre sus hombros, pero que, en aquel momento, parecía aliviado, casi vulnerable.

— Raffaello... — susurré, la voz me fallaba mientras mi mente intentaba organizar las palabras.

Él enarcó una ceja, recuperando su expresión seria, aunque el rubor seguía marcando sus mejillas.

— ¿Qué pasa, *mio diamante*? — Su voz tenía un tono de preocupación contenida, pero seguía transmitiendo esa autoridad inquebrantable.

Respiré hondo, mi cuerpo se relajó bajo su peso, pero mi corazón seguía apretado por la duda.

— Me posees... — murmuré, casi al darme cuenta. — Pero, ¿eres mía?

Por un segundo, la habitación pareció enmudecer por completo. Me observó

atentamente, sus dedos se deslizaban por la curva de mi cintura, como si meditara cada palabra. Luego me agarró de la barbilla, obligándome a mirarle directamente.

— Aurora... — dijo en un tono bajo, casi un gruñido. — No hay otra mujer, otra persona ni otro mundo donde yo no sea tuya. Mi cuerpo, mi mente, mi alma... — Ladeó la cara, la intensidad de sus ojos casi me asfixiaba. — Todo lo que hay en mí te pertenece.

El corazón me dio un vuelco, pero algo en mí vaciló. Tal vez fuera el peso del mundo que cargaba, el peligro que nos rodeaba o el miedo a que este vínculo fuera tan frágil como intenso.

Se dio cuenta de mi duda y me acercó la cara, sus labios rozaron los míos en un beso que era más afirmación que seducción.

— Sigues sin entenderlo, ¿verdad? — murmuró contra mi boca. — Viviría y moriría por ti. No hay otro camino, Aurora.

Y en ese momento, con su aliento mezclándose con el mío, la duda empezó a disiparse como el humo en el viento.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 31

Aurora me miró críticamente. Después de nuestro diálogo en la cama, se había hecho el silencio entre nosotros. Mi confesión no disipó sus dudas, y eso no debería haberme importado. Tener una esposa que no creía en mis palabras no era nada nuevo, pero, de alguna manera, ver la incredulidad en sus ojos despertaba algo en mí. Era irritante.

Nunca he tenido que ser un hombre de muchas palabras. Toda mi vida he sido indiferente al afecto. Mi hermana, Carla, siempre me llamaba desalmado. Inés, mi difunta esposa, solía decir que yo era insensible, culpándome de sus adicciones y trastornos. Su madre me acusó de haberla matado. ¿La verdad? Inés habría muerto de todos modos. La abandoné a su suerte.

De lo único que me arrepentí de aquel matrimonio fue de haberlo prolongado tanto.

— ¿Dónde has estado estos días? — preguntó Aurora en cuanto Celeste hubo traído el postre y se marchó.

Cogí un trozo de tarta de manzana, me lo llevé a la boca y mastiqué despacio.

— Cuidando de los problemas que han causado los irlandeses — respondí, sin rodeos.

Ella se rió, pero el sonido estaba lleno de incredulidad. Sus ojos brillaban con

sarcasmo.

— ¿De verdad quieres que me lo crea? — preguntó, burlona.

Mi mirada se endureció.

— Cuidado con el tono.

Aurora golpeó la mesa con la mano, haciendo sonar la vajilla. Sus mejillas se sonrojaron, sus ojos se endurecieron y sus fosas nasales se encendieron.

— ¡Podrías haberme enviado un mensaje! — acusó, con la voz llena de frustración.

¿Así que era eso? La falta de contacto. No estaba acostumbrada a mi ausencia inexplicable. Quizá esperaba algo diferente de mí, pero yo no era el tipo de hombre que da satisfacciones. Inés nunca tuvo ese privilegio.

— Estaba ocupado — señalé, sin echarme a temblar.

— ¿Tuviste tiempo de ver a tu amante? — espetó.

Se me tensó la mandíbula, pero mantuve la expresión impasible, aunque sus ojos chispeaban de desafío. Sus palabras atravesaron el aire como un golpe seco, pero me negué a reaccionar de inmediato.

— ¿Amante? — pregunté, controlada. Su insinuación era un juego peligroso, y si ella quería llegar hasta el final, yo estaba dispuesto a acompañarla.

Aurora levantó la barbilla, una afrenta silenciosa que me retó a responder.

— ¿Es eso lo que haces cuando desapareces sin dar explicaciones? — continuó,

con los dedos clavados en el borde de la mesa hasta que sus nudillos se volvieron blancos. — ¿Resolver problemas o satisfacer tus deseos en otra parte?

Dejé caer el tenedor sobre el plato, el sonido metálico cortó el silencio sofocante que había caído entre nosotros. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en la mesa, con los ojos fijos en los suyos, analizando cada reacción.

— Elige bien tus próximas palabras, Aurora. — Mi voz era un gruñido grave, lleno de advertencia. Noté una ligera contracción en sus hombros antes de que recuperara su pose desafiante.

— ¿Elegir las palabras? — Se rió, pero el sonido tenía algo de quebradizo. — Quizá deberías elegir tus prioridades.

Mi mirada se entrecerró y el silencio que siguió fue casi tangible. Buscaba un enfrentamiento, y yo estaba lejos de echarme atrás.

— ¿Crees que soy el tipo de hombre que pierde el tiempo en frivolidades? — murmuré, manteniendo mi tono calmado pero letal. — ¿Que destruiría todo lo que he construido por algo tan... insignificante?

Aurora parpadeó un momento, su máscara de confianza vaciló. Pero en lugar de retroceder, dio un paso adelante, sus ojos se encontraron con los míos con intensidad.

— No sé qué pensar cuando no me das motivos para confiar.

Sus palabras me llegaron más hondo de lo que estaba dispuesta a admitir. Su falta de confianza era un cuchillo afilado, y su incomodidad era mayor de lo que me gustaría reconocer.

— Estás viva, Aurora. — Mi voz sonó más dura de lo que pretendía. — Eso debería ser prueba suficiente de que soy un hombre que protege lo que es suyo.

Ella negó con la cabeza, sus ojos brillando con una mezcla de frustración y determinación.

— No sólo quiero estar viva, Raffaello. Quiero ser tu compañero. Quiero ser alguien en quien confíes, no sólo alguien a quien vigiles.

Su tono, cargado de emoción, apretó algo dentro de mí. Quería más de lo que yo sabía darle, pero tampoco podía permitir que dudara de mi lealtad.

Me levanté y el crujido de la silla contra el suelo resonó en la habitación. Caminé alrededor de la mesa y me detuve junto a ella, mi sombra la obligó a levantar la vista.

— No me compares con lo que conociste en el pasado. No me insultes con insinuaciones baratas. — Sujeté su barbilla con firmeza, obligándola a mirarme. — Eres mía y yo soy tuyo. Pero eso no significa que vaya a transformarme para apaciguar tus inseguridades.

Aurora parpadeó, sus ojos brillaban de emoción, pero no retrocedió. En lugar de eso, levantó la mano y la apoyó sobre la mía.

— No es inseguridad, Raffaello. Yo quierias saber quién eres, más allá del hombre que proteges y tomas.

Por un momento, algo en mi pecho vaciló, pero mantuve mi expresión endurecida.

— Quizá no quieras averiguarlo*, mio diamante.*

Aparté la mano, pero antes de que pudiera apartarme, ella me agarró la mano, su

expresión desafiante teñida ahora con un atisbo de vulnerabilidad.

— Tal vez quiera más de lo que tú estás dispuesta a mostrarme.

El silencio que se hizo entre nosotros estaba cargado de todo lo que quedaba por decir. Aurora no era sólo una mujer bajo mi protección. Era la única que se atrevía a exigírmelo todo.

— Odias ver sangre —le recordé, con la voz cargada de un sutil desafío. — ¿Quieres conocerme? Entonces tendrás que enfrentarte a la bestia que se esconde tras esos ropajes. ¿Es eso lo que quieres?

Aurora tragó saliva, pero no apartó la mirada. Su mano apretó la mía, un gesto que mezclaba determinación y vulnerabilidad.

— No puedo ser una niña que te espera durante días, Raffaello. — Le temblaba la voz, pero sus palabras eran firmes. — No puedo limitarme a ser la señora Colatto.

Me incliné hacia delante, mi mirada atrapando la suya.

— La Falce Nera no es lugar para niñitas mimadas, Aurora —repliqué, con la voz firme como el acero. — Sé mi buena esposa. No suelo dormir fuera, pero esta vez había algo imprevisto. Algo que exigía mi tiempo y mi atención. Necesito asegurarme de que nuestro territorio sigue siendo seguro.

Vi cómo la decepción invadía sus ojos como una tormenta silenciosa. Sin decir una palabra más, retiró su mano de la mía y, en un movimiento que parecía ensayado, esbozó una sonrisa falsa.

— De acuerdo, haré lo que usted quiera, señor Colatto.

Sus labios expresaban obediencia, pero sus ojos contaban otra historia: una historia de dolor y desafío, de una mujer que no se conformaba con ser cómplice.

— Y borra esa puta foto de tu Instagram —gruñí, con la voz llena de autoridad e impaciencia.

— ¿Aun así? — gritó ella, con la indignación evidente en cada palabra. — ¡Eres raro, Raffaello! ¿Quieres esconderme en una torre como si fuera Rapunzel?

Dejé que una sonrisa torcida apareciera en la comisura de mis labios, llevándome otro trozo de tarta a la boca antes de replicar:

— Tal vez prefiera atarla a la cama.

Su rostro se sonrojó al instante, pero no apartó la mirada.

— Estás loco —murmuró cruzándose de brazos, la tensión evidente en cada línea de su cuerpo. — Debería haber seguido mi devoción.

Solté una risa baja y sarcástica. Me eché hacia atrás en la silla, con la mirada clavada en la suya, evaluando cada matiz de su reacción.

— Te gusta pecar, Aurora. — Mis palabras cortaron el aire como un látigo. — Te encanta que te posean.

Abrió los ojos de par en par, con una mezcla de sorpresa y furia brillando en su mirada.

— Te entregas a mí tan fácilmente... — añadí, con la voz baja, casi un susurro, pero llena de intención.

Aurora retrocedió medio paso, pero mantuvo su postura desafiante. No era sólo

vergüenza o rabia; era el tipo de fuego que me hacía querer aplastar su resistencia y, al mismo tiempo, admirarla por no doblegarse tan fácilmente.

— ¿Niño? — La voz de Celeste sonó desde la puerta. — El señor Nicolo está aquí.

Aurora resopló audiblemente, arrastrando bruscamente la silla hacia atrás. Su plato de tarta permaneció intacto, como una protesta silenciosa.

— Dile que ya voy. Llévalo a mi oficina — ordené a Celeste, con la atención todavía fija en Aurora. — Y tú, cómete la tarta.

— ¡Yo no quiero! — replicó con los brazos cruzados y la barbilla levantada en señal de desafío.

Solté un gruñido bajo, mi paciencia se evaporaba. Me levanté y rodeé la mesa hasta situarme a su lado. Sin dar lugar a discusiones, arrastré su silla hacia atrás, me senté y la subí a mi regazo con un movimiento firme.

Aurora jadeó, pero no intentó soltarse. Sus ojos, que antes brillaban con terquedad, ahora brillaban con otra cosa: una mezcla de sorpresa y desgana. Cogí el tenedor, corté un trozo de tarta y se lo llevé a la boca.

— ¡No quiero! — repitió, apretando la mandíbula en señal de negación, aunque por un segundo su mirada delató su deseo de probar el postre.

La conocía demasiado bien. Su negativa no era sólo terquedad, era algo más profundo, algo que provenía de su interior. El peso de su resistencia pendía entre nosotros, tangible.

— Sé que quieres hacerlo. — Mi voz salió en un tono bajo, casi un susurro, pero

lo bastante firme como para no permitir objeciones. — Come, *mio diamante.*

Me miró fijamente, el brillo de sus ojos oscilaba entre la frustración y la rendición. No la forcé, simplemente levanté el tenedor, esperando. A Aurora siempre le gustó creer que tenía opciones, incluso cuando yo ya había decidido por ella.

Sus ojos me miraron ofendidos, pero no protestó. Cogí el tenedor, corté un trozo de tarta y se lo llevé a los labios entreabiertos.

— No quiero. — Ella negó, cerrando la mandíbula en señal de desafío.

Pero no me dejé disuadir fácilmente. Noté el brillo en sus ojos, la breve vacilación que revelaba cuánto deseaba probar aquel dulce. Su obstinada negativa sólo tenía un motivo, uno que yo conocía muy bien.

Abrió la boca y el gemido que escapó de sus labios mientras saboreaba el bocado me golpeó como un rayo. Mi polla se endureció, palpitando bajo ella. Joder. Me había pasado toda la tarde dentro de ella y, sin embargo, sentía que mi cuerpo seguía clamando por más.

Aurora se retorció, acomodándose inocentemente en mi regazo, pero su culo presionando contra mi dura polla casi me hizo perder el control. Suspiré, tomando otro trozo de tarta.

— No costaba nada comerlo. — Le llevé el tenedor a la boca y la forma en que lo saboreó, con pequeños sonidos de satisfacción, casi me hizo saltar por los aires.

— Estaba bueno —respondió, encogiéndose de hombros como si no hubiera terminado de torturarme.

Sin decir nada más, la levanté de mi regazo, poniéndome de pie mientras me ajustaba la polla bajo la tela del pantalón. Sus ojos atentos seguían cada uno de mis movimientos, y el brillo travieso de su expresión no hacía más que empeorar mi situación.

— Voy a ver qué quiere Nicolo. Vete a dormir.

— Estas bien. — Su voz sonaba suave, pero había un atisbo de provocación que sabía que no podía ignorar en aquel momento.

Me apresuré a salir y crucé el pasillo hasta mi despacho. Abrí la puerta, entré y cerré con llave. Nicolo ya estaba dentro, sirviéndose un trago de whisky como si estuviera en su propia casa.

— Simone Salvatori fue atacada. Está grave en el hospital. — Fue directo al grano, sin rodeos.

— ¡Joder! — gruñí, cerrando la mano en un puño junto al cuerpo.

Capítulo 32



Agarre la mano de Raffaello al salir del coche, como si fuera mi único salvavidas en medio de la tormenta. Mi mirada se fijó en el imponente hospital en el corazón de Maine. A pesar de los abrigos, un frío cortante atravesaba mi piel, intensificado por la nieve que caía lentamente, acumulándose en mis hombros. Era más que el clima; era la atmósfera a nuestro alrededor. Ya pasaban de las 5h y todo parecía pesar más a esa hora, tal vez fuera la falta de sueño, me sentía cansada, al borde del agotamiento.

Nicolo caminaba a nuestro lado, el brillo de la pantalla de su iPad iluminando su rostro mientras sus dedos se movían. Su esposa, Beatrice, no había venido, una ausencia que había notado.

— ¿Estás segura de que es necesario? — pregunté a Raffaello, aún incierta sobre mi presencia allí.

Su mirada fría se posó en mí, los ojos grises ardiendo con intensidad.

— Como mi esposa, debes estar a mi lado. No hay discusión. — Su respuesta fue

directa.

A pesar de comprender su posición, algo sobre esta visita al hospital, para ver al hombre que una vez ocupó el lugar de suegro en su vida, me incomodaba. No era solo la frialdad habitual de Raffaello, sino el peso silencioso en su postura. Él no era un hombre que mostraba fragilidad, pero había algo diferente en esa fría mañana.

La nieve crujía bajo nuestros pies mientras cruzábamos el estacionamiento, y, aunque mis manos estaban protegidas por los guantes, sentía mis dedos helados apretar su mano con más fuerza. Él lo notó, claro, pero no dijo nada. Una parte de mí deseaba una dosis mayor de su cariño.

Cuando llegamos a las puertas automáticas de vidrio del hospital, el calor interior nos envolvió, pero no disipó el frío que sentía por dentro. Mi corazón estaba inquieto, tal vez por el simple hecho de pisar territorio desconocido, o tal vez porque, por primera vez en mucho tiempo, no sabía exactamente qué esperar de Raffaello.

Temía cómo Iara Salvatori, la madre de Inés, reaccionaría a mi presencia. No asistieron a nuestra boda, incluso recibiendo la invitación. Simone Salvatori, su ex-suegro y uno de los *Underboss* de Raffaello, no asistió, y solo el consejero de él, Alfio Piro, apareció. Recuerdo que Piro fue cortés y directo, muy diferente de los otros, que siempre parecían adular a mi marido.

Dos hombres altos y de rostro duro se acercaron a nosotros en el vestíbulo. No había duda: eran soldados de Simone. Inmediatamente, nuestros hombres avanzaron, formando un círculo a nuestro alrededor — o, mejor dicho, a mi alrededor. Antes de que pudiera procesar el movimiento, Raffaello dio un paso adelante, posicionándose como una barrera entre yo y cualquier posible amenaza. Nicolo siguió su ejemplo, asumiendo

una postura vigilante a su lado.

En este viaje, Raffaello trajo a cinco de sus mejores hombres, mientras que Nicolo llevaba a dos de los suyos. Podía sentir la tensión que irradiaba el cuerpo de mi marido. Era algo palpable, como una corriente eléctrica que parecía pulsar desde su vena hasta mi piel.

— Don Colatto — uno de los hombres que se acercó — habló con tono respetuoso pero firme. — El señor Piro le espera en la séptima planta, en una zona reservada para el señor Salvatori.

Raffaello ni siquiera dignificó al hombre con una palabra. Le bastó una fría inclinación de cabeza para poner fin a la conversación. Echó a andar y todos le seguimos en un tenso silencio.

Cuando llegamos al ascensor, tres de nuestros soldados subieron primero para asegurarse de que el camino estaba despejado. La espera para confirmar, para escuchar, pareció durar una eternidad. Mi corazón latía a un ritmo frenético, mientras mis pensamientos se arremolinaban. ¿Cómo sería conocer a Iara Salvatori?

Crecí aislada de la sociedad. Mi mundo siempre ha estado protegido, rodeado de muros, tanto físicos como emocionales. Por eso, la idea de enfrentarme a una situación tan dolorosa me producía ansiedad. Sabía cómo consolar a alguien, pero ¿enfrentarme a la pérdida y el sufrimiento de una madre como Iara? Esta era una batalla completamente nueva para mí.

En cuanto los soldados recibieron la confirmación de que el perímetro estaba asegurado, subimos al ascensor. Raffaello estaba de pie frente a mí, una fortaleza

inquebrantable. Su ancha espalda era como un escudo, una barrera. Me entraron ganas de tocarlo, de buscar el consuelo de su fuerza, pero me contuve. Aún recordaba la tarde anterior, cómo su piel contra la mía había disipado todos mis temores, y ahora, más que nunca, ansiaba ese calor.

Cuando subió el ascensor, una ola de frío me recorrió la espalda. No era sólo el aire acondicionado; era el peso sofocante de la situación, la gravedad del momento que nos envolvía como un velo helado. Se me apretó el pecho, la ansiedad corría por mis venas como veneno.

Raffaello permanecía inmóvil, con la cabeza alta y la postura tensa. Su presencia era casi abrumadora, pero al mismo tiempo ofrecía una sensación de seguridad que sabía que sólo él podía proporcionar. Fue este equilibrio entre brutalidad y protección lo que me mantuvo en pie, incluso cuando mi instinto era ceder al pánico.

Salimos del ascensor, con su mano grande y cálida entrelazada de nuevo con la mía. El movimiento hizo vacilar mis pasos. Bajé la mirada hacia nuestras manos, dándome cuenta de cómo la suya rodeaba completamente la mía, y cuando levanté la vista, me encontré con su mirada firme y penetrante clavada en mí. Todo mi cuerpo se estremeció, una tímida sonrisa se formó en mis labios, aunque el cansancio pesaba sobre mí. En cambio, Raffaello parecía tan despierto como un toro a punto de embestir, cada músculo tenso y lleno de energía contenida.

Bajó el torso y acercó sus labios a mi oreja. El mero contacto de su aliento me erizó la piel, el calor irradiado como una corriente eléctrica. Un cosquilleo familiar recorrió mi cuerpo, y el impulso casi insoportable de arrojarme a sus brazos e inhalar su intensa y llamativa colonia se apoderó de mí.

— No les bajes los ojos y no te atrevas a inclinarte — siseó, su voz ronca y autoritaria me produjo escalofríos. — Usted es mi esposa, señora Colatto. Son ellos quienes deben besarle los pies, no al revés.

Su tono intenso se apoderó de mí y, antes de que pudiera reaccionar, continuó con la ferocidad de un león que protege a su reina:

— Ahora levanta la cabeza, borra esa mirada asustada de tu cara y enséñame la puta mujer que tengo por esposa.

Sus palabras resonaron en mi interior como un chorro de fuego, encendiendo algo que ni siquiera sabía que estaba ahí.

Reconocí a Alfio Piro en cuanto se levantó al vernos, seguido de los demás presentes, que replicaron su gesto. A su lado, una mujer de unos treinta años entrelazaba su brazo con el de él. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta y sus ojos castaños la observaban con discreta curiosidad. Supuse que era Matilde, su mujer. Recordé que no había asistido a nuestra boda porque su hijo estaba hospitalizado.

— Don, señora Colatto — saludó Alfio con una respetuosa inclinación de cabeza. — Esta es mi mujer, Matilde.

Raffaello respondió con una leve inclinación de cabeza, con expresión firme e impasible.

— Buenos días — dije, esforzándome por mantener la voz firme y uniforme. — Lamento la situación.

— Gracias, señora Colatto — respondió Matilde, en tono cortés pero distante. — Iara está en la habitación con Simone.

— ¿Cuál es su estado de salud? — pregunté, manteniendo el tono neutro, aunque la tensión era evidente.

Matilde suspiró, la incomodidad evidente en sus sutiles movimientos.

— Grave. Está en coma inducido — dijo, bajando los ojos un momento. — Recibió un golpe muy fuerte en la cabeza.

Aunque intentaba ser amable, había algo en Maud que me molestaba. Cada vez que me llamaba señora Colatto, su voz sonaba incómoda, como si pronunciarlo le causara un gran malestar. Tal vez fuera porque había sido amiga de Inés en el pasado, o por el brillo apenas disimulado de sus ojos cada vez que miraba a Raffaello.

Alfio Piro, a pesar de su imponente físico, tenía un rostro que no inspiraba simpatía. Su falta de atractivo era quizá la razón por la que Matilde se permitía codiciar a mi marido, y pensar en ello no hacía sino avivar mi irritación.

— Alfio, a Don y a mí nos gustaría hablar contigo en privado — dijo Nicolo, rompiendo su silencio por primera vez desde que llegamos.

— Por supuesto, acompáñenme —respondió Piro, soltándose del brazo de su mujer e indicando el final del pasillo con un gesto de la mano—.

— Aurora, vuelvo enseguida — murmuró Raffaello, inclinándose hacia mí.

— Está bien — respondí, dedicándole una pequeña sonrisa y soltando nuestros dedos de mala gana.

Vi cómo se alejaba, con sus hombros anchos y su postura firme llamando la atención. Maud hizo lo mismo y sus ojos le siguieron con un interés que me quemó la

piel. Cuando me volví hacia los demás en la sala, vi a dos mujeres jóvenes y dos hombres hablando en voz baja. Mário y Melo, como siempre, estaban apoyados en la pared detrás de mí, vigilantes.

— ¿Cómo es ser la mujer del Don, Aurora? — preguntó Matilde, olvidándose de llamarme señora Colatto.

La encaré y fruncí los labios sin mostrar los dientes. Conocía este juego; Kristen y Arianna lo practicaban siempre que podían. Una tratando de desequilibrar a la otra.

— Sra. Colatto, no somos amigas — la corregí.

Ella parpadeó y dio un paso atrás, dejando escapar una risa fina y tapándose la boca con la mano.

— Perdóneme, pero Inés siempre decía que Don era indiferente y prefería a otras mujeres — espetó su veneno, mirándome de arriba abajo.

— Si me eligió a mí es porque le gusto como soy. Al menos eso es lo que siento cada día cuando estoy con él — respondí, con voz ligera y sonriéndole, enseñándole los dientes. — No tengo nada que decir de tu difunta amiga, porque sólo sé cómo es mi marido conmigo. Leal. Lo que fue antes de mí es pasado.

Antes de que pudiera replicar, se abrió la puerta del dormitorio y apareció Iara Salvatori. Su rostro no estaba abatido, pero sus ojos color miel me analizaron antes de suspirar.

— ¿Qué hace aquí la ladrona de maridos? — gruñó, cerrando la puerta. — ¿Dónde está el asesino de Colatto? — gritó, acercándose a mí con furia. Antes de que su mano pudiera golpearme la cara, la agarré de la mano.

— Señora Salvatori, ¡respéteme! — siseé. — Aquí no hay ladrones. Cálmese —le ordené.

Por el rabillo del ojo, vi a Mario caminando hacia nosotros.

— ¡Tu marido ha matado a mi hija! — gritó, con los ojos llorosos. — Y a ti, que te traten como a una princesita. Estás robando la vida de mi hija.

— ¡No puedo robar la vida de alguien que ya está muerto! — gruñí.

Ella sollozó, su mirada hacia mí era pura ira. Apreté su puño con más fuerza, manteniéndola en su sitio.

— Inés nunca caminaba de la mano con Raffaello. Él no la protegía, pero a ti... — rió amargamente — él arruinó a mi hija de adentro hacia afuera, la mató con pequeñas dosis de veneno, y a ti te da el maldito jardín y las mariposas. Nunca llevó a mi hija a su casa en Hamptons, sin embargo, a ti te llevó antes incluso de casarse. ¿Crees que es justo vivir la vida de felicidad que mi pobre hija no tuvo?

Respiré profundamente y solté lentamente, mi corazón latía tan fuerte contra el pecho que dolía. Por más que sintiera pena por Iara, había una dosis de satisfacción en mí al saber todo lo que ella estaba confesando.

— Como dije, señora Salvatori, no puedo robar nada de un muerto — dije, firme. — Por favor, que le den un calmante a la señora Salvatori.

Mario la inmovilizó, mientras ella gritaba y se debatía. Vi a Raffaello y a los otros viniendo en nuestra dirección, su mirada dura y pasos largos demostrando impaciencia. Tuve que contenerme para no correr hacia él y besar sus labios.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 33

La furia se apoderó de mi cuerpo al ver a Iara con la mano levantada hacia Aurora. Aunque estaba sujeta por Mário, su voz resonaba con acusaciones, como veneno saliendo de su boca. Aurora, con los orificios nasales abiertos, parecía una pantera lista para atacar, con el odio estampado en el rostro.

Mi paciencia se estaba agotando. Hice un gesto brusco a Mario para que soltara a Iara, y cuando intentó avanzar hacia mi mujer, la agarré por el cuello y la lancé brutalmente contra la pared. La levanté en el aire con una mano alrededor del cuello, sintiendo cómo su cuerpo forcejeaba en un intento de liberarse. Sus manos se aferraron a mi brazo, intentando que la soltara. Su rostro enrojeció y sus ojos se abrieron de par en par, aterrorizados.

— Te arrancaré la lengua y se la daré a mis perros. — le dije en voz baja. — Te advertí que cerraras la puta boca, ¿no te lo dije en el funeral de tu hija?

Me miró desesperada, intentando respirar, sus débiles manos intentaban apartarme, pero su fuerza no era nada comparada con la mía. Apreté aún más fuerte, y ella se esforzó por decir una palabra, pero nada salía, la presión en su garganta le impedía respirar con facilidad, las lágrimas se desbordaban de sus ojos. Así que aflojé un poco el agarre y la dejé respirar, con los ojos fijos en los míos, llenos de pánico.

— ¡Respóndeme! — le ordené en voz baja y amenazadora, con la mano aún apretada alrededor del cuello.

Apenas podía respirar, pero consiguió responder entre bocanadas de aire forzado.

— Sí, tu maldito — respondió, casi sin aliento. — Tú y tu mujer vais a...

Sin más aviso, le di un brutal puñetazo en el estómago, haciéndola escupir sangre, que salpicó mi gabán, manchando mi ropa con el líquido caliente. Joder, a Aurora le aterraba la sangre, y ver aquello no iba a ayudarla. Iara empezó a toser, ahogándose, con los ojos nublados por el dolor y el pánico.

— Nicolo, ¡baja con Aurora! — decreté, mi mirada moviéndose a un lado, viéndole apartar a Aurora, impidiéndole mirar hacia atrás, como para evitar que viera la brutalidad que estaba a punto de ocurrir.

Fue entonces cuando escuché una voz aguda, llena de pavor:

— ¡Don, mi tía va a morir asfixiada! — gritó Anselmo, el sobrino menor de Simone, mientras miraba a Iara con una mezcla de terror e impotencia.

Con un movimiento rápido y despiadado, volví a darle un puñetazo en el estómago. Ella soltó un grito ahogado y se desplomó en el suelo, con el cuerpo tenso y débil. No tuve piedad. Me incliné, le saqué la lengua, sujetándola con fuerza. Tenía mi [i]*Karambit* en la mano y, con un movimiento preciso, le corté un extremo de la lengua. Lanzó un grito de dolor, su cuerpo casi se desmayó, pero se despertó de la agonía del corte. La sangre goteaba de su boca, manchando el suelo mientras ella se retorcía de dolor.

Me quedé mirándola con una calma aterradora, la sangre de su boca manchando el suelo a su alrededor. Me miraba con odio, pero también con miedo.

— Si te atreves a amenazar a mi mujer, te voy a lanzar a mis perros aún vivo — le

advertí.

No iba a tolerar ni una palabra más, ni una mirada más contra ella.

Entonces me volví hacia los demás, que me observaban con los ojos muy abiertos, helados de miedo, excepto Piro y Rosario. Mantenían sus miradas fijas en mí, y Rosario, con una mirada de admiración, si me sobrevivía, ocuparía el lugar de su tío.

— Piro, quiero a todos en el lugar que ordené, incluida Simone — declaré con firmeza, sin mirar atrás.

Dando la espalda, me quité el gabán y lo doblé con calma, como si nada hubiera pasado. Mario y Paolo me siguieron hasta los ascensores, el sonido de los pasos resonando en el pasillo vacío.

— Nicolo me ha informado de que está con Aurora en el coche, esperándote — dijo Paolo, con la voz cargada de la información que yo ya esperaba. — Don, los demás *Underboss* han llegado y se dirigen al lugar que usted ha determinado.

Asentí con la cabeza, con los pensamientos revueltos. El ascensor parecía descender a una velocidad insoportable, como si el tiempo me estuviera torturando. La necesidad de saber cómo estaba Aurora me carcomía por dentro. Sabía que lo que Iara había dicho sobre mi matrimonio con Inés haría que Aurora se cuestionase un pasado que yo quería mantener bien enterrado. Un pasado que, si resurgía, podría destruir todo lo que había construido.

Pero, al mismo tiempo, no podía permitirme flaquear. Necesitaba concentrarme en mantener a mis hombres a raya, en asegurarme de que nadie se desviaba del rumbo. Simone había fingido un supuesto atentado contra su vida, una maniobra desesperada

mientras secuestraba a dos de nuestros cargos en su territorio. ¿Qué se creía que estaba haciendo ese hijo de puta? Pensar que fingir un coma le salvaría fue un error monumental. Sólo no lo maté en esa habitación porque no habría placer en ello, y no podía dar ejemplo de él a los demás.

Sabía que Piro había sido traicionado. Lo vi en sus ojos cuando me entregó a Simone. Como consigliere, el trabajo de su Underboss era confiar en él, pero entre Simone y Piro, la confianza se había roto.

Llegué al aparcamiento y vi a Nicolo apoyado en el coche, en postura de alerta, observando todos los movimientos a su alrededor. El silencio entre los dos era absoluto. Sin decir una palabra, subí al coche y Aurora me miró de reojo, con los ojos muy abiertos, una mezcla de sorpresa y tensión visible en el aire. El ambiente estaba cargado y podía sentir el peso de todo tras esa mirada.

— Hablaremos más tarde —, dije con firmeza.

Ella asintió, lo que fue más una señal de aceptación que de confirmación. Aun así, no pude evitar fijarme en el torbellino de emociones que se desplegaba en sus ojos. Miedo, duda, tal vez una punzada de dolor. Aurora no podía ocultar lo que sentía, y por mucho que quisiera aliviar su tensión, sabía que no era el momento.

No necesitaba saberlo, pero debía saber un poco más sobre el hombre que se acostaba con ella.



— Por favor, Don, por favor — suplicó Simone, de rodillas a mi lado, con las manos temblorosas mientras se inclinaba ante mí. — En consideración a mi hija.

Sus súplicas me irritaban profundamente. La forma en que él se humillaba allí, tratando de apelar a un hilo de compasión, me hizo sentir repulsión. Con un rápido movimiento, le di un puñetazo en la cara, haciéndole tambalearse hacia atrás. Intentó volver a ponerse en pie, pero no me importó. Le asesté otro golpe más fuerte y su gordo cuerpo cayó al suelo con un ruido sordo.

— ¿Creías que podías robarme y seguir suplicando por tu vida? — Gruñí, agarrando con fuerza el cuello de su camisa, y le lancé dos puñetazos más a la cara, cada uno más brutal que el anterior. Lo que me molestaba era que se hubiera atrevido a traicionarme así.

Lo arrojé de nuevo al suelo, el sonido de su cuerpo golpeando el cemento resonó en la habitación. Para mí no era más que un traidor, y no merecía más que el desprecio que sentía por él.

Me volví hacia los demás *Underboss* que estaban presentes, observando la escena con atención. Sabía que sólo Simone Salvatori me había traicionado. El hijo de puta, además de pasar mi carga a los irlandeses, también había delatado el lugar de mi boda. Por suerte, pudimos intervenir a tiempo. Pero no se detuvo ahí. También reveló dónde se encontraban dos de nuestros almacenes, en Pensilvania y Nueva Jersey, lo que me obligó a ausentarme de casa durante dos putas noches, causándome una pérdida de más de veinte millones.

Él se puso de rodillas y me agarró la pierna, llorando como un niño. Odiaba verlos suplicar así, la humillación de alguien arrastrándose a mis pies me hacía perder la

paciencia. Con un movimiento despiadado, le di una fuerte patada, haciendo que la sangre explotara por su nariz, la presión del impacto convirtió su cara en una máscara de dolor. Gimió, intentando recuperar el aliento, pero el odio que había en mí era mayor que cualquier compasión.

Fui hacia él, cada paso pesado y decidido. Sujeté con fuerza sus gordos brazos, oyendo el chasquido de los huesos al romperse bajo mi presión. Gritó de dolor, tratando de apartarse, pero no podía importarme menos.

— Ah, ¡para, para! — gritó en voz baja y desesperada.

— ¿Estás educando a tus hijos para que no sean traidores y maricones mendigos? — grité a mis hombres, con la voz afilada como una cuchilla. — No seáis una mierda como Simone Salvatori.

Lo dejé en el suelo, con el cuerpo retorciéndose mientras intentaba procesar el dolor. El desprecio que sentía por él era inmenso, y ya no tenía paciencia para mirar. Me dirigí a la mesa auxiliar, el sonido de mis botas al golpear el suelo resonó en la fría habitación. El cobertizo elegido era un viejo almacén de armas que yo había desmantelado hacía veinte años. Hoy, sin embargo, se utilizaba para un fin mucho más... personal. La nieve caía con más fuerza fuera, cubriendo el mundo en silencio, y las paredes estaban húmedas, la atmósfera pesada y sofocante, como si incluso la habitación fuera consciente de la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

Me acerqué a la mesa y cogí una guadaña, cuya hoja reflejaba la luz de las lámparas superiores. Encendí la antorcha con calma, el sonido del gas al activarse resonó en el aire. Me moví lentamente por la hoja, el calor aumentaba a medida que el metal empezaba a calentarse. No me importaba el tiempo ni lo que ocurría a mi

alrededor. El acero de la guadaña estaba suficientemente caliente, y sólo entonces, sin apresurarme, me acerqué de nuevo a Simone, que intentaba alejarse a rastras, sudando y jadeando como un hombre desesperado.

No perdí tiempo en arrancarle la ropa. Con un rápido movimiento, le clavé la punta de la hoja en el hombro.

Simone gritó como una niña asustada, desesperada, mientras se orinaba encima.

— ¡Ponlo de pie atado! — ordené, con voz firme, implacable.

Vittorio Santini y Cassio Vielo, los *Underboss* de Pensilvania y Nueva Jersey, caminaron hacia mí. Cada uno de ellos arrastró a Simone, gimiendo de dolor y chorreando orina, hasta las cuerdas que colgaban del techo. Le ataron los brazos rotos y el hombre gritó aún más, recibiendo puñetazos en el estómago de cada uno de ellos.

Cassio me miró, asintió y volvió a su posición en silencio. Volví a la mesa y cogí uno de los látigos con punta de acero. Me acerqué al bastardo, mi ira en aumento, y lo azoté con fuerza, golpeándolo en la cara y el pecho. La sangre me salpicó y la escena me repugnó aún más. Siguió meándose encima, lo que no hizo más que aumentar mi irritación.

Golpeé de nuevo, el dolor se convirtió en una liberación y fui a por su espalda, el látigo cortando brutalmente hasta que la piel se abrió. No paré hasta que el sonido de la carne castigada resonó en la habitación.

— Por favor, Don — suplicó.

— El legado de tu familia termina contigo y con tu mujer. — gruñí.

[i] Un cuchillo de hoja curva, muy adecuado para un uso rápido y eficaz en combate.

Capítulo 34



Había pasado horas sola en la suite del hotel. Tras lo ocurrido en el hospital, Raffaello me trajo aquí. Desayunó conmigo antes de desaparecer, alegando tener asuntos que resolver. No me quejé; el cansancio y la tensión acumulada me vencieron, así que terminé durmiendo toda la tarde.

Mi cabeza martillaba las acusaciones de Iara sobre la relación de la hija con Raffaello. Conocía poco de su historia, no había tenido curiosidad, hasta ahora. Las palabras de Iara reverberaban en mi mente como una sinfonía disonante. ¿Por qué estaba tan segura de que él destruyó la vida de Inés? ¿Y cómo sabía tantos detalles? Tan pronto como tuviera la oportunidad, cuestionaría a Raffaello. Pero, en el fondo, me pregunté: *¿realmente quería saber?*

Aún había algo que me incomodaba profundamente — ¿qué había llevado a Raffaello a separarse de mi hermana? La pieza final de este rompecabezas parecía siempre escapar de mi alcance, y ahora estaba más determinada que nunca a encajarla.

Salí del baño con el albornoz enrollado en el cuerpo y una toalla envolviendo el cabello húmedo. El vapor caliente aún estaba en mi piel, pero me detuve en seco al ver a Raffaello parado en medio de la habitación.

Estaba cubierto de sangre.

Mi respiración se detuvo; él estaba jadeante, el sudor mezclado con la sangre seca que manchaba su ropa y brazos.

Mi cuerpo se paralizó. El olor metálico y nauseabundo de la sangre invadió mis fosas nasales, fuerte y sofocante. Una oleada de temblores involuntarios me asaltó, mientras parecía que el aire a mi alrededor se disipaba. Con cada respiración, sentía menos oxígeno llegar a mis pulmones.

El calor del baño desapareció, reemplazado por una oleada de frío cortante que hizo que mi piel se erizara. Mi mente luchaba por procesar la escena frente a mí, pero mi cuerpo reaccionaba, como si estuviera a punto de apagarse en cualquier momento.

Raffaello dio un paso más hacia mí, su expresión endurecida, pero sus ojos captaron mi estado. Por un breve instante, algo cercano a la preocupación pasó por su rostro.

— Aurora, respira — ordenó, con la voz grave, pero menos áspera esta vez.

— ¿Tú... estás bien? — murmuré, la voz casi inaudible, mientras mis ojos recorrían su cuerpo, buscando heridas.

— No es mi sangre, no te preocupes — interrumpió, áspero. Sus ojos, oscuros e intensos.

Algo dentro de mí gritaba para insistir, preguntar qué había pasado. Sin embargo, las palabras quedaron atrapadas en mi garganta.

— Aurora, ve al otro cuarto y déjame solo — gruñó, su paciencia visiblemente agotándose.

Di un paso atrás, pero no volví a entrar en el cuarto de baño. Me mantuve firme, a pesar del miedo que me recorría cada fibra del cuerpo.

— No iré a ninguna parte hasta que me digas qué está pasando.

La mirada de Raffaello se endureció y apretó la mandíbula.

Mi cuerpo temblaba, cada célula se estremecía como si reviviera algo que debía permanecer enterrado. Tener las manos ensangrentadas de Raffaello sobre mí no ayudaba. Su tacto, cálido y reconfortante, se sentía ahora como un peso insoportable.

— ¿Por qué te da tanto miedo la sangre? — Su voz era firme, pero transmitía una curiosidad que sonaba casi como una orden.

Sacudí la cabeza, tragué saliva y sentí que las lágrimas empezaban a brotar. Me quemaban la piel como si contuvieran una parte del dolor que había enterrado tan profundamente.

— Mi padre... — murmuré, mi voz saliendo en un hilo tembloroso — cuando cancelaste tu compromiso con Arianna.

Raffaello permaneció en silencio, pero su mirada se intensificó. Sabía que había oído cada palabra, cada pesada pausa.

— Mi madre intentó pegarme y yo huí — continué, con la garganta apretada, como

si estuviera reviviendo la escena. — Ella quería culparme... decía que todo era culpa mía. La hija maldita, como le gustaba decir.

Apreté los ojos, intentando contener las lágrimas, pero era imposible. Se me caían.

— Se hizo daño persiguiéndome — confesé, sintiendo cada palabra como un golpe. — Y mi padre... estaba furioso. Dijo que yo había causado todo. Que yo era la causa de su sufrimiento.

Raffaello permaneció inmóvil, pero algo en su postura cambió. El aire que nos rodeaba parecía más denso.

— Me golpeó... con un látigo. — Me falló la voz y se me escapó un sollozo. — No se detuvo ni siquiera cuando empecé a sangrar. — Tragué saliva, sintiendo que el corazón me latía sin control. — Estuve encerrada en el sótano durante horas, ensangrentada y llorando, pensando en lo que había hecho para merecer esto.

Raffaello apretó los puños. Incluso cubierto de sangre, parecía aún más brutal, como una tormenta a punto de estallar.

— Y eso nunca me abandonó — terminé, con la voz casi inaudible. — Cada vez que veo sangre... todo vuelve.

Dejó escapar un gruñido animal, un sonido que parecía surgir de lo más profundo de su pecho. Un escalofrío me recorrió la espalda. Como si todo el dolor de mi cuerpo se disipara lentamente.

— Maldita sea, ¡tu padre lo va a pagar caro! — gruñó, con la voz llena de furia, mientras sus dedos ensangrentados enjugaban las lágrimas que corrían por mi rostro —. — ¡Voy a matar a ese hijo de puta!

El corazón me latía incontrolablemente contra las costillas. Sus ojos grises estaban nublados por la ira, un odio que no ocultaba lo mucho que sentía por mí. Cristo, este hombre era todo lo que había pedido en mis oraciones. Protección, afecto -a su manera brutal y posesiva-, placer y un hogar donde yo pudiera existir. Era el ángel vengativo que había anhelado.

Incapaz de contener el torbellino de emociones. Agarrándolo por el hombro, capturé sus labios en un beso hambriento y urgente. Necesitaba sentirle, necesitaba la cruda conexión que sólo él podía ofrecerme. La sangre que manchaba sus dedos no me molestó.

No vaciló. Su gran mano me rodeó la cintura y tiró de mí para acercarme. Nuestros cuerpos se estrecharon con fuerza, la intensidad casi me hizo perder el aliento. Sus ágiles dedos me arrancaron la toalla del pelo y me envolvió brutalmente en su puño, tirando posesivamente de mi cabeza hacia atrás. Un gemido se escapó de mis labios y él aprovechó el sonido para bajar la boca hasta mi barbilla.

Sus labios calientes besaron, chuparon y lamieron mi piel, dejando un rastro de fuego que quemaba cada parte de mí. Estaba a su merced y, por Dios, no quería otra cosa.

— ¡Voy a follarte duro, *mio diamante*!

Jadeé cuando él deshizo los nudos de mi bata, dejando mi piel al aire y revelando mis pezones endurecidos por la excitación. Su boca encontró mi pecho derecho con una precisión casi cruel, sus labios capturaron mi piel sensible mientras su lengua rodeaba la areola. Se me escapó un fuerte gemido, imposible de contener.

— Sí, esto... por favor, *amore mio* —supliqué, con las manos luchando contra los botones de su camisa, desesperada por sentir más de él.

Raffaello detuvo el movimiento, levantando los ojos hacia mí. La intensidad de su mirada fue un golpe directo a mis sentidos, provocándome un escalofrío eléctrico por todo el cuerpo.

— Repite — ordenó, con voz áspera, mientras su mano tiraba de mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás y dejando al descubierto mi garganta. El dolor era un placer agudo que me hacía desearlo aún más.

— *Amore mio* —repetí entre gemidos, apenas reconociendo mi propia voz.

— Joder... esa va a ser mi palabra favorita a partir de ahora — rugió, antes de volver a torturar mis pezones.

Alternaba sus labios y sus dientes, lamiendo y mordiendo, chupando a veces y con una delicadeza que me hacía jadear otras. Cada uno de sus movimientos era calculado, como si supiera exactamente cómo llevarme al borde del abismo sin dejarme caer.

Me sentí completamente entregada, flotando en un estado en el que no existía nada más que él. Calor. Placer. Raffaello.

— Te necesito dentro de mí, *amore mio* —supliqué, con la voz ronca por el deseo. Mi coño palpitaba, palpitando por él, una necesidad chillona que me consumía.

— Me tendrás —contestó, con la voz cargada de oscuras promesas.

Con un rápido movimiento, me dio la vuelta y me arrojó contra la pared. Sus labios hambrientos devoraron los míos una vez más, antes de ponerme boca arriba. Mis

manos se apoyaron en la fría superficie de la pared mientras arqueaba el culo hacia él, desesperada.

Raffaello no perdió el tiempo. Me enredó el pelo en su puño firme, tirando de mi cabeza hacia atrás. El gesto fue brusco, posesivo, y me hizo sentir aún más rendida. Me levantó la bata, dejando mi piel al aire, y sus grandes manos moldearon mi culo antes de aplicarme dos fuertes bofetadas en cada nalga, haciendo que mi piel ardiera de placer.

— Tan mío — murmuró, su voz grave contra la curva de mi cuello.

Sentí el calor de su cuerpo alinearse con el mío y, cuando me invadió, fue como si me sacara todo el aire de los pulmones. Un fuerte gemido escapó de mi garganta cuando me llenó por completo, cada centímetro deslizándose dentro de mí, estirándome deliciosamente.

Aunque estaba empapada, la invasión era intensa; él era grande y mi cuerpo parecía palpitar a su alrededor.

— *Dios mío.* — jadeé, incapaz de contenerme, mientras él retrocedía para empujarme con más fuerza.

Cada movimiento era preciso, posesivo, como si quisiera recordarme a quién pertenecía. Mi cuerpo se rindió a su ritmo, y cada embestida provocaba oleadas de placer que me acercaban al clímax.

— ¡Ven conmigo, *bambina*! — ordenó, empujando más deprisa. — Apriétame más fuerte, joder, chúpame la polla con el coño.

Contraje los músculos vaginales y, con un rugido de placer, Raffaello aceleró el paso. Sus manos en mis caderas eran firmes, casi dolorosas, como si me poseyera por

completo. Mi cuerpo ardía, cediendo a su fuerza. Temblaba, perdida en una espiral de deseo y necesidad, sintiendo cada centímetro de su cuerpo dentro de mí, como si nos fundiéramos en un solo ser. El placer aumentaba, apoderándose de cada una de mis células, llevándome al límite.

Cuando llegó el espasmo, fue abrumador, una descarga de placer tan fuerte que mi cuerpo no pudo controlarse. Grité, el sonido escapó de mi garganta sin que pudiera detenerlo, mis ojos se cerraron mientras el orgasmo me consumía, una ola que parecía no tener fin. Cada pulsación, cada contracción parecía desgarrarme por dentro, destruyéndome y reconstruyéndome.

— ¡Dio mio, Aurora! — rugió, con la voz ronca y llena de deseo, mientras se entregaba a mí, corriéndose.

Sentí su calor invadiéndome, se corrió con fuerza dentro de mí, y cada segundo parecía eternizar aquel momento, cuando la línea entre el placer y la posesión se desvanecía, dejando sólo la necesidad de estar allí, juntos, entregados.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 35

Me serví un generoso trago de whisky después de volver a follarme a Aurora, esta vez en el cuarto de baño. Ella estaba sentada en la cama, mirándome fijamente, y yo bebí un sorbo, alejándome hacia el sillón. No hablaría de mi pasado, pero mi joven esposa necesitaba entender qué había detrás de todo aquello.

— Mi padre había elegido a Arianna para ser mi esposa —comencé, agitando el whisky en mi vaso. — Me daba igual que fuera una puta o una niña mimada que sólo quería al heredero del próximo cabo de La Falce Nera. Sabía que todas querían estatus. Seguí adelante con el compromiso, sin jurar lealtad a su hermana. Ella aceptó, y le prometí que no la convertiría en un saco de boxeo.

— Así que pensaste que Inés era mejor chica — concluyó Aurora, como si lo hubiera entendido.

— Inés apareció embarazada y dijo que el niño era mío. Las fechas coincidían y, bueno... — Suspiré, tomando otro sorbo. — Anulé mi compromiso con tu hermana y me comprometí con Inés. Pero, bueno, ella tuvo un aborto y entonces hice la prueba de ADN. Efectivamente, el niño era mío. Abortó porque quería un niño.

Aurora parpadeó incrédula, abrazándose las rodillas mientras se encogía.

— El bebé había sido concebido después de la boda, no antes como ella había dicho. Me habían engañado mi madre, su madre... y, por supuesto, Inés. — Volví a tragar saliva y solté una carcajada amarga. — Cuando lo descubrí todo, decidí convertir

su vida en un infierno. Inés me quería a mí y a un hijo mío, pero yo me negué. Nunca volví a tocarla, la convertí en mi esposa trofeo.

— ¿La engañaste? — preguntó con voz tensa.

— No la engañé. No podía divorciarme, pero estaba soltero. — Me incliné, apoyando los codos en las rodillas. — Le dije que no aceptaría mentiras ni traiciones. Ella mintió y me traicionó matando a nuestra hija. La vi hundirse en el alcohol, la depresión y, finalmente, su enfermedad la destruyó. No la llevé a tratamiento. Al principio sí, pero cuando te vi, decidí que quería una nueva esposa. Así que detuve su tratamiento. La quimioterapia la deprimió aún más, pero al menos conservó el pelo que tanto le gustaba.

Aurora evitaba mirarme, con los ojos llenos de confusión, ocultando sus sentimientos.

— ¡La has matado! — me acusó con voz temblorosa.

Me levanté, terminé mi whisky y dejé el vaso vacío en la mesita de la esquina. Me acerqué a la cama y volví la cara de Aurora hacia mí, con la confusión claramente reflejada en sus ojos.

— Apretó el gatillo sobre su propia cabeza, se desgarró los puños y tomó tantas drogas, por decisión propia —dije, levantándole la barbilla para que me mirara. — Doy lo que me dan, Aurora.

— Las mujeres de nuestro entorno temen tener hijas — dijo Aurora.

— Inés sabía que yo nunca la culparía por tener una hija mujer. Fue su elección mentir desde el principio —dije, sintiendo el peso de las palabras.

Podía ver el juicio en los ojos de Aurora, el dolor que aún sentía, pero había algo más. Un brillo de placer, cierta admiración, a pesar de las lágrimas. Aunque lloraba, me miraba como si quisiera lanzarse sobre mí y tener mi polla a su disposición.

Ella quería entender por qué había dejado a su hermana. Era simple: por Inés. No juré ser un santo, ni estaba casado con Arianna para darle mi lealtad cuando ella ni siquiera me la debía. Fue una de las razones por las que quise poner fin a mi compromiso con ella. Las acciones no tan secretas de Arianna me convertirían en el hazmerreír. No me importaba que no fuera virgen, pero en el momento en que recibió mi anillo, me debía lealtad. Nunca le puse un dedo encima a Arianna.

— Y tu hermana es una puta de la peor calaña — dije, con voz fría y directa. — Cuando se comprometió conmigo, dejó de ser virgen. Pasaba más tiempo consintiéndose que estudiando. Incluso Nicolo, cuando aún estaba soltero, se acostó con ella en una fiesta antes que con nadie. Tengo vídeos y pruebas de todo lo que digo.

Me miró perpleja, sin saber qué responder.

— Dijiste que dejaste morir a Inés cuando encontraste una nueva esposa... — murmuró, con la voz temblorosa por la incredulidad.

— Sí, aceleré el proceso de su muerte por ti — confesé. Me senté en el borde de la cama y tiré de ella hacia mi regazo, sintiendo el peso de la verdad en cada palabra. — Quería que fueras mía antes de lo que hubiera esperado —murmuré, la necesidad en mi voz era evidente. — Te necesitaba. — Mordí su barbilla, la mezcla de placer y dolor difuminándose en sus ojos. — Tenía que sentirlo todo de ti, embriagarme de tu tacto, de tu calor.

— ¡Esto es una locura! — susurró, con los labios tan cerca de los míos que podía sentir el calor de su aliento.

Me reí, la cercanía entre nosotros era embriagadora. Le abracé la cara con fuerza, nuestras narices se tocaban, nuestras frentes se apretaban, como si el aire no pudiera interponerse entre nosotros.

— Me han llamado muchas cosas, loco es la primera vez — mentí descaradamente, dejando escapar una sonrisa ladeada antes de tomar sus labios en un beso hambriento.

La intensidad la hizo jadear contra mi boca, y aproveché para profundizar el beso, invadiéndola con mi lengua. Fue salvaje y necesario, como si fuera lo último que fuera a hacer. Aurora no se quedó atrás; sus manos se deslizaron por mi espalda, agarrándome con fuerza, como si quisiera fundirse conmigo. Se frotó contra mí, buscando más contacto, más calor, más de todo lo que yo podía ofrecerle.

Mi boca abandonó la suya sólo para deslizarse por su mandíbula, mordisqueando su suave piel. Mi nombre escapó de sus labios como un susurro ronco y necesitado, y me hizo rugir de deseo. Fue como echar gasolina a un fuego que ya estaba fuera de control.

— Eres mía, *bambina* — declaré contra su piel, con la voz baja, casi un gruñido. — Cada parte de ti, cada suspiro, cada gemido, todo es mío.

Me sujetó la cara y me obligó a mirarla a los ojos brillantes, llenos de deseo, pero también de desafío. Aurora tenía la habilidad de mirarme como si yo fuera su igual, y eso me volvía loco de todas las maneras posibles.

— Y tú eres mío — respondió con una firmeza que me aceleró el corazón. — Pero

eso no significa que vaya a ponértelo fácil.

Reí, un sonido ronco e intencionado, antes de empujarla contra el colchón, inmovilizándola allí con el peso de mi cuerpo. Mis manos le sujetaron las muñecas por encima de la cabeza, manteniéndola quieta donde yo quería.

— ¿Me lo pones fácil? — pregunté con la boca cerca de la suya, pero sin tocarla. — *Bambina*, eres un reto que no sabía que necesitaba, pero no te equivoques. Siempre gano.

Antes de que pudiera responder, mi boca encontró su cuello, explorando la delicada curva que descendía hasta su clavícula. Succioné su piel con fuerza suficiente para dejar una marca, un recordatorio para ella y para cualquiera que se atreviera a mirar, de que Aurora era mía. Ella arqueó su cuerpo contra el mío, un gemido escapó de sus labios que me puso aún más duro.

Mis manos abandonaron sus muñecas para explorar su cuerpo, deslizándose por las curvas que conocía de memoria pero que nunca me cansaba de sentir. Le subí el dobladillo de la blusa, dejando al aire su cálida piel. Mi pulgar trazó un círculo perezoso sobre su vientre antes de subir a acariciarle los pechos por encima de la tela del sujetador. Aurora me agarró por los hombros y sus cortas uñas se clavaron en mi piel a través de la camisa.

— Raffaello... — susurró, con la voz temblorosa por la promesa de un placer inminente.

— Dilo — le exigí, apartándome lo justo para encontrarme con sus ojos. — Di mi nombre otra vez.

Ella gimió de frustración, pero hizo lo que le pedí, cada sílaba goteando de su boca como miel.

— Raffaello.

— Joder, eso es lo más hermoso que he escuchado en mi vida. — murmuré antes de quitarle la blusa por la cabeza y tirarla a un lado. Mi boca encontró su piel, recorriendo su clavícula hasta el velo de encaje que ocultaba sus pechos. — Voy a hacer que repitas eso hasta que no puedas decir ni una palabra más.

Soltó una carcajada que pronto se convirtió en un suspiro cuando le bajé el tirante del sujetador y dejé al descubierto uno de sus pezones ante mi boca ansiosa. Se lo chupé con la fuerza suficiente para arrancarle un grito de placer, mientras mis manos se dedicaban a acariciar cada centímetro de piel a mi alcance.

Tiró de mi camisa para quitármela. Me reí contra su piel antes de ayudarla, quitármela y tirarla al suelo. Su cálido contacto con mi pecho me hizo apretar los dientes, el deseo me consumía por completo.

— Demasiado deprisa, *bambina* — bromeé, sujetándola firmemente por las caderas mientras le besaba la línea del vientre. — Voy a enseñarte lo que significa ser mía.

Aurora se retorció debajo de mí mientras mi boca trazaba un camino cada vez más peligroso hacia abajo. La mantuve en su sitio, adorando la forma en que se entregaba, cómo confiaba en mí para que la llevara adonde ambos queríamos llegar. Le bajé los pantalones por las caderas y dejé que mi mirada recorriera todo su cuerpo, con un hambre que crecía por momentos.

— Eres *perfetta* — declaré, con la voz llena de reverencia y posesión. — Y voy a demostrártelo de todas las formas posibles.

Sin previo aviso, me sumergí entre sus piernas, utilizando mi boca para extraer de ella cada gemido, cada suspiro, cada palabra inconexa. Me agarró del pelo, acercándome, como si me necesitara para respirar. Me sentía como en casa, perdido en su sabor, en la forma en que su cuerpo reaccionaba a mis caricias, en los sonidos que emitía sólo para mí.

Cuando Aurora llegó al clímax, gritando mi nombre como una plegaria, subí por su cuerpo, capturando su boca una vez más. Ella se estremeció debajo de mí, sus ojos brillaban de placer y de algo más profundo que no me atrevía a nombrar.

— ¿Sigues pensando que es una locura? — pregunté, con la frente pegada a la suya y la respiración agitada mezclándose con la suya.

Aurora sonrió, una sonrisa perezosa y satisfecha que me hizo sentir el rey del mundo.

— Si lo es, es la mejor locura de mi vida — respondió antes de atraer de nuevo mi boca a la suya.

Capítulo 36



Tres semanas después

Llegué a casa después de un día agotador en el colegio. La puerta principal crujió ligeramente al abrirse, y el sonido resonó en la silenciosa entrada, casi como un recordatorio de la tranquilidad que siempre me había ofrecido el hogar. Me sentía agotada, con el cuerpo pesado y los ojos ardiendo de sueño. La clase de práctica de violín había sido un desastre; utilizaba un instrumento universitario, regalo del decano, pero que siempre evitaba. Las cuerdas me resultaban incómodas, o tal vez fuera mi falta de práctica.

Aunque tenía autonomía para sacar la tarjeta y comprar un violín nuevo, dudé. Una parte de mí no quería gastar el dinero de Raffaello. Otra parte, quizá más testaruda, esperaba que se diera cuenta y me sorprendiera con un regalo. Aunque no le había pedido nada, tenía un talento único para anticiparse a mis deseos.

En las últimas semanas, Raffaello estaba cada vez más ocupado. Se pasaba horas

encerrado en su despacho en reuniones interminables o desaparecía en los almacenes. Aun así, sin falta, siempre estaba en la mesa para cenar. Y cuando caía la noche, se empeñaba en recordarme quién era yo para él.

Raffaello tenía una intensidad que rozaba la locura. Nunca me dejaba dormir sin llevarme al límite, y más allá. Había noches en las que se dedicaba por entero a mi placer, pasando horas entre mis piernas, besando y devorando mi intimidad hasta que apenas podía respirar. Esas noches eran mis favoritas. La forma en que me miraba después, como si yo fuera la única luz en su oscuro mundo, me hacía estremecer.

A pesar de su ausencia durante el día, me había adaptado a nuestra rutina. Aprovechaba las mañanas para cuidar del invernadero -cuando no tenía clase-, uno de los pocos lugares donde sentía que podía respirar plenamente. Pasaba allí horas, jugueteando con las flores y cultivando los alimentos que me faltaban. Celeste, siempre atenta, utilizaba todo lo que cultivaba para preparar platos sanos y deliciosos, animándome a probarlo todo. Raffaello también se aseguraba de que comiera sin culpa.

Cuando no estaba en el invernadero, me perdía en la biblioteca. El ambiente era acogedor, casi mágico. El sonido de Adele llenaba el espacio mientras devoraba una novela tras otra.

Allí me sentía libre, sin juicios, sin presiones. Sólo yo y los mundos que creaba en mi interior.

Ahora, sentada en el sofá del salón, agotada pero extrañamente tranquila, sonreía al imaginar cómo sería cuando él llegara. Mi agotamiento desaparecía en cuanto oía el profundo sonido de su voz o sentía sus firmes manos en mi cintura.

Di un respingo cuando oí voces agitadas procedentes del pasillo que conducía al despacho de Raffaello. El sonido se acercaba, amortiguado por la distancia, pero cargado de tensión. Me giré hacia el pasillo, con el corazón acelerado sin motivo aparente, y en cuestión de segundos aparecieron las figuras. Enseguida reconocí a mi hermano, Alex, junto a Nicolo, seguido de cerca por Raffaello.

Los dos primeros parecían exasperados, con expresión irritada. Nicolo gesticulaba, mientras Alex mantenía los hombros rígidos, con un ceño que no disimulaba su humor. Raffaello, en cambio, estaba impasible, su expresión seria y controlada, como si toda la tensión que le rodeaba no fuera más que una ligera molestia.

— Aurora — dijo Alex, dejando escapar un pesado suspiro, casi como si mi nombre fuera un alivio o una acusación. — Cuánto tiempo sin verte.

— Hola, desde mi boda, supongo —respondí, encogiéndome de hombros. Mi intento de sonar indiferente fue un fracaso; mi tono tenía más firmeza de la que pretendía, una pizca de sarcasmo de la que se dio cuenta.

Antes de que Alex pudiera replicar, sentí la mirada de Raffaello clavada en mí. Sus ojos oscuros eran intensos, fijos, como si analizara cada uno de mis movimientos. Dejó atrás al grupo y vino hacia mí, con paso seguro y depredador, como un lobo sin prisa por reclamar lo que era suyo.

Me quedé parada, inquieta.

Cuando se acercó lo suficiente, me envolvió el aroma de su colonia, un olor amaderado y especiado que siempre me aceleraba el corazón. Respiré hondo, saboreando aquel aroma que parecía hecho para él.

Sus brazos me rodearon la cintura sin dudarlo, acercándome con un movimiento firme y posesivo. Colocó nuestros cuerpos uno al lado del otro. Mi cuerpo se relajó contra el suyo, como si le perteneciera. Bajó la cabeza y sus labios rozaron mi sien antes de murmurar algo en voz demasiado baja para que los demás pudieran oírlo.

— ¿Estás bien, *bambina*? — preguntó, suavizando la dureza de su voz sólo para mí.

— Ahora sí — respondí, casi en un susurro, incapaz de ocultar la sonrisa que se apoderó de mis labios.

La calidez de su tacto me ancló en el momento, y por un breve instante me olvidé de la tensión en el ambiente, de las expresiones preocupadas de Alex y Nicolo, y de cualquier problema que pudiera acecharme. Lo único que me importaba era él.

Raffaello, sin embargo, no parecía dispuesto a ignorar a los demás por mucho tiempo. Sus ojos se entrecerraron de nuevo mientras miraba fijamente a Alex, la tensión entre los dos era evidente, aunque ninguno de los dos dijera una palabra.

— Aurora, tú y yo tenemos que hablar en privado — insistió Alex, cruzándose de brazos en un gesto que parecía más bien un desafío.

— Si ella quiere hablar contigo, será en mi presencia — respondió Rafael, con la voz baja, pero con un peso inconfundible. Su brazo me rodeó ligeramente por la cintura, como para reafirmarlo. — Nada que implique a Aurora ocurre sin mi conocimiento.

Alex enarcó una ceja, molesto, pero no dijo nada más. Nicolo, a un lado, se limitó a observar en silencio, con una expresión que indicaba que preferiría estar en cualquier otro lugar en ese momento.

A mí, en cambio, se me revolvía el estómago de ansiedad. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, no era algo trivial.

— ¿De qué se trata, Alex? — pregunté, intentando parecer más segura de lo que me sentía.

Los ojos de Alex se suavizaron al mirarme, pero no contestó, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

— Es un asunto delicado — dijo, lanzando una mirada significativa a Raffaello.

— Habla de una vez — replicó Raffaello, con la voz afilada como una cuchilla.

Sentía que la tensión iba en aumento, casi como si fuera palpable. Mi hermano y mi marido libraban una batalla silenciosa, y yo estaba justo en medio.

— Mamma está teniendo convulsiones y.… te está llamando — dijo Alex en voz baja, casi un susurro. Siempre hablaba así cuando se trataba de nuestra madre, cerca de otras personas.

Mamma era esquizofrénica y durante sus ataques nunca ocultaba cuánto me odiaba. Nunca entendí por qué. Quizá porque era la única rubia como papá, o porque era una copia exacta de mi tía, su hermana.

Recibí años de desprecio gratuito, soportándolo en silencio porque no tenía otro lugar al que llamar hogar. Pero eso se había acabado. Ya no iba a doblegarme ante el peso de ese pasado.

— No — respondí, con voz firme y decidida. — No voy a verla.

Los ojos de Alex se abrieron de golpe.

— ¡Aurora! — me regañó, con un tono casi suplicante.

— ¡Mira cómo le hablas a mi mujer, joder! — siseó Rafael.

— No iré — repetí, sin inmutarme. — No tengo nada de qué hablar con ella, ¡salvo para oírla disculparse por todo lo que me ha hecho!

El recuerdo de aquel día seguía vivo, el dolor tan intenso como el del instrumento destruido.

— ¿Algo más? — añadí, levantando la barbilla para encontrarme con su mirada.

— ¡No, Aurora! — gruñó, perdiendo los nervios. — Tienes que entender, joder...

Y entonces todo sucedió demasiado rápido. En un momento, Raffaello estaba a mi lado, tan quieto como un depredador observando a su presa. Al momento siguiente, cruzó el espacio entre nosotros como una tormenta. Su puño chocó con la boca de Alex con un sonido seco y brutal, tirando a mi hermano al suelo con la fuerza del impacto.

Parpadeé, aturdido, con el aire atrapado en la garganta.

Nicolo, al otro lado, se limitó a suspirar, como si aquello fuera rutina para él.

— Ten cuidado con cómo le hablas a mi mujer, Alex— siseó Raffaello, con la voz baja pero cargada de furia. Apretó el pie contra la garganta de Alex, no lo bastante como para hacerle daño, pero sí para dejar claro quién mandaba.

— Lo siento, Don — murmuró Alex, con la voz apagada mientras luchaba por respirar.

Raffaello se quedó mirándolo un momento, con los ojos duros como la piedra. Luego, con un movimiento lento y calculado, le quitó el pie de la garganta.

— No es a mí a quien tienes que pedir disculpas, sino a la señora Colatto — ordenó, con voz aún más gélida.

Alex intentó levantarse, pero Raffaello levantó una mano, interrumpiéndole.

— De rodillas, como se merece.

Los ojos de Alex ardían de ira contenida. Me lanzó una mirada rápida, llena de frustración, antes de arrodillarse. Le temblaban las manos al juntarlas frente al pecho.

— Perdóname, Aurora, por mi descortesía — me pidió entre jadeos.

Observé la escena, sintiendo una mezcla de emociones. La humillación de Alex era evidente, pero por primera vez no sentí pena por él. Tenía que darse cuenta de que ahora las cosas eran diferentes. Tenía a Raffaello a mi lado y nadie se atrevería a tratarme como antes.

Mi marido dio un paso atrás y me tendió la mano, como invitándome a decidir el destino de la situación.

— Levántate, Alex — dijo al fin, con tono neutro. — Estás perdonado. Pero que no vuelva a ocurrir.

Asintió en silencio, aún arrodillado, sin valor para enfrentarse a mí.

Raffaello volvió a mi lado, acercándome con un brazo firme alrededor de mi cintura. Me habló en voz baja, sólo para mí:

— Ahora estás protegida, *bambina*. Para siempre.

Y en aquel momento, la certeza de su voz bastó para calmar cualquier resto de inseguridad en mi interior.

— Levántate, Alex — ordenó Nicolo, con voz firme e impaciente. — Tienes un puto trabajo que hacer.

Alex se pasó la mano por la boca magullada, su orgullo herido más evidente que cualquier dolor físico.

— Sí — dijo, levantándose con un esfuerzo. — Don, señora Colatto.

Asintió en mi dirección, evitando mi mirada, y salió de la habitación con pasos rápidos, casi corriendo. Dejé escapar un suspiro aliviado, la tensión en el aire se disipó.

— Raffaello, no te olvides del acto de mañana», le recuerda Nicolo, rompiendo el silencio.

— ¿Qué acontecimiento? — pregunté con curiosidad.

Raffaello se volvió hacia mí, sus ojos fijos en los míos, evaluando mi expresión como si estuviera decidiendo cuánto compartir.

— Una cena de compromiso —dijo, con voz seria. — El juez se casará con la hija de Baldo Fosco. Cada vez somos más fuertes a través de la política y los tribunales.

Su tono transmitía la importancia de la ocasión, dejando claro que no se trataba de una simple celebración.

— No tengo ropa para este acontecimiento — admití, sintiéndome tímida. Era como si, a pesar de mi condición de señora de Colatto, aún me faltara algo para sentirme a la altura de su mundo.

Se rió, un sonido bajo, grave, sin mostrar los dientes, pero con la diversión brillando en sus ojos.

— Esta noche tendrá el centro comercial para usted sola, señora Colatto.

Mis cejas se alzaron sorprendidas por la facilidad con que abordó el tema.

— ¿Todo el centro comercial? — pregunté, incrédula.

— Todo el centro comercial — confirmó, acercándose a mí con pasos lentos. — Quiero que elijas todo lo que quieras, Aurora. Vestidos, joyas, zapatos... Todo lo que necesites para ser la mujer más guapa de esta cena.

Sus dedos se deslizaron por un lado de mi cara, deteniéndose en mi barbilla, que sujetó.

— Cuando estés a mi lado, quiero que todos sepan que nadie podrá igualar a mi esposa.

Sentí que me subía el calor a la cara, pero mantuve la mirada fija en la suya.

— Entonces espero que estés preparada para ayudarme a llevar las maletas — bromeé, sonriendo un poco.

Volvió a reír y se inclinó para susurrarme al oído:

— Llevaré el mundo por ti, *bambina*.

Me estaba enamorando perdidamente, y temía el poder de ese amor.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 37

Mis firmes manos se posaron en la cintura de Aurora mientras entrábamos en el gran salón. El sonido de nuestros pasos resonaba, amortiguado por el murmullo de conversaciones que pronto se calmó. Nuestra presencia captaba miradas, pero esta vez parecía diferente. Más intensa.

Era un espectáculo.

Aurora llevaba un largo y vaporoso vestido lila que se ceñía a su cuerpo de un modo casi pecaminoso. El escote triangular revelaba lo suficiente como para incomodar a los hombres presentes y provocar la envidia de sus compañeras. Pero lo que realmente me desanimó fue la sangrienta raja de su pierna derecha. No era alta, pero mostraba lo suficiente como para desatar los instintos más primitivos de cualquiera que se atreviera a mirar. Los soldados se dispersaron, observando nuestro entorno.

Sentía que me hervía la sangre. Ella era hermosa.

Sus labios, teñidos de un oscuro tono rosa, eran una cruel distracción. Era imposible no imaginármelos donde los quería. Alrededor de mi polla, poseyéndome como sólo ella sabía hacerlo, el deseo palpitaba con la fuerza suficiente para hacerme reconsiderar la idea de cruzar aquel pasillo.

Notó que la agarraba por la cintura y me miró de reojo, con una sutil sonrisa bailando en sus labios. Sabía el efecto que causaba en mí. Siempre lo sabía.

— ¿Te encuentras bien? — susurró en voz baja, cargada de una falsa inocencia.

— Más de lo que debería — gruñí en voz baja, sólo para que me oyera.

Aurora levantó la cabeza con seguridad, ignorando las miradas, como si el mundo que nos rodeaba no importara. Sólo yo. Sólo nosotros dos.

Mientras cruzábamos el vestíbulo, apenas oía los saludos murmurados a nuestro alrededor. Mi atención se centraba en ella. Por el camino caminaba a mi lado, segura e impecable, sin dudar un instante. Mi mujer. Mi orgullo. Mi perdición.

Cuando nos detuvimos para saludar al anfitrión, me incliné para susurrarle al oído, con la voz cargada de promesas y advertencias:

— No dejes que esa grieta me distraiga más de lo que ya lo ha hecho. O te juro que acabaremos esta noche antes de lo que crees.

Aurora se limitó a sonreír desafiante y deslizó su mano sobre la mía.

— ¡Colatto! — saludó Patrick James, el juez, con una amplia y controlada sonrisa. — Señora Colatto, bienvenida.

Le estreché la mano, sosteniéndole la mirada. No hacía falta decir nada para establecer la jerarquía entre nosotros.

— Enhorabuena por su compromiso — felicité a Anita Fosco con una discreta inclinación de cabeza. La joven, de apenas veinte años, parecía fuera de lugar en su entorno.

Aurora se adelantó, saludando a Anita con dos besos en la mejilla, un gesto que parecía significar para la chica más de lo que podía soportar.

— Felicidades, Anita. Tu vestido es precioso — dijo Aurora, sonriendo levemente, pero con seguridad.

— ¡A ti también! ¡Me encanta ese color! — replicó Anita, con la voz ligeramente temblorosa mientras cogía la mano de Aurora con una fuerza casi desesperada.

— ¿Me acompañas a la mesa de los fiambres? — invitó Aurora, con naturalidad.

— Por supuesto, ¡por supuesto! — Anita parecía aferrarse a la sugerencia como quien se aferra a una boya en alta mar.

Aurora asintió antes de alejarse con la chica a cuestas. La joven, de pelo castaño rizado, parecía a punto de desmayarse.

— La chica está así desde que me vio — comentó Patrick, suspirando con exasperación. — ¡Yo no he hecho nada, joder!

Mis ojos se entrecerraron mientras observaba la escena. Patrick, con su postura siempre segura, parecía molesto.

— Pregúntale a ella — sugerí, cogiendo una copa de champán de un camarero.

Sacudió la cabeza con impaciencia.

— Don, la chica se meará encima cuando me vea. No quiero empeorar las cosas.

Su voz tenía un tono de resignación, pero era evidente que el hombre se sentía incómodo.

— Me siento honrado de estar entre vosotros — continuó Patrick, con un tono cada vez más firme, más solemne. — Y quiero dejar claro que contribuiré plenamente a La Falce Nera.

Sus ojos se clavaron en los míos, buscando alguna confirmación.

— No me falles, James — advertí, con voz grave y pesada.

Asintió, llevándose la copa de champán a los labios, no sin antes tragar saliva.

Volví a mirar a Aurora. Se reía suavemente mientras charlaba con Anita, parecía despreocupada y haciendo amigos.

Vi entrar a Nicolo acompañado de su mujer, Beatrice. Sin embargo, lo que captó mi atención fue la figura familiar de Amelia, de pie junto a un joven y ambicioso candidato a senador. Al verme, sus labios se curvaron en una sonrisa vacilante, pero no se atrevió a acercarse.

Aparté la vista y volví a mirar a Aurora. Aunque estaba conversando con Anita, su cuerpo mostraba sutiles signos de tensión. Se había fijado en Amelia.

Mi antigua amante nunca había sido capaz de conmoverme como lo hacía Aurora. Saber que me deseaba, que me veía como suya, hizo que mi corazón bombeara con más fuerza, esparciendo una calidez que no admitiría en voz alta.

Me acerqué a Nicolo, que acababa de desenredarse de Beatrice. Me detuve junto a él, el tiempo suficiente para que nuestra conversación siguiera siendo privada.

— Alex me ha informado de que su hermana se ha reunido en privado con el alcalde — murmuré, con los ojos fijos en el pasillo. — ¿Su madre?

— Mamá está bien, según Margo. El ama de llaves ha dicho que la mujer lleva días medicada y lúcida.

Mis cejas se fruncieron. El jueguecito de Alex era más que molesto; era una

afrenta. No quedaría nadie en la familia.

— ¿Y Juan? — pregunté, cortante.

Nicolo resopló, un sonido bajo y despectivo.

— Está en silencio. Hoy ha venido a preguntarme si me parecía buena idea organizar una cena entre vosotros. Dijo que, al parecer, la última paliza que le diste no fue suficiente para refrescarle la memoria.

Una sonrisa fría apareció en mis labios.

— Quiero que prepares una emboscada para Juan y Álex... uno de ellos va a caer — ordené, con la voz baja pero cargada de una amenaza que no hacía falta explicar.

Nicolo enarcó una ceja, sus ojos analizando cada movimiento en la habitación antes de responder:

— Alex está intentando demostrar que no nos engaña, Don.

Sonreí de lado, un gesto que era cualquier cosa menos amistosa.

— Precisamente por eso. — Mis palabras salieron como un corte. Desvié la mirada hacia la esquina del salón, donde Alex acababa de entrar con su mujer, aparentemente consciente de su presencia aquí. — Está demasiado desesperado. Y encima vigila a Aurora en la universidad.

— ¿Aurora? — preguntó Nicolo, su voz grave reflejaba sorpresa e irritación.

— Sí. — Mi tono se endureció. — Los que están tan desesperados por demostrar su inocencia son siempre los que deberían hacerlo.

Nicolo asintió lentamente, asimilando mis palabras. Sabía tan bien como yo que, en nuestro mundo, la confianza era un bien escaso y frágil.

— ¿Y él si sólo está protegiendo a su hermana?

— Entonces sobrevive. Pero cualquiera que vigile a mi esposa sin mi consentimiento sufre las consecuencias, ya sea por traición o por estupidez.

Nicolo no contestó.

— Quiero informes detallados, Nicolo. No me vengas con dudas o suposiciones. Quiero hechos. Y si Alex cae en una emboscada... es porque se lo merecía.

— Entendido, Don.

Me acerqué a mi joven esposa, ignorando las miradas curiosas que nos seguían. Aurora hablaba con Anita, pero sus ojos se volvieron hacia mí cuando me acerqué lo suficiente para asentir brevemente, antes de centrarse en lo que importaba: Aurora.

Le tendí la mano.

— Bailemos.

Parpadeó sorprendida, pero esbozó una tímida sonrisa.

— Sí, claro.

Cogí su mano con firmeza y la llevé al centro de la sala, cada paso marcando mi territorio. Una música suave llenó la sala y las parejas se apartaron, dejándonos espacio. Era la primera vez en años que bailaba así en una fiesta de La Falce Nera, pero por Aurora haría cualquier cosa.

Me agarré a su cintura con una mano mientras con la otra mantenía su mano firmemente entre las mías. Nuestros cuerpos se acercaron y, por un momento, todo a nuestro alrededor desapareció.

— No sabía que pudieras bailar en público — susurró, con los ojos brillantes de una mezcla de sorpresa y diversión.

Incliné la cabeza hacia ella y le hablé en voz baja para que sólo ella pudiera oírme:

— Hay muchas cosas de mí que aún no has descubierto, *mio diamante.*

Ella rió suavemente, un dulce sonido que parecía iluminar la habitación. Pero mi mirada era más oscura, escudriñando los rostros que nos rodeaban. Quería que todos la vieran. Quería que quedara claro que era mía.

Mientras dábamos vueltas por el vestíbulo, sentí cómo la tensión se disolvía en su cuerpo, sustituida por la confianza. Ella confiaba en mí, incluso cuando no estaba seguro de merecerlo.

— ¿Estás disfrutando de la fiesta? — pregunté, con la voz ronca por algo que no era sólo deseo, sino una feroz necesidad de protegerla.

— Sí —respondió, con los ojos fijos en los míos. — Pero ahora disfruto más.

Estaba jodido. Completamente jodido.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 38

Pasé la hoja oxidada por los tendones de su hombro, haciendo que la resistencia de la carne cediera bajo el metal desgastado. El sonido que escapó de Alex fue más que un grito: fue un lamento visceral, lleno de agonía y desesperación. La sangre goteaba por su pálido rostro y sus ojos temblaban de miedo, incapaces de encontrarse con los míos. Sabía que aquello no era más que el principio.

Incliné la cabeza, mirando la hoja manchada de óxido y sangre fresca. Toqué ligeramente la herida con la punta de los dedos, viendo cómo se estremecía al menor contacto.

— Sabes, Alex, el hombro es una de las partes más sensibles del cuerpo humano. ¿Esos tendones que acabo de cortar? Sostienen casi todos los movimientos del brazo. Con ellos comprometidos... — Sonreí sombríamente y me acerqué a su oído. — Apenas podrás sostener un vaso de agua sin acordarte de mí.

Jadeó, intentando luchar contra el dolor, pero yo ya lo había desarmado de cualquier fuerza o valor. Hoy, una vez más, se atrevió a cruzar límites que nunca deberían traspasarse. La sangre le corría por el brazo mientras respiraba entre jadeos cortos y desesperados.

— ¿Por qué sigues a mi mujer? — Mi voz salió baja, ronca, pero cargada de una ferocidad que hizo que las paredes parecieran vibrar.

Me miró, con los labios temblorosos, antes de escupir palabras de dolor:

— No es... no es lo que piensas. Sólo quería ver a mi hermana.

Hermana, y su voz se tiñó de desesperación. La mención de Aurora me hizo apretar los dientes.

Me acerqué más, con los dedos agarrando el mango del cuchillo mientras la hoja rondaba cerca de su clavícula, una amenaza silenciosa pero elocuente.

— ¿Tu hermana? — gruñí. — Y pensabas que te esperaría en los pasillos de la universidad como una rata. ¿Que mi mujer — la mía — no está bajo mi mirada cada segundo?

Pasé la hoja por su piel, esta vez sin perforar, lo justo para hacerle estremecerse, como si su alma ya estuviera anticipando el dolor.

— Deja que te aclare una cosa, Alex. Aurora no es tu hermana, es mi mujer. Mía. Y cada paso que des hacia ella sin mi permiso tiene un precio... un precio que, hoy, estoy dispuesto a pagar.

Bajé la hoja con un movimiento lento y calculado, tocando el costado de su costilla.

— ¿Sabes lo que pasa cuando acabamos aquí? — pregunté, casi despreocupadamente, mientras él negaba con la cabeza, demasiado aterrorizado para hablar. — Un corte lo bastante profundo entre las costillas puede hacer que te falle la respiración. No lo bastante como para matarte, claro, pero sí lo bastante como para dejarte suplicando un último aliento.

Alex empezó a sollozar, mezclando lágrimas y sudor mientras murmuraba súplicas de perdón. Pero en ese momento, eso no era lo que quería. Quería respuestas. Quería su

sumisión.

— Sólo quería saber si realmente estaba bien — reveló, con la voz entrecortada por el dolor. Tenía la cara bañada en sudor, los ojos brillantes de lágrimas no derramadas, mientras su cuerpo temblaba, incapaz de soportar el impacto de cada una de mis palabras.

Inclinada sobre él, lo miré con una mezcla de desdén e impaciencia.

— Nunca te habías preocupado por ella — le recordé, con la voz tan fría como el acero que aún sostenía.

Tragó saliva, apartando la mirada como si buscara alguna escapatoria invisible de aquella atmósfera asfixiante.

— Eso no es del todo cierto... — murmuró, con voz áspera. — Ya sabes cómo son las cosas. Mi padre es quien tiene la autoridad en la casa y en nuestra familia y la tradición. Yo sólo obedezco.

Solté una risa corta y amarga antes de inclinar la hoja en su dirección, lo suficiente para que hiciera una mueca de dolor.

— ¿Autoridad? — repetí, con evidente sarcasmo. — Entonces, ¿por qué siento que intentas desafiar la mía?

— No te estoy traicionando, Don, nunca rompería mi juramento — insistió, con la voz quebrada. Me miró profundamente a los ojos con expresión suplicante, pero yo no me echaría atrás tan fácilmente. — Mi hermana... Aurora... Está sonriendo como nunca.

Apreté la mandíbula. Había verdad en sus palabras, pero eso no borraba el hecho

de que Alex había cruzado límites peligrosos. Dejé caer la hoja sobre la mesa junto a nosotros con un movimiento controlado, el sonido metálico resonó en la habitación como una advertencia.

— ¿Por qué quieres hablar con ella en privado? — pregunté, cruzándome de brazos y mirándolo fijamente.

Respiró hondo y el aire le tembló en la garganta antes de responder:

— Porque ella merece saber...

— ¿Saber qué? — interrumpí, con la voz cargada de impaciencia.

Alex vaciló un instante, con los labios temblorosos, antes de soltar la verdad.

— Que nuestra madre está enfadada con ella y que la desprecia porque Aurora se parece a la tía Aurea. Pero eso no es todo. Es porque papá... — tragó saliva, como si la siguiente frase fuera a ser veneno en sus labios — la quería.

Un silencio desgarrador se apoderó de la habitación. La tensión pesaba como si el aire se hubiera vuelto más denso.

— Vamos — exigí, mi tono bajo, pero con una fuerza que hizo estremecer a Alex.

— Mi madre odiaba a Aurea con una intensidad inimaginable. La odiaba tanto que podría haberla matado. Y para su sorpresa, Aurora nació idéntica, como si fuera una reencarnación — terminó, con la voz ronca y frágil, como si cada palabra fuera un peso insoportable.

Absorbí la información en silencio, dejando que cada palabra resonara en mi mente como el sonido de una moneda cayendo en un pozo profundo. Era un

pensamiento que ya me había visitado antes: el parecido entre Aurora y Aurea era inquietante, casi imposible de ignorar. Durante las noches de insomnio, consideré la posibilidad de que Aurora fuera hija biológica de Aurea. Ya que ella murió pocos meses después de que Aurora naciera.

Pero la prueba de ADN... acabó con mis sospechas. Los restos de Áurea, exhumados tras permanecer enterrados durante años, no dejaban lugar a dudas. No había lazos de sangre entre ellas más allá de lo evidente: Aurora era la hija legítima de una mujer que nunca dudaría en matar para librarse de una carga que recordaba su pasado.

Dejé la hoja donde estaba, con su brillo oxidado ahora manchado por la sangre de Alex. Mi mirada se posó en él. Ya no había miedo en sus ojos, sino algo más... una esperanza silenciosa, una muda súplica de clemencia.

— Llevadlo al médico — ordené a los soldados que esperaban en la entrada, con voz tranquila pero firme como el acero. — Lo quiero vivo.

Mis hombres se acercaron de inmediato, sus pesadas botas resonaron en la habitación mientras se preparaban para sacar a Alex. Él dejó escapar un suspiro de alivio, como si escapara de la sombra de la muerte,

Mientras lo sacaban, le di la espalda, cruzando los brazos detrás del cuerpo. Mi mente ya estaba planeando mi siguiente movimiento.

— Alex... — grité, sin darme la vuelta, en voz baja, pero lo suficiente para hacerle estremecer por última vez. — Esto no es un perdón, es una advertencia. Recuérdalo.

No esperé respuesta.



— Hijo mío, ¡todo está listo en la biblioteca! — exclamó Celeste con una sonrisa radiante, dando saltitos como una niña.

Observé su excitación con una leve inclinación de cabeza. Tenía esa excitación contagiosa que nunca llegué a comprender del todo, pero que de algún modo hacía más ligeros los momentos.

— Está en su habitación preparándose para la cena — continuó, mientras se arreglaba la falda.

— Llámala a la biblioteca.

— ¡Sí! — exclamó, todavía emocionada, desapareciendo por el pasillo con pasos apresurados.

Me dirigí hacia la biblioteca, buscando el silencio y el espacio acogedores. En cuanto atravesé las sólidas puertas de madera, el olor a cuero envejecido y a tinta de partitura inundó mis sentidos. Mis ojos se posaron en el trabajo que Celeste había realizado. La habitación estaba inmaculada. Los instrumentos estaban cuidadosamente instalados en un atril en el centro de la habitación.

A Aurora le encantaba la música. Siempre lo había sabido, pero se había convertido en un punto silencioso entre nosotros. Desde que nos casamos, *mio diamante* no tocaba. No en nuestra casa. Nunca para mí.

El recuerdo de ella sosteniendo el violín, con los ojos cerrados mientras las notas

llenaban el aire, era algo que yo atesoraba.

Y, sin embargo, nunca pidió uno nuevo después de que su madre le rompiera el viejo.

Pasé los dedos por la madera pulida de una de las sillas cercanas, sintiendo la suave superficie bajo mis manos.

— Me tomas el pelo, Aurora — murmuré, con una mezcla de deseo y frustración en la voz.

El piano de cola negro dominaba gran parte de la biblioteca, un monumento al lujo y la grandeza. A su lado, sobre la mullida alfombra, el violín protegido se erguía como una obra de arte, bien colocado. Había comprado aquel violín en una subasta exclusiva. Costó unos cuantos millones, pero cada céntimo valió la pena, porque era para ella.

Mientras admiraba los instrumentos, unos pasos ligeros se acercaron desde el pasillo. Su voz atravesó el aire antes de que pudiera verla:

— ¿Qué hay en la biblioteca?

Me di la vuelta y entonces ella apareció en la puerta. Sus labios se curvaron en una sonrisa relajada, pero al cruzar el umbral, Aurora se detuvo. Su mirada azul se desplazó de mí al piano, luego al violín, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Se llevó la mano a la boca y ahogó un grito mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

— ¿Qué es eso? — preguntó en un tono casi inaudible, dando pasos vacilantes.

— Tu regalo de bodas de un mes — respondí, manteniendo la voz baja y firme. — Un regalo tardío, pero tuyo. Tócala para mí, *bambina*.

Sacudió la cabeza, con los ojos muy abiertos fijos en mí.

— Es mucho, Raffaello — dijo, con evidente emoción en la voz. — Ese piano... Es precioso. Y ese violín... Ya sé que sólo se puede comprar en subastas, yo... Raffaello, no sé cómo agradecértelo, esto es más de lo que podría haber pedido.

Dejo escapar una leve sonrisa, acercándome a ella lentamente, sin apartar la mirada.

— ¿Y qué es un millón comparado con lo que tocas? ¿Comparado con el sonido que sólo tú puedes sacar de esas cuerdas? — murmuré, deteniéndome frente a ella.

Aurora seguía mirando los instrumentos, como al borde de un sueño. Sus dedos temblaban cuando los extendió hacia el violín, pero dudó antes de tocarlo.

— No tienes por qué quedarte... — empezó, con la voz entrecortada.

La cogí de la mano con suavidad, llevándola hacia el violín, obligándola a sentir el peso y el significado de aquel regalo.

— Sí, tengo que hacerlo. Porque cada nota que tocas es un regalo para mí, Aurora. Toca una canción para mí. Dámela.

Ella parpadeó, dejando que las lágrimas cayeran libremente ahora, mientras sus dedos finalmente se cerraban alrededor del violín. Este era el momento que había estado esperando.

Me senté en el sillón escuchándola tocar, la misma canción que le había oído tocar años atrás, cuando decidí que sería mía.

Capítulo 39



Saludé a Katty y Juliano mientras me dirigía al coche que me esperaba. Mario estaba allí, como siempre, dispuesto a abrirme la puerta. Pero en cuanto lo hizo, me sorprendió encontrar a Raffaello en el asiento trasero.

Apartó la vista de su móvil y fijó los ojos en mí, con expresión intensa. Suspiré, sintiendo que el corazón se me aceleraba.

Raffaello llevaba un impecable traje gris de tres piezas con corbata del mismo tono. Su estilo era siempre impecable, reflejo de su autoridad.

Subí y me senté a su lado, ajustándome el cinturón en silencio, bajo el peso de su mirada. En cuanto el coche se puso en marcha, seguido por la escolta.

— ¿Por qué has venido a recogerme hoy? — pregunté, intentando sonar despreocupada, pero sabiendo que mi curiosidad era evidente.

Salió de sus compromisos en ese momento. Sabía que los irlandeses le estaban haciendo pasar un mal rato, y eso lo mantenía ocupado hasta tarde.

Raffaello arqueó una ceja oscura, el simple gesto siempre conllevaba un aire de autoridad.

— ¿Hay algún problema en que te recoja?

Asentí, con un ligero rubor en las mejillas.

— No, claro que no.

La verdad era que me encantaba que se tomara tiempo para mí, aunque fuera un simple viaje en coche. Aquellos momentos me hacían sentir querida, especial. Cada palabra que decía, incluso la más breve, tenía un peso que me conmovía. Sus acciones, e incluso su presencia silenciosa, decían mucho más de lo que podía expresar con palabras.

Raffaello nunca me había dicho *eu te amo.* Sin embargo, yo lo sentí. En el silencio de la madrugada, cuando él estaba dentro de mí, las tres palabritas se me quedaban en la punta de la lengua, casi se me escapaban. Sin embargo, siempre me las tragaba. Tal vez fuera miedo.

Miedo a entregarme demasiado rápido, a exponer algo que él aún no había verbalizado.

Sin pensarlo, mi mano se deslizó hasta su muslo y se posó en él. Podía sentir los músculos rígidos y firmes bajo la tela de su traje. No reaccionó de inmediato, pero entonces su mano se posó sobre la mía, apretándola.

— Quiero que sepas algo — dijo rompiendo el silencio.

Su tono era grave, lleno de misterio, como si hubiera algo importante en aquella

decisión.

— ¿El qué? — quise saber, con una curiosidad que crecía en mi interior.

No era un hombre que compartiera muchos de sus planes o intereses. Me habría gustado implicarme más, pero temía no ser capaz de hacer frente a toda la violencia que rodeaba nuestras vidas.

La cena de compromiso de hace unos días fue la primera vez que aparecíamos juntos en público desde nuestra boda. Desde entonces, nos refugiábamos en casa, algo de lo que no me quejaba. Me gustaba la tranquilidad, tocar el piano y el violín, perderme en mi música mientras él me observaba en silencio, como si cada nota fuera para él.

Pero ahora quería enseñarme algo. Era raro, y mi mente se esforzaba por descifrar qué podía ser.

Raffaello se volvió suavemente hacia mí, con la mirada fija en la mía.

— Espera, ya lo entenderás.

El brillo de sus ojos me hizo estremecer. Esperase lo que esperase, sabía que sería algo grande y que, de algún modo, me marcaría aún más profundamente.

El viaje fue silencioso, y me perdí en mis pensamientos mientras el coche se abría paso por las calles. Reconocí la carretera, era el lugar donde nos habían atacado. El recuerdo de aquel día era como un cuchillo frío deslizándose por mi columna vertebral, haciéndome estremecer. Era imposible no recordar el sonido de los disparos, los gritos y la sangre. Cerré los ojos un momento, tratando de alejar las imágenes, pero volvieron con más fuerza.

Al doblar una esquina, vi un enorme terreno. Más adelante, no estaba segura de cuánto tiempo habíamos tardado en llegar, quizá cuarenta minutos o más. Mi mente estaba demasiado ocupada intentando comprender adónde quería llevarme Raffaello.

Cuando el coche se detuvo frente a la entrada, se quitó tranquilamente el cinturón de seguridad y se volvió hacia mí.

— Vámonos.

Salí por la misma puerta que él, sintiendo cómo el viento frío me helaba la piel. Antes de que pudiera dudar, entrelazó sus dedos con los míos, el agarre firme y posesivo me mantuvo a su lado. Caminamos hacia el cobertizo, y los soldados que ya estaban allí se limitaron a saludarnos con breves inclinaciones de cabeza a nuestro paso.

Cuando entramos en el cobertizo, me detuve bruscamente. El sonido de unas patas corriendo resonó en el suelo de cemento, y mis ojos se abrieron de par en par al ver a tres enormes perros corriendo hacia nosotros. Eran de la raza rottweiler, negros con manchas marrones, idénticos en tamaño e imponentes.

El cobertizo en sí era sofocante. Las luces amarillas del techo se balanceaban ligeramente, proyectando sombras que bailaban de forma inquietante. El olor era horrible: sangre, orina y hierro emparejados en el aire, pesados y nauseabundos. Había manchas de sangre seca en las paredes, cadenas sujetas al techo y cuerdas atadas a ganchos oxidados. En el centro había una mesa enorme, cubierta de varios tipos de cuchillos, alicates y otros instrumentos que preferí no identificar.

Se me revolvió el estómago. Quería salir corriendo del lugar, alejarme del olor, de todo. Pero antes de que pudiera siquiera dar un paso atrás, el fuerte ladrido de los perros

resonó en el aire. Se acercaron, sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad e intensidad animal.

Me temblaron las piernas, y lo único que impidió que me dejara llevar por el pánico fue el firme agarre de la mano de Raffaello. No dudó ni un segundo, mientras yo temblaba como una hoja al viento.

Los perros se detuvieron bruscamente a unos metros de nosotros, todavía babeando y moviendo los rabos. Raffaello se adelantó, su presencia irradiaba autoridad.

— Bordi, Loc, Blooy. — Su voz sonó firme y autoritaria, llenando todo el cobertizo.

Los tres perros obedecieron de inmediato, de pie ante él en perfecta sincronía, como soldados a la espera de órdenes. El corazón aún me latía con fuerza en el pecho, pero la postura segura de Raffaello me recordaba que, en aquel mundo, hasta los animales se sometían a su voluntad.

Me miró, sus ojos oscuros brillaban con una chispa de algo que no podía identificar.

— Chicos, os presento a Aurora. — Señaló en mi dirección.

— *Mio diamante*, estos son nuestros perros.

La forma en que dijo nuestros me pareció una afirmación. Era un sutil recordatorio de que, para Raffaello, todo lo que poseía —cosas, personas, incluso los perros— formaba parte de un único dominio. Su dominio.

Aún temblorosa, miré a los perros. Eran enormes, casi monstruosos, pero había

algo en sus ojos que me decía que, a pesar del miedo que causaban, sólo obedecían al hombre que estaba a mi lado. Raffaello era su alfa, igual que él era el mío.

— Raffaello... — susurré, aterrorizada.

— Extiende la mano y deja que te conozcan, Aurora, no te devorarán —dijo con voz tranquila.

Los miré y, por Dios, quise salir corriendo.

— Vamos, Aurora...

Di un paso vacilante hacia delante, sintiendo que el corazón se me aceleraba al enfrentarme a los tres enormes perros. Respiré hondo, volví la cara y cerré los ojos, extendiendo la mano libre hacia ellos. Esperaba lo peor: dientes afilados, un mordisco o algo aún más aterrador.

Pero en lugar de eso, sentí el frío contacto de los hocicos húmedos contra mi mano y luego contra mi brazo. Resoplaron como si me estuvieran estudiando y, antes de que pudieran reaccionar, una ráfaga de lamidas húmedas y calientes se apoderó de mi piel.

— ¿Qué quieren? — pregunté, abriendo los ojos aún estática, con una mezcla de curiosidad y nerviosismo evidente en mi voz.

Raffaello, de pie como una figura imponente a mi lado, esbozó una leve sonrisa, como si el comportamiento de los perros fuera algo obvio para él.

— Juega contigo. Acarícialos. — Su voz era tranquila pero llena de autoridad, como si incluso los perros supieran que no podían sobrepasar los límites que él marcaba.

Me soltó la mano, y la ausencia de ese contacto me hizo sentir vulnerable por un breve instante. Sin embargo, los perros seguían mirándome, moviendo excitados sus cortas colas.

Temeroso, di otro paso adelante y alargué la mano, tocando las cabezas de dos de ellos. Sus cortas orejas estaban calientes bajo mis dedos y su pelaje, aunque corto, era sorprendentemente suave.

Entonces el tercero ladró con fuerza, haciéndome dar un respingo, y sentí que algo me daba un codazo en la espalda. Miré por encima del hombro y me di cuenta de que me había dado un codazo con el hocico.

— Eh — exclamé, volviéndome hacia él.

El perro volvió a ladrar, como si se riera de mí, y no pude evitar sonreír.

— Ven aquí.

Me arrodillé para acercarme a ellos y acariciarles detrás de las orejas. Pusieron la cabeza en mi regazo. A pesar de su imponente tamaño y su aspecto intimidatorio, había algo casi dulce en la forma en que se movían a mi alrededor.

Por un momento, me olvidé del olor metálico a sangre que impregnaba el aire y del ambiente aterrador que nos rodeaba. Todo lo que existía eran los tres perros y el reconfortante tacto de su pelaje.

Cuando levanté la vista, encontré la mirada de Raffaello fija en mí. Observaba la escena con lo que parecía una mezcla de orgullo y posesión. Como si aquel momento, aquellos perros, e incluso yo, formáramos parte de algo que él estaba seguro de controlar por completo.

— Está llena de sorpresas, señora Colatto — murmuró, con un tono bajo y lleno de significado—.

— ¡Son preciosas! — exclamé, una sonrisa sincera iluminó mi rostro mientras acariciaba a los perros. — ¿Podemos llevárnoslos a casa? — pregunté, casi suplicante.

Raffaello, con su expresión impenetrable, se limitó a mover la cabeza negativamente.

— No podemos. — Su voz era tan firme, como si la idea fuera imposible, pero se suavizó cuando añadió —: Una o dos veces por semana, sin embargo, os traeré aquí para que juguéis con ellos.

Ladeé la cabeza e hice una mueca ante sus palabras. Mis ojos recorrieron nuestro entorno: era un lugar oscuro y frío que parecía sofocar cualquier signo de vida, incluso para los perros.

— No deberían estar aquí... — murmuré, más para mí, mientras acariciaba el foco de uno de ellos. — Este lugar es horrible, incluso para ellos.

Raffaello se cruzó de brazos, observándome con su habitual mirada atenta, y esbozó una leve sonrisa, como si comprendiera cómo me sentía, pero fuera consciente de que no era algo que debiera discutirse.

— Bordi, Loc y Blooy tienen una función aquí, *bambina.* Fueron creados para este lugar. Fuera de aquí, serían un peligro.

Quise objetar, argumentar que me estaban consintiendo, pero el tono autoritario de su voz no dejaba lugar al debate. Incluso cuando me mimaba, nunca dejaba de ser el Don, el hombre cuya palabra era definitiva.

Suspiré y volví a acariciar a los perros, deseando poder ofrecerles algo mejor, pero sabiendo que, en el mundo de Raffaello, no todos tenían ese privilegio.

Me tendió la mano, interrumpiendo mis pensamientos.

— Venga, vamos. Hay algo más que quiero enseñarte.

Miré a los perros por última vez antes de levantarme y aceptar su mano, sintiendo la firmeza y seguridad familiares de su tacto. El contraste entre la brutalidad del cobertizo y el afecto contenido en los gestos de Raffaello seguía confundiéndome, pero en el fondo sabía que formaba parte de quién era.

Capítulo 40



Me condujo a la cabaña, fuera del cobertizo en el que me había quedado la última vez, cerrando la puerta tras nosotros con un movimiento firme que resonó en el silencioso espacio. Me volví hacia él, con el corazón acelerado, y encontré sus ojos fijos en mí, excitados. Yo también lo sentía, porque cada vez que me acercaba a él mi cuerpo ardía como las brasas de un incendio.

— De rodillas, Aurora — me ordenó, con una voz cargada del más áspero acento italiano, ronca de autoridad. Era casi un gruñido.

Un escalofrío me recorrió la espalda, como una corriente eléctrica que iluminara cada parte de mi cuerpo. Su presencia era abrumadora, sus palabras imposibles de ignorar.

Cedí y caí de rodillas ante él sin vacilar, con la mirada fija en su rostro, que mostraba esa peligrosa mezcla de control y deseo.

— Vas a chuparme la polla hasta que te ahogues con mi semen — declaró, cada

palabra impregnada de una promesa obscena.

Mi corazón se aceleró, la atmósfera que nos rodeaba se disolvió como si sólo existiera él. Sus manos buscaron mi cara, el tacto firme y controlado, guiándome.

No necesitó decir nada más. Yo ya sabía lo que tenía que hacer, sabía que cada uno de mis movimientos tenía que ser para complacerle, para demostrarle que yo era suya tanto como él era mío.

Mis manos temblaron ligeramente cuando las coloqué sobre sus muslos, moviéndome lentamente hacia arriba, como si estuviera explorando territorio sagrado. Él no me quitaba los ojos de encima, con la respiración agitada, lo que no hacía sino hacerme más consciente del control absoluto que ejercía sobre mí... y que yo, en cierto modo, también tenía sobre él.

— Vamos, *dolcezza* — me instó, con un tono profundo y desgarrado por la necesidad. — Quiero sentir tu boca adorándome como me merezco.

Sin dudarlo, mis manos buscaron su cinturón. Desafié el calor que me recorría la cara y la intensidad de su mirada. El metal del cinturón emitió un sonido grave al desabrocharlo, y la cremallera pareció resonar en la silenciosa habitación, aumentando aún más la tensión entre nosotros.

Cuando lo solté, estaba tan rígido que parecía palpitar de pura necesidad. Tenía la boca seca, pero el deseo de complacerle superaba cualquier inhibición. Era como si toda mi existencia en aquel momento estuviera dedicada a satisfacerle.

Me incliné hacia él y le di un tímido beso en la punta del miembro; su sabor invadió mis sentidos. Raffaello gruñó por lo bajo, un sonido casi animal, y sus dedos se

deslizaron por mi pelo, firmes, pero sin prisa.

— Así, *piccola*. Quiero ver cómo te pierdes. — Sus palabras eran a la vez una orden y una invitación.

Empecé despacio, probando su textura y su sabor mientras sentía cómo se endurecía aún más bajo mi lengua. Cada sonido que hacía, cada movimiento de su mano sobre mi cabeza, alimentaba mi propia necesidad. Él dictaba el ritmo, empujando cuando yo vacilaba, guiándome con precisión.

Cuando lo hube tragado por completo, un gemido ronco escapó de sus labios, su mano se aferró a mi nuca, reteniéndome allí unos segundos, hasta que sentí la falta de aire y empecé a moverme por reflejo, las lágrimas quemándome los ojos.

— Joder, Aurora. Eso es... más profundo. — Su voz era más grave, llena de deseo.

Me soltó brevemente, dejándome recuperar el aliento, pero no por mucho tiempo. Su necesidad era una fuerza dominante, una tormenta que me atraía sin posibilidad de escapar. Seguí intensificando mis movimientos, sintiendo cómo crecía el calor entre nosotros.

Cuando por fin llegó al clímax, me sujetó la cabeza con ambas manos, manteniéndome firme, mientras sentía su sabor invadir mi boca, caliente y abrumador. Soltó un gruñido grave de satisfacción y posesión.

Con un profundo suspiro, me levantó, sujetándome la cara entre las manos.

— Estás hecha para mí, Aurora. Sólo para mí — declaró, sus ojos ardiendo con una intensidad que me hizo estremecer.

Me besó, profundo e intenso, como para dejar claro que, a pesar de todo, yo era suya, igual que él era mío.

Raffaello me estrechó entre sus brazos, con sus labios aún pegados a los míos en un beso voraz, mientras cruzaba la habitación con pasos decididos. Cuando llegó al sillón, no dudó en depositarme allí con un movimiento rápido y calculado. Su mirada se clavó en mí y, antes de que pudiera reaccionar, sus manos empezaron a deslizarse por mi ropa, quitándomela pieza a pieza hasta dejarme desnuda ante él.

Se arrodilló. Me agarró las piernas y las colocó sobre sus hombros, sus grandes manos acariciaron mi piel sensible. Sus labios se acercaron a mi entrepierna, donde dejó un rastro caliente y húmedo de besos, su lengua bailando sobre mi piel.

Cuando llegó a mi zona íntima, su boca exploró con una intensidad deliciosa, mordisqueando mis labios mayores, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Arqueé la espalda, incapaz de contener los gemidos que escapaban de mis labios mientras él me consumía con la misma dedicación y voracidad que eran tan exclusivamente suyas.

Raffaello me sujetaba con fuerza los muslos, sus grandes dedos se clavaban en mi piel mientras sus labios exploraban cada centímetro. Sentí que mi respiración se aceleraba cuando mordisqueó los labios de mi coño, como si quisiera provocarme hasta que se lo suplicara.

— Eres tan perfecta, Aurora. — Su voz era ronca, con un deseo que parecía incontrolable. — Cada parte de ti me pertenece.

Subió un poco, presionando su lengua a lo largo de mi clítoris de forma lenta y

tortuosa, como si quisiera saborear cada segundo de mi reacción. Un gemido escapó de mis labios y arqueé la espalda, entregándome por completo a él. Mis manos se dirigieron instintivamente hacia su pelo, agarrándolo mientras él saboreaba mi cuerpo.

— Más... Raffaello — supliqué, con la voz entrecortada.

Sonrió contra mí, como saboreando mi súplica. Sus ojos se cruzaron con los míos, oscuros y hambrientos, antes de volver a hundirse entre mis piernas. Sus movimientos se volvieron más firmes y su lengua trazó círculos precisos y profundos. Cuando me chupó el clítoris, un calor explosivo se apoderó de mi cuerpo, haciéndome temblar entre sus manos.

Raffaello no aflojó el ritmo, aunque yo temblara y gimiera sin control. Era como si quisiera arrancarme todo, cada aliento, cada pensamiento coherente. Me abrazó con fuerza, asegurándose de que no me escapara de su agarre mientras su ritmo se intensificaba aún más.

— Sabes a perfección, *dolcezza* — murmuró contra mí, y su voz profunda me provocó oleadas de placer por todo el cuerpo.

Volvía a sentirme al límite, y él lo sabía. Con cruel precisión, deslizó dos dedos en mi interior, el movimiento profundo y rítmico me llevó al borde del abismo. Sus labios no abandonaron mi clítoris, y cuando presionó sobre un punto sensible, mi cuerpo se rindió, una oleada de placer abrumador me inundó por completo.

Grité su nombre, incapaz de contenerme, mientras él me sostenía en el vértice, prolongando cada segundo de mi orgasmo. Cuando por fin dejé de temblar, Raffaello subió por mi cuerpo, con sus ojos fijos en los míos, llenos de satisfacción y posesión.

— Nunca olvides a quién perteneces, Aurora — susurró contra mis labios antes de besarme con fuerza, haciéndome saborear en su boca.

Su beso fue voraz, y el calor entre nosotros pareció renacer. Se colocó sobre mí, su fuerte cuerpo apretando el mío contra el sillón. Sin darme tiempo a recuperar el aliento, me agarró de las piernas, abriéndome completamente a él.

— Y ahora, *mia piccola*, voy a tomarte como sólo yo puedo hacerlo.



No perdí el tiempo. Aparté a Aurora del sillón y me senté, tirando de ella hacia mi regazo. Su sabor seguía en mi boca, mezclado con el mío, una combinación que sólo nosotros compartíamos.

— Móntame, *mio diamante* — le ordené, mientras mi mano firme golpeaba su nalga, haciéndola gemir.

— Raffaello... — ronroneó, con los ojos brillantes de deseo, como una gata a punto de abalanzarse.

Mis manos exploraron la suavidad de su culo mientras sus pechos pesados e

irresistibles se cernían ante mis ojos. Me incliné hacia atrás, la visión de ella cabalgándome era algo que podía volverme loco.

— Pon tus pechos en mi boca, mientras te tragas mi polla — rugí, mis manos ya apretaban uno de ellos, sintiendo su piel cálida y suave.

El recuerdo de ella jugando antes con mis perros había despertado algo primitivo en mí, un hambre insaciable que ahora iba a satisfacer.

Aurora se movió, sus dedos presionando mi pecho, equilibrándose mientras se deslizaba sobre mí, cada movimiento una deliciosa tortura. Su coño caliente y apretado me tragó entero, como si hubiera sido hecho a medida para mí.

Gemí por lo bajo, aferrándome a sus muslos mientras ella empezaba a cabalgarme con más intensidad. El sonido de sus gemidos llenaba la cabina, una melodía que no hacía más que aumentar mi excitación.

— Así... — murmuré, y mis manos subieron hasta sus pechos. Los apreté con firmeza, sintiendo cómo su piel se estremecía bajo mi contacto. Me incliné hacia delante y atrapé uno de los pezones entre mis labios, chupándolo con avidez.

— Raffaello... — jadeó, arqueando la espalda.

Mi mano bajó hasta la base de su columna, guiándola hacia un ritmo más rápido e intenso. El placer palpitaba en cada parte de mi cuerpo, y ver a Aurora tan entregada, tan ardiente, sólo me hacía desear dominarla aún más.

— Eres mía, Aurora, y siempre lo serás — gruñí, mis dientes arañando la suave piel de su hombro mientras la sujetaba con más fuerza, empujando mis caderas para encontrarme con cada una de sus embestidas.

Gritó mi nombre y su cuerpo empezó a temblar cuando alcanzó su primer clímax. Pero yo no había terminado. Seguí moviéndola, ignorando sus súplicas intercaladas de que bajara el ritmo.

— No tan rápido, *mi diamante*. Volverás a correrte antes de que acabe contigo.

Aurora apenas tuvo tiempo de recuperarse cuando la agarré firmemente por la cintura, imponiéndole un ritmo aún más salvaje. Tenía los ojos entrecerrados y la boca entreabierta, respirando irregularmente mientras gemía mi nombre entre gemidos roncos.

Intentó apoyarse en mis hombros, pero tiré de ella más cerca, juntando nuestros cuerpos, sintiendo sus pechos presionados contra mi pecho mientras la guiaba sobre mí, obligándola a moverse exactamente como yo quería.

— Vas a correrte otra vez, Aurora — siseé en su oído, mordisqueándole ligeramente el lóbulo. — Hasta que ya no puedas pronunciar mi nombre, hasta que sólo puedas sentir cuánto me perteneces.

Ella jadeó, echando la cabeza hacia atrás, y yo aproveché para besarle el cuello, mordisqueando la delicada piel mientras sus uñas se clavaban en mis brazos.

— Raffaello... No puedo... — murmuró, jadeando, pero sus caderas seguían moviéndose, obedeciendo mi voluntad, incluso cuando el placer la consumía.

— Puedes, y lo harás — respondí, con la voz ronca por el deseo. Mis dedos bajaron entre los dos y encontraron su clítoris hinchado, presionándolo con firmeza mientras la acariciaba.

Volvió a gritar y los músculos de su cuerpo se contrajeron en violentos espasmos

cuando la invadió un segundo orgasmo, aún más intenso que el primero.

No pude contenerme más. La abracé con fuerza por la cintura, penetrándola profundamente, el placer explotando en mi interior mientras dejaba escapar un gruñido primitivo.

Aurora se desplomó sobre mi pecho, los dos jadeando, nuestros cuerpos aún conectados, temblando por la intensidad del momento.

— *Perfetto* — murmuré, pasándole los dedos por el pelo, aun intentando controlar la respiración. — Estás hecha para mí, Aurora.

Ella sonrió contra mi piel, sin fuerzas para responder, pero sus brazos alrededor de mi cuello dijeron todo lo que necesitaba saber.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 41

— Esto es lo que pediste. — La voz de Amelia temblaba de tensión y desesperación. Sus ojos pasaron de mí a los hombres que custodiaban la puerta. — Por favor, ¡devuélvanme el pasaporte y quítenme a sus hombres de encima! — suplicó, con las manos temblorosas mientras me tendía la pequeña memoria USB.

Cogí el dispositivo sin decir palabra. Me acerqué a la mesa y conecté la memoria USB a un iPad nuevo, completamente limpio, con una cuenta fantasma configurada para no dejar rastro. La habitación parecía congelada, y el sonido de las cortas respiraciones de Amelia era el único ruido acústico.

Pulsé el play.

El archivo de audio se abrió y voces familiares resonaron por la habitación. Puse el volumen al máximo, el sonido lo bastante nítido como para cortar el aire como una cuchilla.

— ¿Así que vamos a matar a Don Colatto? — La voz de Alfred Soal era tranquila, como si estuviera hablando del tiempo y no de la posibilidad de asesinar a un hombre como yo. — ¿Cómo sería eso?

— Tomando a su mujer como cebo — contestó Arianna, con un tono despreocupado que me hizo hervir la sangre. — Ella está en la universidad y tú sólo tienes una escolta. Será fácil.

Mis dedos se tensaron sobre el iPad, pero me contuve. Seguí escuchando.

— Pero Amelia ha dicho que se preocupa un poco por ella, ¿no? — preguntó una voz que se identificó como la del senador Lostes.

Se oyó una risa seca.

— Eso no es cierto — continuó Arianna con desprecio. — A él no le importa lo que ella sienta, ¡tanto que yo estoy viva después de humillar a esa zorra!

— Vamos a acorralar a la chica, que sepamos solo tiene una escolta — dijo Amelia en el audio.

— ¿Estás segura de eso, hija? — preguntó el alcalde. — No podemos hacerlo mal.

— ¡Es imposible que a Raffaello le importe mi hermana! — la voz airada de Arianna sonó con más fuerza.

— He visto cómo la mira — dijo el senador Lostes. — Como un hombre obsesionado, ella será un buen cebo.

— La recogeremos fuera de la universidad — dictaminó el alcalde Soal.

— ¡Kristen y Beatrice pueden ayudarme! — exclamó Arianna.

Cerré el archivo, un pesado silencio llenó el espacio. Tenía la mandíbula tensa y todo mi cuerpo destilaba una furia contenida.

Miré a Amelia, que permanecía inmóvil, con la respiración tan fuerte como el audio que acababa de sonar.

— Has hecho bien en traerme esto.

Sollozó, asintiendo frenéticamente.

— Ahora devuélveme mi pasaporte y quítame a tus hombres de encima, por favor, por favor — suplicó, llorando.

— No voy a devolverte el pasaporte — declaré con voz firme y seria, y mis ojos penetraron en los de Amelia, que temblaba delante de mí. — Me has faltado al respeto.

El impacto de mis palabras la golpeó como un mazazo. Retrocedió un paso, con el rostro contorsionado por la desesperación.

— ¡Me lo prometiste! — dijo con la voz entrecortada por las lágrimas. — No puedo soportarlo más, ¡no puedo soportarlo más! Tus hombres... ¡tus hombres están abusando de mí!

Su súplica resonó en toda la habitación, pero yo permanecí inmóvil, impasible como una estatua.

— Por lo que sé, te gusta que te follen, Amelia — dije, fríamente. Me crucé de brazos. — Los vídeos lo demuestran. ¿Quieres que te lo enseñe?

Se atragantó y se le fue el color de la cara.

— ¿Los vídeos? — susurró, casi inaudible, con los ojos muy abiertos por el terror.

Una fría sonrisa apareció en mi rostro.

— Sí, Amelia. Videos. ¿Crees que no sabía lo que hacías mientras fingías ser una víctima? Mi sistema de vigilancia es más eficiente que tu capacidad para mentir.

Me acerqué a la mesa de al lado, cogiendo una tableta que había sobre ella.

— ¿Quieres verlo? ¿Ver cuánto sufriste? Porque, al parecer, te sentías muy cómoda con mis hombres. Gritó más fuerte que ahora, pero no de dolor.

Empezó a sollozar, envolviéndose el cuerpo con los brazos como si quisiera protegerse de mi abrumadora presencia.

— Por favor... no, no sabía que estabas grabando...

— ¿Crees que es importante? — Mi voz salió más aguda, mis palabras afiladas como cuchillas. — Tocaste a mi mujer, conspiraste contra mí ¿y ahora quieres regatear por tu libertad? Amelia, sólo estás viva porque aún eras útil.

Cayó de rodillas, con la cara entre las manos y el cuerpo tembloroso por los sollozos. Caminé hacia el bar, el sonido de mis pasos resonando en el suelo de mármol como una sentencia de muerte. Cogí una botella de mi whisky favorito y me serví un buen trago. El líquido ambarino resbaló por el vaso, mientras la criatura del suelo sollozaba y gemía, suplicando por su vida.

Me quedé mirándola un momento, con el desprecio palpitando en cada fibra de mi ser. Caminé lentamente hacia ella con la botella en la mano, sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de que me acercaba.

Me agaché y quedé a unos centímetros de su cara. Podía oler el miedo que emanaba de ella, mezclado con el sudor que empapaba su piel.

— Tus servicios ya no son necesarios. — Mi voz era grave, aguda, con una promesa de dolor.

Sin apartar los ojos de ella, vertí el whisky sobre su cara y su cuerpo. El líquido corrió hacia abajo, empapando su ropa y su pelo. Se atragantó, sus ojos frenéticos

intentaban comprender lo que estaba ocurriendo.

Dejé la botella vacía en el suelo con calma metódica y cogí el encendedor del bolsillo de la chaqueta. Lo encendí, la llama bailó entre mis dedos por un momento.

Le lancé el mechero.

El grito que resonó fue ensordecedor. El fuego se extendió rápidamente, lamiéndole el cuerpo mientras ella se debatía en el suelo, intentando apagar las llamas.

— ¡Ah! — gritó, con las manos tratando en vano de sofocar el fuego que consumía su ropa y su piel.

Me levanté, ajustándome la chaqueta mientras la observaba con frialdad. No había prisa, ni remordimientos. Sólo la certeza de que traiciones como la suya merecían un castigo definitivo.

La muerte.

Me di la vuelta para marcharme, dejando de fondo el sonido de sus gritos y el crepitar de las llamas.

— No dejéis que muera quemada. — Mi orden seca iba dirigida a los hombres que esperaban fuera. — Pues métela en la celda sin medicación, aún no he terminado con ella.

Mantuve a Amelia con vida porque era la única persona con la que su padre hablaba de cualquier cosa, incluidos sus planes contra mí.

El pasillo se sumió en un silencio opresivo, sólo roto por el rítmico sonido de mis pasos resonando contra las paredes. Las luces amarillas parpadeaban, como si incluso

ellas tuvieran miedo de presenciar lo que acababa de ocurrir.

Salí por la puerta, sintiendo el aire frío de la madrugada golpeándome la cara. Nicolo estaba allí, apoyado en uno de los coches negros, con un cigarrillo encendido entre los dedos. La brasa iluminaba sus facciones duras mientras daba caladas en silencio.

Me detuve junto a él, apoyado contra el coche sin decir nada, sacando el estuche de cuero del bolsillo de mi chaqueta. El peso familiar del objeto me dio una sensación de control. Abrí el estuche y vi un puro perfectamente conservado. Saqué un cúter de plata, limpio y refinado, y corté la punta con precisión.

Nicolo me miró, pero no dijo nada. Sabía cuándo no estaba para charlas.

Encendí el puro con un mechero grabado con mis iniciales, observando cómo la pequeña llama iluminaba la punta antes de apagarla. Di una calada profunda, dejando que el humo invadiera mis pulmones y lo exhalé lentamente, observando cómo se disipaba en la noche.

El silencio seguía siendo absoluto, pero el olor del puro llenaba ahora el aire a mi alrededor.

— ¿Todo en orden? — dijo Nicolo en voz baja, casi un susurro.

Asentí sin mirarle, manteniendo el puro entre los dedos mientras mis ojos recorrían el horizonte.

— Sí — respondí al cabo de un rato, con la voz tan fría como el aire de la madrugada. — Beatrice será la siguiente.

Nicolo tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con la punta del zapato.

— Voy a buscar una nueva esposa, ya que voy a enviudar pronto — dijo Nicolo con un toque de humor negro, soplando el último humo de su cigarrillo. — Cualquiera que engañe a mi Don me está engañando a mí.

Mis labios esbozaron una fría sonrisa. La lealtad de Nicolo era inquebrantable, e incluso sus bromas llevaban implícita seriedad.

— Lo pagarán — dije, exhalando otra nube de humo espeso. — Los *Underboss* están limpiando mis ciudades, como les ordené.

Nicolo se cruzó de brazos, su mirada acerada reflejaba la misma ferocidad que crecía en mi interior.

— El alcalde Soal y su zorra creen que pueden desafiarme. Usar a mi mujer como moneda de cambio... — Hice una pausa, tiré el cigarro al suelo y lo aplasté con la suela del zapato. — Les demostraré que contra mí no hay margen de error.

Nicolo ladeó la cabeza, con un ligero brillo de admiración en los ojos.

— ¿Necesitas que elimine a alguien más? — preguntó, como si estuviera hablando de algo trivial.

— De momento, dejemos que las ratas salgan de sus madrigueras — respondí. — Ya habían empezado a oler la muerte.

El viento frío arrastraba el olor a humo, una combinación que parecía pertenecer realmente a la noche. Miré al cielo, donde las primeras luces del amanecer empezaban a filtrarse entre la oscuridad.

— Esta ciudad sangrará antes de que permita que toquen lo que es mío — declaré, mirando el reloj.

Nicolo habló de reojo, ajustándose la chaqueta de cuero mientras se enderezaba:

— Sangrar es lo menos que se merecen.

Sin replicar, volví la mirada hacia él y asentí brevemente. Nicolo comprendió, como siempre, sin necesidad de más palabras.



Irrumpí en la casa de Alfred Soal antes del amanecer. La propiedad, imponente y estratégicamente situada, estaba rodeada de cadáveres caídos. Sus guardias de seguridad, hombres que debían protegerle con su vida, yacían muertos en los cuidados jardines. No hubo necesidad de disparos: los degüellos eran más silenciosos.

Las cámaras de vigilancia estaban apagadas, un detalle que acentuaba la precisión del ataque. Subí las escaleras que conducían al segundo piso con pasos calculados, la madera de las barandillas reflejando la luz defectuosa de la luna que penetraba por las ventanas. No había prisa; Alfred Soal no tendría adónde huir.

La puerta de la suite, una inmensa pieza de madera tallada, cedió a mi mano. Con la pistola apuntando al frente, abrí lentamente la entrada. El leve crujido de las bisagras quedó ahogado por el suave sonido de la respiración de los ocupantes de la habitación.

Nicolo estaba justo detrás de mí, su presencia tan silenciosa como letal. No

necesitábamos palabras. Mi atención no se centró en el hombre acostado en la cama tamaño king. El alcalde, Alfred Soal, dormía, ajeno al infierno que había caído sobre su casa.

A su lado, Arianna estaba desnuda, cubierta únicamente por una fina sábana que le llegaba hasta las caderas. La escena que tenía ante mí era una afrenta, sus cuerpos desnudos expuestos como si fueran intocables. No pude evitar el asco que me recorrió al observar su complacencia, su falsa sensación de seguridad, como si el poder le cegara.

— Despiértalo. — Mi voz era baja, pero cargada de autoridad.

Nicolo se adelantó, sus zapatos hicieron crujir ligeramente el suelo de madera. Quitó la manta, arrancándoles la tela con un gesto brusco. Arianna murmuró algo inaudible, aún sumida en el sueño. Alfred, por su parte, abrió los ojos de repente, el destello de la pistola apuntándole a la frente lo sacó de su aturdimiento.

— ¿Qué... qué es eso? — balbuceó, tratando de incorporarse.

— Quédate donde estás, Alfred. No estoy aquí para escuchar tus excusas. — Mi voz era aguda, cada palabra estaba impregnada de amenaza.

Arianna se despertó sobresaltada, encogiéndose al ver la pistola en mis manos y los fríos ojos de Nicolo.

— Raffaello... Yo... Yo no... — empezó a decir, con voz temblorosa y desesperada.

— Cállate — corté sus palabras, mi tono tan refinado como una navaja. Mis ojos no se apartaron de Alfred, que ahora sudaba, a pesar de que el frío de la madrugada seguía en el aire.

Di un paso hacia delante y mi presencia dominó la habitación. La punta de mi pistola rozó su frente.

— ¿Creías que podías jugar con el diablo y salirte con la tuya, Alfred?

El silencio que siguió fue opresivo, sólo interrumpido por el sonido de la respiración irregular del alcalde.

Traicionar a un Colatto tenía consecuencias.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 42

Agarré con fuerza la hoja dentada, observando cómo el brillo opaco reflejaba la tenue luz del cobertizo. Soal me miraba con los ojos muy abiertos, con las manos temblorosas atadas a la silla. Sin prisa, bajé la hoja hasta la punta de su dedo índice. El sonido de la piel desgarrada y el hueso cortado resonó en la habitación.

— ¡Ah! — gritó, su voz desesperada llenó el espacio vacío.

A su lado, Arianna se debatía, atada a otra silla. Tenía los ojos llorosos y luchaba contra las cuerdas que la ataban.

— ¡Por favor, Don Colatto! ¡Clemencia! — suplicó el anciano, con la voz lacerada por el dolor.

Sin responder, pasé la cuchilla por el siguiente dedo, viendo cómo la sangre goteaba sobre el suelo de cemento. El olor metálico de la sangre empezó a mezclarse con el ambiente, aumentando la tensión.

— ¿Cuántos otros en el Senado me quieren muerto? — pregunté, con voz baja y firme.

Negó con la cabeza, ahogándose en sus sollozos, pero yo ya sabía la respuesta. Ya tenía los nombres.

Dejé reposar la hoja un momento, observando el miedo en los ojos del hombre. Intentó hablar, pero las palabras le salían confusas, ininteligibles.

— Tus amigos del Senado creen que pueden gobernar Nueva York sin mí — continué, inclinándome para que pudiera oír cada palabra. — Pero ya es hora de poner nuevos gobernantes en esos despachos. Gente que sepa quién gobierna esta ciudad.

Soal se limitó a sollozar, con el rostro contorsionado por el dolor y la desesperación.

Miré a Arianna, que seguía llorando, intentando apartar la mirada de la grotesca escena que tenía delante.

— ¿Qué pasa, Arianna? — pregunté con voz sarcástica. — Parecías muy segura de ti misma en los audios. ¿Dónde está la mujer que quería destruirme?

Ella no contestó, le temblaban los labios de tanto mordérselos para no gritar.

La hoja ensangrentada descansaba sobre la mesa de metal mientras yo cogía un pequeño pero letal alicate de un juego de herramientas cuidadosamente organizado.

Soal, atado a la silla, temblaba como un animal acorralado, sus gritos anteriores se transformaban ahora en gemidos bajos, casi un susurro, mientras su cuerpo se adaptaba al límite del dolor que ya había sentido.

— Quieres piedad, ¿verdad? — pregunté, haciendo girar las tenazas entre mis dedos. — Pero no mostraste ninguna cuando conspiraste contra mí.

Soal intentó responder, pero lo único que consiguió fue murmurar algo incoherente, con la saliva mezclada con sangre goteando de sus labios temblorosos. No le interesaban sus palabras. Había tenido su oportunidad de hablar; ahora era mi turno.

Le cogí la mano mutilada, con los dedos que le faltaban aun sangrando, y apreté el

alicate contra la uña del dedo corazón que le quedaba.

— Veamos hasta dónde llega tu resistencia, Soal.

Con un movimiento lento y deliberado, empecé a tirar de la uña. Gritó, el sonido ronco y estridente, como si le ardieran todos los nervios del cuerpo. La sangre brotó a medida que el clavo se desprendía de la carne, pedazo a pedazo, hasta que se desprendió, revelando la carne viva y ensangrentada que había debajo.

— Pregunté cuántos otros miembros del Senado estaban implicados. — Mi voz era un tono bajo y helado, tan agudo como el dolor que sentía.

— ¡Te-te lo he dicho! — gritó entre sollozos. — T-todos ellos... Lostes, Arianna, los demás... ¡todos estuvieron de acuerdo!

— Todo no es una respuesta. Necesito nombres.

Vaciló, y eso me bastó para pasar al siguiente dedo de mi mano izquierda. Esta vez, no me limité a arrancar la uña, sino que apreté el alicate contra la falange y empecé a aplastar. El sonido del hueso aplastado era una horrible melodía, acompañada por los gritos agónicos de Soal, que movía la cabeza en frenética negación.

— ¡Por favor! ¡Te daré lo que quieras! — suplicó, con la voz quebrada.

— No se trata sólo de lo que yo quiera. — Me incliné hacia ella, con expresión fría y despiadada. — Se trata de lo que te mereces.

Cogí un soplete de la mesa. La llama azul danzó como una serpiente letal mientras lo ajustaba. Soal empezó a forcejear aún más, con la mirada fija en la llama.

— ¡N-no! ¡Por favor, no!

Le agarré el antebrazo y apreté la llama contra su piel. El olor a carne quemada invadió el cobertizo, mezclándose con el grito gutural que soltó. Su piel se arrugó y ennegreció bajo el calor, y él luchó, con la cara contorsionada en una máscara de sufrimiento absoluto.

— Ese es el precio por jugar con la muerte, Soal.

Mientras seguía gritando, me volví hacia Arianna, que observaba la escena completamente conmocionada, con lágrimas en los ojos.

— Eres la siguiente si decides mentirme.

Sollozó, sacudiendo la cabeza, incapaz de formar palabras.

Volví mi atención hacia Soal, que ahora estaba en estado de shock, murmurando cosas incoherentes. Su cuerpo estaba débil, pero no lo suficiente como para escapar de lo que vendría a continuación.

— Me estoy aburriendo, Soal. — Cogí un pesado martillo de la mesa. — Acabemos con esto con estilo.

Levanté el martillo y lo golpeé con fuerza contra su rodilla, que crujió con un sonido grotesco. Volvió a gritar y su cuerpo se arqueó de dolor. Continué, golpe tras golpe, hasta que la rodilla quedó reducida a irreconocibles trozos de hueso y carne. Arianna, a su lado, lloraba compulsivamente.

Soal ya no tenía fuerzas para gritar. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, el rostro pálido y bañado en sudor. Le miré, calculando el momento final.

— Esto es para que todos sepan lo que les pasa a los que desafían a Don Colatto.

Sin vacilar, saqué una pistola de mi cinturón y se la puse al lado de la cabeza. El disparo fue seco, y el cuerpo de Soal cayó sin vida contra la silla.

Arianna dejó escapar un grito ahogado, pero ya no me importaba.

Me volví hacia mis hombres, que observaban todo en silencio, con los rostros inexpresivos.

— Dejad su cuerpo a la entrada del Senado. Sabrán quién es el responsable.

— ¡Sí, Don! — dijo uno de los soldados.

Vi cómo arrastraban el cuerpo inerte de Soal hacia el exterior, el sonido de sus pasos resonando en el cobertizo hasta perderse en la lejanía. Un pesado silencio llenó la habitación, sólo interrumpido por el sonido entrecortado del llanto de Arianna.

Me volví hacia ella, con una sonrisa fría y cruel formándose en mis labios. Tenía la cara hinchada y los ojos enrojecidos por el llanto. Ya no parecía la mujer segura y arrogante de la que solía presumir. Ahora sólo era una sombra asustada.

— Ahora te toca a ti. — Mi voz era baja, casi un susurro, pero cada palabra era una promesa de dolor.

— Por favor, por favor... — suplicó, con sollozos intercalados.

Sus súplicas no me conmovieron. No había lugar para la piedad en mi corazón. Me acerqué a la mesa metálica donde estaban las herramientas. Pasé los dedos por encima de ellas antes de coger un bisturí afilado. La hoja brilló en la penumbra del cobertizo cuando me acerqué a ella.

Me detuve frente a Arianna, observando cómo su cuerpo desnudo temblaba bajo el

peso del terror. No había lujuria en mi mirada; sólo fría y calculada indiferencia. Sujeté su barbilla con fuerza, obligándola a mirarme.

— Te gustaba manipular, conspirar en la sombra, ¿verdad? — pregunté, inclinándome más hacia ella, con la voz cargada de desprecio. — Veamos qué queda de ti sin esa arrogancia.

Sin esperar respuesta, acerqué la hoja a su piel. Con movimientos precisos, bordeé la areola de uno de sus pechos y la punta de la hoja cortó lo suficiente como para que la sangre empezara a fluir en finas líneas rojas. Su grito fue agudo, casi animal, resonando en la habitación mientras luchaba inútilmente contra las cuerdas que la sujetaban.

El olor metálico de la sangre se mezcló con la atmósfera ya cargada. Lentamente, arranqué el trozo de carne, desechándolo en el sucio suelo como algo sin valor.

— Por favor, por favor, ¡haré lo que quieras! — suplicó, con la cara contorsionada por el dolor más absoluto.

Ignoré sus palabras y me dirigí a su otro pecho. Lloraba desconsoladamente, pero el sonido ya era sólo un ruido lejano para mí. Me concentré en la tarea que tenía entre manos, en cada corte preciso y metódico.

Su rostro palidecía por momentos, sus ojos pesaban como el plomo. Iba a desmayarse. Pero todavía no.

— Échale agua por encima de ella y enciende la silla. — Mis palabras sonaron firmes, cortando el silencio.

El soldado obedeció sin vacilar, arrojando un cubo de agua sobre Arianna, cuyo cuerpo desnudo tembló ante el impacto del frío líquido. Antes de que pudiera

reaccionar, el agudo sonido de la corriente eléctrica atravesó la habitación, seguido de los gritos incontrolables que estallaron en su garganta. Su cuerpo se contorsionó violentamente, sus músculos se contrajeron, sus ojos se abrieron de par en par con mudo horror mientras el olor a carne quemada comenzaba a extenderse.

El eco de sus gritos reverberó en las paredes del cobertizo, casi opacando el sonido de la electricidad.

— Apágala. — Mis palabras fueron acompañadas por el chasquido del interruptor y los gritos cesaron al instante, sustituidos por gemidos graves e irregulares. — Déjala salir con los perros. Tienen que comer.

— Ella no podrá huir, Don. — Su voz contenía una pizca de duda, pero no la suficiente como para desafiar mis órdenes. — Los perros se aburrirán, tal vez inyectarle una dosis de adrenalina.

— Sí, entonces trae a Amelia. — La firmeza de mi voz dejó claro que no había lugar para preguntas. — Suéltenla de la silla.

Dos de mis hombres la desataron y la arrojaron al suelo como un saco de carne. Arianna cayó con un golpe seco, con el cuerpo ensangrentado y la piel marcada por las quemaduras eléctricas. Su cuerpo estaba inerte, pero aún encontró fuerzas para arrastrarse hacia mí, cada movimiento una lucha desesperada por sobrevivir.

— Piedad... — murmuró, con la voz apenas por encima de un susurro.

Cuando llegó a mis pies, levantó una mano temblorosa, como implorándome. Sin decir palabra, levanté la bota y le di una fuerte patada en la cara. El impacto hizo que su cabeza rebotara hacia atrás, con un sonido seco acompañado del crujido de su nariz al

romperse. La sangre estalló en un chorro que manchó el suelo, ya de por sí sucio.

— ¡Suéltame! — El grito de Amelia cortó el aire y giré la cabeza para mirarla.

Dos de mis hombres la arrastraron hasta el cobertizo y la arrojaron al suelo de cemento. Tenía la piel en carne viva, algunas zonas ennegrecidas y otras arrugadas por las quemaduras. El olor pútrido de la carne muerta se apoderó del lugar.

Los ladridos de mis perros empezaron a sonar de fondo, creciendo en intensidad a medida que sus musculosos cuerpos corrían hacia nosotros. Los ojos de Amelia se abrieron de pánico y empezó a forcejear, intentando levantarse.

Arianna, que seguía en el suelo, intentaba arrastrarse. Su desesperación era casi palpable, alimentando la excitación de los perros que se acercaban.

El Bordi alcanzó a Arianna, su mandíbula se cerró con un fuerte chasquido alrededor de su pierna. Su grito fue ensordecedor, luchó mientras la sangre brotaba de la herida abierta.

Amelia tuvo menos suerte, Loc y Blooy la alcanzaron al mismo tiempo, uno le mordió el brazo y el otro le agarró el muslo. Intentó forcejear, pero sus gritos no tardaron en hacerse roncos y sus ojos se abrieron de par en par mientras los perros desgarraban sin piedad su carne.

Me quedé inmóvil, observando la escena con la calma de quien ve un espectáculo ensayado. El olor a sangre, carne y miedo llenaba el aire, mientras los gemidos y ladridos se mezclaban en una grotesca sinfonía.

Antes no lo habían entendido, pero ahora, en el último momento, Arianna y Amelia se dieron cuenta de su error. Jugar con La Falce Nera tenía un precio, y yo era el

cobrador.

**

Beatrice entró en mi cubierta con aquel aire sin pretensiones y una alegría forzada que no hacía sino acentuar su superficialidad. Sus tacones resonaban en el mármol y su empalagoso perfume invadía la habitación. Llevaba un vestido rojo corto y escotado que parecía elegido para provocar. Era evidente que Beatrice era consciente del efecto que creía causar en los hombres, pero yo no era uno de ellos.

Permanecí sentado en el sillón de cuero, con el vaso de whisky en equilibrio en la mano, mientras el puro ardía entre mis dedos. Mi expresión era neutra, pero mi mirada era penetrante, observando cada uno de sus movimientos. Ella se detuvo en el centro de la habitación, mirándome fijamente con aquella sonrisa que intentaba ser seductora.

— Raffaello, ¡qué alegría que me hayas llamado! — Su voz era excitada, casi exagerada, llena de segundas intenciones. — ¡Estás tan guapa como siempre!

Se mordió los labios pintados de rojo, ladeando el cuerpo como si esperara mi reacción.

— Un hombre fumando un puro es tan sexy... — añadió, su voz descendiendo en un tono ensayado que me causó más aburrimiento que otra cosa.

Solté el puro, sin apartar los ojos de los suyos. Beatrice podía creerse inteligente, pero la realidad era que era una marioneta que ni siquiera sabía quién manejaba sus hilos.

La observaba como quien evalúa un objeto a punto de ser desechado. Cada palabra que salía de su boca no era más que ruido, y supe desde el momento en que envié el

mensaje cuál sería su destino.

— Bonito vestido. — Mi voz sonó fría, indiferente, mientras apoyaba el vaso en la mesa auxiliar.

Ella esbozó una amplia sonrisa, pensando claramente que era un cumplido. Patético.

— Gracias, sabía que te gustaría. Lo elegí pensando en ti...

Enarqué una ceja y la comisura de mis labios se curvó en una sonrisa vacía.

— Te agradezco el esfuerzo. — Di otra calada al puro, dejando que el humo saliera lentamente.

Beatrice se acercó, ignorando la advertencia de mis ojos, como una mosca que va directa a la telaraña.

Yo la mataría enseguida. Pero antes, comprendería el peso de jugar con el hombre equivocado.

— ¿Subimos al dormitorio? — sugirió, forzando un giro sensual que me irritó.

Me levanté y le hice un gesto para que me siguiera escaleras arriba. Subimos despacio, mis pasos firmes contrastaban con los suyos, que vacilaban a cada paso. Yo seguía con el mismo traje de antes, el abrigo marrón ocultaba las manchas de sangre que manchaban mi camisa.

Cuando entramos en la suite principal, Beatrice soltó una carcajada nerviosa y se tiró en la cama, ajena a la presencia de Nicolo, que estaba de pie junto a la ventana, con las manos cruzadas a la espalda y los ojos fijos en la oscuridad del exterior.

— Buenos días, cariño. — Nicolo rompió el silencio con un tono sarcástico.

Beatrice se puso en pie de un salto, con una expresión sorprendida y asustada que distorsionaba su rostro.

— ¡Nicolo! — exclamó con la voz entrecortada mientras corría hacia él.

Nicolo permaneció inmóvil hasta que ella se acercó lo suficiente. Fue entonces cuando su puño salió disparado, golpeándola con fuerza en la cara. El impacto fue tan violento que el sonido resonó en toda la suite. Beatrice cayó al suelo con un grito ahogado, la sangre brotando de su nariz rota mientras gemía de dolor.

Me acerqué a una estantería y cogí uno de los látigos de acero que había allí guardados, lanzándole uno a Nicolo y quedándome con el otro en la mano.

— Levántate. — Mi voz sonó firme, sin lugar a dudas.

Beatrice levantó el rostro ensangrentado, las lágrimas brotando mientras murmuraba súplicas de perdón.

— Desnúdate —le ordené sin emoción.

Dudó un instante, pero la mirada que le dirigí la hizo obedecer. Temblorosa, empezó a quitarse el vestido, la tela roja cayó al suelo, dejándola expuesta y vulnerable ante nosotros.

— Por favor, ¡soy la madre de tu hijo! — Se volvió hacia Nicolo, llorando, con la voz entrecortada por la desesperación.

Nicolo sólo se rió, un sonido grave y cruel que hizo que Beatrice retrocediera un paso.

— Eres una zorra que ha deshonrado a tu Don. — Mi voz cortó la atmósfera, llena de desprecio.

Levanté el látigo y lo descargué con fuerza contra su espalda desnuda, el crujido de la piel al romperse llenó el silencio. Beatrice gritó con fuerza y su cuerpo se arqueó de dolor. Nicolo no perdió el tiempo y empezó a hacer lo mismo, con golpes metódicos y despiadados.

Con cada bofetada, con cada grito, el aire de la suite parecía más pesado. La sangre empezó a correr por la espalda de Beatrice, y sus piernas flaquearon mientras intentaba mantenerse en pie. Sus súplicas y gritos se hicieron más graves, más desesperados, hasta que finalmente, con un último golpe, se desplomó en el suelo, inmóvil.

Me detuve y miré el cuerpo de Beatrice, ahora tendido en un charco de sangre. Nicolo me miró, con el rostro aún endurecido por la rabia, mientras tiraba el látigo al suelo.

Sólo faltaban el senador y la cabeza de Aoife Maeve, la líder de la mafia irlandesa.

Capítulo 43



Fui corriendo al baño con el estómago revuelto, cada paso parecía multiplicar el malestar que me quemaba por dentro. Apenas tuve tiempo de cerrar la puerta antes de arrodillarme y levantar la tapa del váter. El sabor ácido invadió mi boca y el sonido seco del vómito resonó en el pequeño espacio.

Sentí que todo mi cuerpo temblaba mientras expulsaba todo lo que había comido esa mañana. Las náuseas eran implacables, y justo cuando creía que habían terminado, una nueva oleada me inundó, haciendo que mi estómago se retorciera violentamente.

Unos pasos apresurados resonaron detrás de mí. Celeste entró en el cuarto de baño con una expresión entre preocupada y apremiante. Sin decir palabra, me sujetó el pelo con cuidado mientras vomitaba los ácidos del estómago, con el cuerpo debilitado por el esfuerzo.

— Respira hondo, se te pasará — murmuró, con voz grave y tranquilizadora, aunque apenas podía oírla por el zumbido de mis oídos.

Me apoyé en el borde del jarrón, intentando recuperar el aliento, pero la cabeza me daba vueltas y me corrían gotas de sudor por la frente. Celeste cogió una toalla, la mojó en el lavabo y me la apretó contra la nuca.

— ¿Necesitas ayuda médica? — me preguntó.

Negué con un débil movimiento de cabeza, sin fuerzas para hablar. Cerré los ojos, intentando bloquear la sensación de que el suelo se movía debajo de mí.

— Señorita, será mejor que se tumbe. — Su voz era ahora más firme, pero llena de preocupación.

Aunque estaba agotada, me obligué a levantarme despacio, agarrándome al brazo de Celeste para apoyarme. La mente me daba vueltas con pensamientos sueltos y desorganizados. No era un malestar cualquiera; algo iba mal, y lo sabía.

Me tumbé en el sofá, ya que no podría subir las escaleras. Raffaello había pasado la tarde y la noche anteriores fuera; aún no había llegado, pero al menos había recibido un mensaje avisándome de que tardaría un rato. Sentía una opresión en el pecho.

Para distraerme, encendí el telediario. Las imágenes parpadeaban ligeramente en la pantalla, pero lo suficiente para aturdirme aún más. Parpadeé varias veces, intentando concentrarme en las palabras del reportero en directo, que parecía luchar por mantener la compostura.

— El alcalde Alfred Soal ha sido encontrado muerto en el exterior de la Legislatura del Estado de Nueva York — anunció, con la voz lacerada por la tensión. — Los restos de su hija, Amelia Soal, fueron localizados en un callejón cercano a Central Park.

El corazón me dio un vuelco, pero me obligué a seguir escuchando.

— Según las autoridades, el cuerpo estaba desfigurado y parecía tener mordeduras de perro, le faltaban partes de las extremidades.

El periodista tragó saliva, conmocionado. Respiró hondo antes de continuar:

— Además, otros tres senadores fueron hallados muertos en circunstancias similares en distintas partes del estado. El gobernador también fue víctima de un brutal atentado y su cuerpo fue arrojado cerca de su residencia oficial.

La habitación parecía girar a mi alrededor, pero la sensación no era de miedo. Era algo diferente, algo que me hizo apretar los dedos contra el brazo del sofá, intentando contener una explosión de satisfacción.

— Estamos investigando los detalles de estos terribles sucesos para ofrecerles información precisa. Volveremos pronto con más novedades — continuó el reportero, claramente conmocionado.

Apagué el televisor. Por un momento, el silencio invadió la habitación, sólo para ser llenado por el sonido acelerado de mi respiración.

Una lenta sonrisa se formó en mis labios, extendiendo una inusual oleada de felicidad por todo mi cuerpo. Amelia estaba muerta. No sólo muerta, sino devorada. Mis perros habían desempeñado su papel a la perfección.

La idea me hizo reír suavemente, un sonido contenido que se escapó como un reflejo involuntario. Tengo que comprarles más golosinas. Eran buenos chicos.

Intenté incorporarme, estaba un poco menos mareada.

— Señorita, tome este vaso de agua y vamos a hacer esta prueba. — dijo Celeste, dándome el vaso de agua y el test en la otra mano.

— ¿Una prueba de qué? — le pregunté.

— Embarazo — respondió, mirándola atentamente.

Me ruboricé.

— ¡Celeste! — Qué vergüenza.

Se rió con buen humor.

— Soy vieja pero no ciega, sé que tienes relaciones sexuales...

— ¡Dios mío!

Intenté beber agua, pero me daba tanta vergüenza que casi me ahogo. Celeste me miró con esa sonrisa traviesa de quien sabe más de lo que debería.

— No tiene nada de malo, señorita. — Siguió negando con la cabeza.

— Celeste, ¡no estoy embarazada! — me apresuré a decir, intentando cortar la conversación.

Ella arqueó una ceja desafiante.

— Ah, así que sabes que llegas tarde, ¿eh?

Dejé escapar un suspiro frustrado, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

— Es el estrés... — murmuré, desviando la mirada.

— Ah, estrés. Llama al padre del bebé y acabemos con esto — ordenó, sin dar

lugar a protestas.

En ese momento quise desaparecer. Si la tierra pudiera tragarme, sería estupendo. Celeste, sin embargo, parecía deleitarse con mi desesperación.

— Al menos, si es positivo, tienes la suerte de que es un tipo guapo — dijo, guiñándome un ojo.

— *¡Celeste!*

Volvió a reír, mientras yo intentaba contener una sonrisa. En el fondo, sabía que su preocupación era sincera, pero eso no hacía que la situación fuera menos embarazosa.

— ¡Lo haré para demostrarte que no estoy! — dije, poniéndome en pie y cogiendo la prueba de su mano.

Subí a mi habitación y entré en el cuarto de baño, cerré la puerta, leí las instrucciones de la caja, me bajé los pantalones y oriné en el palito. Dejé la prueba de farmacia en el banco del cuarto de baño mientras me lavaba las manos. Oí que llamaban a la puerta.

— Ya lo he hecho, estoy esperando el resultado — dije sin dejar de mirarle. No podía creer que pudiera estar embarazada.

— ¿El resultado de qué? — La voz gruesa de Raffaello me hizo dar un respingo. Le miré nerviosa.

Tenía el pelo mojado, peinado hacia atrás, la barba recortada y el olor especiado del aftershave me abrazó. Llevaba un traje azul, sin corbata.

— De la prueba de embarazo — respondí, sorprendida como siempre por su

presencia.

Dio unos pasos hacia mí, con su gran mano sujetándome la cara y la otra rodeándome firmemente la cintura.

— Esperas un hijo mío, *mio diamante.*

Lo miré con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. La seguridad de su voz contrastaba con la confusión que sentía en mi interior.

— Aún no lo sé — murmuré, casi inaudible.

Su mano se deslizó desde mi cintura hasta mi espalda, apretando ligeramente, como para acercarme, mientras sus ojos se clavaban en los míos.

— ¿Y si lo soy? — pregunté, con la voz baja, grave, como si aquellas palabras sólo me las dijera a mí.

— Raffaello... Ni siquiera sé cómo reaccionar ante eso.

Ladeó la cabeza, analizando mi rostro, y sonrió de lado, esa sonrisa que siempre me sacaba de mis casillas.

— Yo sé cómo, lo cuidaremos juntos. — La firmeza de sus palabras era casi abrumadora.

Antes de que pudiera responder, el pequeño *pitido* del test resonó en el cuarto de baño. Volví rápidamente la cara hacia la encimera, con el corazón acelerado como si quisiera salírseme del pecho.

— ¿Y bien? — me preguntó, aun sujetándome la cara, pero ahora había un ligero tono de expectación en su voz.

Me tembló la mano al coger el palillo. Cerré los ojos un momento, tratando de armarme de valor. Cuando los abrí y miré el resultado, el mundo pareció detenerse.

Dos líneas.

Le miré, sin palabras. Mi cara debió de decirlo todo, porque sus ojos se entrecerraron ligeramente antes de iluminarse de una forma que nunca antes había visto.

— ¿Es positivo? — Sonrió, con una mezcla de alivio y alegría irradiando de su rostro.

Solo pude asentir, tragando saliva.

Me atrajo hacia sí, abrazándome como si fuera lo más preciado del mundo.

— Eres increíble, *mio diamante.* Vamos a ser una familia. — Su voz sonaba tranquila, casi suave, pero había una feroz determinación tras aquellas palabras.

Sus labios tomaron los míos en un beso voraz, lleno de un hambre que nunca parecía saciarse. Mi cuerpo se amoldó al suyo, buscando más, exigiendo todo lo que podía ofrecerme. Cuando por fin nuestras bocas se separaron, me sujetó la nuca con fuerza, sus fuertes dedos presionando posesivamente mientras inclinaba mi cabeza hacia atrás, dejando mi garganta al descubierto.

— Vas a estar impresionante con la barriga hinchada de *mi bambino* —gruñó, con la voz contenida por su acento italiano áspero y lleno de lujuria. — ¡Joder!

Me mordió la barbilla, sus dientes desgarraron suavemente la piel sensible, antes de pasar a mi garganta. Sus labios trazaron un camino caliente y peligroso hacia abajo, dejando un rastro de fuego por donde pasaban. Pero el agudo sonido de la puerta al

abrirse interrumpió el momento.

— ¿Estás segura? — La voz excitada de Celeste irrumpió en la habitación, robando toda la tensión.

Raffaello suspiró, los músculos de su cuerpo aún tensos mientras se apartaba de mí de mala gana. Se volvió hacia su ama de llaves, que estaba en la puerta con una sonrisa radiante.

Celeste sonrió, pero no era una sonrisa cualquiera. Era el tipo de sonrisa que encerraba años de sabiduría, amor genuino y un orgullo innegable.

— Lo sabía. — Su voz firme contrastaba con el brillo emocional de sus ojos. — Siempre supe que serías un buen hombre, Raffaello, aunque te pasaras la vida intentando demostrar lo contrario.

Raffaello apartó la mirada, porque sus palabras eran un peso que no podía soportar. Sus hombros, rígidos e imponentes, se relajaron. Por un instante, el hombre impenetrable, el Don que mandaba con puño de hierro, se permitió un resquicio de vulnerabilidad.

— Celeste... — empezó, con voz baja, casi vacilante.

— No tienes que decir nada, muchacho — lo interrumpió ella con suavidad, levantando una mano y tocándole ligeramente la cara, un gesto tan maternal que hizo que se me estrujara el corazón. — Ya lo sé.

Me quedé donde estaba, casi conteniendo la respiración, como si cualquier movimiento por mi parte pudiera romper la magia del momento. Era raro ver a Raffaello tan expuesto, tan humano, y la conexión entre los dos era algo intocable, sagrado de un

modo que ni siquiera yo me atrevería a interrumpir.

Entonces Celeste se volvió hacia mí, la calidez de su mirada ahora dirigida en mi dirección.

— Y tú, jovencita, ¿estás preparada para esta aventura?

Sus palabras me cogieron por sorpresa. Pensé en todas las dudas que me habían consumido desde que vi los resultados de las pruebas, los temores que me asaltaban por las noches y las incertidumbres sobre el futuro. Pero cuando miré a Raffaello, que estaba a mi lado, y a Celeste, con su fuerza tranquila, me di cuenta de algo: quizá no necesitaba estar preparada. Los tenía a ellos. No estaba sola.

— Creo que sí — murmuré, con una tímida sonrisa —.

— Tienes que estar segura. — La voz grave de Raffaello resonó, pero no había frialdad en ella. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, había algo más: amabilidad, quizá incluso un poco de consuelo. — Juntos nos ocuparemos de todo.

Celeste rió en voz baja, cruzándose de brazos mientras nos observaba con los ojos muy abiertos.

— Ah, me muero de ganas de ver esto. Un pequeño Raffaello correteando por aquí, haciendo travesuras. Seguro que será más testarudo que su padre.

— O más encantador que él — repliqué, sin poder contener una sonrisa.

Raffaello puso los ojos en blanco, pero la comisura de sus labios se curvó en una discreta sonrisa, esa que yo conocía tan bien.

— Todo va a estar bien... — murmuró, con una ligereza en la voz tan rara.

Y en ese momento, entre la suave risa de Celeste y el calor que llenaba la habitación, me di cuenta de que allí estaba empezando algo realmente especial. No importaban los retos, juntos seríamos invencibles.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 44

Aurora me miraba mientras mordía otro trozo de tarta de chocolate. Le brillaban los ojos, pero no era un brillo de tranquila felicidad. Había algo diferente, un nerviosismo apenas contenido, una vacilación que intentaba ocultar con una pequeña sonrisa insegura. Desde que confirmamos con el reconocimiento médico que yo iba a ser padre, se había mostrado inquieta. Su mente, lo sabía, era un torbellino de pensamientos, intentando procesarlo todo: el futuro, nuestras decisiones y las consecuencias que ahora se entrelazaban con nuestras vidas.

La observé en silencio, soportando el peso del momento. Esperé pacientemente durante toda la cena, posponiendo lo que era inevitable. La noticia que traía no era algo que pudiera suavizarse o posponerse por mucho tiempo. Su hermana había muerto.

Mi mirada permaneció fija en ella, siguiendo cada movimiento, cada pequeña reacción. Aurora, perdida en sus propios pensamientos, no se dio cuenta. Todavía no.

La confirmación de su embarazo no me sorprendió. Conocía su cuerpo como un mapa grabado en mi mente, cada cambio sutil, cada señal que los demás nunca notarían. Lo supe incluso antes que ella. Pero le permití que lo descubriera por sí misma, porque Aurora necesitaba eso: el control, la sensación de que estaba al mando de algo en medio del caos de la vida que elegimos vivir.

Y, sin embargo, el orgullo que sentía en mi interior era inconmensurable. Estaba embarazada. La había marcado, había dejado mi firma en ella de un modo que nadie

podría borrar jamás. El niño que crecía en su vientre era una parte de mí, una extensión de lo que éramos. Casi dos meses de matrimonio y ahora llevaba en su vientre lo que más apreciaba.

Bebí un sorbo de whisky, el líquido me quemaba la garganta mientras mantenía mis pensamientos a raya. Cuando me enfrenté a ella, ya había notado el peso de mi silencio.

— ¿Qué te pasa? — preguntó apartando la cuchara. Su voz era suave pero tensa. Aurora siempre era sensible a mis cambios de humor, incluso cuando me esforzaba por ocultarlos.

— Tenemos que hablar — dije, con voz firme pero controlada.

Su cuerpo se tensó al instante y se llevó las manos al vientre.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó alarmada.

— Nada grave — le aseguré.

Se relajó un poco, pero la preocupación seguía flotando en el aire. Aurora siempre había sido fuerte, pero el amor que ya sentía por su hijo la hacía más vulnerable. Y yo sabía que lo que estaba a punto de decir destruiría cualquier rastro de tranquilidad que ella pudiera estar intentando mantener.

— Aurora, tu hermana...

Me miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

— ¿Qué le pasa a Arianna?

Respiré hondo, sintiendo que el peso de mis palabras haría temblar a mi esposa.

— Está muerta.

La habitación pareció congelarse. Por un momento, Aurora no se movió, no parpadeó. Era como si intentara asimilar el impacto de aquellas palabras, pero fuera incapaz de procesarlas.

— ¿Muerta? — repitió, la palabra escapando como un susurro.

— Era una ejecución. — La voz me salió más dura de lo que pretendía, pero era imposible suavizar algo tan brutal.

Aurora se llevó las manos a la boca, con el asombro reflejado en el rostro.

— ¿Quién... quién ha hecho esto?

No respondí. No era necesario. Ella lo sabía.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. También había ira, ira mezclada con dolor.

— ¿Lo sabías? — preguntó con voz temblorosa.

— Sí — admití. — E hice lo que era necesario.

Su mirada estaba fija en mí, pero el temblor de sus manos la delataba. Respiraba entrecortadamente y las lágrimas corrían silenciosas por su rostro. Aurora no se derrumbó, no cayó de rodillas desesperada, como habrían hecho tantos. No. Mi esposa era más fuerte que eso.

— Arianna... — su voz salió rota, llena de emoción — era mi hermana, Raffaello — gritó. — Mataste a uno de mi familia.

— ¡Basta ya! — repliqué, con la voz cortando el aire como acero frío.

Me levanté lentamente, cada movimiento calculado para dominar la escena. La tensión en la habitación era tan densa que parecía pesar sobre nosotros, asfixiándonos. Me acerqué hasta invadir su espacio, mi cuerpo irradiaba autoridad y control.

Agarré su barbilla con fuerza, inclinando su cabeza hacia arriba, obligándola a mirarme a los ojos. No tenía escapatoria.

— Aurora — dije en voz baja. — Puedes llorar su pérdida, pero nunca olvides quién manda aquí.

Sus ojos brillaron con una mezcla de rabia y dolor, y aun así no apartó la mirada. Aurora era testaruda, ardiente, y por mucho que me enfureciera, había algo visceralmente atractivo en la resistencia que insistía en mostrar.

— No lo entiendes... — murmuró, pero su voz ya no tenía la misma fuerza que antes.

Me acerqué más, la distancia entre nosotros casi inexistente, mi aliento pesado contra su piel.

— No necesito entender, Aurora. Sólo necesito que sepas cuál es tu lugar. — Mis palabras fueron afiladas, firmes, como si calaran hondo en su mente.

Le solté la barbilla con un movimiento brusco, y ella se quedó dónde estaba, con los ojos aún llorosos, pero ahora más controlados. Su cuerpo temblaba ligeramente, pero no era sólo miedo; había algo más, una chispa que ardía bajo la superficie.

Sabía que Aurora procesaría lo que le había dicho a su manera, debatiéndose internamente entre el odio y la aceptación. Era mía, pero no una mujer que se doblegara sin oponer resistencia. Esta dualidad, esta lucha silenciosa, era lo que me intrigaba y me

aferraba a ella.

Por mucho que intentara domarla, siempre había algo indomable en Aurora. Y eso, en el fondo, sólo aumentaba mi deseo de hacerla ceder por completo.

Aurora se quedó allí, inmóvil, con el pecho subiendo y bajando rápidamente mientras intentaba contener las lágrimas. Su mirada nunca se apartó de mí, desafiante, incluso con las emociones evidentes en su rostro. Era testaruda. Siempre lo fue. El fuego de sus ojos era como gasolina para la ira que ardía en mi pecho.

Di dos pasos hacia delante, manteniendo el contacto visual, mi presencia sofocando la atmósfera a mi alrededor.

— Necesitas que te recuerden cuál es tu lugar, *donna mia.* — Mi voz sonó grave, cargada de una amenaza que ella no podía ignorar.

Aurora parpadeó, demasiado rápido, pero no retrocedió. Esa audacia suya, ese coraje que la hacía enfrentarse a mí, incluso cuando sabía que estaba a punto de ser aplastada, era algo que me fascinaba y me irritaba a partes iguales.

— Di algo, Aurora. — Ladeé la cabeza, burlona. — ¿O es que tu valor se acaba aquí?

Sus labios se tensaron en una línea obstinada, pero sus ojos permanecieron fijos en los míos, brillando con algo que desafiaba mi autoridad. La comisura de mis labios se curvó en una sonrisa ladeada y depredadora.

— Bien hecho. — Con un movimiento rápido, la agarré por la muñeca, envolviéndola por completo con mi mano.

Jadeó, pero no tuvo oportunidad de reaccionar. La arrastré sin ceremonias hasta la mesa del comedor, ignorando los torpes pasos que daba para seguirme el ritmo. No había suavidad en mis movimientos. Cuando llegamos, la solté bruscamente, haciendo que su cuerpo casi se estrellara contra el tablero de madera de la mesa.

— ¡Raffaello! — exclamó, volviéndose hacia mí, con la voz llena de indignación.

— ¡Cállate! — Mi respuesta fue fría, cortante, y sus músculos se tensaron.

Antes de que pudiera replicar, mi mano se levantó y le agarró la garganta. La fuerza fue suficiente para que se diera cuenta de que no tenía escapatoria, pero seguí controlando el límite. Mi pulgar presionó ligeramente su piel, sintiendo cómo su pulso se aceleraba bajo mis dedos.

— ¿Vas a seguir desafiándola? — pregunté acercando mi cara a la suya, tanto que nuestras narices casi se tocaban.

Se mordió el labio inferior, su mirada osciló por un momento entre la ira y algo más profundo, más primario.

— Tienes que aprender, Aurora. Tienes que entender lo que pasa cuando olvidas quién manda.

Apreté su garganta una vez más antes de soltarla, observando cómo recuperaba el equilibrio. No tuvo tiempo de recuperarse. Con un movimiento firme, le di la espalda y la empujé contra la mesa. Sus manos buscaron la madera para apoyarse, pero rápidamente se las sujeté a la espalda con una sola mano.

— Raffaello... — empezó a decir, pero su voz se quebró cuando mi pesada palma cayó sobre su culo, una bofetada que resonó en toda la habitación.

— Cállese. — Mi otra mano subió por sus muslos, levantando la tela de su vestido. Quería sentirla, ver lo preparada que estaba, incluso después de toda su resistencia. Mis dedos se deslizaron en su intimidad, y un gruñido de satisfacción escapó de mi garganta al darme cuenta de lo mojada que ya estaba.

— Te gusta, ¿verdad? — murmuré contra su oído, con un tono bajo y ronco. — Te gusta que te ponga en tu sitio.

Se retorció, pero el gemido que escapó de sus labios la delató. Tiré de su pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás, mientras mis dedos exploraban su piel, dejándola aún más expuesta.

— Eres mía, Aurora — declaré, con voz de susurro posesivo.

De un fuerte tirón, rasgué la tela de su vestido, dejando su piel al descubierto. Mi pesada mano volvió a caer sobre su culo, dejando una marca roja.

— Esto es para que aprendas — dije entre dientes, mientras mi mano libre agarraba su cadera, colocándola exactamente donde yo quería.

El movimiento que siguió fue brutal, sin delicadeza, sin lugar a dudas sobre quién tenía el control. Mi cuerpo se encontró con el suyo con fuerza, cada embestida marcada por la intensidad de mi ira y mi deseo.

Sus gemidos llenaron la habitación, mezclados con suspiros de dolor y placer. Sujeté sus caderas con fuerza, clavando mis dedos en su carne mientras dominaba cada uno de sus movimientos, cada una de sus respiraciones.

— Así es como te marco, Aurora», gruñí, inclinándome sobre ella, con la mano extendida hacia atrás para agarrarle el pelo, tirando de él hacia atrás mientras mi cuerpo

la dominaba por completo.

Intentó resistirse, sus músculos se tensaron bajo mis manos, pero fue inútil. Cada gemido que escapaba de su boca era una rendición que no podía controlar.

Cuando terminé, solté su cuerpo, dejándola sobre la mesa, jadeante, marcada y mía. Me pasé los dedos por el pelo, ajustándome el cinturón con la calma de quien acaba de ganar una batalla.

— Ahora, Aurora, ya sabes cuál es tu sitio. — Mi voz sonó grave, pero cargada de una sombría satisfacción.

Ella permaneció donde estaba, con los ojos cerrados mientras su respiración se normalizaba. Cuando me miró, el fuego seguía allí, pero había algo más. Resignación, tal vez, o aceptación.

Era mía. Siempre lo sería.



RAFFAELLO COLATTO

Capítulo 45

El sonido seco de la puerta del coche de Alex resonó en el patio, pero mis ojos estaban fijos en Juan mientras caminaba hacia mí. Su andar era rígido, casi mecánico, como si el peso de lo que estaba por venir aplastara cada uno de sus pasos. Aun así, mantuvo el protocolo. Se detuvo frente a mí, inclinando la cabeza en señal de respeto, cada movimiento un reflejo de años de lealtad.

— Don Colatto — murmuró, con voz baja y contenida, sin atreverse a mirarme. Sus ojos, sin embargo, se desviaron hacia Nicolo. — Consigliere.

Nicolo, a mi lado, permaneció impasible.

— Juan —respondió Nicolo secamente, con la autoridad que exigía su cargo.

El hombre frente a nosotros tragó en seco, su nuez de Adán subía y bajaba con fuerza. A pesar de su intento de aparentar calma, el sudor resbalaba por un lado de su cara, delatando su estado interno.

Detrás de él, Alex se acercaba, sus pasos medidos a su lado, Kristen, sacudida, temblaba como una hoja al viento. Apenas podía seguir el ritmo de su marido, pero se mantuvo cerca, tal vez creyendo que su presencia lo protegería de un destino que ya había previsto.

La noticia de la muerte de Arianna y Beatrice aún no se había hecho pública fuera de los confines de La Falce Nera, pero yo sabía que Nicolo ya había hablado con su

hijo, Domenico. No necesitaba preguntar cómo estaba el chico. Conocía a Nicolo lo suficiente como para saber que sólo hablaría de ello si era necesario.

El silencio que se hizo era pesado, casi sofocante, como el aire que precede a una tormenta. Finalmente, decidí romperlo.

— Gracias por el tiempo que has servido, Juan. Por tu lealtad. — Mis palabras salieron bajas, frías, afiladas como una cuchilla.

— Don, yo...

Apenas consiguió completar la frase. En un movimiento calculado, desenfundé mi pistola y apreté el gatillo. El sonido seco del disparo cortó el aire, y el cuerpo de Juan cayó hacia atrás como un muñeco sin vida, con los ojos aún abiertos, fijos en un vacío eterno.

Un grito agudo cortó el silencio. Kristen trató de correr, pero antes de que pudiera dar un paso más, mi arma ya la estaba apuntando.

— No, Kristen — gruñí.

Sus ojos se encontraron con los míos por un breve instante, y allí vi la desesperación de alguien que sabía que había llegado el final. Antes de que pudiera decir una palabra, apreté el gatillo. El impacto de la bala hizo que su cuerpo diera vueltas antes de caer al suelo. Aún tenía los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que lo hubiera hecho.

Mi atención se volvió hacia Alex, que se había detenido para presenciar el destino de su mujer y su padre. Su expresión era grave, pero sin rastro de vacilación.

— Alex — grité con voz autoritaria. — Ocupa el lugar de tu padre como capitán de la familia Fontana.

Sin mediar palabra, Alex dio un paso al frente. Sus movimientos fueron precisos, firmes. No dudó en sacar un cuchillo de su cinturón. De un solo golpe, se cortó la palma de la mano, dejando que la sangre fluyera libremente entre sus dedos.

— Le juro lealtad, Don Colatto — declaró, cambiando al italiano con una reverencia casi solemne. — Por mi sangre, juro que honraré a mi Don. Vivo y muero La Falce Nera.

Observé cómo la sangre caía al suelo, como una ofrenda silenciosa, mientras Alex mantenía la mirada fija en mí. Había determinación en sus ojos, un fuego que reconocí. Su juramento estaba hecho con la verdad, y sabía que no se echaría atrás.

— Entonces vive por mí, por La Falce Nera — respondí en italiano, con una voz de autoridad incuestionable. — Y demuéstrame que tu familia aún merece su lugar en este imperio.

Alex inclinó la cabeza en señal de aceptación, con el peso de la responsabilidad ahora grabado en sus hombros. No pidió tiempo para llorar, no suplicó clemencia. Era un Fontana.

El silencio se hizo de nuevo, pero esta vez llevaba promesas tácitas, pactos de sangre y una lealtad que había que demostrar. Miré los cuerpos de Juan y Kristen en el suelo, luego a Alex, y me di cuenta de que, a pesar de las pérdidas, la estructura permanecía intacta.

Nada ni nadie estaba por encima de *La Falce Nera.*

— Enhorabuena por el heredero en camino — dijo Nicolo, mientras Alex se alejaba, dejando el cuerpo de su mujer tendido en el suelo sin una sola mirada de despedida. Su voz era neutra, pero conociéndolo como lo conocía, el comentario llevaba más significado del que las palabras podían revelar. — No tuve tiempo de decirlo antes.

— Gracias — respondí simplemente, con los ojos aún fijos en la sangre que manchaba el frío hormigón. El olor a pólvora y muerte aún flotaba en el aire. Al cabo de un momento, me volví hacia él. — ¿Has decidido con quién te vas a casar?

Nicolo arqueó una ceja, manteniendo la expresión controlada. Era raro que yo tocara temas personales, y él sabía que, si lo hacía, había un propósito.

— Las Vegas está en guerra — expliqué, apartando la mirada de él. — La muerte de Aoife Maeve ha dejado el panorama inestable, pero el nuevo líder se puso en contacto conmigo anoche.

— ¿Tienes intención de casarte con una irlandesa? — replicó, con un tono mezcla de cautela y desafío.

Una sonrisa fría curvó mis labios, llena de exasperación e ironía.

— No. Sé que ya tienes una prometida en mente — dije, cruzándome de brazos mientras lo analizaba. — Pero Conall O'Hara y su hermano, Cian, han tomado el control y han dejado claro que quieren alianzas. Van detrás de un italiano.

Nicolo permaneció en silencio unos segundos, considerando la información. Cuando por fin habló, su voz era controlada, pero el desprecio era evidente entre líneas:

— Tenemos que ver cómo se ocupan de su propio territorio, Don. Y si buscarán la paz con Magnus Ravenshade. Chicago ha sido nuestro aliado durante mucho más

tiempo.

Asentí, reconociendo el peso de sus palabras. Nicolo tenía razón.

— Lo sé, Nicolo. Por eso aún no he dado una respuesta definitiva. — Mi voz era baja pero firme. — Conall fue claro: volverá con nosotros dentro de uno o dos años, cuando se haya asentado la polvareda en Las Vegas. Hasta entonces, ninguno de sus hombres se atreverá a cruzar nuestras fronteras.

Nicolo dejó escapar un suspiro, con los ojos oscurecidos por el desdén.

— Son jóvenes y delincuentes — comentó, con la voz impregnada de un desprecio velado.

Dejé escapar un resoplido impaciente, ajustándome los puños del traje mientras miraba hacia el horizonte, donde el sol empezaba a ocultarse.

— Ya nos hemos ocupado de que Ravenshade sea explosiva e irracional. — Mis ojos se cruzaron con los suyos. — Consolidemos nuestros territorios y dejemos que se ahoguen en sus propias disputas.

Nicolo asintió con la cabeza, un gesto sencillo, pero con el peso de la comprensión mutua. No hacía falta decir nada más. Ambos sabíamos que la verdadera batalla estaba por llegar.



Cuando entré en la casa aquella noche, la biblioteca estaba inmersa en una luz

suave, el sonido del violín cortaba el aire imperiosamente y sin piedad. Aurora estaba de pie, con los ojos cerrados, concentrada en la música, el arco deslizándose por las cuerdas con precisión. La melodía llenaba la habitación imponente, pero algo en su postura me decía que seguía luchando contra el cansancio, que el embarazo le pesaba.

Intenté convencerla una vez más de que abandonara sus estudios, al menos hasta que naciera el bebé. Pero, como siempre, Aurora no cedió. Quería llegar hasta el final, graduarse en junio, como había planeado. Su testarudez nunca me sorprendió.

Me apoyé en el marco de la puerta, observándola en silencio. Todos sus movimientos eran firmes, controlados. No sólo en sus estudios o en la música, sino también en la forma de tratar todo lo que nos rodeaba, incluida nuestra vida íntima. Cada vez daba más de sí, sin los titubeos que la habían marcado al principio. Sin embargo, yo no lo veía como una simple transformación. Había algo en su entrega que era más intenso.

Aurora estaba cambiando, pero cada día era más fuerte, más decidida. No podía estar más satisfecho. Su evolución era algo que observaba con precisión, sin prisas, como si cada nuevo paso que daba fuera una pieza de un rompecabezas que yo iba montando poco a poco. Y ella lo sabía.

Cuando terminó de jugar, sus ojos se abrieron y se fijaron en los míos. La sonrisa que formó no era dulce, era sutil, casi desafiante.

— ¿Me estás espiando? — preguntó, con un tono burlón, pero sin la seducción juguetona que yo solía ver. Era una provocación directa, como retándome a actuar.

— Te estoy observando, *amore mio* — respondí con voz grave, sin suavidad ni

indulgencia. Sólo una constatación.

Ella puso los ojos en blanco, el rubor en sus labios delatando más de lo que quería mostrar.

— ¿Hay algo que aún no admires? — bromeó, con un tono más desafiante, como si quisiera medir mi paciencia.

Me acerqué a ella con la mirada fija, absorbiéndolo todo. Cada movimiento, cada curva, cada gesto. No había prisa, pero tampoco dudas. Cada día era más mía, y yo lo sabía. El control que ejercía sobre ella nunca tenía que ver con el amor, sino con el poder que tenía, y ella también lo sabía.

— Tal vez — murmuré, con voz grave pero aguda, mientras le quitaba el violín de las manos y lo colocaba sobre la mesa. — Pero me gusta descubrir cada detalle. Eso lleva su tiempo.

Aurora soltó una carcajada, pero no era ligera. Era casi una burla disfrazada. Cuando la acerqué más, rodeando su cintura con mis brazos, no protestó.

— *Amo-te* — susurró, con voz suave como un soplo de viento.

Antes de que pudiera responderle, Aurora se puso de puntillas y me besó con un beso dulce pero cargado de algo más profundo, algo que me oprimió el pecho con una intensidad casi abrumadora.

Cuando nos separamos, sostuve su rostro entre mis manos, mirándola fijamente a los ojos. Era mi diamante, la joya más preciosa que jamás había tenido, y en aquel momento no había nada en el mundo que deseara más que protegerla y tenerla a mi lado para siempre.

— *Te amo, mi diamante* — murmuré contra sus labios, antes de volver a besarla, esta vez con más urgencia, con más necesidad.

El violín quedó olvidado sobre la mesa, al igual que cualquier otra preocupación. Sólo estábamos los dos en aquel instante, en la calidez de aquel beso que parecía sellar algo más grande de lo que las palabras podrían expresar.

Capítulo 46



Respiré hondo, intentando controlar el temblor en las manos mientras espiaba por detrás de la cortina. Las personas comenzaban a llegar, ocupando los asientos frente al escenario. El sonido de risas, murmullos y sillas siendo arrastradas resonaba por el salón, intensificando el torbellino dentro de mí. Mi corazón parecía correr una maratón. Era imposible no pensar en los escenarios desastrosos que mi mente insistía en crear: ¿y si erraba una nota? ¿Y si el pánico me paralizaba y terminaba avergonzada frente a todos?

Mis ojos vagaron hasta la primera fila, donde Raffaello, impecable como siempre, se acomodaba al lado de Nicolo y mi hermano. Había una elegancia natural en cada uno de sus movimientos, algo que me desarmaba y me hacía olvidar hasta cómo respirar. Verlos allí, juntos, era una mezcla de sorpresa y emoción. No lo esperaba.

Celeste y Margo también estaban allí, siendo las mamás que la vida me dio.

Mi respiración se volvió aún más inestable al advertir a Carla, la hermana de

Raffaello, llegando con Cassio, su esposo, y los niños. Se sentaron al lado de Nicolo, componiendo una escena que jamás imaginé presenciar. Años atrás, soñé con mi familia viendo mi recital. Era un deseo tan profundo que dolía, y ahora, de manera casi mágica, ese momento finalmente sucedía.

Katty y Juliano también estaban allí, ellos eran mi puerto seguro. Ocupaban asientos en la lateral, sosteniendo pequeñas pancartas con mi nombre, como niños entusiasmados. Casi solté una risa nerviosa. Eran los mejores amigos que alguien podría pedir, y aun en situaciones serias, encontraban la forma de hacerme sonreír.

— Ya casi es la hora, Aurora — dijo madre Teresa, con ese tono de voz firme y, a la vez, tranquilizador. Sostenía mi violín con cuidado, como si fuera un artefacto sagrado, y lo extendió en mi dirección. — Te ves deslumbrante, niña.

Tomé el violín con las manos temblorosas y forzé una sonrisa agradecida, aunque tímida. Madre Teresa fue mi apoyo en momentos en que me sentía perdida, mi luz en tiempos de oscuridad. Durante años, creí que seguiría su ejemplo, dedicando mi vida a la fe y al claustro. Sin embargo, la música siempre gritó más fuerte dentro de mí. Aun así, sabía que parte de mi fuerza provenía de todo lo que ella me había enseñado.

— Perdón por no haberme convertido en la novicia que esperabas — murmuré, sin poder ocultar el vergüenza.

Ella sacudió la cabeza y, con una sonrisa que parecía contener todas las respuestas del mundo, respondió:

— Aurora, nunca esperé que fueras novicia. No me incumbe moldear el destino de nadie. Mi papel siempre ha sido rezar por ti y seguir rezando, niña. Sigue a tu corazón.

Él sabe el camino. Ahora ve. El escenario te espera.

Tragué saliva y asentí, luchando contra las lágrimas. Caminé hacia el centro del escenario, sintiendo que cada paso me pesaba y, al mismo tiempo, me acercaba a lo que siempre había soñado. La voz de la Madre Teresa sonó de fondo, presentándome al público con una reverencia que me hizo estremecer. Cuando empezó a levantarse el telón, contuve la respiración por un momento, incapaz de enfrentarme al público.

Mis pies siguieron avanzando, guiados por una fuerza casi instintiva, hasta llegar al centro. Cerré los ojos y dejé que el peso de las expectativas, el miedo y la emoción se evaporaran. Coloqué el violín sobre mi hombro y el arco sobre las cuerdas. Entonces, sin pensarlo, simplemente lo sentí.

La música nació de mi interior, fluyendo como si cada nota ya existiera en mi alma, esperando a ser liberada. Cada movimiento, cada vibración, formaba parte de mí. Yo no tocaba el violín. Yo era la música. Y en ese momento, no había público, ni miedo, ni dudas. Sólo yo y el sonido que llenaba cada célula de mi cuerpo.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, deslizándose silenciosamente por mi rostro mientras me entregaba por completo a la música. Era como si mi cuerpo fuera conducido a través de un vals invisible, una danza que sólo existía en mi corazón. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que en realidad estaba girando alrededor del escenario, dando vueltas como si cada nota me empujara en una dirección diferente.

El sonido de la última nota resonó en la sala cuando me detuve, jadeante, con el corazón desbocado. El silencio que siguió fue tan intenso como la música que lo precedió y, por un breve instante, todo se detuvo. Mis ojos se cruzaron con los de Raffaello. Me observaba con una atención que parecía atravesar todas las capas de mi

alma. Había algo más en su mirada: orgullo, ternura, quizá incluso admiración.

El sonido de los aplausos estalló a mi alrededor, sacándome de aquel momento íntimo. Todo el público estaba de pie, aplaudiendo con fervor. El sonido era ensordecedor, pero no de un modo que me molestara. Era como si cada aplauso, cada grito, fuera un abrazo invisible, una confirmación de que lo había conseguido.

Mi respiración era pesada, mi pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Me incliné, intentando contener las lágrimas que insistían en caer. Cuando me levanté, miré a todos los rostros que estaban allí, a todas las personas que formaban parte de aquel momento.

Dios, era real. Era un sueño que por fin tomaba forma ante mis ojos. El escenario, la gente, los aplausos... Fue uno de los momentos más felices de mi vida, un recuerdo que sabía que llevaría conmigo para siempre.

Mis ojos se desviaron hacia el asiento donde estaba Raffaello, pero no pude encontrarle. El corazón me dio un brinco de ansiedad, y por un momento sentí que el calor de la expectación me invadía. Entonces me llegó un olor inconfundible, ese aroma distintivo y sofisticado que era el suyo. Antes de que pudiera reaccionar, me di la vuelta y allí estaba él, caminando hacia mí con pasos firmes y elegantes.

En sus manos, un enorme ramo de orquídeas lilas, mis flores favoritas, lucía aún más deslumbrante bajo la suave luz del escenario. Se me estrujó el corazón, no sabía si por las flores, por el hombre que tenía delante o por la perfecta combinación de ambos. Cuando se detuvo frente a mí, se inclinó ligeramente, depositando un suave beso en mi frente, como si aquel gesto tuviera el poder de silenciar el mundo que nos rodeaba.

— Fuiste fantástica, señora Colatto — susurró, su voz grave cargada de algo que parecía más que un simple elogio. Extendió el ramo hacia mí, en ese instante, era como si sostuviera no solo flores, sino una parte de mi corazón.

Antes de que pudiera reaccionar, alguien le quitó el violín de las manos, y ni siquiera noté quién fue. Toda mi atención estaba en él, en la forma en que sus ojos me miraban, tan intensos que parecía imposible desviar la mirada. Tomé el ramo con los dedos temblorosos y, instintivamente, llevé las flores a mi rostro, inhalando el delicado perfume que me transportaba a memorias felices y seguras. La emoción me envolvió de manera abrumadora, y sentí que los ojos se me nublaban una vez más. Tal vez fuera culpa del embarazo o, quién sabe, de la suma de todo lo que ese momento representaba.

— Gracias, Don Colatto — murmuré, tratando de mantener la compostura, pero mi voz falló levemente, traicionando la avalancha de sentimientos que me consumía.

Y entonces, sus brazos me envolvieron, firmes, seguros, como si quisieran protegerme de todo. Apoyé la cabeza en su pecho, escuchando el sonido de su corazón, y la certeza me golpeó como una ola tibia y reconfortante: allí era mi lugar. Él era mi hogar.

Epílogo



Siete años después

El cielo comenzaba a teñirse de naranja y dorado, mientras Matteo y Rocco corrían por la extensión de la playa, con Raffaello entre ellos, disputando la pelota con una energía que parecía infinita. Los chicos reían a carcajadas, gritos de victoria y frustración, puntuando la brisa salada que venía del mar. Era gracioso verlos así, libres y despreocupados, tan diferentes de lo que solían ser en el día a día.

La mayor parte del tiempo, estaban desafiándose en peleas fraternas o exhaustos después de los intensos entrenamientos a los que su padre los sometía. Raffaello insistía en forjar fuerza en cada fibra de sus cuerpos y mentes, moldeándolos para ser implacables como él. Y aunque había intentado suavizar su rigor, sabía que eso era parte de quién era.

Al menos, él había permitido que los chicos permanecieran aquí, conmigo, en lugar de enviarlos a Roma, donde nacieron. Yo había sido inflexible en esto. A cada

embarazo, después de recibir autorización médica, me aseguraba de volver a Italia, manteniendo viva la conexión con nuestras raíces. Matteo y Rocco crecieron hablando italiano antes que inglés, algo que siempre me llenó de orgullo.

Raffaello permitió que Rocco lo regateara, dejando que el niño anotara un gol improvisado en la arena. La escena era casi surrealista. Mi marido, siempre tan duro e imponente, usando un simple short, una camiseta sin mangas, descalzo, riendo con nuestros hijos. Era un lado de él que pocos conocían, y me sentía afortunada de poder atestiguarlo.

Aria, de solo tres años, se movía inquieta a mi lado sobre la gran toalla que cubría la arena. Su cabello rubio, tan diferente de los oscuros de sus hermanos, brillaba bajo el sol poniente.

— ¡Papà! — gritó con su voz infantil y dulce, llamando la atención de Raffaello.

Era nuestra más pequeña, y última, como él siempre hacía hincapié en recordar. Matteo y Rocco tenían solo diez meses de diferencia entre ellos, siendo Matteo el mayor. Y aunque la llegada de Aria había sido inesperada, completaba nuestra familia de una manera que nunca imaginé.

Miré a los chicos que ahora corrían en nuestra dirección, sudorosos y con los rostros sonrojados por el sol. Eran la copia exacta de Raffaello, desde los rasgos fuertes hasta la mirada intensa. La única diferencia era que Matteo tenía un ojo marrón y otro azul, un contraste que lo hacía aún más único.

— ¡Mamma, quiero agua! — Rocco se lanzó sobre mí con la típica energía de sus cinco años.

— Hijo, ten cuidado — reprimí suavemente mientras le entregaba la botella de agua.

Matteo, más reservado, tomó su botella sin decir una palabra, pero luego extendió la mano hacia Aria. Con una paciencia que a menudo faltaba entre él y su hermano, la guió con cuidado por la arena. Rocco, siempre impetuoso, no tardó en seguirlos, sosteniendo la otra mano de su hermana.

La escena me hizo sonreír. Cada uno de ellos, tan diferente en personalidad, pero unidos por un vínculo inquebrantable.

— Son protectores. — La voz grave de Raffaello sonó detrás de mí.

Sentí su presencia antes de verlo. Se sentó, apoyándose en mí, las manos firmes en mis hombros mientras besaban mi cuello con una familiaridad que siempre me hacía estremecer.

— Sí — asentí, mirando a los tres frente a nosotros. — Es bueno que quieran a su hermana.

Se rió, una risa baja y ronca, antes de morder suavemente mi oreja.

— Serán como yo — declaró, con la voz cargada de convicción. — Siempre listos para proteger lo que es suyo.

Sabía que hablaba de más que solo las travesuras inocentes en la playa. Para Raffaello, cada movimiento era una lección, cada gesto un entrenamiento. Quería moldear a nuestros hijos para sobrevivir en un mundo que rara vez era amable.

— ¿Y tú, Raffaello? ¿Quién te protege? — pregunté, girándome para mirarlo.

Sus ojos, siempre tan intensos, encontraron los míos. No respondió de inmediato, pero la pequeña sonrisa que apareció en sus labios me dio la respuesta. Yo era la única persona a la que él permitía acercarse lo suficiente para verlo vulnerable.

— No necesito protección — respondió, finalmente, con la habitual arrogancia.

— Todos necesitamos — repliqué, pero él solo sacudió la cabeza, volviendo su atención a los niños.

— Solo necesito ser capaz de proteger a ustedes, piccola, y a La Falce Nera. — Dicho esto, depositó un beso casto antes de alejarse y guiñarme un ojo.

Por un momento, me dejé relajar, observando a los niños jugar con Aria. Margo y Celeste estaban más arriba, sentadas en tumbonas, tomando agua de coco, mientras los soldados mantenían una vigilancia discreta a la distancia. La seguridad nunca se descuidaba, incluso en momentos como este.

Raffaello nunca me permitió ir a ver a mi mamma en el hospital psiquiátrico donde fue internada. En el primer año insistí, quería verla sufrir, pero luego me di por vencida. Saber que estaba sola y sufriendo me alegraba; por el contrario, no me sentía mal por ello.

Salí de mis pensamientos con la risa de Aria. El mundo exterior podía ser caótico, pero aquí, en este pequeño pedazo de paraíso, todo parecía estar en equilibrio.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a todos mis lectores, que hacen que cada palabra escrita sea aún más especial. Un agradecimiento especial a mi increíble equipo — Juliana, Lidiane, Andriele, Patrícia y Jack — que me han acompañado desde la creación hasta el último capítulo, leyendo, revisando y ayudándome a mantener la cordura a lo largo del proceso.

A mi familia, que es mi puerto seguro, y siempre a Dios, que ilumina mi camino.

¡Gracias por todo! ¡Bienvenido, 2025 — el comienzo de muchas historias que están por venir!

¡Hasta la próxima historia!

---

[1] mi hermosa niña

[2] Has comprendido